
RUMBO A STAR WARS: EL ASCENSO DE SKYWALKER
STAR WARS
EL RENACER DE LA RESISTENCIA
REBECCA ROANHORSE
timunmas
Planeta Cómic

ANTES DEL FINAL DE LA SAGA.

ANTES DEL ASCENSO DE SKYWALKER.

LA RESISTENCIA DEBE RENACER.

LOS HÉROES DE LA RESISTENCIA LUCHAN PARA REGRESAR DEL BORDE DEL ABISMO EN ESTA FUNDAMENTAL PRECUELA DE *STAR WARS: EL ASCENSO DE SKYWALKER*.

La Resistencia está en ruinas. Tras su huida desesperada de Crait, su antiguo ejército ha quedado reducido a un puñado de héroes heridos. Finn, Poe, Rey, Rose, Chewbacca, Leia Organa… sus nombres son célebres en los mundos oprimidos por cuya libertad combaten. Pero los nombres no sirven de mucho y la última llamada de auxilio de Leia no encuentra respuesta.

Desde las junglas de Ryloth hasta los astilleros de Corellia, la sombra de la Primera Orden se extiende y los valientes capaces de enfrentarse a su oscuridad están dispersos y aislados. Si la esperanza debe sobrevivir, la Resistencia tendrá que viajar por toda la galaxia, en busca de más líderes… incluidos aquellos que, en el pasado, ayudaron a una floreciente rebelión a derrocar al Imperio. Se librarán batallas, se forjarán alianzas y la Resistencia renacerá.



Rumbo a Star Wars: El ascenso de Skywalker

El renacer de la Resistencia

Rebecca Roanhorse



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Resistance Reborn*

Autora: Rebecca Roanhorse

Arte de portada: Scott Woolston (Art); Scott Biel (Design)

Traducción: Albert Agut Iglesias

Publicación del original: noviembre 2019

34 años después de la batalla de Yavin

Revisión: Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.11

09.02.20

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars



A mi hermano mayor, Tony, que dejaba que la pesada de su hermana pequeña jugase con sus muñecos (Boba Fett incluido) y casi nunca se quejaba.
¡Mira dónde he llegado por tu culpa!


Hace mucho
tiempo en una
galaxia muy,
muy lejana....

PRÓLOGO



El caza TIE atravesó el cielo sobre Corellia, con llamas a los lados y un humo denso brotando del casco. La nave chirriaba ruidosamente, amenazando con partirse en el aire, como los aullidos agónicos de un ave de metal. Más abajo, los habitantes de Ciudad Coronet interrumpían su trayecto de regreso del trabajo a casa para mirar aquella nave condenada. Últimamente no era inusual ver un caza de la Primera Orden sobrevolando la ciudad. La Primera Orden había tomado el control de los astilleros de la ciudad para construir sus máquinas de guerra, algunas de las cuales fallaban ocasionalmente en sus vuelos de prueba, con gran estruendo. Pero aquella nave era distinta, la perseguía uno de los suyos.

Si los habitantes de la capital se hubieran fijado mejor en aquel TIE en llamas, quizá alguno se habría dado cuenta de que se trataba de un modelo más antiguo que el de sus perseguidores, por lo que no podía ser un prototipo en vuelo de pruebas. Aunque no podrían ver que la piloto era una nativa, una corelliana criada en el pueblo alpino de Doaba Guerfel, cerca de la capital. Una piloto que había crecido bajo la Nueva República y que se había resistido al auge de la Primera Orden, como la mayoría de Corellia, aunque el planeta había terminado doblegándose ante la ocupación. Pero sus días de lucha se aproximaban rápidamente a su fin.

—*Mayday, mayday*, ¿alguien me oye? —gritó la piloto por su comunicador. Se limpió las lágrimas de frustración y notó el sabor de la sangre en la boca. La cabeza le retumbaba desde que se la había golpeado durante el combate aéreo—. ¿Alguien me oye? —repitió.

La piloto recorrió desesperadamente los canales seguros que le había proporcionado la Resistencia al asignarle la misión, pero nadie respondió. Volvió a probar con el *Raddus*, segura de que alguien debía oírla desde allí, pero nada. O los impactos sufridos por su nave habían inutilizado el módulo de comunicaciones o aquellos canales estaban bloqueados.

Sollozó brevemente, mientras su TIE robado se sacudía bajo sus pies. Notaba el calor a su espalda, sentía el punzante olor del humo del motor que iba llenando la cabina. Sabía que le quedaban solo unos segundos de vida y no quería que su misión fuera un completo fracaso.

Tras la destrucción de Hosnian Prime, su cometido había sido garantizar que jamás se pudiera volver a construir en secreto ninguna otra arma capaz de aniquilar planetas y estaba convencida de haber descubierto algo en la clave de cifrado robada, que tenía ahora en su posesión, que les podía ayudar a derrotar a la Primera Orden. Pero aquel

valioso descifrador de códigos desaparecería con ella si no lograba mandárselo a nadie. Con mano temblorosa, introdujo el pequeño chip de datos en la toma de su holopantalla medio destruida y contuvo la respiración, hasta que la consola le informó de que había descargado el archivo.

Esbozó una leve sonrisa de pena. No iba a fracasar. Si no lograba comunicarse con sus contactos de la Resistencia, tendría que buscar otra manera. Alguna de los viejos tiempos. Se tocó brevemente el pequeño colgante de la serpiente que siempre llevaba puesto, susurró una plegaria a sus dioses y después buscó la señal pirata de radio que la permitiría contactar con la única persona de su planeta natal en quien todavía confiaba.

Contuvo la respiración y esperó.

Pero nadie respondió y se le echaba el tiempo encima. No podía esperar a confirmar que la conexión se había establecido. Solo podía rezar para que funcionase.

Apretó la tecla de transmisión, consciente de que mandar aquella clave descifradora los ponía a todos en peligro. Si alguien lo descubría, la Primera Orden se les echaría encima. Pero no tenía elección.

Una intensa luz verde parpadeante le confirmó que la transferencia se había completado, en el mismo instante cuando un fulgor intenso la rodeó. Abrió la boca, pero no tuvo tiempo de gritar antes de que el mundo estallase en pedazos.

Los habitantes de Ciudad Coronet vieron explotar el TIE. Algunos con cierta curiosidad, la mayoría con indiferencia. Después continuaron su camino de regreso a casa, junto a las familias y mascotas que les esperaban, o a la cantina, para reunirse con amigos, o a mil otros lugares, mientras el sol se ponía. El TIE desintegrado ni siquiera apareció en los noticiarios nocturnos y a la mañana siguiente estaba completamente olvidado.

CAPÍTULO 1



Leia se despertó con un sobresalto, golpeándose la nuca contra el duro reposacabezas. Se sujetó a su silla sin reposabrazos para no caerse. Lanzó un grito, un suspiro de sorpresa en una habitación desierta, mientras sus dedos intentaban agarrarse a la consola que tenía delante. Necesitó un momento para recuperar la plena consciencia y recordar dónde estaba. El suave zumbido de las máquinas y los golpes apagados de alguien reparando algo, a aquellas horas, le recordó que estaba en el *Halcón Milenario.* No en el *Raddus*, durante el ataque de la Primera Orden, cuando percibió la presencia cercana de su hijo. Ni en la gélida oscuridad del espacio en la que cayó inmediatamente después.

Estaba soñando. El mismo sueño que la atormentaba desde que aquello había sucedido. Estaba sola, muerta de frío, el cuerpo le flaqueaba, sin ánimos ya, rodeada por el inmenso vacío del espacio. En la vida real se había despertado y había sentido que la Fuerza vibraba intensa y ardiente en su interior. Y la había llevado de vuelta a la nave, la había salvado. En el sueño, sin embargo, quedaba suspendida en el vacío. Fallando a sus amigos, a su familia y a toda la gente a quien había prometido liderar. Y fallando sobre todo a su hijo. Todos sus seres queridos estaban muertos.

—¿Desde cuándo soy tan macabra? —masculló para sí, enderezando su dolorido cuerpo en la silla. En realidad, sabía desde cuándo. Desde que había muerto. Bueno, prácticamente. Se había salvado por los pelos muchas veces en su vida. El bombardeo en Hosnian Prime en sus días de senadora. La sesión de tortura con Vader que todavía, después de décadas, le hacía hervir la sangre cada vez que la recordaba. Un millón de huidas desesperadas con Han en los tiempos de la Rebelión. Aunque nada parecido a salir despedida de aquella nave y quedar flotando a la deriva en el espacio.

Se frotó la cara con una mano cansada y miró alrededor. Habían pasado unos cuantos días desde que Chewie y Rey aparecieron en Crait para rescatarlos de la Primera Orden, aunque se le habían hecho eternos. Había vuelto a ver a su hermano y lo había perdido en un abrir y cerrar de ojos. Se preguntaba cuánto tendría que sufrir en la vida, cuánto podía soportar una persona. Después, apartó aquella autocompasión de su cabeza. Tenía trabajo pendiente.

Estaba frente a la consola de comunicaciones del *Halcón Milenario*, tan silenciosa como el espacio. Cuando pidió ayuda desde Crait, enviando señales de socorro a sus aliados, estaba convencida que alguien les respondería. Pero no había sido así y estaba preocupada. ¿Seguían vivos? ¿Habían bloqueado su señal? ¿O, la respuesta que menos le gustaba, sencillamente no les importaban?

No, no quería creer eso. No podía. Algo impedía que sus señales de auxilio llegasen hasta oídos amigos. Tenía más sentido eso que creer que todo el mundo había abandonado a la Resistencia y a ella. Quería averiguar qué pasaba y no descansaría hasta conseguido.

Alargó la mano hacia el panel de comunicaciones, justo cuando el altavoz de sus auriculares se activó y parpadeó una luz verde, indicando que había una transmisión en espera. La expectación le aceleró el corazón. Alguien intentaba comunicarse con el *Halcón Milenario.* Se ajustó los auriculares y el micro, mientras le llegaban interferencias. Sin su antena sensora, la señal subespacial de radio del *Halcón* era, como mínimo, un poco inestable.

Introdujo la contraseña y abrió el canal a quienquiera que estuviera al otro lado, que también conocía aquella clave.

—¿Hola? —susurró nerviosamente por el micro—. ¿Quién habla?

Al principio, le llegó solo ruido, pero después oyó una voz, débil pero cada vez más clara:

—*... Zay con Shriv… misión… ¿se acuerda de mí?*

Leia se sintió levemente decepcionada. Esperaba que fuera alguno de los aliados de la Resistencia, algún gobierno fuerte ofreciéndoles cobijo, naves o alguna otra ayuda. Pero era la chica que había conocido tras la destrucción de la base Starkiller, la hija de Iden Versio y Del Meeko. Se acordaba bien de ella. Sus padres habían sido imperiales que se habían pasado a los rebeldes y su abuelo era el célebre almirante Garrick Versio. La chica, aunque era muy joven, había perdido a sus padres y lo había pasado muy mal. Bueno, como todos, ¿no? En el caso de Leia era evidente. Así era la guerra, un infierno para padres e hijos.

—¡Basta! —se dijo a sí misma, y su voz resonó por toda la sala.

—*¿Qué*? —oyó a Zay, entre ruido de fondo.

—Tú no —dijo Leia, apresuradamente—. No me refería a ti. —Se sintió avergonzada. Apartó aquello de su cabeza y se apretó el auricular contra la oreja, inclinándose hacia el micro—. Repite, Zay. Te oigo con dificultades. Se entrecorta.

—*Ah.* —Más alto y despacio—: *SHRIV Y YO… HEMOS CONSEGUIDO… PISTAS INTERESANTES…*

Leia sonrió ante la exagerada reacción de la chica.

—Ya te oigo bien. Puedes hablar normal.

—*¿Sí? Bueno, hemos localizado a unos viejos amigos de mi madre, antiguos imperiales renegados que no le tienen ningún apego a la Primera Orden. Los vamos a visitar, si le parece bien. Nos ocupará unos tres o cuatro días estándar más, como mínimo.*

—¿Y los aliados de las Resistencia que os pedí que encontrarais?

—*Eso es lo doloroso* —dijo Zay—. *Han desaparecido.*

—¿Desaparecido?

—*Como mínimo, no estaban donde debían. Hemos comprobado la mitad de los nombres y nada. En algunos casos, sus hogares parecían recién abandonados.*

—A lo mejor están escondidos. —«O algo peor», pensó Leia.

—*Sea como sea, general, algo malo está pasando.*

Leia se frotó el cuello, notando tensión en sus músculos. Más aliados a los que no podría acceder. Zay tenía razón. Pasaba algo y Leia estaba asustada.

—Zay, quiero que sigáis buscando. A ver qué podéis averiguar.

—*Recibido. ¿Y los eximperiales?*

Leia no había pensado que unos eximperiales fueran a ser los aliados que necesitaba, pero parecía estar quedándose sin alternativas. Y ¿quién sabía? La madre de Zay había demostrado que algunos de los combatientes más fieros de la Resistencia provenían del bando contrario. La gente es complicada y al Imperio siempre se le había dado bien ofrecer a cada uno aquello que creía necesitar… para acabar descubriendo que el orden y la paz que ansiaban tenían un coste demasiado elevado. Leia jamás usaría su pasado contra nadie. En su árbol genealógico había suficientes demonios para permitirse juzgar a nadie.

Leia oyó murmullos y una discusión apagada al otro lado de la comunicación, como si alguien hubiera cubierto el micro con la mano. Al instante, Zay volvió a hablar:

—*Shriv dice que confié en nosotros. Al fin y al cabo, ¿qué perderemos?*

Tenían razón.

—Muy bien, si Shriv también cree que la pista de los eximperiales es buena, seguidla y alargad la misión, pero tened cuidado. Enfrentarse a la Primera Orden es peligroso. —Como si la joven huérfana no se hubiera enterado.

—*Descuide, general. Seremos muy prudentes.*

Más murmullos apagados.

—*Ah, Shriv dice que le apodan* Cauteloso. *Y que aún sigue vivo, por lo que algo o alguien debe estar protegiéndonos.*

—Sí —dijo Leia para sí. Y después por el micro—: Que la Fuerza os acompañe, Escuadrón Inferno.

—*Lo mismo le digo. ¡Cambio y corto!*

Leia apretó el botón para cortar la comunicación y se reclinó en su silla. Esperaba no estarle dando demasiada responsabilidad demasiado pronto a la chica. Zay no podía tener mas de dieciséis años, pero a su edad Leia ya estaba fomentando la Rebelión. Si alguien sabía que a veces se podía subestimar a los jóvenes era ella. No, Zay era fuerte e inteligente. Era capaz. Y estaba segura de que, con la ayuda de Shriv, completarían la misión.

Una intensa punzada en la sien interrumpió sus pensamientos. Leia cerró los ojos por el dolor. Aquellas jaquecas eran un efecto secundario de su curación, según le había dicho el droide médico. Iba a sufrirlas durante unas semanas, como mínimo, pero entre las jaquecas, las pesadillas de quedar a la deriva en el espacio y el pesar por la perdida de sus amigos, se sentía extenuada. Cuánto daría por unos instantes de relajación y de

seguridad, unos días o un puñado de horas incluso en que supiera que no pasaría nada malo.

—¿General Organa?

La voz le llegó desde detrás, Leia se giró y vio a Rey en la puerta. La chica llevaba una versión del mismo atuendo de chatarrera que había visto por primera vez el día anterior, aunque ahora detectó los matices de influencia Jedi que incluía.

«Está cambiando», pensó Leia. «Pero aún lleva algo de Jakku dentro».

Aunque quizá no fuera justo. Quizá Rey solo se aferraba a cosas sencillas que reconocía en aquel mar de caos, igual que todos. Y, hablando de cosas sencillas, Rey llevaba una taza de algo humeante en las manos. Cuando vio que Leia la miraba, se la tendió.

—Le he traído una taza de té gatalentano caliente —dijo Rey.

Leia sonrió.

—¿Sabes leer la mente?

—¿Qué? ¿Como los Jedi? Yo… yo no soy…

—Justo estaba pensando en lo mucho que me apetecía un té —dijo Leia, sacando a Rey del aprieto—. No es nada Jedi. Solo… —Le hizo un gesto a Rey para que se acercase—, una sorpresa agradable. Gracias. Y, por favor, tutéame.

Rey asintió, visiblemente aliviada, y se acercó. Leia recogió su taza de té. Sintió su aroma y notó que los músculos de sus hombros se relajaban.

—Te puedo traer algo más fuerte, si quieres —dijo Rey, señalando la cocina de la que venía—. Creo que Chewbacca tiene caf guardado.

Leia sopló la taza caliente, haciendo brotar pequeñas volutas de vapor.

—Me sorprende que tuviera té. —Aunque, probablemente, no era Chewbacca quien guardaba un paquete de té gatalentano en el *Halcón Milenario*, sino Han. Oh, Han. También muerto.

—Te he puesto triste —dijo Rey, al ver la cara de Leia.

—No has sido tú —la corrigió—. Sino la vida. Esta guerra. Tú eres una luz en la oscuridad. —Señaló una silla frente a ella.

—No era mi intención molestarte. Solo te oí aquí dentro y pensé que podría apetecerte un té.

—Pues acertaste e insisto en que te quedes. Me vendrá bien un poco de compañía y me pones nerviosa ahí de pie. Por favor. —Volvió a señalar la silla y esta vez Rey se sentó, metiendo las manos bajo los muslos y esbozando una sonrisa incómoda—. Bien —dijo Leia, con paciencia, esperando que la chica se acomodase—, ¿mejor así?

Rey asintió. Las dos se quedaron calladas, mientras Leia daba sorbos a su té y Rey examinaba la estancia, en particular el tablero de comunicaciones. Leia siguió su mirada.

—¿Por qué no duermes, como los demás? —le preguntó Leia.

—Oh, los últimos días he dormido poco —dijo Rey, con serenidad—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Sé lo que es eso.

Rey se revolvió en la silla, mirando a todas partes excepto a Leia. «Esta muchacha está muy nerviosa», pensó Leia. Nunca le había parecido tan nerviosa. Pero habían sucedido tantas cosas. O quizá había algo que la preocupaba.

—Rey —empezó a decir.

—Te oí hablando con alguien —la cortó Rey, apresuradamente—. ¿Por fin has contactado con alguien?

—Aún no —confesó Leia—. La llamada era de un par de pilotos que mandé en una misión, pero andamos necesitados de pilotos y espero que nada vaya mal. Y también estamos necesitados de líderes. Los pilotos son esenciales, pero la Primera Orden acabó con Holdo, Ackbar y los demás. —Suspiró, notando el peso de la pena en sus huesos. Les había definido como líderes pero también eran sus amigos. Personas que había conocido prácticamente toda su vida, ahora desaparecidas—. Necesitamos estrategas, mentes lúcidas, gente con medios y voluntad para hacernos avanzar. Para inspirar y servir como modelo para los demás.

—No conocí a esas personas —admitió Rey—. Te acompaño en el sentimiento.

Leia asintió.

—Todos hemos perdido mucho.

Por fin, Rey la miró a los ojos, intrigada. «Quizá quiera hablarme de Luke», pensó Leia. «Ya hablamos de él, pero brevemente. Solo para saber que había tenido un final en paz». Pero, entonces, Rey dijo:

—Kylo Ren —espetó—. Es decir, Ben… tu hijo…

Leia asintió y dio un sorbo a su taza, más fría ya. Rey se revolvía con incomodidad en su silla.

—¿Qué le pasó? —preguntó, finalmente—. Es decir, ¿cómo se pasó al lado oscuro? Empezó en la luz, ¿verdad? Me contó algo sobre Luke, sobre su entrenamiento. —Resopló—. Supongo que me gustaría entenderle.

—A mí también.

—¿No sabes qué pasó?

—Creo que tendrás que preguntárselo a Ben.

—Quería que me uniera a él, ya lo sabes, pero no pude. Creí que podía ayudarle, pero lo único que Ben deseaba era que me convirtiera en lo mismo que es él.

La expresión de Rey se ensombreció y Leia pudo ver dolor. Ben era importante para aquella chica y la había decepcionado.

—Ben ha elegido su camino —dijo Leia—. Nadie puede salvarle, excepto él mismo. Y no sé si quiere salvarse.

Rey asintió, bajando mucho la cabeza.

—Lo sé. Es decir, lo comprendo racionalmente, pero supongo que no pierdo la esperanza.

—La esperanza es buena —dijo Leia, en un tono amable y comprensivo—. La esperanza es importante y en algunos momentos es lo único que nos queda. Pero —

añadió, sonriendo—, ¿qué tiene que ver la esperanza con ser racional? —Alargó la mano y Rey se inclinó hacia delante para estrechársela afectuosamente.

—No sé cómo voy a hacerlo —susurró Rey.

—Pero lo harás —aseguró Leia, un poco más fuerte y con más convicción—. Y no estarás sola. Nosotros estaremos contigo.

Rey pareció serenarse y una breve sonrisa asomó en su boca, la primera desde que había llegado.

Un zumbido en la consola y Leia se giró, sorprendida.

—¿Hola? —dijo, por el micro—. Identifiqúese.

—*¡General Organa! ¡Poe al habla!*

—Poe. —Dio ligeramente la espalda a Rey—. ¿Dónde estás? ¿Y qué pasa?

—*Ikkrukk. Por los pelos, pero el Escuadrón Negro ha sobrevivido. Sin bajas, aunque Jess y Suralinda han terminado bastante magulladas. Pero puedo informar que Ciudad Grial está a salvo. La Primera Orden ha tenido que huir.*

Una buena noticia, al fin.

—Maravilloso, Poe. ¿Y la primera ministra Grist? ¿Está bien?

Un instante de interferencias y de nuevo Poe:

—*Afirmativo, la primera ministra Grist está viva. Y nos ha invitado a una fiesta.*

Leia miró a Rey, que le dedicó una leve mueca.

—Poe, ¿podrías hacer algo por mí?

—*Lo que sea, general.*

—Ve a la fiesta de Grist y observa qué opinión tienen los invitados sobre la Primera Orden.

—*Bueno, teniendo en cuenta que la Primera Orden les ha atacado, imagino que ahora no deben tenerles mucho afecto.*

—Públicamente quizá no. Pero tienes que fijarte en algo más que sus palabras, Poe. Fíjate en detalles más sutiles. Quién critica abiertamente a la Primera Orden, o la crítica con demasiado fervor, como si quisiera demostrar su posición. Fíjate en quién asiste y quién no a esa fiesta. ¿Alguien apoyó públicamente a la facción separatista?

Otro instante en que Poe habló con otra persona y después:

—*No puedo asegurarlo. Pero prestaré atención.*

—Hazlo. Y averigua si Grist está dispuesta a colaborar con la Resistencia. Esa era la misión inicial del Escuadrón Negro. Vuestra aparición fue muy oportuna, a ver si eso nos sirve de algo.

—*Vale. ¿Algo más, general?*

—Sí. Divertios. Sobrevivisteis a la batalla. No olvidéis divertiros.

—*Volar es toda la diversión que necesito, pero te haré caso, general.*

—Y avísame del siguiente destino del Escuadrón Negro. Ciudad Grial es una buena victoria, pero aún nos queda mucho camino por recorrer.

—*Recibido* —dijo Poe—. *Cambio y corto.*

La transmisión se cortó y Leia se reclinó en su silla, que crujió bajo su cuerpo.

—Bueno, eso está bien —dijo Rey, mirándola. Leia se había olvidado de la chica, que estaba muy silenciosa.

—Sí, está bien —coincidió Leia—. Pero es apenas una gota en el cubo que necesitamos llenar.

—Todo ayuda, ¿no? Una gota por aquí, otra por allá y, cuando te das cuenta, tienes un océano.

Un océano. ¿Qué sabía una chica criada en Jakku sobre océanos?

—Me gusta cómo piensas, Rey —le dijo Leia—. Sí, tienes razón. No debemos subestimar lo que Poe y su Escuadrón Negro han conseguido. Bueno, ¿por qué no vas a descansar un poco?

A Rey se le escapó un gran bostezo, como si respondiera a Leia.

—Sí, quizá debería descansar. Estaba trabajando en el compresor. La humedad de Ahch-To aumentó la condensación en el revestimiento. Tengo que limpiarlo, localizar la fuga, sellarla… —Frunció los labios—. Seguro que no te interesa. —Se levantó.

—Al contrario, me alegra que cuides tan bien de la nave de Han. —Leia levantó su taza—. Y gracias por el té.

Rey asintió apresuradamente y se marchó.

Ahch-To. Claro. Allí Rey había conocido a Luke. Puede que sí supiera algo sobre océanos, en realidad. Y quizá en aquello también había una lección para Leia.

Sacudió la cabeza, compungida, y se volvió hacia la consola de comunicaciones. «Un intento más», se dijo. Después, seguiría el consejo que le había dado a Rey e intentaría dormir un poco. «Ahora son gotas minúsculas», pensó, «mañana serán un río. Y, quizá, al final, un poderoso mar capaz de alzarse contra la Primera Orden». Parecía improbable, pero no tenía nada más.

Volvió a probar con su lista de aliados, desde el principio.

CAPÍTULO 2



Suralinda Javos estaba borracha. O, como mínimo, Poe estaba bastante seguro de que la piloto squamatana del Escuadrón Negro estaba borracha. Porque si no lo estuviera no se habría subido al escenario para hacer… bueno, no sabía muy bien qué estaba haciendo. Poe sacudió la cabeza. Amaba al Escuadrón Negro. Moriría por cualquiera de sus pilotos, pero había momentos en que no lo veía claro.

Cuando la primera ministra Grist les había invitado a brindar por su victoria sobre la Primera Orden y por haber recuperado Ciudad Grial, había aceptado por cuestiones políticas. Sabía que su tarea allí tenía una parte de piloto y otra de diplomático y debía hacer todo lo que pudiera para asegurar el apoyo de Ikkrukk a la Resistencia.

—¿No debería bastar con que les hayamos salvado el pellejo ante los malos? —le gruñó Jess Pava, cuando comunicó al Escuadrón Negro que irían a la fiesta.

—¿No te gustan las fiestas, Jess? —le preguntó Suralinda, riéndose—. Es decir, no se me ocurre nada mejor para celebrar con una copa que seguir viva. Además, me gustaría escuchar a la primera ministra. Así tendré alguna cita o algo que me sirva para adornar la historia.

—¿Estás escribiendo una historia? —le preguntó Poe, sorprendido.

—Por supuesto —dijo la antigua piloto y posteriormente periodista, que ahora había retomado su vida de piloto. Negó con la cabeza, frunciendo las cejas con fingida desilusión—. ¿Cuándo comprenderás la importancia de las relaciones públicas, Poe? Mi talento periodístico es un activo para la Resistencia, pero solo si logramos divulgar nuestra historia. ¡Y qué historia tendremos cuando Grist elogie a nuestro mísero grupo de héroes por haberlos salvado, a ella y su planeta, de la malvada Primera Orden!

¿Mísero? Tras Crait, aquello era más cierto de lo que Poe querría admitir.

—Eso no es una historia. Es la pura verdad —dijo Jess. Poe se la quedó mirando, preguntándose si era consciente de lo mal que estaban las cosas para la Resistencia, pero su colega piloto hablaba con sinceridad.

—Claro que es la verdad —dijo Suralinda, algo molesta—. Yo nunca miento, Jess. Solo… —Suralinda agitó una mano, como señalando algo en el aire— lo adorno.

Jess cruzó los brazos frente al pecho y se echó su larga melena negra sobre la cara, poco impresionada. Poe ya había notado que la relación entre Jess y Suralinda solía ser tensa; aunque, pensándolo bien, así era Suralinda con todos. Era una vieja amiga de Poe de sus días en la marina, aunque ya entonces costaba ubicarla. Sus lealtades parecían ser volubles y terminar siempre con ella sola, aunque Poe no podía negar que les había ayudado, a él y al Escuadrón Negro, cuando más lo necesitaban, como allí mismo, en

Ciudad Grial. Jess no habría podido reactivar los sistemas defensivos sin la ayuda de Suralinda y convenía que nadie lo olvidase. Aunque ahora la experiodista pudiese mostrarse egoísta, Poe sabía que estaría para echar una mano cuando llegase el momento de la verdad y aquello era lo importante.

—Bueno —dijo Suralinda, con las manos en las caderas—. ¿A quién le apetece ir a la fiesta?

—Yo paso —dijo Jess, dándose media vuelta—. Tengo que revisar mi astromecánico. Con lo que le he hecho pasar…

Suralinda gruñó con desaprobación.

—¿Poe? Tú te vienes.

—Qué remedio. Sería grosero no…

—¡Exacto! —Rodeó con un brazo a Poe y tiró de él, antes de mirar por encima del hombro a los dos miembros restantes del Escuadrón Negro—. ¿Karé? ¿Snap? ¿Os venís?

Temmin Wexley, a quien todos conocían como Snap, sujetó la mano de su mujer, Karé Kun, y asintió hacia Poe y Suralinda.

—Vosotros primero. Me apetece tomar algo. Y tengo entendido que en Ikkrukk elaboran cerveza excelente.

—Tomaos lo que queráis —dijo Poe—, pero necesito que todos mantengáis los ojos y los oídos bien abiertos. Cualquier cosa que averigüéis nos puede ser útil. —Hizo una pausa y miró por encima de su hombro—. BB-8, ¿vienes?

El pequeño droide emitió un pitido y Poe asintió.

—En ese caso, cuida de la nave. Y ayuda a Jess, si te necesita.

BB-8 emitió unos pitidos afligidos.

—No te haré ningún daño —protestó Jess, visiblemente ofendida. Poe no pudo evitar sonreír. Sabía que los droides se referían a Jess como la «Gran Destructora» por la cantidad de astromecánicos que había mandado al desguace, aunque también sabía que BB-8 no corría ningún peligro con ella. Siempre que se mantuvieran en tierra firme.

—Divertios —les deseó Jess, suspirando, con las manos sobre las caderas y la vista clavada en los astromecánicos, todos charlando ahora con BB-8.

—¡Lo haremos! —aseguró Suralinda, sonriendo lo suficiente para mostrar sus afiladísimos dientes, parte de su legado squatamano, igual que su piel azul y uñas garrudas—. Nos divertiremos y sacaremos información. Dos pájaros de un tiro.

Jess se despidió con la mano por encima del hombro, de espaldas y concentrada ya en los droides. Los cuatro partieron hacia el palacio donde les esperaba la primera ministra Grist de Ikkrukk.

De eso ya hacía una hora.

Poe se había pasado todo ese rato con una cerveza de Ikkrukk en la mano. Le había dado un sorbo al ver que la primera ministra le miraba. Aquel brebaje oscuro y amargo le

había caído como gasolina sobre la lengua, pero había logrado tragárselo sin ninguna mueca delatora. Después, se había dedicado a merodear por la fiesta, charlando brevemente con los invitados, buscando aquellos indicios que Leia le había dicho que rebelarían posibles lealtades y motivaciones encubiertas. Fue tomando notas mentalmente, mientras alternaba con los líderes sociales y políticos, y lo que vio le preocupó. Había dudas, el temor de que aquella resistencia podría haber condenado a Ikkrukk a una invasión inminente aún más despiadada. Había quien se planteaba que la ocupación de la Primera Orden quizá no fuera tan terrible, que cooperar con ella quizá fuera una estrategia más útil que combatirla o, incluso, que quizá lo más beneficioso económicamente fuese unirse a la Primera Orden.

Poe se mordió la lengua en todo momento, pero por dentro se sentía a punto de gritar. El Escuadrón Negro se había jugado la vida para salvar aquella ciudad, aquel planeta, ¿y Ciudad Grial se preguntaba ahora si habían hecho bien? Quería gritarles que eran unos cobardes, todos, dispuestos a doblegarse ante la Primera Orden para salvar sus culos y llenar sus ya bastante rebosantes bolsillos, sin pensar en lo que la ocupación supondría para el ciudadano común y corriente. Quería advertirles que la ocupación podía parecerles aceptable ahora, pero que si permitían que la Primera Orden se estableciera en el planeta, su yugo inicialmente laxo terminaría inexorablemente estrechándose hasta estrangular a Ikkrukk. Pero no lo hizo. En vez de eso, volvió a acercarse a la primera ministra.

—¿Se divierte? —le preguntó educadamente la primera ministra Grist, mirando con recelo la cerveza prácticamente intacta en sus manos.

Poe dejó de fingir que se la estaba bebiendo y le dio la copa a un camarero que pasaba.

—Esperaba poder hablarle sobre la promesa de Ikkrukk de ayudar a la Resistencia.

—¿Promesa? —dijo Grist, con voz temblorosa e inquieta—. No recuerdo ninguna promesa.

Poe frunció los labios. La primera vez que habló con Grist, justo después de que el Escuadrón Negro hubiera abatido la nave de la Primera Orden que amenazaba con destruir Ciudad Grial, le había prometido claramente ayudar a la Resistencia en todo lo que pudiera. Pero, ahora, unas pocas horas después y con su ciudad fuera de peligro, parecía sufrir unos oportunos lapsus de memoria.

—No es que no les quiera ayudar —aseguró Grist en tono compungido—. Les estamos agradecidos y nos gustaría poder hacer algo más para demostrar lo mucho que apreciamos su causa, pero mis ingenieros me han informado que hay daños graves no solo en nuestros sistemas defensivos, sino también en la ciudad. Al parecer, los simpatizantes de la Primera Orden han intentado destruir tantos centros culturales como han podido, antes de ser reducidos. Es de vital importancia que los reconstruyamos cuanto antes, para que la gente entienda que la Primera Orden no nos puede derrotar. Ya me entiende.

—Me parece que no —dijo Poe, con un matiz de irritación en la voz. Se preguntaba si decirle que la búsqueda de simpatizantes de la Primera Orden debía proseguir, incluso dentro de su gobierno, pero decidió que no le serviría de nada. Intentaba ser diplomático. Bueno, lo más diplomático que podía. Nunca se había distinguido por su tacto.

Los ojos dorados de la primera ministra se difuminaban por los contornos.

—Oh, cielos.

—No es que no comprenda su situación —dijo Poe, esforzándose al máximo por contener su irritación—. Pero debe entender la urgencia de nuestra situación.

—Por supuesto que la entiendo y le prometo que la Primera Orden nunca tendrá nuestro apoyo.

—¿Está segura de eso? —se le escapó, sin poder evitarlo.

Grist hizo una mueca. Se demoró un instante, como si también se esforzase por mantener la compostura, y le dijo:

—Sí, estoy segura. Pero no podemos apoyar activamente la Resistencia. Ya sabemos que somos un objetivo real de ocupación para la Primera Orden. No me atrevo a darles más motivos para que vuelvan. Sin embargo, en señal de agradecimiento por lo que han hecho por nosotros, me complace proporcionarles combustible y provisiones suficientes para su partida —concluyó Grist, con una sonrisa bien entrenada pero débil.

Y allí estaba. El rechazo. Poe sabía reconocer las causas perdidas en cuanto las veía, aunque se había involucrado en muchas, pero Ikkrukk no le pareció una por la que valiera la pena luchar. Dio las gracias y se disculpó para abandonar aquella conversación inútil, más molesto de lo que se permitía aparentar. No podía evitar preocuparse. Si un planeta que había sufrido un ataque tan reciente de la Primera Orden se mostraba tan reticente a ayudar a la Resistencia de Leia, con el riesgo que eso comportaba, ¿qué iban a hacer los planetas que ni siquiera hubieran visto la violencia de cerca? Quizá Suralinda y su historia sobre el mísero grupo de héroes tenían sentido, más allá de ridiculizarlos. Tenía que hablarlo con ella, averiguar la manera de hacer circular el texto por las holorredes, esquivando a guardianes políticos, directamente para los ojos y corazones de la gente de a pie. Pero, antes, tenía algo que contarle a su escuadrón. Ya lo había pospuesto demasiado.

Encontró a Snap y Karé acurrucados en un rincón, con las cabezas tan cerca que casi se tocaban mientras hablaban. La piel bronceadísima de Karé contrastaba con el tono más pálido de Snap, como la melena rubia de ella con el pelo castaño de él. Podían ser físicamente opuestos en muchos sentidos, pero eran una de las parejas mejor avenidas que conocía. Su relación siempre le había impresionado.

—¿Interrumpo algo? —preguntó Poe.

—Claro que no —dijo Karé, haciéndole sitio—. Siéntate.

Poe se sentó en el banco bajo que había frente a la pareja, hundiéndose entre unos cojines enormes y mullidos. Movió su peso de aquí para allá, intentando encontrar acomodo, pero solo consiguió hundirse aún más en el asiento.

—Parece que les gustan las cosas blandas —comentó Snap, riendo.

Todos los muebles de la cueva-palacio de la primera ministra estaban tallados en la misma piedra que las paredes que los rodeaban, desde los bancos bajos hasta las mesas, también bajas. Al parecer, la moda era suavizar aquella dureza con telas lujosas, por lo que el palacio estaba adornado con grandes pedazos de brilloseda bordada y pinturas muy coloridas hechas directamente sobre la piedra de las paredes. En todos los asientos había cojines de todos los colores apilados en dos o más niveles.

—Y que lo digas —dijo Poe—. Me siento como si me hundiera.

—Es bastante agradable si te pasas la vida sentada en un asiento de piloto —replicó Karé—. Está claro que no diseñaron los Ala-X pensando en la comodidad.

Frustrado, Poe sacó los cojines y los tiró al suelo, ante sus pies, dejando al descubierto la dura piedra desnuda. Se sentó sobre ella.

—Mejor así.

Snap y Karé se rieron y Poe sonrió. Miró afectuosamente a sus amigos.

—Me alegro de que estéis aquí —dijo, en tono grave—. En serio. Nos ha ido por los pelos…

—Como siempre —dijo Karé.

—¿Qué tal la charla con la primera ministra? —preguntó Snap.

—Peor de lo que me esperaba —admitió Poe—. No creo que la Resistencia encuentre mucho apoyo aquí.

—¿A pesar de haberles salvado?

Poe se encogió de hombros, abrumado por la resignación.

—No todos lo ven así.

—Tienen miedo —dijo Karé—. De la Primera Orden.

—Todos tenemos miedo —dijo Snap, en voz baja—. Pero no dejamos de luchar.

Poe junto las manos, sintiéndose de repente nervioso. Sabía que debía contarles lo que había sucedido en Crait a Snap, Karé y el resto del Escuadrón Negro; lo poco que quedaba de la Resistencia y la responsabilidad que había tenido él en todo aquello, pero no le apetecía demasiado.

—Tenemos que contarte algo, Poe —le dijo Snap, antes de que pudiera hablar. Miró a su esposa y Karé asintió—. Las cosas no salieron muy bien en Pastoria, el primer planeta de nuestra misión. No es que nos engañasen para que le hiciéramos el trabajo sucio a un cerdo sin escrúpulos, pero… —Abrió los brazos con gesto de impotencia.

—Creíamos estar haciendo lo correcto —dijo Karé, serenamente, poniendo una mano sobre la rodilla de su marido.

—Sí —dijo Poe—. Jess nos mandó una transmisión, cuando intentaban restaurar los sistemas defensivos planetarios aquí, con Suralinda. Temía no salir viva y quería que alguien supiera qué había pasado, por si acaso.

Los hombros de Snap se tensaron.

—Nos mintieron, no hay duda, pero eso no cambia que elegimos el bando equivocado en una guerra civil. Demonios, ni siquiera deberíamos haber elegido bando.

—Creíamos estar protegiendo al gobierno legítimo, pero en realidad solo les ayudamos a acabar con su oposición —explicó Karé—. Un verdadero desastre.

—Una metedura de pata de proporciones épicas —coincidió Snap.

—Creedme, yo he metido tanto la pata que lo vuestro parece lo más razonable en comparación. —Respiró hondo y exhaló lentamente. Miró a sus amigos a los ojos, sin saber muy bien cómo se lo iban a tomar, pero consciente de que era fundamental que entendieran a qué se estaban enfrentando. Contra qué se habían rebelado—. Conocéis a la almirante Holdo, ¿verdad? Bueno…

Le interrumpió un chirrido que hizo estremecer las paredes. Los tres se volvieron y vieron a Suralinda sobre una tarima que hacía las funciones de escenario. Cuando llegaron, la primera ministra había dado un discurso bastante elogioso sobre el Escuadrón Negro y su rescate de Ciudad Grial en aquella misma tarima y después se la había cedido a una banda de tres músicos. Llevaban toda la noche tocando una anodina música de fondo, hasta ese momento. Unos bajos profundos emanaban de un instrumento parecido a un tambor que un músico aporreaba con un pie, al que se sumó un sonoro instrumento de viento, tejiendo una melodía sobre el ritmo pesado. Y después… Suralinda.

—¿Qué diantre es ese ruido? —preguntó Snap.

Karé se había tapado los oídos instintivamente.

—Creo… creo que está… ¿cantando?

Escucharon y Poe pudo captar palabras entre trinos y gorjeos ensordecedores. Había visitado muchos mundos y había sido testigo de infinidad de cosas desagradables, incluso había hecho unas cuantas él mismo, pero ver a Suralinda dando berridos sin duda era de las peores.

—¿Está borracha? —preguntó—. Es decir, seguro que está borracha.

Karé negó con la cabeza.

—No, creo que esa es su voz de cantar. Los squatamanes son famosos por ser muy melómanos.

Suralinda alzó las manos por encima de la cabeza y estiró una de sus largas piernas. Movió las caderas hacia un lado, después al otro y se puso de puntillas.

—Y por sus bailes —añadió Karé, secamente.

—Esto es una señal. —Poe se levantó—. Ya es hora de que el Escuadrón Negro se marche. Tenemos otra misión y no es en esta fiesta. Ni aguantar a Suralinda cantando y bailando, por suerte. ¿Preparados para marcharnos?

Snap y Karé se levantaron al instante.

—Vaya, Poe —dijo Snap—, ya era hora.

Esperaron que Suralinda terminase su afortunadamente breve interpretación para marcharse. El Escuadrón Negro se fue en medio de un aplauso sorprendentemente

entusiasta; Poe no estaba seguro si era por su heroísmo o por haberse llevado a Suralinda del escenario, pero respiró hondo al volver al aire fresco del exterior del palacio.

—Esto no es lo tuyo, ¿eh? —le preguntó Snap, junto a su comandante.

Poe tiritó. Hacía mucho más frío en aquellas montañas tras el atardecer. Tenían ante ellos un amplísimo cielo estrellado. Allí fuera, en algún lugar, estaban Leia y todo lo que quedaba de la Resistencia. Y confiaban en él.

—Me gustan las fiestas —dijo Poe, dándole una palmada en el hombro a Snap—, pero tenemos trabajo. Vamos con Jess y las naves y os lo cuento todo.

Snap asintió y todos bajaron por el mismo sinuoso sendero alpino por el que habían subido, hasta sus naves. Suralinda estaba de buen humor, charlando con Karé, quien parecía tomarse toda la velada con mucha filosofía. Alrededor de ellos, Ciudad Grial estaba de celebración y la música y las risas llenaban la noche. Luces coloridas brotaban de las ventanas y el aroma a barbacoa les hacía la boca agua.

—Esto es bonito —dijo Snap, en voz baja—. Me alegro de haberles ayudado.

—Sí —admitió Poe, aunque se preguntaba hasta cuándo Ciudad Grial seguiría siendo un lugar bonito, cuánto tardaría la Primera Orden en volver a intentarlo. Y, cuando lo hiciera, si Ciudad Grial se opondría o le daría la bienvenida con los brazos abiertos. Se planteó presionar a Grist, por el bien de su propia ciudad, pero sabía dónde le conduciría y no quería insistir. Volvió a tiritar. Ahora era problema de la primera ministra. Esperaba que estuviera a la altura.

Los Ala-X, el Ala-A de Suralinda y la nave que Grakkus el hutt le había prestado a Poe estaban en el aeródromo abierto, como masas sombrías entre la penumbra. Poe examinó la zona, buscando a Jess. La vio, al parecer sesteando, entre las cajas de raciones y combustible que la gente de Grist ya les había llevado. «Bueno, al menos en esto Ikkrukk ha cumplido su palabra», pensó. «Y a toda prisa». Grist estaba deseando que se marcharan, era evidente.

—Eh, Jess —gritó, acercándose.

No obtuvo respuesta y le dio una patada suave a una caja cercana.

—Despierte, Pava, tenemos reunión.

Jess abrió los ojos, como muerta de miedo. Poe reculó unos pasos, sorprendido.

—¿Estás bien?

—Oh —Jess se incorporó, saliendo del sueño—. Sí, solo son pesadillas. Por… por un minuto creí que estaba otra vez en… bah, da igual.

Poe se agachó junto a ella.

—¿Tienes pesadillas? ¿Algo que deba saber?

—¿Qué? Oh, no. —Jess se sonrojó y se rascó el cuello—. Es decir, son las habituales.

—Bien. —Poe le tendió una mano para ayudarla a levantarse—. Te diría que fueras a hacerte un chequeo en nuestro centro médico, pero…

Jess hizo una mueca.

—No puede ser. No importa, estoy bien.

—Te necesito en plena forma, Pava. Sinceramente, las cosas seguro que van a ir a peor.

Jess frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos. Reunámonos con los demás.

Hizo un gesto para que el Escuadrón Negro se agrupase y lo hicieron junto a sus naves, bajo el cielo nocturno. Y se lo contó todo. La evacuación de D'Qar y las decisiones que había tomado y que provocaron la pérdida de todo el escuadrón de bombarderos de la Resistencia, la incesante persecución por el espacio, la misión de Rose Tico y Finn en Canto Bight, su propia insubordinación y su degradación, y, para terminar, la batalla de Crait y todo lo que en ella habían perdido. Y lo poco que les quedaba.

Cuando terminó, bajó la cabeza.

—Entenderé que queráis marcharos ahora. Es decir, marcharos sin mí. No parece que el Escuadrón Negro lo hicieran tan mal sin mí. Pero si me permitís lideraros, haré todo lo posible por compensarlo. Os lo prometo.

Se calló y esperó. Había previsto confusión, juicios y reprobaciones. Solo encontró silencio y levantó la vista.

Snap fue el primero en hablar:

—Todo eso es muy duro, Poe —le dijo, en tono serio—. Mentiría si te dijera que no me preocupa.

—Lo enti…

—Pero —Snap prosiguió, sin dejarle acabar—. ¿No te acabo de contar el fiasco que tuvimos en Pastoria? Murió gente porque nos dejamos engañar. Nosotros también debemos vivir con eso.

—A mí los droides me llaman la Gran Destructora —añadió Jess—. Todavía. Es decir, no es que yo quiera que acaben con ellos, pero siempre terminan en el desguace.

—Bueno…

—Yo estoy bastante segura de que si tuviera otro nombre sería *Insubordinación* —terció Suralinda—. Aunque eso es porque la gente no me entiende.

—No intento buscar excusas por…

—Tendrás que afrontar tus errores, Poe —le dijo Karé—. Y remediar los que puedas. Pero lo harás con el Escuadrón Negro al lado. No te librarás tan fácilmente de nosotros. Además, por lo que parece solo nos tenemos los unos a los otros, con nuestros fracasos y demás.

La carga que Poe había sentido hasta entonces se alivió un poco. No le decían que lo que había hecho estaba bien, pero no pensaban abandonarle.

—Me esforzaré por mejorar —dijo, en voz baja, con la cabeza gacha y el peso de la vergüenza sobre sus hombros—. Lo juro.

Y entonces le rodearon brazos y caras cercanas y palabras firmes de ánimo. Se imbuyó de todo aquello como un moribundo que recibe un indulto impensable.

Albergaba la esperanza de que el Escuadrón Negro le perdonara, al menos lo suficiente para permitirle seguir siendo su líder, pero jamás había osado soñar que pudieran llegar a entenderle. Cuando el abrazo grupal se terminó y la camaradería amainó, Poe dio un paso atrás y levantó una mano.

—Es momento de hablar de lo que viene a partir de ahora.

—¿Venganza? —preguntó Jess, con la voz quebrada por la emoción. Poe sabía que era amiga de mucha de la gente caída en las cápsulas de escape abatidas por la Primera Orden sobre Crait.

—Más adelante —dijo Poe—, aún no. Leia nos ha asignado una misión. Bueno, una más tras esta. La Resistencia no solo necesita aliados, también necesita líderes. Así que vamos a restringir la búsqueda a gente concreta… estrategas, pensadores, sabios… gente que creemos que nos puede ayudar a rearmarnos. Y pronto.

—Tiene sentido —dijo Karé, pensativa—. ¿Y tienes alguna idea de por dónde empezar?

—Sí. Y puede que no te guste, Snap…

Este frunció el ceño, cruzando los brazos ante su pecho.

—¿Por qué?

—Quiero que Karé y tú vayáis a hablar con Wedge Antilles.

Snap abrió los ojos teatralmente y negó enérgicamente con la cabeza.

—Negativo, Poe. Wedge está jubilado. Se instaló con mi madre en Akiva. Lo último que necesitan es que aparezca yo para meterlos en otra guerra. Se tienen más que merecido ese descanso.

—Lo sé —dijo Poe, comprensivamente—. Y no os lo pediría si nuestra situación no fuera tan desesperada.

—Mamá jamás le dejaría marcharse.

—Lo sé. Y cuento con ello. Quiero que Norra también se una a nosotros.

Snap Wexley emitió un sonido profundo y gutural.

—¿Mamá? Está chiflada, ya lo sabes, ¿verdad?

—Es una piloto rematadamente buena.

—¡La mejor! Pero está chiflada.

—Como todos los mejores pilotos —susurró Suralinda, lo bastante alto para que todos la oyeran.

—No lo entendéis —insistió Snap—. Carece de instinto de supervivencia. ¿Sabéis que llegó a lanzarse en una cápsula de escape sobre Jakku para perseguir a una imperial, en pleno bloqueo?

Poe reprimió una sonrisa. Tampoco estaba tan loca.

—La necesitamos, Snap.

—¡La matarán!

Karé le puso una mano sobre el hombro.

—Ha sobrevivido hasta hoy. Y tendrá a Wedge al lado. Él le hará mantener los pies en el suelo. Podrían ser una gran baza para la Resistencia.

Snap miró a su mujer con impotencia.

—Son toda la familia que tengo.

—Me tienes a mí —le dijo su esposa, con dulzura.

—Y a nosotros —añadió Poe—. Estamos juntos en esto. ¿No me lo has dicho tú mismo?

Snap cerró los ojos y exhaló. Después, echó la cabeza hacia atrás para mirar las estrellas.

—De acuerdo. Karé y yo iremos a Akiva a hablar con ellos. Les explicaremos lo que le está pasando a la Resistencia. Pero no pienso forzarles. Son viejos…

«No más que Leia», pensó Poe, pero se lo calló. No tenía sentido meterle más presión a Snap de la que ya sentía.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Jess—. En mi familia no hay ningún rebelde famoso.

Poe abrió los brazos.

—Estoy abierto a sugerencias.

—Pues yo creo que tengo algo —intervino Suralinda—, aunque es un poco raro.

—Cuenta —dijo Poe.

—En la fiesta he oído a Grist hablando con otros, quejándose de hecho, sobre unos rumores que llegan de Rattatak sobre una antigua imperial que ha logrado hacerse con el poder en una de las facciones en conflicto en la región. Creen que alguien debería acabar con ellos, pero eso es porque carecen de visión.

—¿Qué sugieres?

—Que esa antigua imperial, sea quien sea, tiene dotes de liderazgo suficientes para unificar a un clan guerrero. Es decir, Rattatak no es ninguna broma. Tienes que estar dispuesto a ejercer la violencia, sin duda, pero también debes ser listo.

—Vale.

—Bueno, ¿y te parece que podría ser una buena incorporación para la Resistencia?

—Es una imperial —objetó Jess.

—Antigua imperial —contestó Suralinda—. Y sabes que muchos de ellos no le tienen cariño a la petulante Primera Orden. Quizá podamos hacerle una oferta…

—-No sobornaremos a nadie para…

—No, no —Suralinda le cortó—. Me refiero a una buena historia. La oportunidad de redimirse, de compensar todo el mal cometido por el Imperio.

—Deben ser simpatizantes —protestó Jess, aunque su tono se había suavizado ligeramente.

—O puede que estén horrorizados por lo que sucedió en el sistema Hosnian y les preocupa que alguien pueda volver a disponer de algo como la base Starkiller. Algunos imperiales solo se vieron atrapados en aquella maquinaria, ya lo sabéis. No todos son malos.

Jess puso los ojos en blanco.

—¿Bromeas?

—Jess —dijo Poe, cordialmente—. Puede que Suralinda tenga razón. No es que no sean responsable de sus crímenes, pero quizá tengan algo que ofrecerle a la Resistencia y quizá la Resistencia pueda ofrecerles algo a ellos. —Mientras lo decía, sintió una especie de pellizco en el estómago. ¿Se estaba refiriendo a los antiguos imperiales o hablaba de sí mismo?

—¿La redención? —sugirió ella, mirando a Suralinda—. Como si la merecieran.

—Redención no —dijo Poe—. Arrepentimiento.

Jess se quedó callada. Todos se callaron, seguramente preguntándose cómo se podían expiar crímenes tan siniestros y horribles como los cometidos por el Imperio. Preguntándose quiénes eran ellos para juzgarles, cuando todos tenían las manos manchadas de sangre.

—Bueno —dijo Suralinda, animadamente, para romper el silencio—, no podemos saberlo hasta que lo preguntemos. Déjame ir a preguntárselo.

—Puedes viajar a Rattatak —concedió Poe y Suralinda le miró, agradecida—, pero te llevarás a Jess contigo.

—¿Qué? —preguntaron ambas, a la vez.

—Tiene sentido —dijo Snap, sonriente.

Las dos empezaron a protestar, pero Poe levantó una mano y se callaron.

—No aceptaré de ninguna otra forma. Es demasiado peligroso para que vaya solo una de vosotras. O las dos o ninguna.

Suralinda frunció los labios, pensativa. Jess le tendió la mano.

—Por mí de acuerdo. ¿Vamos?

Suralinda, poco rencorosa, asintió y estrechó la mano de Jess.

—Por supuesto.

—Bien —dijo Poe, aliviado. No estaba muy seguro de que las dos fueran a aceptar, pero tampoco había costado tanto. A pesar de sus divergencias, su éxito en Ciudad Grial demostraba que las dos formaban una buena sociedad, y si había algo que encontrar en Rattatak lo encontrarían. Deseaba que ambas hicieran todo lo posible para salir vivas de aquello.

—Ya conocemos nuestros respectivos destinos —dijo Snap—. ¿Dónde irás tú, Poe? Podrías venirte a ver Wedge. Al fin y al cabo, te entrenó en la academia.

—No puedo, Snap. BB-8 y yo tenemos que buscar a una vieja amiga para pedirle un favor.

CAPÍTULO 3



Poe salió de la velocidad luz sobre el planeta Ephemera y quedó maravillado. BB-8, tras él, en su puesto, emitió un pitido y un zumbido.

—Es precioso —coincidió Poe.

BB-8 le silbó una pregunta.

—No, no he estado nunca —respondió Poe. De hecho, no recordaba haber visitado ningún mundo gaseoso que no fuera ya un gigante. Recordaba vagamente alguna clase de la academia sobre el tamaño y la distancia necesarias en relación con el sol primario de cada galaxia para que se formara un planeta gaseoso, pero Ephemera no terminaba de encajar en la definición. Era una anomalía, algo que ocurría en parte debido a causas naturales, pero que también lo habían provocado agresivamente sus habitantes, si lo que había oído era cierto.

El droide emitió un pitido y Poe le contestó:

—Fue un planeta minero, como Bespin. Conoces Bespin, ¿verdad? Pero aquí extrajeron todo el gas tibanna que había. Cuando se terminó, el Imperio abandonó sus colonias y la mayoría de los colonos también se marcharon. Nadie los echó de menos, según tengo entendido. Los habitantes originales y unos cuantos reductos que no habían venido solo a ganar dinero y que se habían encariñado del lugar se quedaron con el planeta. Y, entonces, por sorpresa, encontraron tuusah.

BB-8 emitió un fuerte pitido inquisitivo.

—El tuusah es un residuo mineral. Al parecer, posee propiedades medicinales e inició una nueva industria. Quizá no fuera tan lucrativa como la explotación del Imperio, pero era muchísimo más amable con la flora y fauna local.

BB-8 emitió otro pitido y Poe se rio.

—Tienes razón —dijo—. El Imperio nunca ha sido amable con nada. Ahora el planeta es un destino turístico con una capital llamada Deseo. Menudo nombre, ¿verdad? Antes era el Puesto Avanzado 665, o algo así de insulso. Y ahora es… —Agitó una mano— Deseo.

»El mayor destino turístico de la galaxia. Todo tipo de baños y tratamientos curativos y una legendaria terapia con óxido que dicen que rejuvenece.

El pequeño droide parecía inquieto.

—Tú te conservas muy bien, amigo mío. No hemos venido para eso. Venimos a buscar a Maz Kanata, ¿recuerdas?

Cuando Maz Kanata le mandó las coordenadas de Ephemera, también le había contado la historia del planeta. «Un poco remoto», le había dicho, «muy lejos de

cualquier ruta comercial rentable, pero encontrarás muchísima tranquilidad y relajación si te gusta flotar en nubes gaseosas. Y la población es muy divertida». Después se echó a reír y terminó la comunicación con un «hasta pronto».

Así que allí estaba, surcando un mar gaseoso de rosas pálidos, verdes y azules, hasta una plataforma de aterrizaje que no parecía mucho más sólida que la atmósfera pesada por la que volaba su caza estelar.

Llegó una transmisión y BB-8 abrió el canal, sin que Poe tuviera que pedírselo.

—*Bienvenido al espacio aéreo de Ephemera* —le dijo una voz extrañamente fina, casi como el suave aliento de un niño—. *Por favor, identifiqúese para que podamos autorizarle a aterrizar.*

—Al habla… —Poe titubeó. La Primera Orden le conocía. Y le odiaba. No creía que la Primera Orden acechase por aquel anónimo mundo turístico del Borde Exterior, pero ya se había equivocado en ese tipo de cosas antes y le convenía ser cauto, aunque pilotase una nave que nadie podría confundir jamás con un Ala-X. Pero no se arriesgó a responder hasta que otra voz remplazó a la primera, esta nada fina.

—*Poe Dameron, ¿eres tú?* —Era una voz malhumorada y familiar. Oyó protestas apagadas y después—. *Oh, pásame ese micro, querida. Yo me ocupo.* —Poe oyó más protestas—. *No te contraté para…* —Más protestas y un fuerte golpe.

Poe esperó un instante y preguntó:

—¿Maz?

—*¿Qué? Claro que soy yo, bobo. ¿Quién si no iba a pedirte que vinieras a este planeta gaseoso de mala muerte?*

—¿Va… va todo bien?

—*¿Qué? Oh, sí, por supuesto. ¿Por qué no iba a ir bien?*

—Parece que tienes problemas.

—*Bah. Solo es gente que se pone un poco posesiva con las máquinas. Nada que deba preocuparte. Lo tengo controlado. Ahora, espabila. No tengo todo el día.*

Poe frunció el ceño.

—Uh, me encantaría aterrizar, pero no veo nada capaz de sostener la nave. ¿Estoy en el sitio correcto?

Silencio y después:

—*Oh, claro. ¿No tiene gracia? Es una especie de medida de seguridad, dicen aquí, pero creo que les encanta la ondulación.*

—¿La ondulación?

—*Ya lo verás. Aquí todo oscila un poco. Ahora... déjame…* —Pudo oír que Maz movía cosas y apretaba con fuerza una tecla que activaba algo pesado y, sin más, aquella cosa que tenía un remoto parecido a una plataforma de aterrizaje pareció solidificarse hasta ser un lugar completamente adecuado para posar su nave.

—¿Qué diantre…? —masculló Poe.

—*Es totalmente seguro, Dameron. ¿Aterrizas o no? Creía que venías por asuntos urgentes de la Resistencia.*

Poe negó con la cabeza. No tenía sentido discutir con Maz Kanata cuando tenía razón. Fuera lo que fuera antes, ahora era una auténtica plataforma de aterrizaje.

—Recibido —dijo—. Ahora bajo.

—*Bien, bien. Hasta pronto. Oh, ¿tienes hambre? ¿Has comido? Debería haber traído algo de comida, ¿verdad? Tendré que pedirles que te preparen algo, a no ser… no tendrás tiempo para una experiencia psicodélica, ¿verdad, Dameron?*

Poe soltó una carcajada de incredulidad.

—Hoy no, Maz. Tú misma lo has dicho, asuntos urgentes.

—*Claro. De acuerdo, entonces. Gracias.* —Y se terminó la transmisión.

Maz Kanata era una leyenda, nadie podía negarlo. Entre los pilotos corrían infinidad de rumores sobre noches salvajes en el castillo de Maz, en Takodana, u otros encuentros fortuitos con «la reina pirata», que siempre hacía a todo el mundo un poco más rico. Pero era difícil de definir y más aún de comprender. Parecía saber siempre lo que hacía, incluso en los rincones más remotos de la galaxia, y tenía un ojo clínico para la gente. Poe no tenía ni idea de cómo lo hacía, ni lo extensa que era su red, pero era impresionante. Y ahora esperaba que emplease sus imponentes poderes para reagrupar y devolver el equilibrio a la Resistencia.

—No te pienso ayudar en nada —dijo Maz, ajustándose las lentes para ver mejor la cara de pasmo de Poe—. La última vez que me jugué el pescuezo por la Resistencia, la Primera Orden destruyó mi castillo. ¿Lo recuerdas? ¿Sabes cómo amaba aquel castillo?

—Era un castillo fantástico —reconoció Poe.

—El mejor. ¿Sabes durante cuánto tiempo fue mío?

—¿Mil años?

—Mil a… —Hizo una pausa y le miró con recelo—. Más tiempo del que llevas tú en esta galaxia, aviador, eso seguro. Así que no me mires como si hubiera perdido la cabeza.

Maz metió la mano en el mejunje gelatinoso que llenaba el tazón que tenía delante y sacó un puñado de algo rosa y blando que olía claramente a azufre. Se inclinó hacia delante y le ofreció.

—¿Quieres?

—No, gracias.

Estaban sentados en unas largas tumbonas de uno de los ubicuos centros de salud diurnos de Deseo. Poe seguía en su uniforme, pero Maz iba enfundada en una gruesa toalla blanca, con otra toalla bien enrollada en su cabeza. Tenía los pies metidos en una mezcla fangosa de sustancias químicas que Poe no lograba identificar y unos cuidadores esbeltos entraban y salían de la sala, repartiendo té, digestivos y más brebajes que Poe rechazaba educadamente. Maz se estaba untando el mejunje con olor a azufre que le había ofrecido por las mejillas, canturreando animadamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Poe, olisqueando—. Huele fatal. —El aroma a azufre se había transformado en olor a amoníaco.

—Excrementos de felinos. De una especie que vivió tanto tiempo aquí que es prácticamente nativa del planeta. La historia cuenta que el fundador de Ephemera fue un filósofo rothkahar. Domesticó a esa especie porque creía que poseía inteligencia avanzada… o quizá fueron ellos los que le domesticaron a él. No lo recuerdo. En cualquier caso, después descubrió que los excrementos de los felinos tenían propiedades curativas. Las altas concentraciones de gas tibanna los transformaban naturalmente en tuusah. —Volvió a reírse—. Hace prodigios en la piel.

—Fantástico, Maz —dijo Poe, sin creerlo—. Pero ¿podemos volver al asunto que estábamos debatiendo? La Resistencia necesita tu ayuda.

—Sí, ya me lo has dicho.

«Pues no parecía que me escuchases», pensó Poe. Tenía que convencerla y decidió que la honestidad más brutal era su mejor baza.

—Necesitamos un lugar para escondernos y reagruparnos. Debe estar alejado de miradas indiscretas de la Primera Orden, pero debe poder albergar alojamiento para todos nosotros, las provisiones, los equipos de comunicaciones…

—¿No me dijiste que solo quedabais un puñado en una sola nave? ¿Qué podéis necesitar?

Poe se estremeció ante su crudeza. Quizá sí que le había escuchado, pero no le interesaba. No se esperaba aquello.

—Seremos más —dijo, apresuradamente—. Tenemos partidarios por toda la galaxia y no dejamos de hacer nuevos aliados. Esperábamos que nos pudieras ofrecer cobijo. Y no solo eso, también liderazgo. Leia no puede llevarlo todo sola. Te necesitamos para que la ayudes a liderar la Resistencia.

—¿Liderar la Resistencia? Creía que eso era lo que hacías tú.

—Yo… —Poe frunció el ceño, sintiéndose muy incómodo.

—¿Quieres que haga tu trabajo por ti? —le gruñó ella, aplicándose la crema con esmero en el cuello—. Tú eres el comandante aquí. ¿O ha cambiado algo?

—No ha cambiado nada —dijo Poe mecánicamente, aunque era mentira, ¿no? Tras el *Raddus* todo había cambiado.

Maz terminó de embadurnarse la cara y se reclinó en su tumbona, con los ojos cerrados. El último camarero había dejado una tetera humeante en la mesita y Maz alargó una mano a tientas, encontró su taza y se la llevó a los labios para darle un sorbo. Dejó la taza de té sobre la mesa. Poe esperó pacientemente que hablase, pero, al cabo de unos instantes, oyó un leve ronquido. ¿Se había quedado dormida?

Poe se levantó, exasperado.

—Estoy perdiendo el tiempo. Debería marcharme.

—¡No! —La mano de Maz le sujetó la muñeca con fuerza, sin la aparente ligereza previa. Abrió un ojo y le miró fijamente. Poe quedó petrificado.

—Escúchame bien, Poe Dameron —le dijo—. Me ves así y crees que soy tonta. Mejor así, porque si el enemigo te percibe como tonto o débil, su arrogancia lo debilita. Es entonces cuando debes atacarle. —Le torció la mano, tirando fuerte de él, y Poe perdió el equilibrio. Cayó de espaldas al suelo, con la suficiente fuerza para hacerle exhalar y provocarle una fuerte punzada de dolor en el coxis.

Maz se levantó de la tumbona y se plantó encima del pecho de Poe en segundos. Sus ojos, rodeados por el tratamiento facial sulfúreo, estaban a solo centímetros de los de Poe. Maz los entrecerró, mirándole fijamente. Analizándole.

—Veo arrogancia en ti. Eso es lo que te mete en problemas y causa dolor.

El se ruborizó, sin poder olvidar el *Raddus.*

—Aprendí la lección —dijo, entre dientes.

—¿De verdad?

—Yo… —Poe apoyó la cabeza en el suelo. Pensó en mentir, o como mínimo no contarle más de lo necesario, pero Maz le miró como si pudiera leerle el pensamiento, como si ya supiera la cruda realidad.

—Me has preguntado si aún soy un líder —empezó a decir, mirando al techo—, la verdad es que no lo sé. Co… cometí algunos errores…

—¿Errores? —el tono de Maz fue más afilado que un bisturí.

—Lideré un motín —confesó Poe. No quería contárselo, pero ya no había vuelta atrás. Y, ahora que había empezado, quería que Maz lo supiera todo—. No entendía lo que pasaba. Solo sabía que estábamos huyendo cuando debíamos combatir. ¡Tenía que hacer algo!

—¿De verdad? ¿Tenías que hacer algo?

Poe compuso una mueca de sorpresa. Hasta hacía solo un instante quería defenderse, hacerle entender a Maz que tenía sentido o, como mínimo, que comprendiera sus razonamientos. Pero, de repente, todo aquel conflicto interior se había esfumado y la realidad fue como un puñetazo en el estómago.

—No —reconoció—. Soy un soldado y ella era mi comandante. Mi único deber era confiar en ella. —Exhaló, queriendo hundirse en el suelo para ocultarse de su deshonra. La miró con ojos suplicantes… no de compasión. Ni siquiera de comprensión. Era otra cosa. Una segunda oportunidad.

Maz emitió una especie de zumbido. Apartó su cabeza de la de Poe y se sentó. No se retiró de encima de Poe, pero como mínimo ahora había cierta distancia entre sus caras.

—¿Y ahora qué, Poe Dameron?

—¿Qué?

—Pongamos que tienes razón. Que tus actos, que tu arrogancia, causaron la muerte de mucha gente. Que condujeron a la Resistencia a su situación actual: rota, huyendo, necesitada y suplicando ayuda.

Poe se estremeció. Abrió la boca para poner alguna objeción, pero ¿qué podía decir? Aparte de:

—Lo enmendaré.

—¿Cómo vas a hacerlo? —le preguntó ella—. No puedes resucitar a los muertos. No puedes reconstruir la Resistencia tú solo, aunque… —Ella rugió, aparentemente alegre— si hay alguien capaz de intentarlo, ese eres tú.

—Puedo acabar con la Primera Orden.

—¿Solo?

—Si no hay más remedio…

Ella negó con la cabeza.

—Más arrogancia. —Se puso de rodillas y se le acercó—. ¿Sabes quién es arrogante, también? La Primera Orden.

—La Primera Orden es malvada.

Maz le miró fijamente, con los labios fruncidos. Se ajustó las gafas, aumentando el tamaño de sus ojos tras las lentes graduadas. Cuando habló, su voz fue suave, casi reverencial:

—He conocido muchas formas de maldad, Dameron. La Primera Orden no es peor que los Sith, ni el Imperio, ni tantos otros que recurrirían encantados al lado oscuro. Como siempre, hay que oponerse a ellos con la luz. Aunque… —Bajó de su pecho y volvió a la tumbona. Se quitó las gafas y se estiró, cubriéndose los ojos con una máscara de algo ligeramente peludo que había tenido dentro de un bote con un líquido azul claro en la mesita—, yo tengo mi propia manera de combatir. No todo son ejércitos y cazas estelares, ya lo sabes.

Poe se sentó y se frotó la espalda. Miró a Maz, pensando en lo fácil que era para ella rechazarle, despreocuparse del futuro de sus amigos y seres queridos. No significaban nada para ella. ¿Era eso lo que te pasaba cuando vivías mil años?

Maz gruñó, como si le pudiera leer el pensamiento.

—Crees que soy desalmada, pero no es eso. Os irá muy bien sin mí.

—No dude que espero que así sea, señora —dijo, incapaz de ocultar la amargura de su voz—. Porque si no lo es, los míos y yo moriremos. Y por mí se puede usted pasar otros mil años aquí sentada.

Su confesión le había hecho sentirse descarnado y expuesto, pero no le había servido ni remotamente para encontrar la manera de cerrar su herida. Y había vuelto a fracasar, no logrando convencer a Maz de que se les uniera. Lo único que podía hacer era levantarse.

Recogió sus cosas en silencio y se marchó. Si se hubiera molestado en mirar atrás, habría podido ver que Maz Kanata se levantó ligeramente la máscara para mirarle, esbozando una leve sonrisa.

Poe ya estaba sentado en la cabina de su caza estelar prestado, preparándose para despegar. Había solicitado autorización para marcharse dos veces y la fina voz de la controladora se lo había denegado, asegurando que el espacio aéreo estaba ocupado y que

debía esperar. Sospechaba que era una artimaña, pero no pensaba lanzarse a ciegas a aquella atmósfera densa como un potaje sin autorización. Exasperado, apretó el botón de la transmisión y volvió a pedir permiso para despegar.

—*Negativo, piloto* —le dijo por tercera vez aquella voz entrecortada—. *Tiene visita.*

Poe levantó la cabeza para mirar al otro lado de la cubierta transparente de la cabina, pero no vio nada. ¿Qué podría ver con aquella atmósfera? Era como vivir en una nube de bizcocho.

Oyó un repentino golpecito en la ventanilla de su izquierda y sintió que el corazón se le aceleraba. Inconscientemente, había empezado a buscar el bláster de su cinturón. Unos ojos enormes le miraron y Poe exhaló lentamente, obligándose a respirar hondo para calmar el pulso.

—Abre —ordenó Maz, dando otro golpecito en el transpariacero.

Poe abrió la cabina de mala gana.

—Quería decirte algo antes de que salgas huyendo —dijo Maz, asomando la cabeza—. Aunque, espera, ¿de dónde has sacado esta nave? Es una verdadera reliquia.

—Me la han prestado. Ya te dije que no tenemos nada, todo terminó destruido. ¿Qué quieres?

Maz miró alrededor, impertérrita, examinando la pantalla de control.

—Una reliquia y una pieza de coleccionista. Cuando hayas terminado con ella, ven a verme. Puede que te la compre.

Se planteó explicarle que se la tenía que devolver a un hutt muy peculiar, pero decidió que no merecía la pena.

—Maz, ¿qué quieres? Tengo que marcharme.

Ella hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Hace tiempo que sospechamos que la Primera Orden ha estado raptando niños y haciendo desaparecer a gente por los márgenes de la galaxia. Pero las cosas empeoran, están arrestando a gente acusada de cargos falsos y prefabricados. Pequeños delitos que convierten en crímenes graves o acusaciones completamente falsas. La gente desaparece en plena noche, sin que sus familias tengan la menor idea de qué ha sido de ellos. Redadas nocturnas, detenciones en las calles y… —Maz hizo un gesto, abriendo los dedos—, desaparecen. ¿Y quién es más probable que desaparezca? Aquellos que tienen algún vínculo con el pasado. Lo interesante es que también lo estamos viendo con algunos antiguos imperiales. Con los que han expresado claramente su aversión a la Primera Orden, pero también con otros que no se han posicionado. Cualquiera que pueda ser una amenaza, actual o futura.

Poe frunció el ceño. Era inquietante pero no le sorprendía en absoluto. El progreso de la Primera Orden se basaba en su abuso de poder.

—¿Crees que eso es lo que puede haberles sucedido a los aliados de Leia? ¿Que no le responden porque no pueden? ¿Que los tienen encerrados?

Maz se encogió de hombros.

—Puede. Es probable. Aunque antes la Primera Orden lo hacía clandestinamente. Ahora les da igual. Detienen a alguien por la calle y ni siquiera se molestan en montar un juicio farsa en el planeta en que se han infiltrado. Está destinado a morir o terminar en campos de trabajos forzados.

—¿Campos de trabajo?

—Alguien tiene que construir todas esas flamantes naves nuevas, ¿no?

Poe se mordió el interior de la mejilla, pensativo.

—Gracias, Maz. Seguro que a Leia le interesa.

—Sí, eso pensaba. Corren rumores de que, en algún sitio, existe una lista de toda la gente que ha sido detenida. Una lista larguísima. Nadie la ha visto, pero tengo gente buscándola. Si descubro algo fiable, os llamaré.

Poe asintió.

—Hazlo.

—¿Seguro que no quieres vender esta nave?

—No la puedo vender.

—Qué lástima.

Empezó a bajar la cubierta de transpariacero, cuando Maz gritó su nombre:

—¡Poe!

El se dio la vuelta.

—Que la luz te acompañe, Poe.

CAPÍTULO 4



Winshur Bratt levantó su carné de trabajo corelliano para la inspección de los guardias de la Primera Orden. Era el tercer control que pasaba aquella mañana en la relativamente corta caminata desde su apartamento, en la parte nueva de Ciudad Coronet, hasta las oficinas de la Corporación de Ingeniería Corelliana en que trabajaba, pero no le importaba. Siempre disfrutaba del inevitable momento en que la expresión de los guardias cambiaba desde la leve superioridad a una incómoda humildad, cuando se daban cuenta de que Winshur era alguien importante. La manera en que el guardia de turno se enderezaba, la repentina ansiedad en su cara pálida, mientras se preguntaba si Winshur le encontraría alguna pega de la que pudiera dar parte a sus superiores. Ese día, el miedo que suscitaba le resultaba particularmente agradable, un bálsamo en una mañana que, por otra parte, no había empezado del todo bien.

Winshur se había pasado las primeras horas del día en la mesa del desayuno, planteándose, si debía escuchar o no la transmisión que había encontrado esperándole al despertarse. Provenía de su ciudad, Bela Vistal, lo que significaba que solo podía ser de una persona… su madre. Había hecho todo lo posible para cortar todos los vínculos con la ciudad y la gente que le había visto nacer, pero su madre siempre lograba localizarlo. Siempre. Esta vez había tardado seis meses y en ese tiempo él había logrado muchas cosas. Había conseguido un empleo respetable en la Corporación de Ingeniería Corelliana, como mando intermedio y primer secretario del Departamento de Archivos, y había logrado conservar el empleo cuando la Primera Orden requisó y tomó el control de la empresa, transformándola en una fábrica de naves de guerra para sus florecientes fuerzas. Muchos de sus compañeros habían sido despedidos tras sus entrevistas con la Primera Orden, Winshur no. De hecho, su entrevistadora, una mujer implacablemente metódica de Alsakan, le había dicho que era exactamente el tipo de ciudadano que buscaba la Primera Orden. Eso le había encantado. Siempre había sabido que estaba destinado a algo más que Corellia, pero que se lo dijera alguien como aquella mujer… Había pasado varios días flotando de felicidad por la oficina, ahora prácticamente desierta. Y después había llegado su momento. Lo habían sacado de Archivos y le habían dado un puesto de prestigio, como merecía. Ahora era Oficial Ejecutivo de la Primera Orden en Corellia. Lo que, siendo sincero, era el mismo trabajo que hacía hasta entonces, pero con un nuevo título, dos ayudantes y un posible aumento futuro. O eso esperaba, al menos, cuando sus superiores se dieran cuenta de que era un hombre muy válido. Y tenía un despacho propio con vistas a un astillero. Nadie podía negar que aquello significaba algo. Habría preferido una ventana con vistas a la ciudad, pero le habían dicho que eran

solo para los altos cargos. En vez sentirse decepcionado, se había dicho que aquello era algo por lo que debía luchar, el siguiente paso en su ascenso hasta la cima. Oficial Ejecutivo del Archivo era realmente fantástico, pero para él solo era el principio. Le quedaba tanto por conseguir… Solo necesitaba encontrar la forma de impresionar a sus compañeros de la Primera Orden, como en su entrevista, y ya nada en la galaxia podría pararle. Excepto, quizá, su madre.

Al final, había borrado la comunicación de su madre sin abrirla. Mejor así. Cuanto antes se diera cuenta de que no quería saber nada de ella ni de nadie de su pasado, mejor. Además, ahora la única familia que necesitaba era la Primera Orden. No tardaría en demostrarles que estaba a la altura de la consideración que le tenían.

—¿Bratty? —dijo alguien a su espalda.

Winshur quedó petrificado. Sus ojos se toparon con los del guardia que sujetaba su tarjeta de identidad, que sonrió levemente. Winshur sintió un nudo en el estómago y se sonrojó, avergonzado, pero mantuvo la compostura, mientras se daba la vuelta para mirar a la persona que se había dirigido a él por aquel viejo apodo que tanto detestaba.

Era una mujer, pálida, baja y morena. Sus ojos azules brillaron con cordialidad.

—Me ha parecido que eras tú —le dijo, animadamente—. No estaba segura con ese uniforme tan elegante, pero… uauh… —Lo miró de arriba abajo, fijándose en su corte de pelo reciente y las impecables rayas en sus pantalones y chaqueta. Finalmente, detuvo la mirada en la placa de la parte izquierda de su pechera.

—¿Trabajas para la Primera Orden, Bratty? —le preguntó, con un punto de repulsión y admiración. O, como mínimo, a Winshur le pareció admiración. ¿Qué otra cosa podía ser? Envidia, quizá.

Él se fijó en el sucio mono gris y las botas pesadas que ella llevaba, con su cinturón multiusos colgando de sus caderas y manchas de grasa bajo las uñas. Una mecánica, seguramente. Alguien que trabajaba en los astilleros, como tantos corellianos en aquel entonces. Lo que significaba que también trabajaba para la Primera Orden, o más probablemente para algún subcontratista forzoso. Había visto aquel tipo de contrato forzoso. Los había recibido, verificado y archivado, como hacía con tantos documentos de la Primera Orden. Los términos solían ser muy favorables a la Primera Orden, pero los subcontratistas corellianos no tenían elección. En aquel momento era trabajar para la Primera Orden o morirse de hambre. Los más astutos se sabían adaptar al futuro y el resto quedaba por el camino.

Pero ¿de qué le conocía y cómo sabía aquel apodo espantoso? Así le llamaban los niños del centro religioso de Bela Vistal, al que su madre había insistido en llevarle durante la mayor parte de su vida, hasta que fue lo bastante mayor para mudarse a Ciudad Coronet para buscar trabajo. Recordaba muy vivamente las ganas que tenía de prenderle fuego a aquel maldito edificio encalado, con sus compañeros de clase dentro. Incluida aquella mecánica, sin duda.

—Me llamo Winshur —le dijo secamente, disimulando con desdén parte de su vergüenza—. Siempre me he llamado Winshur.

—Claro, claro —dijo ella, como si fuera irrelevante—. Soy Navah. ¿Te acuerdas de mí?

En aquel momento la recordó, identificando aquella masa de rizos negros y su cara picara como las de una de sus antiguas compañeras de clase, pero no quiso darle ninguna satisfacción.

—La verdad es que no me acuerdo de ti, Navah. Hace tanto de Bela Vistal…

—Ah, pero recuerdas que soy de Bela Vistal —dijo ella, astutamente.

Winshur frunció los labios, fastidiado. Un pequeño error que no debía haber cometido.

El guardia del puesto de control carraspeó.

—¿Algún problema? —le preguntó Winshur, irritado, mientras se daba la vuelta para mirar al hombre. Se esperaba más sonrisitas, pero el guardia le miraba muy serio y su tono fue respetuoso.

—Ningún problema, señor —dijo el guardia, sacando la identificación de Winshur de su datapad de mano—. Puede entrar en el Edificio Dos. Cuando quiera.

—¿Qué? —Winshur se enderezó—. Claro que puedo. ¿Por qué no iba a poder?

El guardia le miró intrigado mientras le devolvía su tarjeta de identidad. Winshur había hablado demasiado, se había comportado como un novato, no como un ejecutivo. Y delante de la tal Navah. Se sentía avergonzado. Se guardó la identificación en el bolsillo de la chaqueta perfectamente planchada, con el emblema de la Primera Orden en el pecho, y saludó brevemente con la cabeza al guardia. Pero, antes de poder marcharse, la chica se inclinó hacia él.

—Te adentras en las tripas de la bestia, ¿eh, Bratty? —le susurró Navah—. Bueno, supongo que todos hacemos lo que debemos para sobrevivir con la ocupación. Solo recuerda quién te guarda las espaldas. —Le apretó un brazo y Winshur se estremeció. ¿Quién le guardaba las espaldas? Tenía claro que no era nadie de Bela Vistal.

Pensó en denunciar a Navah, pero ¿de qué? Le había apretado un brazo, quizá podría asegurar que le había agredido. Aunque ella habría declarado que le conocía, que eran incluso amigos de la infancia. Aquello le hizo estremecerse.

El guardia volvió a carraspear. Winshur pudo oír murmullos de impaciencia en la cola del puesto de control. Alguien preguntó en voz alta a qué venía tanta tardanza.

—¿Necesita que le escoltemos hasta el Edificio Dos, señor? —le preguntó el guardia, con bastante educación, aunque le pareció detectar un leve matiz socarrón.

—No es necesario —dijo Winshur—. Conozco el camino.

Pasó junto al guardia con una sonrisa tensa y se marchó apresuradamente. No se molestó en despedirse de la tal Navah. ¿Por qué debería hacerlo? Navah no era nadie.

El resto del trayecto hasta su oficina fue tranquilo. Los pasillos estaban abarrotados, pero todo el mundo iba concentrado en su trabajo y no le prestaba la menor atención. Cruzó

fugazmente su mirada con la de un hombre alto y canoso que caminaba rodeado de un grupo de soldados de asalto, con sus intimidantes armaduras. El hombre parecía muy importante y Winshur le había saludado brevemente con la cabeza al cruzarse, como si fuera uno de los suyos. Pero puede que no le viera porque no le había devuelto el saludo. Bueno, tendría que insistir.

Abrió la pesada puerta de su oficina volviendo a usar su tarjeta de identidad, y entró. Una vez dentro, tocó el botón de control que mantenía la puerta abierta. La oficina en sí no era muy grande, pero era mejor que el cubículo que había ocupado antes de su promoción. Una pared contenía una larga y alta ventana que daba al astillero. Si se paraba de puntillas, podía ver la actividad en la planta de producción debajo, pero rara vez lo hacía. No tenía ningún interés en las naves ni en las personas y los droides que las construían. Las demás paredes de su oficina estaban ocupadas por archivadores con cintas magnéticas y grabaciones holográficas. Se amontonaban en la oficina como mujeres expectantes esperando por su atención particular. Cada registro tenía que ser revisado, aprobado, asignado a una ubicación y finalmente despachado por él. Había pensado en delegar parte del trabajo, y aún podría hacerlo, pero por ahora le gustaba seguir haciéndolo con sus propias manos. No se atrevía a dejarle nada a sus actuales subordinados, de los cuales tenía exactamente dos. Uno era un cadete de la Primera Orden llamado Monti Calay, recién llegado de una ciudad corelliana de la que Winshur nunca había oído hablar. Era lo bastante competente, pero extraño. Mantenía su cabello oscuro y rizado cortado apropiadamente corto y su uniforme era impecable, como el de Winshur, pero seguía pidiéndole a Winshur que viniera a almorzar o que lo acompañara a tomar una copa en una de las cantinas locales después del trabajo, como si no comprendiera que debía haber una separación profunda e inexpugnable entre la gerencia y los subordinados. Winshur aún no había decidido qué pensar de Monti Calay.

Sí que tenía una opinión muy clara sobre su otro subordinado.

Para empezar, Yama era joven. Winshur no era precisamente viejo según los estándares corellianos, ni ningún otro. Había nacido el año siguiente a la Batalla de Yavin, en el seno de una familia muy devota de clase media de Bela Vistal. Pero Yama era, como mínimo, una década más joven. Era evidente que la habían sacado de las calles de Ciudad Coronet, por algún motivo que escapaba por completo a su comprensión. Le parecía poco probable que tuviera ningún talento secreto ni contacto político, así que quizá había despertado la compasiva atención de algún funcionario que había decidido darle un futuro dentro de la Primera Orden, que no habría tenido de ninguna otra manera. Sin embargo, tenía claro que semejante compasión había sido un error. No era solo su aspecto lo que la impedía ser la persona indicada, sino también su comportamiento. Sus modales eran rudos, a menudo inexistentes, se movía sin parar mientras esperaba las órdenes y solía lanzarle miradas de incredulidad cada vez que le pedía que hiciera su trabajo. No estaba seguro de por qué sus superiores se la habían asignado, pero no podía apartarla de su servicio. No obstante, tomaba notas copiosas sobre cada una de sus faltas,

por si surgía la oportunidad de revisar su historial. Aun así, le costaba no irritarse cuando estaba en su presencia.

Winshur se quitó la chaqueta y la colgó en el gancho al lado de la puerta. Se quitó los guantes, acariciando la tela para eliminar cualquier arruga que pudiera intentar formarse. Colgó la gorra en otro gancho y dejó los guantes sobre el pequeño estante de debajo. Se alisó la túnica negra y se sacó un trapo blanco del bolsillo para lustrarse las botas. Se lo volvió a guardar. Y entonces revisó el trabajo del día.

Le habían dejado dos cajas nuevas de documentos sobre la mesa. Se acercó con recelo y miró en el interior. Todas contenían una pila desorganizada de algo parecido a cajas metálicas del tamaño de una mano. Sacó unas cuantas con cuidado. Ninguna etiqueta. Miró bien las dos cajas grandes. Tampoco estaban etiquetadas. Pudo notar la irritación creciendo en su interior. ¿Quien se atrevía a dejar aquellas cajas sin identificación alguna? Como si no lo supiera.

—Yama —gritó. Y después, más fuerte—: ¡Yama!

Oyó ruido de pasos en la recepción y Yama entró, sin aliento, como si hubiera llegado a la carrera.

—¿Sí? —preguntó ella—. Es decir, ¿sí, Oficial Ejecutivo del Archivo Bratt? ¿Qué desea?

Winshur estaba furioso, pero se forzó a respirar hondo tres veces, como le habían enseñado en el centro religioso de pequeño, antes de darse la vuelta y decir:

—¿Has dejado tú estas cajas sobre mi mesa? —le preguntó, admirado por lo serena que sonaba su voz.

La chica vestía el uniforme negro de cadete, pero era evidente que su hebilla había perdido todo lustre y que llevaba el cinturón demasiado suelto. Colgaba inclinado sobre las caderas, en vez de estar bien ceñido a su cintura. ¿Intentaba darle un toque moderno al uniforme? Seguro que no. ¡Y aquellos pelos! Las normas indicaban que debía alisarse el pelo rizado, pero ese día llevaba su pelo naranja con raya en medio y recogido detrás en dos moños.

—Tu pelo no cumple las normas —le dijo Winshur.

—¿Qué? —Ella se tocó el pelo—. Oh, sí, lo siento. Esta mañana iba un poco apurada y no he tenido tiempo de arreglármelo. Pero está limpio y no me cubre la cara, con eso vale.

—No vale.

Yama abrió la boca, como si fuera a protestar, pero debió percibir su mirada de censura y cambió de opinión.

—Lo siento —dijo, bajando la cabeza.

Winshur sonrió levemente. Dio un paso adelante y le puso una mano sobre el hombro a la chica. Ella se estremeció ligeramente, lo que le hizo sonreír aún más.

—Mira alrededor de ti, Yama —dijo—. ¿Eres consciente de dónde estás?

Ella no le miró a los ojos, pero asintió con aire taciturno.

—Yo diría que no. —Quitó la mano de su hombro y rodeó su mesa, preparándose para su discurso favorito. Hacía unas semanas que no la sermoneaba sobre la importancia del orden, sobre el papel fundamental que todos y cada uno de ellos desempeñaban en el mantenimiento de la impecable reputación de la Primera Orden en Corellia, sobre cómo su aspecto debía ser irreprochable en todo momento. Estaba claro que había dejado pasar demasiado tiempo.

»Todas las criaturas son gobernadas por los más fuertes de su especie —dijo, sentándose en su silla—. Así es la naturaleza. Los fuertes sobreviven y los débiles son aplastados. Bien, ¿cómo podemos distinguir a los fuertes entre nosotros? ¿Son solo los más corpulentos? ¿Los más musculosos? No, Yama. Son los más disciplinados. Aquellos capaces de dominar sus instintos más básicos y de buscar… —Dio una palmada sobre su mesa que la sobresaltó—, el poder. Bien. —Se reclinó en su silla y se ajustó el puño de la camisa—. ¿Quieres ser alguien poderoso o quieres que te aplasten por ser débil?

Ella murmuró algo que Winshur no oyó.

—Más alto —dijo, exasperado—. Nadie busca el poder murmurándole al cuello de su camisa.

—Quiero ser poderosa —dijo, un poco más alto.

—Sí. Como es debido. Pero no lo lograrás saltándote las normas. Ahora, ajústate el cinturón. Así. Y recógete el pelo en una coleta.

Yama se ajustó el cinturón y se pasó una mano por el pelo.

—Ne… necesitaré un cepillo.

Winshur suspiró.

—Ya lo imagino. Bueno, hoy no tiene remedio, pero que no te vea nadie al salir, por favor.

—No volverá a pasar —prometió ella.

—Eso espero. —Cruzó las manos sobre la mesa de una manera que le pareció benévola y paternal—. No puedo malgastar mi tiempo intentando educarte, Yama. Tengo trabajo importante que hacer.

Ella volvió a asentir, sin mirarle a los ojos aún. Estaba bien que le temiera. Debía temerle. Pero la creía más fuerte. Volvía a decepcionarle.

—Puedes retirarte —le dijo, entre indignado y levemente admirado por la eficacia con que había manejado la situación. Tenía verdadera madera de líder. Si sus superiores hubieran visto cómo había disciplinado a aquella chica seguro que hubieran quedado impresionados.

—Ah, y llévate estas cajas, Yama. Averigua de dónde han salido y ordena las cintas del interior. Lo quiero todo etiquetado… con origen, fechas. No quiero que nadie me pueda decir que no cumplo con mi trabajo —dijo, enfatizando el «mi» lo suficiente para que ella encogiera los hombros, avergonzada. Winshur juntó las manos—. ¡Vamos!

La chica corrió a recoger las cajas. Las apiló y metió los brazos bajo la de abajo para cargar con las dos a la vez. Era evidente que pesaban demasiado, pero Winshur la miró

forcejear. Le podría haber sugerido que hiciera dos viajes o incluso, no lo quieran las estrellas, haberla ayudado. Pero no lo hizo.

La miró dar un paso con dificultad y después otro hacia la puerta. Y, entonces, sin sorprenderse en absoluto, vio que la chica gritaba cuando las dos cajas se le caían. Las cintas negras se esparcieron por el suelo pulido. Winshur notó que una terminaba estrellándose contra la punta de su bota y le dio una patada suave para lanzarla de vuelta hacia Yama.

Esta gateaba de un lado para otro, recogiendo las cintas. Winshur pudo oír sollozos entrecortados, pero no hizo nada por ayudarla. ¿Cómo iba a aprender a no ser débil si los demás siempre le solucionaban los problemas? No, le hacía un favor, con aquella pequeña lección en una vida llena de lecciones que necesitaría aprender si pretendía ser algo más que una chica cualquiera de las calles de Corellia.

Era la misma lección humillante que había aprendido él con sus compañeros de clase de Bela Vistal, la que aprendían todos los niños. Una que podían dejar que les destruyera o podían usar para hacerse más fuertes, más merecedores del poder.

Esperó que hubiera terminado para hablar:

—Por supuesto, tendré que añadir esto a tu historial y seguro que se te aplica alguna medida disciplinaria. En realidad, es por tu bien. Lo entiendes, ¿verdad?

La chica no dijo nada, ni él esperaba que lo hiciera. Yama se agachó y acabó de recoger las cintas, con mayor entereza ahora, con la lección aprendida, y se fue hasta la puerta. Cuando la cruzó, entró el otro subordinado de Winshur, Monti Calay. Sus dos ayudantes se miraron un instante y a Winshur le pareció detectar un destello de algo inesperado en el rostro de Yama. ¿Era ira? ¿Rebeldía? No, era evidente que la chica no era así. Aunque, por un instante, le pareció ver algo.

Algo que debía aplastar.

CAPÍTULO 5



El día amaneció caluroso y húmedo en Myrra, la capital de Akiva. Había llovido toda la noche y una densa niebla llenaba el aire matutino. El sol brillaba tenue sobre las estrechas callejuelas de la ciudad y los verdes campos de las localidades vecinas, menos abarrotadas. Había grandes charcos en las carreteras bacheadas de tierra y los canalones de los tejados de arcilla se desbordaban. A las afueras de la ciudad, entre los pueblos de granjas unifamiliares, Wedge Antilles se levantó de la cama, puso caf a calentar y salió al implacable bochorno mañanero.

—Como meter la cabeza en la boca de un happabore —dijo para nadie, mientras se desperezaba y lanzaba un gran bostezo. Sintió una punzada en el hombro y un dolor agudo en las lumbares. Se frotó la zona, mascullando una leve maldición. Aquel dolor era nuevo. Seguro que se había agravado algo desde el día anterior, cuando sembró el jardín de Norra. Los imperiales le habían torturado años atrás y aún pagaba las consecuencias. Su cuerpo ya no era el de antes. Se recordó a sí mismo que la vejez también tenía parte de culpa. Quizá menos cruel que el Imperio, pero más implacable, sin duda.

Bajó del porche de la parte trasera y cruzó el patio. Era un patio modesto, como la casa en sí, pero era idóneo para ellos. Lo bastante grande para los dos y algún invitado ocasional. Dos dormitorios, estudio, cocina y retrete exterior. Detrás tenían un sistema de recogida de aguas, con depuradora y fosa séptica, y el estándar de una hectárea de terreno de cultivo. Norra había insistido en plantar tres variedades de pimientos y mucho del maíz local, particularmente voluminoso. También tenían un par de ristras de tubérculos morados y una parra de melón koshar; aparte, por supuesto, del gallinero que Snap les construyó en su última visita. ¿Cuándo había sido aquello? A Wedge le costaba recordarlo. Seguro que ya habían pasado años, porque había sido bastante antes de que Snap se casase con Karé Kun.

Era tan temprano que ninguno de sus vecinos más cercanos estaba levantado y se sentía como si tuviera el mundo para él solo, aunque el mundo fuese un jardín repleto de bruma. El clima le recordaba las historias que Luke le había explicado sobre Dagobah. Hacía mucho que no pensaba en ese planeta, desde que Luke se había marchado en busca de… bueno, lo que fuera que buscara. Luke no le había dicho gran cosa, pero tampoco le debía ninguna explicación. En realidad, eran unos críos cuando se conocieron. De Endor hacía mucho ya y de Yavin más aún. No necesitaba mirar ningún calendario para saberlo. Lo notaba en sus huesos. En el dolor de sus articulaciones con aquella condenada humedad, en el hecho de que sus ojos ya no funcionasen tan bien y, ahora, en el dolor sordo de sus lumbares. Norra le animaba a visitar al médico para hacerse un chequeo.

«Tienen medicamentos para todas esas cosas», le dijo irónicamente la última vez que se quejó, pero se había ganado aquellos dolores y achaques. ¿O no? Era uno de los afortunados. Muchos de sus amigos no habían sobrevivido a la guerra. No habían vivido lo suficiente para poder quejarse de los padecimientos de la vejez. Así que ignoró el consejo de Norra y siguió viviendo con su dolor, como una retorcida medalla al honor.

Llenó dos cubos con agua limpia de la depuradora que había junto a la casa y los llevó con cuidado hasta el corral de los kidis. Dejó uno en cada extremo y llenó otro con pienso. Las pequeñas criaturas del interior estaban despiertas y agitadas, así que las soltó para que pudieran moverse. Se dispersaron caminando sobre dos patas y agitando el plumaje multicolor de la cola, entre mucho cacareo y aleteo, dejando algunas plumas azules y amarillas a su estela. Se sacó un pañuelo blanco del bolsillo y lo desplegó. Vio que en los nidos, ahora vacíos, había cerca de una docena de huevos verdes y los fue recogiendo. Recordó un juego que solía enseñar a sus estudiantes de la academia, lo llamaba «apilapalos». A todos les parecía una pérdida de tiempo, pero entonces sus estudiantes creían que todo lo que no fuera volar era un aburrimiento. Típico de pilotos. Había intentado enseñarles que pilotar consistía en algo más que maniobras arriesgadas y voluntad de hierro. Que también debían tener delicadeza. Criterio. La capacidad de no precipitarse para tomar las decisiones correctas, para que el día que se encontrasen en el fragor de la batalla supieran mantener la cabeza fría. Y si la cabeza les fallaba, quizá la memoria de su cuerpo pudiera compensarlo. Entonces no lo entendían, pero esperaba que acabasen haciéndolo y que les hubiera servido de algo en su vida.

Cuando tenía el último huevo dentro del pañuelo, volvió a la casa. Dejaría a los kidis un par de horas al aire libre y volvería a echarles un vistazo antes de comer. No había muchos depredadores tan cerca de la ciudad, aún menos en un día tan bochornoso, pero no le gustaba correr riesgos con sus aves. Ya eran como parte de la familia. Negó con la cabeza. ¿Cuándo se había convertido en un sentimental? ¿Y cuándo recoger los huevos de un pacífico corral de kidis se había convertido en la parte más azarosa del día? Se alegraba de estar vivo, por supuesto, pero había momentos en que se preguntaba si aquellos amigos que no habían abandonado la lucha habían acertado, jubilarse no era una misión sencilla para un viejo soldado como él.

Le llamó la atención un movimiento sobre su cabeza y levantó la vista hacia el brumoso cielo. Lo atravesaron un destello metálico y el familiar rugido de los motores de dos cazas estelares conocidos. Se le aceleró el pulso. Por un instante, flexionó los dedos por la sorpresa y se le estuvo a punto de caer la huevera improvisada, arruinando el botín del día. En el último momento se acordó de los huevos y evitó que se le cayeran al suelo. Los agarró más fuerte por debajo.

Reconocería aquellos cazas estelares en cualquier lugar. Su inconfundible forma de cruz, el sonido de los motores cuando aquellas elegantes naves cruzaban la atmósfera. Eran Ala-X. Pero ¿qué hacían en Akiva? ¿Y, lo más importante, por qué daban un rodeo para aterrizar… justo allí?

—Tiene que ser él —masculló Wedge, cuando la primera nave descendió. Se apoyó contra el corral y bajó la cabeza para evitar la polvareda levantada. Su bata aleteaba y los kidis chillaban. Como mínimo, habían tenido la sensatez de volver a meterse en su corral, en vez de quedarse mirando como worrts pasmados. Pero el caza estelar se posó rápidamente y el segundo no tardó en hacer lo mismo.

Se hizo el silencio cuando los motores se apagaron. Seguro que sus vecinos ya se habían enterado de que tenían visita, pero miró hacia la casa más cercana y vio que aún tenían las persianas bajadas. Le pareció que se escondían, pero estaba seguro de que no por mucho rato. Era posible que sus vecinos no se tomasen mal el aterrizaje, aunque poco probable. La curiosidad no tardaría en carcomerles y acudirían a informarse. Era cierto que Akiva había sido uno de los primeros planetas en unirse a la Nueva República, por lo que quizá no diesen demasiada importancia al hecho de que un par de Alas-X hubieran aterrizado en su casa. De todas formas, eran muchos los que esperaban la llegada de la Primera Orden para que solucionase el caos generado por la caída de la Nueva República. Lo irónico del asunto era que aquel desastre lo había originado la Primera Orden, aunque la gente no lo viera así. Solo veían que la Nueva República había prometido cosas que no había cumplido. Y ahora había un nuevo mando en plaza que iba a mejorar las cosas. Wedge sabía que era falso, pero intentaba vivir en paz y no se metía. Norra se había discutido con algunos de sus vecinos más obstinados, cuando aún los invitaban a sus cenas y reuniones, pero dejaron de hacerlo después de que ella amenazara con pegar a alguien. La cordialidad de los vecinos fue desapareciendo. La mayoría sabía que tanto Norra como él habían pertenecido a la Rebelión, aunque nadie les había buscado ningún problema. Pero ¿dos Ala-X en su patio trasero? Bueno, aquello era como restregárselo por la cara, ¿no?

Wedge rio tímidamente. Pensó que tampoco les vendría mal. La vida era demasiado tranquila por allí.

Se abrió la cabina de la nave más cercana con un chorro de aire comprimido y una cara muy añorada le saludó. Karé Kun agitó la mano enérgicamente y Wedge pudo ver su gran sonrisa y su melena rubia reluciendo a la luz. Ella gritó algo que no alcanzó a oír, mientras se despojaba de su arnés. Wedge le sonrió. Si Karé Kun volaba en el primer caza estelar, sus sospechas eran acertadas. Solo podía ser…

Se volvió entusiasmado hacia la otra nave. La cabina se abrió y lo único que pudo ver fue un casco negro y un droide astromecánico familiar. Se le cayó el fardo de los huevos, completamente olvidado, y echó a andar tan rápido como pudo hacia el segundo Ala-X. Antes de darse cuenta ya estaba corriendo y gritando, con los brazos abiertos.

Snap Wexley saltó ágilmente desde la nave y aterrizó de pie sobre el verde pasto de Akiva. Abrió los brazos y recibió a Wedge con un gran abrazo.

—¡Snap! —exclamó Wedge, al borde del llanto. Nunca lloraba, pero aquello bien merecía unas pocas lágrimas de felicidad—. ¡Tu madre se alegrará tanto de verte!

—Yo también me alegro mucho de veros —dijo Snap—, pero os traemos noticias. Vayamos a casa.

Se separaron y Wedge asintió.

—Sí, ven a saludar a tu madre. Yo prepararé una tortilla, mientras. Oh. —Miró por encima de su hombro, hacia donde se le habían caído los huevos—. Tendrá que ser una tostada —rectificó, riéndose.

—Con un caf nos basta.

—Por supuesto. Vamos, Snap. Bienvenido a casa.

El hombre mayor acompañó al joven por el patio y la mujer se les unió por el camino. Cuando llegaron a la puerta trasera, el sol ya atravesaba las nubes y empezaba a despejar la bruma matutina. Al final iban a tener un día despejado.

—¡Norra! —gritó Wedge, al entrar en casa—. Ven a ver quién está aquí. ¿Norra?

La puerta trasera daba directamente a un pequeño vestíbulo, donde Snap y Karé Kun se detuvieron. Wedge pudo ver cómo se empapaban de la atmósfera doméstica que allí reinaba. Herramientas de jardinería bien ordenadas y colgadas de las paredes, fertilizante y pienso para kidis en latas etiquetadas, un banco en el que te podías sentar a quitarte las botas y el mono embarrados.

—Ya no somos soldados —dijo Wedge, encogiéndose de hombros. ¿Qué esperaban Snap y Karé? Norra y él habían regresado a Akiva para llevar una vida sencilla, para apartarse de la lucha y de las muertes. Había sido una buena idea en tiempos de la Nueva República, pero ahora, mientras los chicos observaban su casa, le pareció egoísta y autocomplaciente, como si ignorasen la galaxia que había allí fuera.

—Ya lo sé —dijo Snap, asintiendo comprensivamente—. Esto es genial. Parece que mamá y tu sois muy felices.

—Lo somos —admitió Wedge, sinceramente.

Les hizo entrar en casa. La sala contigua al vestíbulo era la cocina. La dominaba una gran mesa de madera, rodeada por un banco bajo y varias sillas distintas. En el pasado, cuando aún tenían vida social, en aquella mesa habían cabido hasta doce comensales. Ahora solían ser solo ellos, además de la visita ocasional de sus dos ancianas tías. Tras la mesa había una cocina con un horno de buen tamaño y una placa y un grifo por el que brotaba el agua de la depuradora exterior. En una esquina había estantes con conservas y frutos secos y la puerta a una despensa llena hasta la mitad de los tubérculos. Norra había insistido en construir aquella despensa, a pesar del clima poco favorable. También había insistido en hacer un túnel accesible desde la despensa que llevase hasta los límites de su propiedad, por si necesitaban un refugio. Para sorpresa de su mujer, Wedge había aceptado inmediatamente. Norra le había confesado que creía que se iba a negar, que iba a pensar que era una paranoica. Pero los dos habían pasado suficientes apuros para negar el valor de un plan de fuga. Así que, durante dos largos meses de la estación seca del año anterior, habían excavado el túnel. Si alguna vez debían usarlo, tendrían que cruzarlo reptando, pero saber que lo tenían parecía apaciguar a Norra.

Sobre la puerta de la despensa había hileras de platos, vasos y utensilios de cocina de todas las formas y tamaños. Wedge había intentado hacer mejoras en la cocina recientemente; lo que, en esencia, había consistido en buscar a los distintos vendedores de artículos de cocina de los mercados locales y comprarles de todo. Era un batiburrillo ecléctico, pero le gustaba. Le recordaba el lugar en que se había criado, en Corellia. Más concretamente, le recordaba a lo que nunca había tenido durante su infancia en aquel planeta. Su casa era anodina, práctica. Ahora tenía algunas cosas solo por el placer de tenerlas.

—Muy colorida —comentó Snap, mirando la cocina.

—Y hogareña —añadió Karé Kun, dando un golpecito a su marido en el brazo—. Me encanta.

—Sentaos —dijo Wedge, haciéndoles un gesto—. El caf debe de estar a punto. ¿Norra? —volvió a gritar—. ¿Dónde estás? —Seguro que le había oído. O, como mínimo, los Ala-X aterrizando. Lo que significaba que si no aparecía era porque no quería.

Vio que Snap y Karé Kun se miraban.

—Está bien, hijo —dijo Wedge—. Pero le dan estos arrebatos de vez en cuando. Ya la conoces.

—Cómo olvidarlo —murmuró Snap, solo al volumen suficiente para que le oyera Wedge.

Karé Kun tomó la iniciativa.

—¿Por qué no sirvo yo el caf mientras tú la vas a buscar? —propuso, yendo hacia la cafetera que hervía sobre el fuego.

Wedge asintió, agradecido.

—Las tazas están ahí arriba. Tardo un minuto.

Se detuvo cuando ella le puso una mano sobre el hombro.

—No hay ninguna prisa.

El pasillo estaba oscuro y silencioso y Wedge sintió que un mal presagio crecía en su pecho a medida que se adentraba en la parte trasera de la casa.

—¿Norra? —volvió a gritar, asomando la cabeza por la puerta del dormitorio que compartían. Estaba vacío, con la cama hecha, con las esquinas reglamentarias y todo. Miró en la habitación de invitados, por si acaso, pero también estaba vacía. Lo que solo dejaba una habitación… el lugar donde, pensándolo bien, esperaba encontrarla.

La mayor parte de las habitaciones de la casa estaban tan limpias y ordenadas que podrías comer directamente sobre el suelo. El estudio era la única excepción. Allí se permitía que reinara el caos y reinaba sin reparos. Las estanterías estaban hasta los topes de recuerdos de sus viajes por toda la galaxia. Allí había una caja de un brandy carruthiano muy exclusivo, junto al marco en el que Wedge conservaba todas las

medallas que se había ganado como héroe de la Rebelión. Allí estaba su certificado de enseñanza de la academia, además de una caja con viejos juguetes de Snap, que habían conservado sus tías y que le habían dado a Wedge cuando regresaron. La conocían afectuosamente como «la sala de la memoria» porque allí atesoraban sus recuerdos más preciados. Y allí, bajo la luz del sol que se colaba por la ventana, estaba Norra, de pie.

No había cambiado mucho desde que la conoció. Alta y esbelta, pelo canoso corto y práctico, la cara una serie de ángulos y planos marcados. Había envejecido, las arrugas rodeaban sus ojos castaños, como él, pero eso solo la hacía más formidable, como si hubiera añadido una sabiduría que atemperaba su carisma innato.

Miraba por la ventana, probablemente a los Ala-X, y no la veía bien, pero suponía que su cara reflejaría un montón de emociones contradictorias. La conocía lo suficiente para saber que la aparición de aquellos cazas estelares habría removido sus emociones y ver a Snap, al que seguro que había visto cruzar el patio con Karé Kun y él, nunca le resultaba sencillo. Ni después de tantos años, ni después de que el hijo hubiera perdonado a la madre. Norra nunca había logrado perdonarse por haber abandonado a Snap cuando era un crío para seguir a su ya difunto marido, al que el Imperio había arrestado por espionaje. Y era un espía. Y después, por supuesto, todo empeoró, porque cuando se reencontró con él; lo habían destruido, le habían lavado el cerebro para convertirlo en un asesino del Imperio. Fue un desastre y una de las peores historias sobre la crueldad imperial que Wedge había oído en su vida, y eso que había oído muchas. Y, de alguna manera, Norra se culpaba de todo aquello. La cuestión era que se trataba de una grandísima piloto, mejor que Wedge en muchos sentidos, algo que a él no le importaba lo más mínimo reconocer. Ser bueno era una cosa, ser genial otra muy distinta. Norra era genial. Pero también era… complicada. Atormentada. Debatiéndose entre sus necesidades y las exigencias de la maternidad, entre su lealtad primero a la Rebelión y después a la Nueva República y sus seres queridos. En su vida cotidiana le resultaba más sencillo no pensar en todo aquello, pero con Snap allí, y aquellos Ala-X… Bueno, no le extrañaba que estuviera en la sala de la memoria.

—¿Cómo está? —le preguntó cuando Wedge entró—. Temmin. ¿Está bien?

—Todos le llaman Snap, Norra. Ya lo sabes. Y está bien. Muy bien. Karé también. ¿Por qué no vienes a verlos?

Ella no había apartado la vista de la ventana, así que Wedge se le acercó y le rodeó la cintura con un brazo para serenarla. Norra se estremeció ligeramente, sorprendida, y Wedge intentó no tomárselo como algo personal.

—Pensaba —Norra se detuvo y volvió a empezar—. Pensaba que, bueno, ¿por qué vendrían sin avisar si fuesen buenas noticias? Si se presentan aquí y aterrizan ahí fuera, en vez de en un puerto apropiado de la ciudad, bueno, deben ser malas noticias, ¿no, Wedge?

—No necesariamente —le dijo él en tono tranquilizador—. Snap nunca ha sido muy dado a seguir las reglas, en particular aquí, en su planeta natal. Probablemente se cree con derecho a aparcar donde le plazca. —Aterrizar allí, además, le permitía evitar autoridades

fisgonas y habitantes de la ciudad que quizá no guardaban muy buen recuerdo de Temmin Wexley. Había sido un pequeño delincuente antes de unirse a su mamá en la persecución de imperiales. Nada demasiado grave, para Wedge, y le parecía improbable que nadie se acordase ya del chico problemático que había sido, pero puede que Snap creyera que era mejor prevenir que curar.

Norra suspiró y sus hombros se relajaron un poco. Se giró hacia él.

—Tienes razón. Claro que sí. —Sacudió la cabeza, como si quisiera librarse de los malos pensamientos—. Pero he visto esos Ala-X…

—Y han regresado todos los recuerdos. Eh, lo entiendo. Yo también estaba allí, ya sabes.

—Y te quiero por eso —dijo, dedicándole una sonrisa por fin. Se inclinó hacia Wedge y le besó—. Además, no creo que haya nadie más capaz de soportarme.

—Bueno, eso también.

Norra le dio un débil puñetazo en el hombro.

—Le dijo la sartén al cazo. Los dos tuvimos nuestra buena dosis de guerra. —Echó un elocuente vistazo a la habitación.

—No hay duda. Pero aún queda espacio para nuevos recuerdos, ¿verdad, Norra? Días apacibles en la granja, nietos correteando de aquí para allá, noches contemplando las estrellas, en vez de volar entre ellas.

Norra le miró fijamente un rato, entornando los ojos y frunciendo los labios.

Wedge le guiñó un ojo.

—Entendido.

Ella exhaló, aliviada.

—Creía que hablabas en serio. Bueno, claro que quiero granja y nietos, pero…

Wedge asintió, ligeramente apenado. Sí lo decía en serio, aunque ahora disimulase por ella. Ya le costaba bastante, esforzándose por integrarse con los vecinos y perdonarse por los errores del pasado, y estaba dispuesto a hacer todo lo que pudiera por ayudarla. Además, sabía dónde se metía el día que se casaron y aquella era Norra, con todas sus complicaciones. Y no la cambiaría ni por todos los créditos de la galaxia.

—Sí, yo también. —Le dedicó una sonrisa de ánimo—. Ahora vamos a ver qué trae a Snap y Karé por aquí. Y a tomar un poco de caf, antes de que se enfríe.

Snap y Karé estaban sentados en el banco largo de la cocina, con las cabezas pegadas. Se separaron, con la expresión culpable de los cadetes pillados besuqueándose.

—Mamá —dijo Snap, levantándose—. Uauh, qué buen aspecto tienes.

—Tú también, hijo. —Dio un breve abrazo a Snap y después a Karé, que también se había levantado. Norra les hizo gestos para que se volvieran a sentar y se sentaron con ellos. Karé había puesto una jarra y cuatro tazas sobre la mesa. Ya se habían servido una taza y Wedge sirvió a su mujer y después se puso para él. Norra sujetó la taza con las dos

manos y olió el aroma—. Me alegro mucho de verte, Temmin. Ya sabes que Karé y tú siempre sois bienvenidos en esta casa, pero Wedge dice que tenéis noticias.

—Ya hablaremos de eso —dijo él, un tanto evasivo—. Antes contadme cómo estáis.

—Como siempre —dijo su madre, un poco seca—. Las cosas no han cambiado mucho por aquí, en el Borde Exterior.

—¿Os llegaron noticias de lo de Hosnian Prime?

Norra se sonrojó.

—Por supuesto que sí. Perdona, ¿te referías a eso?

Snap asintió.

—¿Cómo respondió el gobierno local?

—Convocaron unas elecciones de emergencia —explicó Wedge—. La gente echó al gobernador y puso en su lugar a un rico comerciante con fama de entenderse bien con la Primera Orden.

—Un escudo contra la ocupación —dijo Norra—. Aunque aún no ha aparecido nadie intentando tomar el control del planeta. Y la vida cotidiana sigue igual. ¿Cómo están las cosas por ahí fuera, en la galaxia? No tenemos noticias desde hace siglos.

—Venimos de Ikkrukk —explicó Karé—. ¿Lo conoces?

—Un mundo del Borde Medio. La capital es Ciudad Grial. Hice algunos transportes de carga por allí.

—La Primera Orden se presentó en el planeta y exigió que se rindieran para su inminente ocupación. Cuando se negaron, la Primera Orden disparó.

Norra miró a Wedge.

—Lo mismo que esperábamos que pasara aquí.

—Por suerte, nosotros andábamos cerca —dijo Snap—. La general Organa había enviado al Escuadrón Negro para otra misión. Las cosas se pusieron bastante feas, pero Poe apareció en el último momento para sacarnos del fuego.

—Literalmente —añadió Karé.

—¿Cómo está Poe? —preguntó Wedge—. Fue uno de mis mejores alumnos. Aparte de ti, por supuesto —añadió rápidamente hacia Snap.

—Mientes —le replicó Snap—. Yo era un estudiante pésimo.

—Eras un estudiante pésimo, sí —admitió Wedge.

Los tres se echaron a reír, pero Norra, con el ceño fruncido, no abrió la boca.

—¿Cómo que Poe Dameron apareció en el último momento? ¿No es el líder del Escuadrón Negro?

—Snap voló como Jefe Negro en esa misión —dijo Karé, con un punto de orgullo.

—Eso es genial, hijo —dijo Wedge, entusiasmado—. Sabía que algún día liderarías tu propio escuadrón.

Snap bajó la cabeza.

—De hecho, fue por necesidad. Poe tenía otra misión. —Dio un sorbo a su taza y se enderezó—. Y aquí empiezan algunas malas noticias.

Norra se puso tensa.

—Lo sabía. ¿Quién ha muerto?

—Norra —Wedge la regañó con dulzura—. Snap no ha dicho…

—No estuvimos allí —dijo Snap, interrumpiéndole—, pero Poe nos contó lo más relevante. Hubo una batalla en un planeta remoto llamado Crait y… —Sacudió la cabeza con pesar.

—¿Quién? —insistió Norra con un tono tenso.

—Todos —dijo Karé, en voz baja.

—No todos —la corrigió rápidamente Snap, viendo la cara de su madre—. Pero los líderes de la Resistencia ya no están con nosotros. La almirante Holdo, Ackbar, Statura. Toda la flota.

—¿Y Leia? —preguntó Norra con la voz rota.

—No, la general Organa sobrevivió. Sorprendentemente. Pero no está demasiado bien, según nos contó Poe, y no puede comandar la Resistencia sola.

—No entiendo —dijo Wedge. Se levantó y dio unos pasos, como si quisiera alejarse de las noticias de Snap—. ¿El almirante Ackbar ha muerto?

Snap asintió.

—Pero sobrevivió a Endor. Y a Jakku. Creía… —Wedge se pasó una mano por el pelo canoso—. Creía que viviría eternamente. ¿Cómo fue?

—¿Acaso importa? —preguntó Norra.

Wedge la miró, ella se encogió de hombros y miró hacia otra parte.

—Hay una baja más. Wedge, será mejor que te sientes.

Oh, no. Para Wedge aquello significaba claramente que debía mantenerse de pie. Se apoyó de espaldas contra el borde de la encimera de la cocina y cruzó los brazos.

—Cuéntame —dijo, en tono severo.

—Luke Skywalker.

Wedge se tambaleó. Echó las manos hacia atrás para agarrarse al mueble. ¡Luke no! ¿Podían matarlo? ¿Los Jedi no eran inmortales o algo así?

—¿Estás bien? —Wedge levantó la vista y vio a Karé junto a él, sujetándolo por el codo. Se apartó de ella lentamente.

—Estoy bien. No soy un anciano, maldita sea.

Karé reculó, con los ojos muy abiertos, claramente herida. Wedge suspiró y pensó que necesitaba sujetarse a algo.

—Perdona, Karé. No quería ser brusco. Es solo que…

—Las manos le temblaban. De hecho, todo su cuerpo parecía temblar.

—Todos —dijo Norra, en apenas un susurro, repitiendo lo que había dicho anteriormente Karé, pero Wedge la oyó. Sus miradas se encontraron y lo único que su marido vio fue derrota.

—Pues se acabó —dijo Wedge—. Se acabó la Resistencia. La Primera Orden ha ganado.

CAPÍTULO 6



Winshur levantó la vista de su trabajo y se encontró a Monti Calay mirándole fijamente desde la puerta de su despacho. Reprimió un escalofrío de incomodidad por la mirada intensa del joven y se reclinó lentamente en su asiento, cruzando las manos sobre las rodillas.

—¿Qué pasa, Monti? —preguntó a su asistente—. Ya he tenido una mañana bastante complicada, te ruego que no pongas a prueba mi paciencia.

—Mensaje del mando central, señor. Para usted. Marcado como urgente y confidencial, por eso me pareció que debía advertirle de inmediato.

Ah, algo del mando. Lo que significaba que le estaban confiando algo más que un simple trabajo de archivero. Hizo un gesto al cadete para que se acercase. Monti le entregó un datapad. Era un modelo fino y plateado, lo último en tecnología de la Primera Orden. Solo los tenían los funcionarios, ya que se consideraban valiosos y muy seguros. Winshur llevaba el suyo encima prácticamente siempre, pero la noche anterior se lo había dejado a Monti para que realizase las farragosas copias de seguridad que el dispositivo móvil precisaba. A diferencia de otros dispositivos de comunicaciones, con aquel datapad en particular no se podían hacer copias de seguridad remotas, sino que se debía conectar físicamente al puerto de acceso de una red mayor. Antes de que le asignasen a Monti y Yama como ayudantes, él mismo se quedaba una vez al mes haciendo horas extra para ocuparse personalmente de la copia de seguridad. Pero era un trabajo pesado y completamente anodino, a no ser que mirar una pantalla con un planeta rotante que indica el paso del tiempo se pudiera considerar divertido. Esa era otra de las cosas que había podido delegar.

Winshur se quedó mirando la pantalla un momento. El planeta rotante desapareció, remplazado por la petición de la contraseña. Frunció el ceño.

—¿Has intentado acceder a los datos? —le preguntó a Monti.

—No, señor.

—Entonces ¿por qué pide una contraseña?

Monti titubeó.

—Pen… pensé echar un vistazo antes de molestarle. Oí que estaba ocupado.

—Si la transmisión está marcada como confidencial significa que es únicamente para mí. Este dispositivo es mío. —Levantó el datapad con una mano, como enfatizando su propiedad—. No lo vuelvas a hacer.

—Por supuesto que no, señor. Solo intentaba ayudar.

Winshur apreciaba el entusiasmo del muchacho, opuesto absoluto a la actitud indolente de Yama, pero era improcedente. En todo caso, no había pasado nada malo. El datapad era seguro. Introdujo su contraseña y colocó el pulgar sobre el recuadro lector de la huella dactilar. La pantalla se iluminó y vio lo mismo que Monti cuando había llegado la transmisión: las palabras «URGENTE» y «CONFIDENCIAL» parpadeando en letras rojas. Bajó por el largo aviso legal sobre el acceso a datos confidenciales y marcó la casilla del final que declaraba que sabía lo que se hacía. Finalmente, apareció la opción de transmisión holográfica, que aceptó. Una mujer en un uniforme gris de la Primera Orden se materializó sobre el datapad, en un espectáculo de luces. Reconoció a su superior, la misma que le había entrevistado para el puesto que ahora ocupaba.

—Mensaje dirigido al Oficial Ejecutivo del Archivo, Winshur Bratt, de parte de la Base de Mando Corelliana. Si ha accedido a él por error, no continúe o será sancionado por la Primera Orden. —Winshur estaba tan inquieto como intrigado. ¿Qué diantre le enviaban? Detuvo la transmisión.

—Puedes retirarte, Monti. —El joven se había quedado callado e inmóvil. Winshur habría podido sospechar que intentaba pasar desapercibido, que quizá esperaba que olvidase que estaba allí. Una curiosidad natural, aunque era evidente que aquella información era solo para sus ojos.

—Por supuesto, señor. —Monti hizo chocar sus tacones para despedirse y se dio la vuelta rápidamente.

—Y cierra la puerta al salir. No quiero que nadie me moleste.

Monti cerró la puerta al salir. Una vez solo, Winshur volvió a activar la transmisión. El holograma prosiguió:

—Le transfiero tres documentos muy delicados que la Primera Orden ha estado recopilando durante tiempo. El primero es una lista de subversivos. Individuos relevantes que creemos que suponen una amenaza para la paz y el orden de la galaxia y que deberían ser arrestados de forma inmediata para su interrogatorio. Como puede imaginar, esta es información muy sensible. Si esta lista se filtrase y estos individuos fueran alertados, se podrían ocultar para siempre de la justicia de la Primera Orden.

»El segundo documento es aún más sensible. Es una lista de prisioneros actuales de la Primera Orden. Sabemos que algunos de estos individuos que tenemos encerrados tienen conexiones y vínculos con gobiernos hostiles y entes ajenos a nuestra jurisdicción que estarían encantados de liberarlos. Lo que no podemos permitir bajo ningún concepto.

»El tercer documento es un anexo de la segunda lista. Incluye los nombres de quince presos destacados que consideramos inadecuados para retener en nuestras instalaciones de seguridad estándar y que serán transferidos a Corellia. De hecho… —La mujer hizo una pausa y pareció sonreír levemente—, es probable que reconozca algunos nombres. Su cometido, Oficial Ejecutivo del Archivo Winshur Bratt, es doble. Primero, debe enterrar estos documentos en sus archivos, donde solo podamos encontrarlos los altos mandos, como yo. Y, segundo, también debe enterrar a esos prisioneros.

Se llevó una mano sudorosa al corazón. Aunque no fuera habitual, no suponía ningún problema ocultar los archivos. Podía almacenarlos separadamente, fuera de la red general, hacerlos difíciles de encontrar, en el mejor de los casos, o sencillamente imposible para todo aquel que no supiera exactamente lo que buscaba. Pero aquello del final. ¿Había oído bien? ¿Le enviaban quince prisioneros?

Apretó el botón de REPRODUCIR y volvió a escucharlo. Sí, mandaban quince prisioneros a Corellia y debía recibirlos él. ¿Y después qué? No era funcionario de prisiones. Dejó continuar la transmisión.

—Llegarán acompañados por seguridad de la Primera Orden, como si se tratase de trabajadores forzosos. Lo que es cierto, por otra parte. Ninguno de esos prisioneros es considerado un peligro grave para la seguridad, pero hemos tomado precauciones para neutralizar cualquier amenaza que pudieran suponer. De hecho, los encontrará bastante debilitados, aunque no tanto como para no poder trabajar. —La mujer del holograma se inclinó hacia delante—. Esta es la oportunidad que estaba esperando, oficial Bratt. Necesito que se ocupe, con el funcionario de la Oficina de Reforma que los acompaña, de organizar la distribución de estos prisioneros entre la mano de obra de los astilleros. Cuanto más dura sea su tarea, mejor. Pero deben seguir vivos y, sobre todo, deben trabajar. La reforma de los presos mediante el trabajo es uno de los preceptos de la Primera Orden. La voluntad, la disciplina, son purificadoras. ¿Lo entiende? —La mujer se enderezó—. Haga esto, y hágalo bien, y antes de que se dé cuenta sus dotes de liderazgo quedarán probadas y se le invitará a abandonar Corellia para unirse a nosotros aquí, en el alto mando. Y quizá también podamos hablar de un aumento.

La mujer desapareció. Winshur apretó un botón de su datapad y abrió el último documento. Ante sus ojos apareció una lista de quince nombres. Junto a cada nombre se indicaba el planeta de origen del preso, su especie, su delito y su sentencia. Apretó otro botón de su datapad. Ahora apareció el primer documento. Ojeó la lista de los más buscados, pero no reconoció ningún nombre. Decepcionado, volvió a los Quince de Corellia, como empezaba a conocerlos, y se fijó más detenidamente en los nombres.

Se alegró de no estar de pie.

Menudos nombres. Le pareció reconocer algunos de las noticias y otros tenían títulos como «DIPLOMÁTICO» o «AGREGADO». Incluso había un «SENADOR» junto a uno. Se le aceleró el pulso y se pasó una mano por la frente. Aquellos no eran criminales que necesitaran trabajos duros para expiar sus crímenes, eran presos políticos, muchos de ellos antiguos líderes de la Nueva República que no debían estar en Hosnian Prime cuando fue destruido. Y ahora la Primera Orden pensaba ocultarlos en Corellia, perderlos entre las sombras o destruirlos a base de trabajos duros a mayor gloria de la Primera Orden.

—La oportunidad —se dijo, en voz baja—. Es la oportunidad de demostrar lo que valgo. —Winshur nunca había sido político. Dado que había alcanzado la mayoría de edad después de la Guerra Civil Galáctica, no había sido testigo de los supuestos horrores del Imperio en su momento de esplendor, y la presencia de tropas imperiales en Bel

Vistal siempre había sido reducida. Cuando fue lo bastante mayor para entenderlo, los soldados de asalto a los que su madre siempre acusaba de haber ocupado la ciudad ya habían prácticamente desaparecido. Cuando llegó la Primera Orden, la gente refunfuñó. Algunos protestaron y unos cuantos políticos se habían opuesto abiertamente a la ocupación, pero no tardaron en ser derrotados en las urnas. Al principio, la gente estaba asustada, pero la vida había seguido su curso. Algunos puestos de control más, toque de queda, restricciones en concentraciones públicas y algunos discursos, pero la gente, por lo general, se había adaptado. Incluso cuando sus vecinos más belicosos habían sido detenidos. Aunque sus derechos se fueran erosionando lentamente. ¿Qué podían hacer, en definitiva? La política era algo demasiado grande para que el ciudadano corriente la entendiera.

—La oportunidad de ser alguien importante —dijo, repasando la lista de nuevo. Aquellas personas habían sido importantes en el pasado y solo tenía que verlas en aquel momento, mucho más abajo que Winshur Bratt. Sonrió, dejando que la ambición se llevase por delante aquel instante de conciencia. Sí, podía hacerlo. Fácilmente. Y con gusto.

Consultó la hora. Llegarían bastante después de la medianoche, cuando el personal quedaba reducido al mínimo. Bueno, le esperaban un día y una noche largos, pero no le importó. Enviaría a Yama o Monti a buscarle algo para cenar en el trabajo. Tenía mucho que hacer y quería echar un vistazo a la lista completa de tareas para tener más claro cómo distribuir a los prisioneros. Tendría que ir a buscarla él mismo. De hecho, debía hacerlo cuánto antes.

—Monti —gritó, antes de recordar que este había cerrado la puerta y era improbable que le oyera.

La puerta se abrió de inmediato. Winshur levantó la vista, sorprendido, y encontró a Monti en la entrada. ¿Estaba esperando a que terminase? Era posible. Probable incluso, ya que ese era su trabajo.

—Voy a tener que salir toda la mañana para consultar unos archivos del Departamento de Trabajo. ¿Puedes quedarte a cargo de la oficina?

—Por supuesto —respondió Monti.

—Y ya te aviso que es probable que esta noche salgas más tarde. Tengo un encargo para ti, antes de que te marches a casa.

El chico asintió, sin rechistar. Oh, si Yama aprendiera a ser así de profesional.

Winshur recogió su sombrero y el abrigo y metió las manos, aquellas mismas manos que unos minutos antes le sudaban y que ahora tenía secas y frescas, dentro de sus guantes. Y se marchó de su despacho, soñando despierto con cosas mayores.

CAPÍTULO 7



La frase de Wedge quedó suspendida en el aire y, por un instante, nadie pareció saber qué decir. Finalmente, Snap miró a los ojos de Wedge. Su cara era una máscara de determinación.

—No, Wedge —dijo—. La Resistencia no se acabó. Aquí estoy yo. Y Karé. El Escuadrón Negro sigue ahí fuera, ahora mismo, buscando aliados. Mientras la general Organa siga viva, queda esperanza.

—Ni siquiera Leia vivirá eternamente, Temmin —replicó Norra—. ¿Por qué debería hacerlo?

—No debe. —Snap se volvió hacia su madre—. Poe dice que mientras quede uno de nosotros vivo y dispuesto a luchar, la Resistencia seguirá viva. No vamos a ceder ante la tiranía.

—Por eso habéis venido —dijo ella, yendo al grano—. Para pedirnos que volvamos a la lucha.

Wedge levantó la cabeza.

—¿Es eso, Snap?

Snap asintió.

—Los dos sois unos héroes. Líderes. Podrías ser muy útiles ahora.

—También podemos regresar y acabar muertos —dijo Norra, secamente.

—Mejor muertos que viviendo bajo la Primera Orden —replicó su hijo.

—Podríais quedaros aquí —dijo Wedge, de repente—. Los dos. La Primera Orden tardará años en fijarse en Akiva. Aquí no hay nada valioso, ni materia exportable ni ninguna industria que les interese. Estamos tan alejados en el Borde Exterior que siempre considerarán una pérdida de tiempo y recursos atacar u ocupar el planeta.

Karé se rascó una mejilla.

—¿No decías que el gobernador estaba preparándolo todo para ceder la capital?

—Bobadas —dijo Wedge—. Eso no sucederá.

Snap negó con la cabeza, vacilante.

—Creía que podíais venir a decirnos que ibais a ser padres —admitió Wedge.

Snap sé lo quedó mirando fijamente un buen rato, lo suficiente para que Wedge desviase la vista, ligeramente avergonzado. ¿Qué tenía de extraño desear aquello? ¿Una nueva generación que continuase su legado cuando ya no estuviera?

—No pienso criar un hijo para que viva bajo la Primera Orden —dijo Snap, con determinación.

—Las cosas nunca son tan claras, Temmin —intervino Norra.

—Mis amigos me llaman Snap —replicó él secamente.

Norra retrocedió un paso, como si la hubieran golpeado. Sus voces habían aumentado de volumen, acaloradas, y se hizo el silencio. Wedge pudo oír que volvía a llover. Al final no iban a tener un día despejado.

Snap juntó las manos y respiró hondo para sosegarse.

—Mamá, lo siento. No lo decía en serio.

—No te preocupes —dijo ella, pero su voz sonaba dolida.

—Creo que estamos todos un poco alterados —terció Karé, haciendo todo lo posible por aplacar los ánimos—. Quizá deberíamos tomarnos un respiro. Son muchas cosas por asimilar.

«Te quedas corta», pensó Wedge. Pero Karé tenía razón.

—¿Y si preparo algo de desayuno? —ofreció Wedge—. Tenemos huevos, los tubérculos que tanto te gustaban, todas las especias que probablemente no has probado desde que te marchaste, Temmin… Snap. Dejad que os alimentemos y después seguimos hablando. El cerebro funciona mejor con el estómago lleno.

—No hay tiempo —empezó a decir Snap, hasta que su mujer le puso una mano en la rodilla—. Vale —aceptó, suspirando—. Desayunamos y nos vamos.

—En realidad —dijo Karé—, a mi nave le vendrían bien algunas reparaciones. Mi sistema de armas sigue sin funcionar del todo bien desde que lo desmontaron en Ciudad Grial. Mi astromecánico está trabajando en ello. Creo que voy a echar un vistazo.

—Después Karé y yo tenemos que hacer un recado en la ciudad, ¿verdad? —dijo Norra, mirando a su nuera.

—¿Qué recado? —preguntó Wedge.

—Ya sabes, lo que te comenté.

Wedge negó con la cabeza.

—Bueno, da igual —dijo Norra, ignorándolo—. Haré lo que necesito y, de paso, averiguaré si nuestros invitados han despertado el interés de alguien. Oh, y compraré algo para cenar, también. Deberíamos preparar algo sabroso, ¿no crees?

—No tenemos tiempo para quedarnos a cenar —protestó Snap.

—Ya lo vamos viendo —dijo Karé—. ¿Vamos, Norra?

Antes de que Wedge pudiera añadir nada, Norra y Karé fueron hacia la salida.

—Volverán para el desayuno, ¿verdad? —preguntó Wedge.

Snap se encogió de hombros.

—No sé. Mamá trama algo, pero a Karé le encanta comer. Todo es posible.

—Es evidente que Norra trama algo —coincidió Wedge.

—-No te preocupes —dijo Snap—. No puedes hacer nada por evitarlo. Sea como sea, no podrás detenerla.

—Como si no lo supiera —dijo Wedge, animadamente—. ¿Cuántos años llevo viviendo con ella? —añadió en el mismo tono, aunque estaba un poco preocupado. En todo caso, Snap tenía razón en que nada podría detenerla.

Snap golpeó la mesa con los nudillos.

—¿Y esa comida?

—Me he dejado los huevos fuera —le dijo Wedge, distraído—. Probablemente estén rotos, pero voy a ver si rescato algo.

—Yo los recojo —Snap hizo ademán de levantarse.

—No —le atajó Wedge, rápidamente—. Yo voy. —Fue a buscar tres tubérculos de la despensa, los dejó sobre la mesa y le dio un cuchillo a Snap. Era mejor que se quedase dentro de casa, sobre todo porque no estaba seguro de que fuese a marcharse—. ¿Quieres cortar esto?

—¿Tengo elección?

Wedge se rio. Por un instante, Snap le recordó al niño que conoció. Impulsivo, tozudo y siempre convencido de llevarse la peor parte en todo.

—Así practicas tus habilidades con el cuchillo, ¿no?

—¿Quién necesita habilidades con el cuchillo cuando empuña un bláster? —Snap parecía realmente desconcertado.

—Bueno… oh, da igual. Tú corta los tubérculos que voy a por los huevos.

—Claro —Snap se acercó a aquellos vegetales morados—. ¿En dados o rodajas?

—Dados.

Snap asintió y empezó a cortar un tubérculo.

—Pero es verdad que no tenemos tiempo para esto. Le dije a Poe que…

—Calla, Snap. Cada cosa en su momento. Seguro que la Primera Orden no acaba con lo que queda de la Resistencia antes del desayuno. Incluso los héroes de guerra tienen que parar a comer.

Norra y Karé regresaron para el desayuno y, tras un ágape rápido y asombrosamente tenso, se volvieron a marchar por la puerta trasera, rumbo a su misterioso recado. Volvía a llover, pero Norra dijo que un poco de agua sobre Akiva nunca le había impedido a nadie hacer lo que debía. Karé le dijo a Wedge que las reparaciones iban tan rápido como podían y que creía que estarían terminadas cuando regresaran con Norra.

—Lo hacen a propósito, ya lo sabes —dijo Wedge cuando volvió a quedarse a solas con Snap.

—Lo sé —dijo este con una leve sonrisa—. Karé siempre encuentra la manera de calmar las aguas. —Suspiró y se reclinó en el asiento, cruzando los brazos sobre el pecho—. Yo soy el impulsivo, el que llega y os suelta toda esa información sin daros apenas tiempo para digerirla. Así que… —Abrió los brazos—. Ella os está dando tiempo.

—Igual que tu madre. Es ella a quien tendréis que convencer.

Snap se rio.

—¿Norra? Si ya está prácticamente convencida.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que vive siempre con un pie fuera de casa. Me sorprende que hayáis logrado llevar una vida tan serena como la que habéis tenido, aquí. Criando kidis y cultivando verduras. No puedo creer que no se haya marchado corriendo a alguna misión peligrosa.

Wedge le miró, incrédulo.

—Eso es lo suyo, Wedge.

Este se rio.

—Supongo que sí.

Snap se inclinó sobre la mesa.

—Pero ¿y tú? ¿Estarás bien si dejas todo esto?

—Creía que esto era lo que deseaba —dijo Wedge, señalando la cocina—, pero al volver a veros, a ti y a Karé, al saber que queda tan poca gente para la lucha, que han muerto tantos… no me puedo quedar aquí y permitir que la Resistencia muera sin haber hecho mi parte. —Suspiró—. Echaré de menos a mis kidis. Estaba pensando en ponerles nombres.

—Bueno, quizá aún puedas ponérselos. Cuando vuelvas.

Wedge miró por la ventana y dejó aquella mentira piadosa flotando entre ellos. Desde donde estaba no veía gran cosa, solo una franja de cielo plomizo de tormenta que parecía extenderse sin fin.

—Lo quiero consultar con la almohada —dijo Norra, sentada al borde de su cama, frotándose lanolina en las manos encallecidas.

—¿Qué? —le preguntó Wedge. Llevaba puestos los pantalones anchos con los que le gustaba dormir y una camiseta gastada.

—He dicho que aún no tengo claro qué quiero hacer y que lo quiero consultar con la almohada. —Terminó de ponerse crema en las manos, se metió en la cama y se cubrió con las sábanas—. Karé y yo hemos tenido tiempo para hablar y me ha dicho cosas muy acertadas. Sé que Temmin está dispuesto a dejarnos morir por la Resistencia, algo que, honestamente, no esperaba oír de boca de mi hijo jamás, pero su mujer es un poco más sensata.

—¡Creía que estabas prácticamente convencida!

Norra fue a apagar la lámpara de su mesita, pero se detuvo.

—¿Cómo?

—Temmin dijo…

—Oh, ¿qué sabe Temmin de mí? Los hijos siempre creen conocer a sus padres, pero no es así. —Se incorporó en la cama—. Yo soy feliz aquí, Wedge. Contigo, con nuestro pedacito de terreno. Sé que puse mala cara con esas cosas de los nietos y la vida doméstica, pero no era completamente en serio. Si regresamos para ayudar a Leia Organa a reconstruir la Resistencia, nos estamos abocando a una muerte segura. Creo que los dos

somos conscientes de eso. Puede que me haya quejado un poco de Akiva —dijo, encogiéndose de hombros—, pero eso no significa que prefiera morir.

—¿Me estás diciendo que la Resistencia es una causa perdida?

—No, te estoy diciendo que quiero consultarlo con la almohada. Y tú deberías hacer lo mismo. Si nos hemos de meter en esto, debe ser con los ojos bien abiertos. —Apagó la lámpara, dejándole plantado bajo la tenue luz de la luna.

—Tienes razón.

—Lo sé. Buenas noches, Wedge. Mañana decidimos.

Wedge se quedó un rato allí, mirándola, hasta que oyó un leve ronquido. Después fue hasta el armario y sacó su vieja mochila de piloto. Metió una muda de ropa, una buena chaqueta y artículos de aseo básicos. Sacó los créditos para emergencias que escondía en el cajón de arriba de la cómoda, sin molestarse en contarlos. La bolsa parecía pesar menos de lo que recordaba, pero quizá Norra había sacado algo y había olvidado decírselo. Metió la mochila bajo la cama, al lado de sus botas. Quizá Norra necesitaba consultarlo con la almohada, pero él estaba decidido.

CAPÍTULO 8



Leia se acurrucó en su cama improvisada, intentando convencerse de que aún no era momento de levantarse. Pero seguía soñando con salchichas y aquellas grandes y esponjosas galletas que había comido en Hosnian Prime, en su época en el Senado de la Nueva República. Recordaba vivamente compartir una con Ransolm Casterfo, el joven y carismático senador del planeta Riosa, en el Borde Exterior. Ransolm había sido su rival y después su cómplice y amigo. Aunque terminó volviendo a ser su enemigo cuando el Senado, y después toda la galaxia, se enteró de que Darth Vader era su padre biológico. El momento y la forma de la revelación fueron devastadores y terminaron con su carrera política oficial. Aunque ya tenía dificultades para mantenerse dentro los límites de la ley, teniendo en cuenta que el Senado estaba tan dividido y enfrentado que se había convertido en una institución partidista completamente inservible. En cualquier caso, la traición de Ransolm le había dolido. Mucho.

Más adelante, este había reparado su traición y había afrentado sus propias dificultades; acusado falsamente de terrorismo y del asesinato del buen amigo de Leia y senador, Tai-Lin Garr. Casterfo fue arrestado y trasladado a su planeta natal para procesarlo, un planeta que contemplaba la pena de muerte para aquel tipo de delitos. El destino final de Ransolm seguía siendo un misterio. Leia había intentado iniciar una investigación para limpiar su buen nombre, pero su influencia política estaba en ruinas y le preocupaba que el hecho de que la asociaran a ella fuera a perjudicarle más que a beneficiarle. Temiendo que su intromisión pudiera acelerar la caída de Ransolm, Leia prefirió no entrometerse, aunque nunca se olvidó de él. Al final, había sido su amigo. El mero hecho de acordarse de él la ponía melancólica. Era un buen hombre que no merecía el final que había tenido, un hombre que habría sido un buen miembro de la Resistencia. Alguien que podría haber marcado diferencias. El tipo exacto de gente que necesitaban en aquellos momentos. Y también era bastante apuesto. Sonrió, recordando cómo había irrumpido en su reunión con el célebre señor del crimen Rinnrivin Di, creyendo que la estaba rescatando, cuando, de hecho, Leia le estaba tendiendo una trampa a Di.

—¡Rinnrivin Di! —exclamó, incorporándose.

El trabajo se detuvo alrededor de ella. La teniente Connix, Rose Tico y Finn hablaban en voz baja en una mesa cercana. Ahora, levantaron la cabeza, preocupados.

—¡Rinnrivin Di! —repitió Leia, con entusiasmo.

—¿Eso es algún lugar, señora? —preguntó Rose, educadamente.

—No. —Le dedicó un gesto amistoso a Rose—. Es una persona. Era una persona. Le conocí cuando estaba en el Senado, cuando investigamos la existencia de una red

criminal que interfería con las rutas de transporte de Ryloth. Tenía un negocio clandestino en Bastatha.

Rose se inclinó hacia delante, intrigada. Leia había notado que aquella joven estaba sedienta de historias de la guerra, o cualquier historia, de hecho, sobre la Resistencia. «Está involucrada», pensó Leia. «Y busca puntos de unión». Aquellas eran buenas cualidades y tomó nota mentalmente de que debía potenciar su interés. Rose seguía siendo impulsiva, como demostraba su misión no autorizada en Canto Bight, pero era competente y sincera y, lo más importante, estaba involucrada. «Es alguien que muestra abiertamente sus sentimientos», pensó Leia. «Joven, emocionalmente vulnerable, pero increíblemente simpática. Me recuerda un poco a Luke».

Leia conocía bien a la teniente Connix, aunque le había decepcionado al apoyar a Poe en el *Raddus.* No debería haberle apoyado, pero Poe era muy convincente y Leia entendía que la intención de Connix había sido buena. Era una baza para su causa y Leia se alegraba de tenerla allí, pero necesitaba enmendar el papel que había desempeñado en el motín de Poe.

Con Finn no lo tenía tan claro, pero Poe siempre respondía por él y eso era importante. Sabía que Finn era valiente, una valentía ganada muy duramente. Era uno de los huérfanos de la Primera Orden, sujeto de un terrorífico programa que pretendía inculcar obediencia absoluta a niños soldado. De alguna manera, Finn había logrado preservar su humanidad, a pesar de las condiciones, y, en cuanto tuvo su oportunidad, abandonó la Primera Orden. Por el camino se había enrolado en la Resistencia, aunque Leia no estaba completamente segura de a qué bando pertenecía su corazón. Suponía que al bando de sus amigas Rey y Rose. ¿Y por qué no? ¿Si no estaban combatiendo por sus amigos, por qué combatían?

—¿Y Rinnrivin está aquí, ahora? —preguntó Finn, sacándola de sus divagaciones, claramente confundido.

Leia se rio. Le hizo un gesto a Rose para que se le acercase.

—Ayúdame a levantarme —dijo, bajando las piernas por un lado de la cama y apoyando los pies en el suelo. Se había metido en la cama completamente vestida, agotada tras pasarse la noche en la cubierta de comunicaciones, y no se había molestado ni en quitarse los zapatos. Ahora, celebraba no tener que perder el tiempo vistiéndose.

Rose acudió, obediente, y la ayudó a levantarse.

—Rinnrivin está muerto —dijo, explicándose—. Lo que es una buena noticia, porque era un hombre muy malvado. Cuando estaba en el Senado Galáctico de Hosnian Prime, el embajador de Ryloth solicitó al Senado que investigase a Di. Estaba convencido de que la red criminal de Di estaba interfiriendo con las rutas comerciales de Ryloth, posiblemente desviando fondos hacia una organización terrorista.

—¿En serio? —preguntó Rose, fascinada.

Leia hizo una mueca.

—Sí —dijo.

Se le ocurrió que para Rose los lugares en que había estado y la gente que había conocido podían sonarle a fantasía. Tomó nota mentalmente de que debía encontrar un momento para poner por escrito toda su historia y así explicarla. No podía ser bueno que los jóvenes desconocieran la historia de la galaxia. Eso, sin duda, les condenaba a repetirla.

—Pero, si Rinnrivin está muerto —dijo Finn—, ¿por qué debemos preocuparnos por él?

—¿Preocuparnos? ¿Quién está preocupado?

—Usted —dijo Rose, dedicándole una sonrisa que bordeaba esas que se dedican a abuelas seniles cuando no se las quiere ofender.

Leia resopló con indignación.

—No. Rinnrivin Di no me preocupa lo más mínimo. Estaba pensando en pasteles y eso me recordó a un viejo amigo, que después me recordó a Di.

—Ah —dijo Rose—, ya entiendo.

—No creo —replicó Leia—. Porque de hacerlo mostrarías más entusiasmo. Porque creo que sé dónde podemos encontrar ayuda.

Rose y Finn se miraron y se volvieron hacia ella, expectantes.

—Continuad con lo vuestro, por favor —dijo Leia—. Vamos a Ryloth.

—Por supuesto —asintió Finn—. Tiene sentido. —Pero Leia vio en su cara que no estaba entendiendo nada.

—¿En Ryloth hay alguna vieja base rebelde que podemos restaurar, como en Crait? —preguntó Rose, entusiasmada, captándolo bastante mejor que su compañero.

—Una vieja base no —le corrigió Leia—. Pero hay un viejo rebelde, un amigo. Y me debe un favor.

Leia corrió a la cabina, donde encontró a Rey, Chewie y Nien Nunb. Discutían acaloradamente en voz baja. Rey levantó la vista cuando Leia entró.

—¿Te hemos despertado? —preguntó, preocupada—. Intentábamos no hacer mucho ruido.

—Ya he dormido bastante. ¿Qué pasa? ¿Algún problema?

—Nos estamos quedando sin combustible —dijo Rey. Iba sentada en el asiento del piloto. «Ese es su sitio», pensó Leia. «Han lo habría aprobado»—. Necesitamos repostar, pero solo disponemos para un salto. Si elegimos mal, no podremos seguir volando.

Leia frunció el ceño.

—¿Tan mal estamos?

Rey asintió.

—Nien Nunb cree que Orinda es seguro, y está a nuestro alcance, pero Chewie dice que conoce una vieja estación para contrabandistas en la que Han y él se habían escondido varias veces. Está más lejos, pero insiste en que debemos probar allí.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó Leia.

Rey hizo una mueca, como si no esperase que le fuera a pedir su opinión.

—Ambas opciones tienen sus pros y sus contras —empezó a decir.

Nien Nunb la interrumpió para exponer sus argumentos. Leia levantó una mano para hacerle callar.

—¿Rey?

La chica continuó:

—Si vamos a Orinda es más probable que encontremos el combustible que necesitamos, pero también es más probable que llamemos la atención de la Primera Orden. Si vamos al sitio que dice Chewie, pasaremos mucho más desapercibidos, pero si no encontramos combustible acabaremos allí varados.

Chewie rugió una protesta.

—No estoy diciendo eso —replicó Rey—. Tú mismo has dicho que no estás seguro de que todavía esté allí.

—Se me ocurre otra idea —dijo Leia—. Ryloth. —Y les explicó rápidamente su plan.

Rey se inclinó sobre su consola, trabajando en la computadora de navegación.

—Está en rango —anunció al cabo de un momento—. No es mala opción, pero ¿sabemos qué nos encontraremos allí?

—No —reconoció Leia—. Pero estoy dispuesta a correr ese riesgo. —Miró a Chewbacca y Nien Nunb.

Ninguno de los dos puso ninguna objeción.

—Pues vamos a Ryloth —dijo Rey. Hizo un gesto con la cabeza a Chewie, que recibió las coordenadas y fijó el rumbo. Al cabo de unos minutos estaban consumiendo sus últimas reservas de combustible y surcando el hiperespacio, siguiendo aquella loca corazonada de Leia.

Esta iba sentada tras Rey, con el corazón a mil y la mente contemplando una docena de escenarios posibles. Se estrujaba las manos, devorada por la ansiedad. Sabía que era arriesgado, pero la Resistencia no iba a ser bien recibida en ningún sitio. Como mínimo, en Ryloth tenían un potencial aliado. Pero ¿y si no? Si su apuesta salía mal y quedaban varados, sin amigos ni combustible… no, no podía pensar aquello. Saldría bien. Se ocuparía personalmente de que así fuera.

En el *Halcón Milenario* reinaba el silencio, mientras los acercaba a su destino, con el peso de sus escasas opciones flotando pesadamente en el ambiente.

—¿Se encuentra bien, general? —dijo una voz, a su espalda.

Leia se sorprendió al ver entrar a C-3PO en la cabina. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no le había oído llegar. Se obligó a respirar hondo, dos veces, antes de mirar al puntilloso droide de protocolo.

—Estoy muy bien —dijo, con el pulso aún acelerado—. ¿Por qué lo preguntas?

—No he podido evitar notar que tiene las mejillas ligeramente rojas y que su ritmo cardíaco es elevado. No me sorprendería descubrir que su presión sanguínea es más alta de lo recomendado, que los estándares médicos actuales sitúan entre…

—Se conoce como nervios, Trespeó —le dijo ella, cortándole con suavidad—. Solo estoy un poco nerviosa.

—Estoy familiarizado con esa emoción, Su Alteza… es decir, general —contestó—. De todas formas, mi deber es informarla de que el droide médico le recomendó no agitarse cuando aún está recuperándose.

—Gracias. Tomo nota.

—Pero, Su Alteza, debo insistir…

—Vamos a salir de la velocidad luz —les anunció Rey.

Leia contempló cómo un borrón de estrellas desaparecía de repente y el planeta Ryloth ocupaba todo su campo de visión. Era precioso, una esfera azul y roja con franjas verdes, con las volutas del sistema meteorológico envolviendo el planeta en distintos tonos de blanco. Había pasado muy poco tiempo en Ryloth y sabía menos de lo que desearía sobre su historia y sus habitantes. Deseaba visitarlo en mejores circunstancias, pero no podía elegir.

—Algo en el radar —dijo Rey, desde el puesto de piloto—. Parece que se acercan naves. ¿Es posible que nos estuvieran esperando?

—Es muy poco probable —dijo Leia—. No hemos tenido mucha suerte con las comunicaciones, ya sabes. Por eso pensé en… presentarme aquí, sin más.

Chewie gruñó una respuesta.

—Quizá solo patrullan el espacio local —coincidió Leia—, pero aún no hemos entrado en la órbita, siquiera.

—Y eso son cazas —señaló Rey—. Dos naves, de clase can-cell. Las lecturas indican que son interceptores de Ryloth, registrados en su capital, Lessu. Señal de llamada gubernamental oficial. ¿Activo los escudos?

—Aún no —dijo Leia, más recelosa que preocupada—. Venimos en son de paz. No queremos darles ningún motivo para pensar lo contrario.

—¿Cómo sabe que no van a disparar contra nosotros?

—No lo sé.

Chewie hizo un ruido apremiante.

—¡Dice que han activado sus armas! —exclamó Rey.

Sabía que podían encontrarse con una bienvenida hostil, pero le sorprendía que el gobierno de Ryloth estuviese dispuesto a disparar sin previo aviso contra un simple carguero. Quizá todo estaba peor de lo que imaginaba.

Corrió al pasillo.

—¡Finn! —gritó.

Este apareció en la entrada del pasillo principal, con la teniente Connix y Rose al lado.

—Puede que tengamos problemas. Os quiero a ti y a Rose en las torretas, por si acaso.

Finn asintió secamente y salieron corriendo hacia los cañones con Rose.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó Connix.

—Ve al puesto de comunicaciones del camarote de la tripulación. Vuelve a revisar todas las frecuencias aliadas. Cualquiera cerca de Ryloth, por si…

—¡Leia! —gritó Rey, alto y seco. Leia hizo un gesto a Connix para que se marchase y volvió a la cabina.

La luz de transmisión de la consola de Rey parpadeaba en verde. Leia se esperaba lo peor, pero aquella luz significaba que querían hablar. Se sintió aliviada. Tenían una oportunidad.

—Responde —le dijo a Rey.

Rey se volvió para mirarla, boquiabierta.

—Vamos —insistió Leia.

La luz verde parpadeaba con mayor insistencia.

—¡Oh, cielos! —exclamó C-3PO—. Debe responder a su llamada. La regla de protocolo 12B6 dicta que, al entrar en el espacio orbital soberano de un planeta de clase C, es obligatorio responder a las llamadas…

—¿Y qué digo? —preguntó Rey, visiblemente asustada.

—Ya se te ocurrirá algo —la tranquilizó Leia.

—¡Creía que eso era trabajo tuyo!

—Yo soy demasiado conocida. Creo que será mejor no revelar quiénes somos todavía, por si la Primera Orden ha llegado antes que nosotros.

—¿Y no reconocerán el *Halcón Milenario*?

—Es posible. Pero eso tampoco significa necesariamente que yo vaya a bordo. Y no sabremos nada seguro hasta que respondas a esa llamada.

—No… ¡no puedo!

—Claro que puedes —dijo Leia, llanamente—. Vamos.

—Yo…

Chewie rugió, exasperado, y alargó la mano hacia el botón verde. La cabina se llenó con una voz masculina levemente amenazante:

—*Carguero YT-1300, transmita su identidad y propósito en el espacio aéreo de Ryloth o nos veremos obligados a abatir su nave. Tiene treinta segundos.*

—Qué amenazador —murmuró Leia—. Supongo que no reciben muchos visitantes. —Era una frivolidad, pero pretendía ayudar a Rey. Claro que no recibían muchos visitantes.

Suponía que gran parte de la galaxia estaba asustada y expectante, aterrorizada ante la perspectiva de que sus cielos se llenasen en cualquier momento con las fuerzas de la Primera Orden. O algo peor, con un haz de luz roja como el que había aniquilado el sistema Hosnian. Vivían tiempos oscuros y Ryloth tenía motivos de sobra para mostrarse receloso, hasta de un viejo carguero corelliano. Ella misma tampoco lo tenía muy claro. Por un lado, creía realmente que quizá no fuera buena idea identificarse ante el gobierno de Ryloth. No pensaba que fueran a mostrarse particularmente hostiles con la Resistencia, pero la verdad era que jamás se habían unido a la República, ni se habían posicionado políticamente en ningún bando cuando Populistas y Centristas destruyeron el Senado.

Suponía que ahora tampoco querrían apoyar abiertamente a nadie. Solo deseaba llegar al planeta discretamente y encontrar a su viejo amigo, sin interferencias del gobierno, pero debería haber previsto algo así.

—*Carguero YT-1300* —repitió aquella voz—, *transmita su identidad y propósito*…

Chewie gruñó. C-3PO masculló algo, inquieto. Leia esperó, mirando a Rey.

—¡Aquí… Rey! —dijo la chica, de repente—. Venimos del… —Hizo una pausa y añadió—: ¡Sistema Han! Transportamos suministros médicos para el hemisferio sur. —Sonrió nerviosa, claramente improvisando—. ¡Nos esperan!

No estaba mal. Como mínimo, ganarían algo de tiempo.

—*Piloto Rey del sistema Han, transmita su clave de acceso*.

Rey miró a Leia, con los ojos como platos. «¿Qué digo?», vocalizó. «Piensa algo», vocalizó Leia en respuesta, dejándole claro que debería resolver aquel problema sola.

—Bueno… perdimos la clave. Un incidente terrible en Teedo Minor. ¿Lo conoce? Le aseguro que…

—*Yo me ocupo, mando de Lessu* —dijo una voz de mujer, evitando que Rey dijera nada más.

La voz era autoritaria y sonaba como si confiase en ser obedecida. Rey frunció el ceño y susurró:

—Otra nave en el radar. Clase Rycrit. Modelo furtivo. —Hizo un gesto de admiración—. Una preciosidad.

—¿Identidad? —preguntó Leia.

—No aparece en el registro.

Leia frunció el ceño. ¿Amigo o enemigo?

—Prepara los escudos, por si acaso, Rey. No sabemos si esa nueva nave nos ayudará o si estamos a punto de salir de la sartén para caer en el fuego.

—Recibido.

—*... No está en su jurisdicción* —le estaba diciendo la primera nave, la del gobierno de Ryloth, a la nave recién aparecida—. *Podemos ocuparnos nosotros.*

—*Lo lamento, pero mi rango es mayor, Lessu* —dijo secamente la voz femenina de la segunda nave—. *Pueden olvidarse de ese carguero, bajo responsabilidad de la ADR. Nosotros nos ocupamos.*

Silencio expectante en el *Halcón Milenario*. Rey mantenía el dedo preparado para activar los escudos, en cuanto Leia diera la orden. Chewbacca murmuró algo por su micro, órdenes de estar preparados para Finn y Rose. La nave entera parecía contener la respiración.

—*Entendido* —dijo la voz de la nave gubernamental, finalmente—. *ADR Uno. Tenemos su clave y nos marchamos. Con nuestras disculpas.*

—Recibido, Lessu.

De nuevo, silencio en el *Halcón Milenario* mientras esperaban y después:

—*Carguero corelliano YT-1300, estoy desviando la comunicación hacia un canal seguro de la siguiente frecuencia. Por favor, conéctese en tres, dos…*

Rey lanzó un gritito de sorpresa.

—Es el canal de la Resistencia. —Conectó rápidamente la nueva frecuencia. Leia se inclinó sobre el hombro de Rey y apretó el botón de transmisión.

—¿Con quién hablo?

—Halcón Milenario, *sígame*.

—Le habla la general Leia Organa de la Resisten…

—Ya sabemos quién es, general. Le rogamos que nos siga. Ya se lo explicaremos cuando aterricemos. Aquí arriba suscita demasiada atención.

Leia arqueó una ceja. No estaban siendo groseros, aunque sí un tanto obcecados. Bueno, quizá era lo que te sucedía cuando aparecías sin avisar. Y tenían parte de razón.

—Hazle caso —dijo Leia, sentándose—. Veamos dónde nos lleva esto.

Chewie gruñó afirmativamente y el *Halcón Milenario* siguió a la otra nave.

—Nos alejamos de la capital —informó Rey.

No era ninguna sorpresa.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el hemisferio sur. Alrededor del ecuador hay bosques, pero después parece desierto abierto. —Hizo un ruidito de inquietud—. Parece Jakku —dijo, en voz tan baja que Leia apenas pudo oírla.

Leia esperó, pero cuando vio que Rey no añadía nada, dijo:

—Bueno, dijiste que el *Halcón Milenario* iba al hemisferio sur, así que puede que nos estén cubriendo.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Quizá quieran apoyar nuestra coartada.

En la medida de los posible. En realidad, no transportaban suministros médicos, por supuesto, aunque quizá nadie se fijase demasiado si aparcaban en el sitio adecuado y se marchaban cuando les dijeran. O quizá allí resultaría más fácil hacerlos desaparecer. Nadie se acordaría de un carguero corelliano en una misión tan rutinaria.

Al poco, habían dejado los bosques ecuatoriales atrás y volaban sobre grandes extensiones de un desierto de rocas rojas, dunas altas y unas cuantas mesetas. Pequeños asentamientos salpicaban el paisaje, aunque ninguno parecido siquiera a una ciudad.

Vieron aparecer una amplia meseta. La nave delantera, la *ADR Uno*, se aproximó a ella y se metió por un desfiladero que se confundía con el paisaje. El *Halcón Milenario* la siguió.

—Esto no me gusta —dijo Rey, en voz baja—. Aquí abajo no hay mucho espacio para maniobrar.

—Mantén el rumbo —la tranquilizó Leia. En la cabina se mascaba la tensión, todos esperando a ver si su corazonada había sido buena. Solo Chewie parecía tranquilo, como si seguir naves extrañas y potencialmente peligrosas por terrenos desconocidos fuese su pan de cada día.

El espacio se estrechaba. A pesar de sus protestas previas, Rey se manejaba sin dificultades en aquel entorno complicado. *ADR Uno* descendió abruptamente y Leia vio que los llevaba hacia una especie de cueva, una abertura natural en la ladera de la meseta.

—¿Le seguimos? —preguntó Rey, tensa.

—Ya hemos llegado hasta aquí —contestó Leia.

—Podría ser una trampa.

—No creo. De serlo, ¿para qué iban a molestarse en llevarnos tan lejos?

—¿Para ocultar las pruebas?

Leia miró a Rey para ver si la chica bromeaba, pero su expresión era seria.

—No creo —comentó.

—Perdone, general —dijo C-3PO—. No pretendo subestimar sus muchos años de experiencia militar…

—No lo hagas —murmuró ella.

—Pero las estadísticas muestran que las probabilidades de que se trate de una trampa son alarmantemente altas…

—Gracias, Trespeó —dijo Leia, tan educadamente como pudo.

—Aterrizan —anunció Rey, de repente, y Leia volvió a concentrarse en lo que tenía delante.

Habían entrado en una especie de hangar. La cueva se ampliaba de forma espectacular, con un techo tan alto que se perdía entre la oscuridad. El suelo negro estaba pulido y brillante, con líneas de luces que delimitaban pistas de aceleración y plataformas de aterrizaje. Estaban en una cueva, en el corazón de una meseta del desierto, pero también era una base aérea plenamente operativa.

—¿Qué es esto? —preguntó Rey, en voz baja.

—La ADR —dijo Leia, entendiéndolo todo de repente. Rio tímidamente—: Creo que hemos encontrado justo lo que necesitábamos.

CAPÍTULO 9



—¿Aterrizo? —preguntó Rey.

Leia pudo ver una plataforma rectangular con unas luces que parpadeaban con mayor intensidad unos centenares de metros más adelante, una invitación evidente a que aterrizasen.

—Sí —dijo Leia—. Veamos con qué y con quién nos hemos topado.

Rey posó la nave con suavidad, entre relucientes luces verdes. El *Halcón Milenario* aterrizó, tocando tierra firme tras lo que les parecían semanas.

Leia exhaló y se levantó del asiento. Se dio cuenta de que no había tenido tiempo de asearse y que había dormido vestida. Bueno, quienquiera que los estuviera esperando allí abajo tendría que disculparla por aquello.

—¿Vamos? —preguntó, innecesariamente. Ya estaban todos de pie, esperando su orden. Abrió la comitiva y Rey, Chewie, Nien Nunb y C-3PO salieron tras ella de la cabina, con el droide mostrando en todo momento su disconformidad, citando estadísticas y probabilidades terribles. Leia le ignoraba, centrada en lo que tenía entre manos. Había tantas cosas que dependían de encontrar a alguien amigable al otro lado de aquella puerta…

Finn, Rose y Connix la esperaban junto a la puerta. Les dedicó una leve sonrisa. «Cuantos más, mejor», se dijo. Aunque la edad sumada de todos los que la rodeaban, con la excepción de Chewie, no se acercara a la suya. Bueno, quizá aquello tampoco fuera malo, tampoco era tan vieja. Pero, viendo sus caras, sabiendo que no tenían un futuro garantizado, se sentía muy mayor.

Chewie emitió un rugido inquisitivo.

—Abre la puerta —le dijo Leia. Y añadió, para los demás—: Las armas a mano, pero sin desenfundar. Aún tengo la esperanza de que sea un amigo.

Chewie apretó el botón. La rampa de embarque del *Halcón Milenario* descendió. Leia suplicó no estar llevándolos a todos directos a un paredón. Enderezó la espalda, irguiéndose por completo y alzando la barbilla. Estaba cansada y dolorida, por lo que le costó. Se recordó que seguía siendo una princesa, así que más le valía parecerlo, incluso en aquel momento. Sobre todo en aquel momento.

Ante sus ojos vio aparecer el muelle que ya habían visto desde la cabina. Dos twi’leks se acercaron a ellos. Una hembra de piel y ojos naranjas, enfundada en un mono ceñido color arena, diseñado claramente para su funcionalidad. Todo su porte delataba que era una guerrera, como el bláster que empuñaba. El otro twi’lek era un varón con ojos en varios tonos de morado, con las lekku envueltas en cintas de cuero negro. Llevaba otra

versión del mismo mono. Leia vio un emblema desconocido en el pecho: dos brazos alzados, dos puños cerrados, con la cadena que los unía partida por el medio. No reconocía el símbolo, pero hizo un esfuerzo por grabarlo en su memoria. Los dos twi'leks parecían eficaces y profesionales. No sabía quién era aquella gente con la que se habían topado, pero no dudaba que se trataba de una fuerza de combate, como ya había deducido desde la nave. Repasó sus débiles conocimientos sobre la historia de Ryloth, intentando recordar si seguía habiendo alguna guerrilla activa en el planeta. El líder guerrillero más célebre del planeta había sido Cham Syndulla, que había librado a Ryloth de los Separatistas durante las Guerras Clon. Pero de aquello ya hacía cincuenta años. En la actualidad, Ryloth tenía su propio gobierno y no necesitaba de ejércitos clandestinos. O, como mínimo, eso creía.

—Bienvenida, Leia Organa —le dijo la mujer, y Leia reconoció la voz de las transmisiones anteriores. También notó que no se dirigió a ella por ninguno de sus múltiples títulos: princesa, senadora o general. Interesante. ¿Descuido? ¿Grosería? ¿O un énfasis en el igualitarismo innato en los twi'leks? No tardaría en descubrirlo.

—Nuestra misteriosa escolta —dijo, saludando a la mujer con la cabeza.

—Hahnee Brethen —se presentó la twi'lek—. Piloto de la Autoridad de Defensa de Ryloth.

—Ah —fue toda la respuesta de Leia—. Disculpe mi ignorancia, pero no conozco a la Autoridad de Defensa.

—¿Cómo podría conocerla sin haber visitado recientemente nuestro planeta? —preguntó el varón, dando un paso adelante y haciendo una leve reverencia a Leia—. Charth Brethen. Embajador de la Autoridad de Defensa de Ryloth.

—Oh, cielos —dijo C3-PO, detrás de Leia—. Estoy revisando mis bancos de datos y no encuentro registro de ninguna Autoridad de Defensa de Ryloth.

La twi'lek parecía levemente sorprendida, pero su compañero, Charth, respondió apresuradamente:

—Eso se debe a que no estamos en ningún registro oficial al que puedas acceder, droide. Si lo estuviéramos, querría decir que no hacemos lo que debemos para mantenernos fuera del radar.

—¿Y qué radar queréis evitar? —preguntó Leia.

Hahnee se rio.

—¿Usted qué cree?

—Tendrá que disculpar a mi hermana —dijo Charth, interrumpiendo con delicadeza—. Estamos un poco nerviosos desde lo que pasó en el sistema Hosnian y no todo el mundo cree que sea muy acertado permitirles aterrizar aquí.

—Lo entiendo —aceptó Leia.

—No estoy seguro de eso —replicó Charth—. Corremos riesgos acogiéndoles aquí. Si la Primera Orden descubre que les hemos ayudado, vendrá a por nosotros. Ustedes pueden meternos en la guerra… o en algo peor.

Leia asintió. No necesitaba aquellas palabras de Charth para ser plenamente consciente del peligro que acompañaba a la Resistencia.

—Estamos agradecidos —dijo, llanamente.

El twi'lek la miró fijamente a los ojos, pensativo. Leia le sostuvo la mirada, hasta que él terminó desviándola, con un leve encogimiento de hombros.

—No ha sido cosa nuestra —admitió este, haciendo un gesto con la mano que los incluía a los dos—. Ha sido él. Por eso hemos hecho una excepción.

«El». Leia sonrió. Su corazonada era buena.

—Desearía verle ahora mismo, si es posible. No nos sobra el tiempo.

Charth asintió.

—En ese caso, no le hagamos esperar más.

A pesar de que Charth les aseguró que todo sería muy rápido, Leia acabó esperando, mientras el twi'lek les ofrecía la oportunidad de comer y refrescarse. Leia recordó que los twi'leks se tomaban muy en serio la hospitalidad y que era grosero rechazarla, pero el tiempo valía oro. Ya llevaba demasiado sin ningún avance tangible. Dentro de poco el Escuadrón Negro regresaría y necesitaba algún lugar que pudieran considerar su hogar, aunque fuese temporal. Sabía que iba a necesitar mucha capacidad de disuasión para convencer a la ADR de que ese lugar sería su misterioso escondite del desierto.

Una puerta en un lateral de la cueva se abrió y dos twi'leks de piel morada, igual que Charth, en edad escolar, entraron con un carrito con bandejas de comida y jarras de agua fresca.

—Para los que se queden aquí —explicó Charth—. Sé que no quieren alejarse de su nave, así que les ofrecemos la hospitalidad twi'lek aquí.

Todos miraron cómo los dos twi'leks montaban una mesa y sillas frente a la rampa de embarque del *Halcón*. Uno de los jóvenes llamó la atención de Leia, pues la miraba con una cara de admiración que reconoció. Cuando vio que Leia la miraba, la chica volvió la cabeza hacia otra parte. Leia oyó que susurraba «princesa» hacia su compañero, que la miró furtivamente hasta que Charth carraspeó sonoramente. Los dos se callaron en el acto, concentrándose en su trabajo.

—Es usted una leyenda —dijo Charth, inclinándose ligeramente hacia Leia. Su tono era irónico, pero no exento de un matiz de admiración—. Tendrá que disculpar su curiosidad.

—¿Parientes suyos? —preguntó Leia, observando parecidos entre los rasgos faciales del embajador y los dos muchachos.

Charth hizo una mueca, sorprendido. Sus lekku dieron una sacudida y titubeó un momento, antes de decir:

—Sí. Son mis hijos.

«Y les ha mandado que nos sirva», pensó Leia. Entendió lo que aquello significaba, era un gesto de confianza.

—Debe sentirse orgulloso —dijo Leia, con la esperanza de que él entendiese que percibía su cordialidad. Charth miró un instante a sus hijos, impertérrito.

—Sí —dijo, secamente—. Lo estoy.

Los dos muchachos terminaron su tarea y Charth dio una sonora palmada.

—Por favor, sírvanse.

La tripulación del *Halcón Milenario* no titubeó.

—Queda claro que esto es mejor que las raciones —masculló Finn, mientras se metía un rollito de fruta seca en la boca.

—No olvides masticar —bromeó Rose.

El agachó la cabeza, avergonzado, y se sentó. Rose le sonrió.

—Ahora representamos a la Resistencia —le dijo—. Debemos comportarnos en público.

Chewie rugió para mostrar su acuerdo y después hundió su enorme pezuña peluda en el cuenco de fideos del centro de la mesa. Todos se rieron, Chewie incluido, y por un instante fugaz parte de su tensión se disipó en aquel ágape compartido con amigos y potenciales aliados. Cuando la risa pasó y la tripulación estaba concentrada en la comida, Leia llevó a Chewbacca a un lado.

—Quiero que los demás y tú os quedéis con la nave —le dijo—. Mantén los ojos bien abiertos. Connix puede ocuparse de cualquier comunicación que recibamos y Finn y Rose pueden repartirse las guardias.

Chewie gruñó afirmativamente.

—No te preocupes por mí. Me llevaré a Rey y Trespeó.

Chewie protestó, un rugido grave y gutural.

—Si quisieran matarnos ya estaríamos muertos —replicó Leia—. Pero, por si acaso… —Abrió la mano, mostrando un comunicador—. Si surgen problemas, intenta contactar conmigo. Si no lo logras, rastrea mi dispositivo.

Chewie lanzó un gruñido afirmativo.

Leia se volvió hacia sus anfitriones.

—¿Nos vamos? —preguntó.

Rey llegó hasta ella, con Charth y Hahnee guiándolas. Rey había aceptado acompañarla, aunque había insistido en llevarse su vara y un bláster. Para leve sorpresa de Leia, sus escoltas no habían puesto ninguna objeción. C-3PO iba tras ellas, comentando jovialmente la sabia decisión de Leia de llevárselo, ya que, en su condición de droide de protocolo, era el más cualificado para ayudarla.

Cruzaron la cueva, que era bastante luminosa y aireada. El techo de piedra era tan alto que Leia no sentía ninguna claustrofobia en aquel espacio cerrado, como esperaba. Miró a Rey para ver si estaba nerviosa, pero parecía serena, en su elemento. Le gustó. C-3PO, sin embargo, insistía en repasar la historia conocida de Ryloth mientras se adentraban en

la caverna, lo que parecía molestar a Hahnee y divertir a Charth. A Leia le pareció instructivo y apreció los esfuerzos del droide.

C-3PO dijo:

—¿Sabía que, al principio de las Guerras Clon, su ancestro Anakin Skywalker ayudó a Ryloth en su lucha contra los ejércitos droides? Las fuerzas de Ryloth las comandaba Cham Syndulla, un terrorista…

—Combatiente por la libertad —gruñó Hahnee, plantándose frente a C-3PO.

—¿Perdón?

—Aquí es considerado un héroe, Trespeó —le corrigió Leia—. Aunque los registros imperiales pudieran calificarlo como terrorista, aquí, entre su gente, es un combatiente por la libertad.

—Oh, por supuesto. No pretendía ofender a nadie. Mis registros históricos a menudos son… bueno, históricos. Lo rectificaré inmediatamente.

—Genial —dijo Leia, jovialmente—. Continúa. —Entraron en otro pasadizo, este aparentemente iluminado desde el fondo.

El droide continuó:

—El combatiente por la libertad Cham Syndulla. Además, su hija, Hera Syndulla, sirvió como general a la Rebelión y la Nueva República. Con una contribución bastante notable a la historia. Quizá no sea correcto, pero de mis registros históricos puedo extrapolar que la Autoridad de Defensa de Ryloth es un descendiente directo del Movimiento Libertario de Ryloth.

—Un descendiente directo no —le corrigió Charth, cordialmente—. Pero sí de su filosofía. Tras nuestro pasado de opresión y esclavitud, ciertas facciones han jurado no volver a permitir que se repita jamás. Algunos hemos dedicado nuestra vida a la libertad imperecedera de nuestro mundo, por nosotros y nuestros hijos. Contra cualquier contrincante, sea la Primera Orden o cualquier otro. —Miró a Leia fijamente, con sus ojos negros brillando bajo la tenue luz de la cueva.

—Así que son parte del gobierno —dijo Leia.

—Operamos con el total conocimiento y el apoyo del gobierno de Ryloth, sí —le aseguró Charth—. Pero somos un tanto… autónomos.

—¿Una fuerza policial secreta? —preguntó.

—Una milicia complementaria —la corrigió Charth, amablemente—. Los acontecimientos recientes dejan claro que Ryloth necesita un sistema de seguridad, por decirlo así, por si alguien consigue someter a la capital. Nosotros somos ese sistema de seguridad. Operamos de forma independiente, pero con su bendición.

—No en esto —les recordó Hahnee.

Leia frunció los labios, pensativa. Lo último que quería era que la ADR los viera como una amenaza para la libertad de Ryloth.

—Ese también es el objetivo de la Resistencia —dijo, eligiendo con cuidado sus palabras—. Es lo que tenemos en común.

—Teníamos entendido que la Resistencia está acabada —comentó Hahnee, crudamente.

—Fue una batalla durísima —admitió Leia, abiertamente—. Estamos muy lastimados, pero no acabados.

—Me alegro —dijo Charth—. Admiramos ese espíritu combativo. Mejor muerto que con la bota de otro oprimiéndote el cuello. —Hizo una pausa—. Hemos llegado.

Habían llegado a una amplia puerta redonda de piedra, de un tono granate oscuro, con el mismo símbolo que Charth lucía en el pecho, el símbolo que Leia había bautizado como «rompecadenas», grabado en la superficie. Charth apoyó una mano en la puerta y esta se encendió, bañándoles fugazmente con una luz rojo sangre. Y se abrió. Hahnee entró la primera, agachándose para no golpearse la cabeza con el dintel. Charth hizo un gesto a Leia para que pasase y esta entró, con Rey a su estela. Charth entró el último y cerró.

A primera vista, Leia pensó que habían entrado en una especie de salón del trono. La estancia medía un centenar de metros, con una reluciente piedra pulida bajo los pies, del mismo tono granate que la puerta. Las paredes también estaban muy alejadas y eran de una piedra rosa pálido, con vetas plateadas y blancas. Leia pudo ver que estaban repletas de… ¿aquello eran libros? Manuscritos, mapas, libros encuadernados y varios tipos de lo que parecían archivadores de papel abarrotaban estanterías aparentemente talladas en la misma piedra de las paredes. Justo frente a ella, la cueva se abría hacia una inmensa terraza, desde la que se dominaba todo el valle desértico. Pudo atisbar el atardecer tras el escudo de energía que impedía que se filtrase la arena y mantenía el frescor interior. De hecho, aquella sala era mucho más fría que el resto de la caverna, lo suficiente para hacerle tiritar y frotarse los brazos. Y, allí, entre la terraza y ella, donde esperaba encontrar un trono, había un gran escritorio. También regio, a su manera, del triple de tamaño que una mesa normal y tallado en una sola pieza de algo que parecía madera petrificada. Era muy práctico, repleto de holotarjetas y con un módulo de comunicaciones. Y, detrás, el hombre al que había venido a ver.

Se levantó para acercarse a ellos. Llevaba una capa gruesa, negra con bordados azules y negros, sobre sus amplios hombros. Con la capucha no se le veía la cara pero, cuando se acercó, levantó sus manos de piel azul y se la echó hacia atrás. Una cara de twi’lek, más apuesto de lo que Leia recordaba. Los años le habían tratado bien, tallando parte de aquel aspecto infantil que tenía, dándole un porte más distinguido. Sus lekku tenían un patrón rizado azul cielo y marino, y las llevaba sujetas por detrás con una especie de diadema dorada que a Leia le recordó ligeramente a una corona. Pero aquel hombre siempre se había distinguido por no mostrar ningún interés por el poder y era evidente que la sala que le rodeaba no transmitía tanta sensación de poder como de respeto reverencial por el conocimiento, a pesar de su enormidad.

—¿Te has convertido en un erudito, a tu edad? —preguntó Leia, para saludarlo.

—Decidí dedicar lo que me queda de vida a preservar la historia de mi pueblo —dijo él—. No sé si eso me convierte en un erudito, un coleccionista o un tonto.

—Un poco de las tres cosas —aventuró Leia.

El se rio, justo la reacción que Leia esperaba. No había cambiado mucho. Se encontraron en medio de la sala y él se detuvo, respetuosamente, como si esperase. Leia tomó la iniciativa y se inclinó hacia él para abrazarlo brevemente.

—Princesa Leia —dijo él, en un tono lleno de respeto.

—Ahora es general —bromeó ella, cordialmente.

—Princesa, senadora, general. ¿Hay algo que no sepas hacer?

—A ti tampoco parece irte mal.

—Esto no es mío —dijo él—. Antiguamente fue la biblioteca de la Sociedad Histórica de Ryloth. Cuando se decidió fundar la ADR, quisieron que nos alejásemos de la capital, lo bastante lejos para que si Lessu caía tuviéramos algún lugar donde reagruparnos. Y esto… —señaló la sala, la cueva, aquella instalación—, estaba disponible.

—Te sacaron de la ciudad para mandarte al desierto.

—Y no rechisté —respondió él con ironía.

—Ah —dijo ella con picardía—, esa es la parte del tonto.

El sonrió, encantado.

—Efectivamente.

Leia se fijó en la rica tela de su capa y la diadema que sujetaba sus lekku. Después echó un vistazo a la sala.

—¿Y cómo debo llamarte ahora? Seguro que tonto no. ¿Erudito, historiador, bibliotecario? —Hizo una pausa—. ¿General?

—No, Su Alteza. Llámame como siempre. Por mi nombre.

Leia sonrió, convencida de que aún podía considerar a aquel hombre como un amigo. Un amigo al que estaba a punto de pedirle que arriesgase la vida, su hogar e incluso a su gente. Pero no tenía elección.

—Hola, Yendor —dijo.

Este respondió con una reverencia solemne. La anterior ligereza de su charla había desaparecido por completo, remplazada por la tensión de la expectación y la necesidad.

—Necesitas mi ayuda.

—Desesperadamente.

El señaló la terraza que tenía a su espalda.

—Ven. Cuéntame.

Tomaron té en la gran terraza con vistas a las mesetas rojas de Ryloth. El propio Yendor lo sirvió y se sentó a la mesa junto a Leia, Rey y Charth. Hahnee prefirió quedarse en el perímetro, en contacto permanente con alguien por el comunicador.

La tetera era transparente y dentro Leia pudo ver un puñado de flores secas moradas y negras, abriéndose con el agua caliente. Como si volvieran a florecer, desprendiendo una

rica fragancia a la noche del desierto. El té llegó acompañado de una bandeja de los mismos rollitos de frutas secas que Leia había visto comer a Finn antes de marcharse del *Halcón Milenario*. Cogió uno por cortesía y lo dejó sobre su platito de cerámica. No había comido nada en todo el día, pero el mero hecho de pensar en comida le revolvía las tripas. No lograría relajarse hasta haberse asegurado que Yendor les ofrecería algún tipo de ayuda. Sin embargo, viendo cómo se desarrollaba su conversación, no estaba muy convencida de que fuera realmente posible.

—Ryloth no se va a involucrar —estaba diciendo Yendor, con sus largos dedos unidos por las yemas.

—No te pido que os involucréis —le aseguró Leia. Se tomó la libertad de servirse más té—. Te pido que nos dejéis, a mis amigos y a mí, abusar de vuestra hospitalidad durante un tiempo.

—¿A tus amigos y a ti? —repitió Yendor con incredulidad—. ¿Así llamas a la Resistencia ahora?

C-3PO, que merodeaba a unos metros, se volvió hacia la conversación.

—Técnicamente, la general Organa tiene…

Leia levantó una mano y C-3PO se calló.

—Yendor, fuiste un rebelde. ¿Y la Autoridad de Defensa de Ryloth? ¿Qué es, sino una herramienta para combatir a la Primera Orden? Estamos en el mismo bando.

—Aquí sigo siendo un rebelde —dijo Yendor, dándose una palmada en el pecho—. Pero no estoy solo. También debo pensar en mi pueblo. —Miró a Charth.

Este se enderezó en su silla y carraspeó.

—No solo por la ADR, sino por todo Ryloth. La neutralidad nos costó muy cara y no vamos a dejarnos influir por ningún gobierno extranjero. —Miró a Leia—. Tampoco por el suyo.

Leia negó con la cabeza, risueña.

—¿Qué gobierno? Apenas llenamos una nave. Si crees que tenemos medios de amenazar vuestra independencia…

—Ya había oído rumores —dijo Yendor, pensativo—. Noticias sobre una flota aniquilada, rumores sobre Luke Skywalker, reaparecido y desaparecido de nuevo… ¿Son ciertos?

—Lo son —dijo Leia, y admitirlo solo le dolió un poco.

—Aah. —Yendor se revolvió en su silla, incómodo. Alargó la mano y se sirvió más té, aunque apenas había tocado su taza, mirando al suelo—. ¿Cómo estaba Luke? ¿Vendrá a…? ¿Está metido en esto?

—Luke nos ha dejado —dijo Leia, en voz baja, y esto sí que dolió. Mucho.

Yendor levantó la vista.

—¿Quieres decir que…?

—Sí.

El twi’lek se echó hacia atrás en su silla.

—Así que ya no queda ningún Jedi.

—Yo no diría tanto —dijo Leia. Le dedicó una sonrisa cómplice a Rey, pero la joven la miraba como un conejo asustado. Yendor observó intrigado aquel intercambio de miradas.

—Me temo que he olvidado tu nombre —le dijo a Rey.

—Me llamo Rey —respondió ella, rápidamente—. Solo soy una chatarrera de Jakku.

—Lo dudo mucho, si acompañas a la Princesa Leia.

—Antes lo era. Ahora soy… piloto.

Yendor abrió ampliamente los brazos.

—Un piloto es alguien importante —dijo, y guiñó un ojo con complicidad hacia Leia—. Yo también fui piloto, y rematadamente bueno, hasta que me obligaron a ponerme estas togas y asistir a reuniones. ¿Qué tipo de naves pilotas?

—¿Todas? —dijo Rey, tímidamente—. Es decir, no me importa. Ahora mismo… el *Halcón Milenario*.

Yendor silbó con admiración.

—Y fue aprendiz de Luke —dijo Leia, tocando el brazo de Rey.

Yendor parecía cada vez más impresionado.

—Vaya, eres alguien importante, Rey de Jakku. Muy importante.

Rey se sonrojó y dio un sorbo a su té. Se atragantó y dejó la taza rápidamente sobre la mesa. Se tapó la boca con una mano y tosió fuerte.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Charth, inclinándose hacia ella.

—Sí —contestó Rey sin dejar de toser.

—¿Quiere que le dé unas palmaditas en la espalda? —le ofreció C-3PO.

Ella negó con la cabeza, alarmada.

—¡Estoy bien!

—¿Quizá quiera refrescarse? —preguntó Charth.

Rey asintió y se levantó, y Charth hizo un gesto a Hahnee para que se acercase. La twi'lek llevó a Rey hasta la gran sala, donde Leia dejó de oírla toser.

Los tres quedaron un instante en silencio, empapándose de la creciente oscuridad de la noche, sintiendo la calidez del té en el estómago, todo en claro contraste con la tensión reinante.

Finalmente, Leia apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia Yendor, recurriendo a todo el peso de la autoridad que pudiera quedarle. Todos los años en la Rebelión, en el Senado, todos los roles que había desempeñado se reducían a aquel momento.

—Permíteme que te sea franca, Yendor. Te estoy pidiendo un favor.

Yendor, con ciertas reticencias, le dijo:

—Después de lo que hiciste para librar a Ryloth de Rinnrivin Di y su red criminal, estás en tu derecho a pedirlo.

Leia asintió. No parecía muy entusiasmado, pero tampoco era un no.

Ella habló enérgicamente:

—Necesitamos un sitio para ocultarnos y tiene que ser Ryloth. Necesitamos refugio, comida y equipos de comunicaciones, un lugar para atracar y reparar unas cuantas naves. —Yendor estaba ligeramente boquiabierto, así que bajó el ritmo—. Tampoco es tanto, si lo piensas bien.

La risa de Yendor fue amarga.

—Quizá no, pero es peligroso políticamente.

—No si nadie se entera de que estamos aquí. Y yo no tengo ningún interés en que nadie lo sepa hasta que podamos reagruparnos y encontrar algunos aliados.

—Imposible —aseguró Charth.

Leia le miró fijamente y este se tocó la barbilla en señal de disculpa.

—No pretendo ser grosero, general —dijo—, pero eso es logísticamente imposible. No disponemos de instalaciones para albergar a centenares de guerrilleros de la Resistencia…

—Una nave.

—¿Qué?

—El *Halcón Milenario* es lo único que nos queda. —Su voz no se quebró al decirlo. Miró alternativamente a los dos hombres y se encogió de hombros—. Vosotros elegís. Cuando el Escuadrón Negro y mis otros dos pilotos vengan con ayuda, espero doblar nuestro número. O triplicarlo. Pero no seremos centenares, ni un centenar siquiera. Y, de momento, la única nave es el *Halcón*.

Se hizo el silencio. Este espeso y cargado de tristeza.

—La… lamento oír eso —aseguró Yendor al cabo de unos instantes, dolido.

—Yo también —dijo Leia, más irritada que dolida. No le gustaba tener que repetir todo lo que había perdido para convencer a Yendor y Charth de que hicieran lo correcto, el favor que Yendor había admitido que les debían. Solo necesitaba un lugar seguro y tiempo para descansar.

El twi’lek de más edad pasó uno de sus largos dedos por el borde de la taza.

—Tendré que hablar con Lessu. Al canciller Drelomon no le va a gustar. Y al general Iseh menos aún. —Se inclinó hacia delante, con determinación—. Sabes lo que estás pidiendo, Leia. Si la Primera Orden os descubre aquí, nos aplastarán. Oh, opondremos resistencia, pero Ryloth no se engaña sobre las posibilidades que tenemos ante la Primera Orden y el poder militar que han amasado. Nadie quiere correr riesgos tras lo del sistema Hosnian.

Leia quería tranquilizarle, decirle que la base Starkiller llevaba mucho tiempo destruida, que no debía temer el desastre para su planeta por el simple hecho de ayudar a la Resistencia, pero sabía que no podía garantizarle aquellas cosas. De hecho, quizá estuviera invitando a Yendor a firmar la sentencia de muerte de su mundo natal. Parte de ella quería marcharse de allí inmediatamente. Buscar otro lugar, uno remoto como Hoth o abandonado como Crait, donde no pondría en peligro a ningún amigo. Pero, en lo más profundo de su corazón, sabía que no había ningún lugar seguro. Ni para Yendor y Ryloth ni, por supuesto, para ella. Aunque no se hubiera presentado allí con su

Resistencia, la Primera Orden acabaría apareciendo igual. Y llegaría un momento en que exigiría algo que Ryloth no podría dar y, cuando se negasen, traerían la guerra y arrasarían el planeta. Así funcionaba.

—Padre —intervino Charth, alarmado—. No puedes plantearte esto en serio.

Leia lanzó un gritito de sorpresa. ¿Padre? ¿Charth era hijo de Yendor? Oh, cielos, aquello solo lo empeoraba todo.

—He dedicado mi vida a luchar por hacer el bien, Charth —dijo Yendor, con firmeza—. No puedo darle la espalda a otros que luchan por lo mismo cuando más necesitan mi ayuda. Ryloth mantendrá la neutralidad, pero ayudar a unos refugiados no significa tomar partido políticamente. Solo es hacer lo correcto por seres que son como nosotros.

Charth se levantó y empezó a andar, deambulando por el suelo rojo pulido.

—Lo entiendo, padre, y lo comparto. Pero ¿vamos a llamar refugiados a la Resistencia? Nadie se lo tragará.

Yendor se encogió de hombros.

—Me da igual.

Su hijo lanzó una risotada de incredulidad.

—Creía que tus días como combatiente habían terminado.

—Y yo. Pero parece que no es así.

Rey regresó y Yendor le sonrió cordialmente.

—¿Quién sabe? A lo mejor vuelvo a pilotar un Ala-X.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Hahnee, que venía con Rey.

—Papá ya se ha decidido —murmuró Charth.

A pesar de sus reticencias iniciales, Leia percibió un inconfundible matiz de aprobación en la voz del joven. Charth se volvió hacia su hermana:

—Al parecer acabamos de unirnos a la Resistencia.

CAPÍTULO 10



—¡Wedge, despierta! ¡Hay alguien en el patio!

Wedge se despertó al instante, completamente alerta. Miró a su lado, pero Norra no estaba en la cama. Se incorporó. Estaba junto a la ventana, donde no se la podía ver desde fuera pero ella sí que tenía una visión clara del patio. La primera luz del alba se filtraba por el cristal, proyectando sombra sobre su cara. Solo su pelo canoso relucía bajo la incipiente luz del sol. Estaba a punto de amanecer.

—¿Quién es? —preguntó él, en un leve susurro—. ¿Vecinos fisgones?

—Están demasiado lejos para ver sus caras, pero parece algo oficial. No llevan armadura, pero por su aspecto creo que son agentes de la ley.

Wedge sintió la boca seca. Echó mano a la botella de agua que había en la mesita y se la bebió.

—¿El gobierno local de Myrra puede venir a investigar por los Ala-X?

—Quizá. Es probable. Pero hay algo en su manera de actuar…

—Primera Orden —dijo él, taciturno. Había asegurado que no creía que la Primera Orden tuviera presencia en Akiva, pero quizá había sido demasiado inocente.

Norra no contestó, lo que significaba que estaba de acuerdo. Se levantó de la cama y fue descalzo, sin hacer ruido, hasta su mujer. Ella le hizo sitio y Wedge miró el patio. Contó seis figuras moviéndose sin disimulo por allí. Norra tenía razón. No eran soldados de asalto, pero…

—El tercero por la derecha —dijo Wedge—. Eso parece un rifle bláster. ¿Distingues el modelo?

Norra se fijó.

—Puede ser un F-11D estándar, pero ¿desde cuándo los soldados de asalto trabajan sin uniforme?

Wedge se encogió de hombros.

—No sé, pero ¿quieres correr riesgos?

—No.

Wedge titubeó.

—Norra…

Ella le miró, con los ojos brillantes. Esperaba encontrar conflicto en ellos, preocupación por lo que se avecinaba. Quizá incluso reticencias, tras sus palabras de la noche anterior. En vez de todo eso, lo único que vio fue determinación. Serenidad.

—Parece que la lucha ha venido a nuestra puerta —dijo ella.

—¿Eso significa que…?

Ella corrió hasta su lado de la cama y sacó una mochila de debajo. Wedge vio que era una mochila de piloto.

—He metido unas cuantas cosas —dijo Norra, como avergonzada—. Ya sé que te dije que lo consultáramos con la almohada, y lo dije en serio… pero pensé que… por si acaso…

Wedge se rio y sacó su propia mochila de debajo de su lado de la cama, sonriendo.

Norra se rio.

—Creía que necesitabas más tiempo.

—Y yo creía que lo necesitabas tú.

—Ya tuve tiempo de pensarlo. Aunque no tuve que pensármelo mucho.

—Así que volvemos —preguntó Wedge—. Volvemos a la guerra, a ser rebeldes. Aunque eso signifique…

—Siempre lo ha significado, ¿no? —dijo ella en voz baja, mirándole con determinación—. Y hemos tenido una vida larga…

—Más que muchos de nuestros amigos —coincidió Wedge.

—Y Leia nos necesita. La galaxia nos necesita —Norra exhaló—. Nuestros hijos nos necesitan.

Wedge no podía rebatir aquello. Y algo en su interior se iluminó, empapándose de la determinación que emanaba de la sonrisa de Norra.

—Bueno —dijo Wedge—, ya está decidido. ¿Despertamos a los chicos?

Despertaron a Snap y Karé y les explicaron sus sospechas sobre los visitantes del patio.

—Podemos eliminar a cuatro, sin problema —dijo Karé, con firmeza—. Puede incluso que desde aquí mismo.

—Bueno, antes de empezar a pegar tiros en la campiña de Akiva, quizá se nos ocurra algún otro plan —sugirió Snap. Los demás le miraron—. O no.

—Snap tiene razón —dijo Norra—. Deberíamos buscar una opción menos violenta, como mínimo.

¿Norra y Snap eran las voces de la razón? A Wedge le costaba creerlo.

—Parece el mundo al revés —murmuró, pero nadie le oyó.

—¿Tienen algún tipo de cepo para Ala-X? —preguntó Karé—. ¿Algo que pueda impedirnos volar?

Norra negó con la cabeza.

—No he visto nada parecido a eso. Puede que solo vengan a investigar.

—Es probable que algún vecino haya denunciado molestias —coincidió Wedge—. Y han enviado a unos cuantos soldados para que echen un vistazo, para descubrir si hay algo o solo se trata de alguna patrulla vecinal demasiado quisquillosa.

—No correremos ningún riesgo —dijo Snap, con decisión—. Necesitamos esos Ala-X. No pueden llevárselo.

—Entendido —dijo Wedge—. Pero quizá podamos ahuyentarlos sin tener que matar a nadie.

—¿Tienes algún plan? —preguntó Norra.

Wedge asintió. Se le había ocurrido mientras hablaban.

—Sí.

Snap y Karé salieron primero, reptando por el túnel que llevaba desde la cocina hasta el corral de los kidis; el escondite de Norra finalmente resultaba útil. La pareja cargó con sus cosas, más las de Wedge y Norra. Esta se puso una bata sobre su viejo traje de piloto, igual que Wedge. A este el traje le iba pequeño, pero no se avergonzaba de la corpulencia que había adquirido en su mediana edad. El único problema era que la prenda era más ajustada de lo que le gustaría. Estaba seguro de que las raciones de la Resistencia cambiarían aquello.

—Estás genial —dijo Norra, dándole un beso apasionado, sonriente.

Wedge pensó que con aquello ya tenía suficiente.

Revisó su bolsillo, para comprobar que los créditos seguían allí, y los dos se guardaron un bláster y fueron hacia la puerta trasera. Wedge se detuvo un momento para mirar la casa. Le había tomado cariño. Igual que a aquella vida. Iba a echarlas de menos. Pero le reclamaban asuntos más importantes y eso nunca le había asustado.

Norra alargó la mano para despeinarlo. Wedge la miró, intrigado.

—Así parece que te acabas de levantar —le explicó—. Aunque a mí siempre me has gustado con el pelo un poco largo.

—Y me lo dices ahora. Justo cuando me vuelvo a enrolar.

—En la Resistencia te dejarán crecer el pelo. ¿Has visto a Poe Dameron?

—Tiene buen pelo —coincidió Wedge.

—Tú lo tienes más bonito —dijo su esposa, guiñándole un ojo—. Bueno, vamos a meternos en líos.

Apenas habían caminado doce metros por el patio de la casa cuando se les acercaron tres de los guardias de seguridad que Wedge sospechaba eran agentes de la Primera Orden.

—Soltad las armas —les gritó uno, levantando un rifle.

—¿Qué armas? —preguntó Norra, fingiendo un tono tembloroso y asustado—. No tenemos armas. Solo somos granjeros.

El guardia con el rifle alzado dudó, pero uno de sus compañeros, un hombre blanco, con unos ojos de un tono verde escarchado bajo la débil luz de la mañana, se burló:

—¿Granjeros? ¿Unos simples granjeros que tienen dos Ala-X en el huerto?

—No son nuestros —dijo Wedge, apresuradamente—. Los pilotos nos han pagado unos créditos por aparcarlos aquí. La cosecha no ha sido demasiado buena y nos venían

bien, por eso aceptamos. —Wedge se metió la mano en el bolsillo, el que no contenía el bláster, y sacó un puñado de créditos—. ¿Lo ve?

El hombre de ojos verdes retrocedió y frunció el ceño. La cara se le arrugó mientras pensaba.

—¿Y dónde están esos pilotos? —preguntó, severamente.

—No les preguntamos nada —dijo Norra, exagerando su leve acento de Myrra—. Nos dio miedo negarnos.

—Y nos pagaban —Wedge volvió a mostrar los créditos.

—No crea nada de lo que cuentan —llegó una voz desde la casa. Se volvieron y vieron a una abednedo aproximándose. Su piel era color crema, con motas de gris apagado, el escaso pelo que tenía era blanco y sus ojos negros sobresalían de su larga cabeza rectangular. Norra se puso tensa. Wedge creía que era otra agente, pero era su vecina. La misma con la que Norra había estado a punto de llegar a las manos por sus diferencias políticas durante una cena de la comunidad.

—Tukalda… —empezó a decir Wedge, intentando cortarla antes de que dijera nada que pudiese perjudicarles, pero ya no podían pararla.

—Esa —dijo Tukalda, señalando a Norra— es una antigua rebelde. No me sorprendería que también fuera simpatizante de la Resistencia. Es muy problemática.

—Voy a darte unos cuantos problemas —gruñó Norra, dando un paso hacia la abednedo.

Wedge tocó a su mujer en un brazo, advirtiéndole de que no perdiese los estribos.

—Se equivoca, Tukalda. Nosotros no nos metemos en política. Nos limitamos a ocuparnos de lo nuestro.

El guardia de ojos verdes, que estaba claramente al mando, los miró fijamente.

—Necesitaré que se identifiquen —dijo. Wedge captó movimiento a su espalda. Podía ver sombras alrededor del corral. Snap y Karé ya habían salido del túnel e iban sigilosamente hacia sus cazas estelares. Pero también había guardias junto a las naves y tendrían que sacarlos de circulación. Necesitaban tiempo.

—Pues ahora mismo… —empezó a decir Wedge.

—No tengo tarjeta de identidad —protestó Norra, al mismo tiempo, levantando las manos con indignación y alzando la voz.

—Pues tendrá que acompañarme. —El guardia hizo un gesto a su compañero—. Arréstala.

Wedge se colocó entre ellos.

—¡Espere! Quizá podamos llegar a un acuerdo. —Volvió a tenderle los créditos, esta vez directamente hacia la cara. Metió la otra mano en el bolsillo.

Molesto, el guardia apartó la mano de Wedge bruscamente. Sus créditos saltaron por los aires. A su espalda, cerca de las naves, alguien lanzó un grito que quedó inmediatamente ahogado. El hombre de los ojos verdes se volvió hacia los Ala-X, alarmado.

Ruido. Demasiado alto y demasiado cerca del oído de Wedge.

Se agachó instintivamente y al levantar la cabeza vio que aquel tipo se ponía rígido y caía, con un lado de la cara destrozado por fuego de bláster.

Wedge se volvió hacia Norra. Estaba completamente quieta, con el bláster levantado y humeando.

Tukalda gritó y Norra le asestó un puñetazo en su cara bulbosa. La abednedo cayó en redondo. Solo quedaba el guardia del rifle. Wedge se giró a tiempo para ver que estaba a punto de apretar el gatillo. Le disparó con su bláster, ya preparado, y le alcanzó en el hombro. Su rifle saltó hacia atrás, desviando el tiro, y Norra se lanzó hacia un lado. Wedge volvió a apretar el gatillo y esta vez el guardia cayó, con un agujero en el pecho.

Se hizo el silencio y Wedge quedó petrificado por un instante. Había matado a un hombre. Ya lo había hecho antes. Muchas veces. Ese era el trabajo de un soldado y había pasado por una guerra. Seguía habiendo una guerra. Pero no había matado allí, en su idílico patio, con sus kidis y sus pimientos. Sintió que se le secaba la garganta e intentó tragarse aquello, aquella emoción, que se le atragantaba y amenazaba con asfixiarle.

—Vamos —dijo Norra, sacándolo de sus pensamientos. Levantó la vista hacia ella. Sus ojos brillaban pero eran cautelosos, como si entendiera perfectamente lo que pasaba en su cabeza.

—¿Tukalda está…?

—No. Va a tener un buen dolor de cabeza y una historia que contar sobre sus chiflados vecinos, pero se recuperará.

Wedge intentó tragar saliva y esta vez lo consiguió.

Norra se había quitado la bata y Wedge se quitó la suya, dejándola caer sobre la hierba. Tras ellos, oyeron rugir los motores de los Ala-X. Snap y Karé ya habían llegado a sus naves y las estaban arrancando, preparándose para despegar.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Wedge. Por algún motivo, su cerebro no se mostraba muy cooperativo, no le permitía pensar en actos, consecuencias y los siguientes pasos a dar.

Norra cacheó a los guardias muertos, buscando algo.

—Ayer, cuando fuimos a la ciudad con Karé, pensé que quizá tendríamos que acabar huyendo, así que alquilé una lanzadera para nosotros. No es muy elegante. Es una de esas lanzaderas de recreo que se utilizan para ir de vacaciones a otros planetas, pero nos llevará hasta allí donde la Resistencia esté escondida. También renové mi licencia de piloto, para que parezca que llevo a unos cuantos lugareños de turismo a Cardo Minor, pero cuando hayamos salido del espacio de Akivan, inutilizaré los rastreadores y la nave será totalmente nuestra. Detesto robar, pero no se me ocurría otra manera.

Wedge asintió, medio aturdido. ¿Qué le pasaba?

Norra se había guardado el comunicador de uno de los guardias y estaba registrando al otro.

—Tendremos que llegar a Myrra sin que nadie repare en nosotros —dijo, sin levantar la vista—. Aunque no creo que nos cueste demasiado a estas horas de la mañana.

—¿Y los cadáveres?

Ahora sí que miró a Wedge, sorprendida.

—¿Qué?

—Deberíamos hacer algo con ellos. —Señaló a los guardias muertos.

—Déjalos ahí, Wedge —dijo Norra, con serenidad—. Con Tukalda de testigo, lo que hemos hecho no va a ser ningún secreto. Aunque la atemos y la dejemos en el túnel con los cadáveres, al final… —Hizo una pausa—. A no ser que pienses…

Levantó su bláster y señaló a la vecina inconsciente.

Tenía sentido y les daría algo más de tiempo. Además, podrían dejar todos los cadáveres donde estaban, un misterio para el vecindario y los agentes de la ley. Pero no. Todo el mundo había visto los Ala-X. Y muchos conocían la historia de Wedge y Norra. Y… no era lo correcto. Tukalda era un incordio, pero no era mala. No merecía morir.

Wedge se sacudió, intentando librarse de aquel espesor mental.

—Atala y amordázala —dijo, decidido—. Yo llevaré los cuerpos a la parte trasera de la casa. El túnel sería demasiado. Bastará con la parte oeste de la casa, bajo los árboles.

Una casa a la que ya jamás podrían regresar. Un lugar que no volvería a acogerlos. Wedge sabía que era ineludible, pero le dolía. Había intentado construir un hogar allí. Aunque la verdad era que su hogar estaba allí fuera, en el espacio. Siempre lo había estado. Y ahora regresaba al espacio, para siempre.

Norra asintió y se enfundó el bláster, sin decir nada más. Los dos se pusieron manos a la obra. Al cabo de quince minutos, cuando el sol estaba alto sobre su granja, el campo quedó despejado. Siempre que nadie se fijase demasiado en las ristras de pimientos plantados. Y Wedge y Norra ya iban hacia la capital.

CAPÍTULO 11



Poe miró al exterior de la cabina de su caza estelar prestado.

A su espalda, encogiéndose rápidamente, Ephemera era un remolino rosa, azul y verde, una canica preciosa y apacible que estaba encantado de abandonar. Sentía una gran decepción en su pecho y cuando BB-8 le preguntó qué le pasaba, Poe le contestó con franqueza.

—Supongo que esperaba algo más.

BB-8 emitió un pitido interrogativo.

—Más empatía, para empezar —respondió Poe—. Más pasión por la Resistencia, más información. Simplemente… más. Más de todo.

BB-8 emitió pitidos comprensivos.

—Puede que mis expectativas fueran demasiado altas —admitió Poe. O quizá el problema era más el mensajero que el mensaje. Quizá Maz desconfiaba de él, no le respetaba. En aquellos momentos, incluso a él le costaba confiar en sí mismo. La misión en Ciudad Grial con el Escuadrón Negro había sido un indulto, un momento de confianza entre gente que quería y que confiaba en él más que nada en el mundo. Pero ahora volvían a acuciarle las dudas, haciéndole preguntarse cómo iba a superar el desastre del *Raddus*. El Escuadrón Negro, como mínimo, le había entendido y Leia parecía comprenderle también, aunque sospechaba que la había decepcionado. No se imaginaba cómo reaccionaría el resto de la galaxia, la gente que no era ni su escuadrón ni sus amigos. ¿Todos aquellos que conocieran a partir de entonces estarían enterados del tremendo error que había cometido y del enorme coste en vidas que había comportado? Y, si no lo sabían, ¿terminarían sabiéndolo? Era una vergüenza con la que tendría que vivir hasta el fin de sus días y le parecía que lo único que podía hacer era darlo todo, en cuerpo, sangre y alma, para reconstruir la Resistencia.

Pero su primera misión en busca de una nueva base para la Resistencia había sido un estrepitoso fracaso. Bueno, también había fracasado al no obtener ningún tipo de ayuda directa de la primera ministra de Ciudad Grial. Se rio con amargura. Las cosas le iban de maravilla, realmente de maravilla.

BB-8 emitió un pitido, anunciándole una llamada entrante. Comprobó la frecuencia. Era el *Halcón Milenario*. Por un instante, sintió un nudo en el estómago, con su mano vacilante sobre el botón de respuesta. ¿Y si eran malas noticias? ¿Y si les había pasado algo a Leia, Finn y los demás, y él había vuelto a fallarles? Cerró los ojos y se obligó a respirar hondo. BB-8 le volvió a preguntar si aceptaba la comunicación. Rápidamente, sin querer darle más vueltas, le pidió que la pasase.

—Aquí Poe Dameron —dijo con urgencia—. ¿Va todo bien?

—*¡Poe!* —exclamó una voz entusiasta desde el otro lado—. *Me alegro de oírte. ¿Has visto a Maz Kanata?*

—Rose —dijo Poe, reconociendo la voz de la joven técnica de mantenimiento—. ¿Va todo bien por el *Halcón*?

—*El* Halcón *está en tierra* —le informó Rose—. *Esperamos que Maz y tú lleguéis pronto.*

—Maz no viene conmigo —dijo Poe, con un matiz de pesar y enojo en la voz—. Me temo que ha decidido mirarse esta lucha desde la barrera.

—*¿Qué? ¿Por qué?*

—No me lo dijo —respondió Poe, lo que no era del todo cierto. Pero no pensaba explicarle que Maz tenía sus propias prioridades, y que estas no incluían a la Resistencia, a una chica que había perdido a su hermana durante la evacuación de D'Qar. Poe no había conocido mucho a Paige, pero su sacrificio había quedado grabado en su memoria. También era responsable de su muerte. Una orden suya mandó al bombardero de Paige contra el acorazado *Fulminatrix*, una decisión que había acabado con la monstruosa nave de la Primera Orden, pero a expensas de la vida de Paige, entre otros. Muchos otros. Tenía las manos manchadas de sangre y jamás podría olvidarlo. No se arrepentía. A diferencia de su amotinamiento, seguía creyendo que acabar con el *Fulminatrix* había sido la decisión correcta. Pero jamás podría olvidarlo.

Rose seguía hablando y Poe volvió a centrarse en la conversación.

—*… refugio en Ryloth.*

—¿El sistema Ryloth? —preguntó Poe, captando solo el final de la frase—. ¿He oído correctamente?

—*Afirmativo, comandante. Leia nos ha conseguido un refugio temporal en Ryloth.*

Poe se rio. Leia podía hacer que su fracaso con Maz fuera irrelevante.

—¿Cómo lo ha hecho? Creía que Ryloth no quería posicionarse en ningún bando.

—*Es Leia* —dijo Rose, sin más.

—No hay duda —coincidió Poe.

—*Estoy enviando las coordenadas a BB-8* —dijo Rose.

Poe las vio llegar y aparecer en su monitor. Frunció el ceño.

—Según esto debo dirigirme a la luna exterior del sistema. ¿Es eso correcto?

—*El embajador Yendor ha pedido que nuestros cazas estelares se congreguen allí. Cuando estemos todos, nos esconderá.*

—Ah —dijo Poe—. Así que no estamos en Ryloth oficialmente.

—*Es un poco clandestino* —reconoció Rose—. *El gobierno sabe que estamos aquí pero no puede reconocerlo públicamente. Trabajamos directamente con la Autoridad de Defensa de Ryloth.*

—¿La Autoridad de Defensa de Ryloth? No sé qué es eso, pero suena prometedor.

—*Leia te lo explicará cuando llegues. ¿Alguna noticia del resto de tu escuadrón?* —preguntó Rose.

—Negativo, pero acabo de salir de una órbita planetaria. Contactaré en breve con los Equipos Negro Uno y Dos para trasladarles las coordenadas.

—*Afirmativo* —dijo Rose—. *Leia también quiere que contactes con el Escuadrón Inferno y les transmitas las coordenadas.*

—Sin problema.

—*Genial. Hasta pronto, comandante.*

—Corto —dijo Poe, finalizando la comunicación—. BB-8, abre un canal seguro con el Equipo Negro Uno.

Al cabo de unos segundos, pudo oír la voz de Snap Wexley.

—*¿Eres tú, Poe? ¿Va todo bien?*

—Todo bien por aquí, Snap. Solo quería conocer el estado de vuestra misión y transmitiros las coordenadas de un punto de encuentro.

Unas leves maldiciones llenaron el oído de Poe, seguidas de un grito:

—*¡Si! Recibido, Poe. No puedes ser más oportuno. Karé y yo acabamos de abandonar Akiva, con Norra y Wedge.*

—¿Algún problema?

—*Nada grave. Un poco de oposición local y unos cuantos cañones antiaéreos muy poco efectivos. Sin problema.*

—Celebro oír eso —dijo Poe—. ¿Va todo bien con Wedge y…? —Poe hizo una pausa. No pretendía entrometerse y preguntarle a Snap directamente por su madre le parecía excesivo. Por otra parte, era el oficial al mando de Snap y si uno de sus pilotos no estaba en condiciones psicológicas por motivos personales, debía saberlo y tomar las medidas correspondientes.

—¿Y tu madre? —preguntó, llanamente.

—*Oh, tan chiflada como siempre* —dijo Snap, riéndose—. *Pero ¿no lo estamos todos, hoy en día? Es su vida, ¿verdad*? *Tendré que dejar que la viva como ella quiera.*

—Me alegra oírlo —dijo Poe, con entusiasmo, aunque pensó en que tendría que seguir la evolución de todo aquello cuando todos estuviesen en Ryloth—. Os mando las coordenadas.

Pasó un momento y Snap dijo:

—*Recibidas. Se las pasaré al equipo. Escucha, vamos a dar un par de rodeos para averiguar si queda algo del Escuadrón Fantasma vivo.*

—¿El Escuadrón Fantasma? —preguntó Poe, sorprendido—. No vuelan juntos desde que mi madre era piloto en activo. —Recordó que Wedge había formado el Escuadrón Fantasma en tiempos de la Nueva República, un escuadrón de pilotos curtidos y desesperados que no rechistaban ante misiones no autorizadas. Habían participado en la liberación de Kashyyyk y en la de Jakku, pero eso era todo lo que Poe sabía.

—*Necesitamos gente, ¿no?* —preguntó Snap.

No solo gente. Leia quería líderes. Pero ¿quién sabía a quién podría encontrar Snap?

—Te escucho.

—*No tardaremos mucho. Nos reuniremos contigo en Ryloth pronto*.

—Llevad cuidado por ahí fuera, Snap —dijo Poe.

—Siempre lo llevamos.

Poe cortó la comunicación.

—BB-8, ¿puedes…?

No tuvo que terminar la frase para que BB-8 le conectase con el Equipo Negro Dos.

—*¡Poe!* —gritó la voz de Suralinda en su oído—. *No puedo hablar mucho. ¡Estamos muy ocupadas!*

—¿Qué pasa? —preguntó Poe, preocupado—. ¿Os disparan?

—*Uh… se podría decir que sí* —gritó Suralinda. La comunicación se cortó.

—BB-8, ¿qué ha pasado?

El droide emitió un pitido, tan angustiado como el propio Poe.

—Bueno, ¿puedes volver a conectar?

BB-8 respondió.

—Vale, sigue intentándolo —dijo, con el suave latido de la transmisión cortada en los oídos. Sabía que Suralinda y Jess estaban en Rattatak, un lugar célebre por ser una guarida de señores de la guerra y por su sociedad de gladiadores. Las posibilidades de toparse con la Primera Orden allí eran mínimas, pero era inevitable que terminasen viéndoselas con los señores de la guerra de Rattatak. Podía retrasar su reunión en Ryloth para desviarse hacia Rattatak, pero ¿dónde iba a buscar al Equipo Negro Dos? Era un planeta grande y no tenía ninguna pista, más allá de las vagas afirmaciones de Suralinda sobre la presencia de un antiguo imperial que simpatizaba con la Resistencia, o como mínimo que era hostil a la Primera Orden. Suponía que aquello no era algo que nadie proclamase públicamente, ni siquiera en Rattatak. Exhaló para eliminar parte de la energía nerviosa que le carcomía. No, ir corriendo a Rattatak para intentar salvarlas sería otra temeridad. Debía confiar en que Suralinda y Jess se las arreglarían solas, aunque no le gustara.

Estaba a punto de pedirle a BB-8 que abandonase sus intentos por comunicarse con ellas, cuando la voz de Jess sonó en sus oídos.

—*¿Poe?* —preguntó gritando—. *¿Eres tú?*

—Jess —Poe suspiró, aliviado—. Se ha cortado. ¿Va todo bien?

—Oh, sí. Suralinda me acaba de relevar en la arena, por eso ha tenido que cortar. —Se dio cuenta de que Jess jadeaba, como si hubiera corrido. Oyó un rugido de fondo, como de una multitud.

—¿Dónde estáis?

—En Barterus. Una arena para gladiadores. ¿Sabes la eximperial que Suralinda buscaba? ¿Teza Nasz? No ha querido recibirla, a no ser que derrotemos a sus mejores guerreros en combate cuerpo a cuerpo, así que Suralinda pensó que…

Poe maldijo.

—Suralinda pensó en meter a dos pilotos muy necesarias para la Resistencia en los cuadriláteros de Rattatak para así poder hablar con una eximperial que quizá nos ayude o quizá no.

Un instante de silencio y otro rugido de la multitud. Volvió a oír a Jess, visiblemente molesta.

—*Bueno, dicho así…*

—Salid de ahí, Jess —ordenó Poe, severamente—. No podemos correr el riesgo de perderos a ninguna de las dos. Os necesitamos pilotando para el Escuadrón Negro más de lo que necesitamos a la tal Teza Nasz.

—*Sí, pero me temo que ya es tarde, Poe. Los rattataki no se toman muy bien los abandonos. Es una especie de lucha a vida o muerte. Pero tranquilo, lo tenemos controlado. ¡Oh!*

Por el comunicador sonó algo rompiéndose a lo lejos y después el rugido de una vibrohacha al activarse.

—*¡Me toca! Me tengo que ir, Poe. No te preocupes.*

Que no se preocupase. Para ella era fácil decirlo.

—BB-8 mandará las coordenadas a vuestra nave. Presentaos en el punto de reunión lo antes posible. No os compliquéis la vida. ¡Y no se os ocurra morir! Es una orden.

—*A la orden* —gritó Jess. Y la comunicación se cortó.

—Qué locura —dijo Poe, enfadado, aunque una parte de él se rio. Por algo era el comandante del Escuadrón Negro y cada día parecía más evidente que lo era porque sus miembros eran un puñado de impetuosos irremediables. A aquellas alturas, poco podía hacer, aparte de volver con Leia y compañía y rezar para que Jess y Suralinda no hubiesen abarcado más de lo que podían apretar.

Poe le pidió a BB-8 que hiciera otra llamada.

—*Shriv al habla.*

—Shriv, aquí Poe. ¿Cómo va tu misión?

—*Oh, ya sabes. Muchos vuelos y muchas puertas cerradas en mis narices. Pero hemos encontrado un par de amigos de la Rebelión. Creo que Leia se alegrará.*

—Nos dirigimos a Ryloth. ¿Crees que podrás reunirte con nosotros allí?

—*Por supuesto.*

—Genial. Te mandamos las coordenadas ahora mismo.

Shriv confirmó la recepción.

—*Recibidas. Vamos para allá.*

—Hasta la vista.

Cortó la comunicación.

—¿Listos para el salto, BB-8?

BB-8 respondió y Poe se rio.

—Bueno, perdona por hacerte esperar. Estoy listo.

Poe miró por última vez hacia Ephemera, que ya era un simple puntito rosa en la lejanía. Después BB-8 y él perdieron de vista el planeta, entre un borrón de estrellas.

CAPÍTULO 12



—L*eia, ¿estás ahí?* —La voz de Yendor sonó en el auricular de su oído—. *Tenemos un problema.*

Leia estaba sentada en el puesto de comunicaciones del *Halcón Milenario*, no haciendo nada en particular. Aunque no era del todo exacto. Se había estado preocupando. Intentando no pensar en por qué aún seguía sin noticias de los aliados de la Resistencia, planteándose qué iban a necesitar para construir una oposición útil contra la Primera Orden y en todo lo que podía torcerse por el camino. Algo hacía, aunque no fuera demasiado agradable.

Yendor le había dejado una habitación y una cama en aquel amplísimo museo nacional reconvertido en cuartel general de la Autoridad de Defensa. De hecho, le había ofrecido su propia habitación, que ella había rechazado; no solo porque le parecía inapropiado sacarlo de sus aposentos, sino también porque prefería el *Halcón.* Yendor no había insistido y Leia tampoco había dado más explicaciones. De haberle insistido, habría dicho que quería mantenerse cerca del puesto de comunicaciones, con la esperanza de que todos fueran lo bastante considerados de no mencionar la antena perdida por el *Halcón* ni el puesto de comunicaciones plenamente operativo de la ADR, que aceptasen su mentira evidente. El verdadero motivo era que la nave se había convertido en un consuelo, un lugar familiar que le recordaba a Han y tiempos más felices, que le transmitía una sensación de esperanza. Sentada en la silla de respaldo duro que había frente a la consola casi podía oír a Han, gritándole alguna maniobra descabellada a Chewie, o maldiciendo, por enésima vez, al hiperimpulsor por no activarse. En más de una ocasión se había descubierto riéndose sola al recordar alguna huida desesperada o algún mal plan improvisado en el mismo asiento en que se sentaba. Casi podía ver la sonrisa picara de Han, sus andares despreocupados, mientras la convencía de meterse en otro embrollo. Puede que recrearse en la nostalgia fuera una estupidez, pero la reconfortaba y se aferraba a ella. En el *Halcón* se sentía en su hogar.

—¿Qué pasa, Yendor? —preguntó, centrándose en el presente.

—*Tenemos que hablar.*

—Ahora bajo —dijo ella.

—*No* —contestó Yendor—. *Yo voy. ¿Estás en el* Halcón*?*

—Sí. Chewie te abrirá.

Leia no era la única que se sentía más cómoda en la nave que en las cuevas de Ryloth. Chewie y Rey también se habían quedado a bordo. Rose había propuesto hacer lo mismo, pero Leia la había animado, igual que a Connix y Finn, a alojarse en las habitaciones que

les ofrecían. Así podrían trabajar con Charth en los preparativos para la inminente llegada del Escuadrón Negro y los demás. Poe les había confirmado que ya iban hacia allí y que llevarían cerca de una docena de acompañantes, con antiguos miembros del Escuadrón Fantasma entre ellos, dos comandantes rebeldes que Zay y Shriv habían encontrado y una eximperial que el Escuadrón Negro había localizado. Era un grupo variopinto, cuanto menos, pero Leia estaba deseando verlos a todos.

Tras el ruido lejano de una puerta abriéndose llegaron los pasos de alguien aproximándose. Leia se levantó cuando Yendor entró. Llevaba una larga capa azul marino con cinturón. Seguía luciendo la diadema dorada en la base de sus lekku, pero el resto de su atuendo parecía gris, casi sombrío.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Yendor le hizo un gesto para que se sentase y Leia le obedeció. El se sentó a la mesa, inclinándose hacia delante y juntando las manos.

—Tenemos noticias de que la Primera Orden está en Lessu.

—¿Qué? —Leia se sintió repentinamente aturdida, con su presión arterial disparándose—. Fuimos muy cautelosos —dijo, con la mente acelerada—. No pudieron seguirnos.

—No creo que os siguieran —dijo Yendor, alargando una mano para ponerla sobre las de Leia—. Parece que están aquí por mera coincidencia. Es terriblemente inoportuno, pero… —Abrió los brazos—. No ha sido culpa vuestra.

Ella respiró hondo, obligando a su cuerpo a serenarse.

—¿Saben que estamos aquí?

—Todo parece indicar que no. He enviado a Hahnee a la ciudad, a echar un vistazo y averiguar todo lo que pueda. Esperaba a recibir su informe, antes de contártelo.

—¿Y has hablado con ella?

Yendor asintió y titubeó antes de hablar:

—Parece que la Primera Orden ha venido en misión diplomática. —Escupió aquellas dos últimas palabras, como si le dolieran, cargadas de sarcasmo—. Parece que han perdido algunas naves caras recientemente y necesitan recaudar impuestos para obtener fondos. Le dan cinco días al sector transportista de Ryloth para que recaude voluntariamente ese tributo para ellos, o si no bloquearán las rutas de transporte del sistema e impondrán tarifas arancelarias.

Leia no pudo evitar reírse. Y se sintió aliviada cuando Yendor también se rio. Tras un instante, recobró la compostura y le preguntó:

—¿Lo harán? ¿Montarán un bloqueo?

Yendor se encogió de hombros.

—El Ministerio de Economía se está planteando sus opciones. El canciller Drelomon cree que es un farol, pero ¿quién quiere correr ningún riesgo? Lo que no entiendo es por qué van a imponer un bloqueo sobre Ryloth, en los confines de la galaxia. No tiene demasiado sentido en términos logísticos.

—Orgullo —murmuró Leia. Y lo repitió, más fuerte—: Orgullo. Creen que una victoria aquí sería una demostración de fuerza. Doblegar a Ryloth, célebre por su neutralidad, sería una muesca en la culata de alguien.

Yendor se reclinó en su silla, reflexionando. Juntó las manos por las yemas de los dedos. Un hábito que Leia había notado que repetía.

—Es posible —reconoció, finalmente—. Aunque puede que no lo veamos en toda su dimensión desde aquí. En todo caso, está claro que vuestras posibilidades de lanzar una misión desde Ryloth se reducen considerablemente.

—Cinco días estándar —dijo Leia—. Para que lleguen todos y decidir qué hacemos.

—Menos de cinco días. Drelomon ya habla sobre los motivos que pueden haber llamado la atención de la Primera Orden. La mayoría cree que es simple mala suerte, pero si llegan a la conclusión que es culpa de la Resistencia, me preocupa que os delate. —Las lekku de Yendor se sacudieron, presa de alguna emoción—. Jamás lo permitiré —dijo sinceramente.

—Jamás te pediría que te enfrentases a tu propio gobierno ni a tu gente.

—Esperemos no llegar a ese punto.

Se quedaron en silencio, pensando cada uno en sus cosas, hasta que Yendor preguntó:

—¿Qué quieres hacer, Leia?

—Seguimos con el plan inicial.

¿Qué otra cosa podía hacer? Las naves de la Resistencia llegarían al día siguiente. Poe le había asegurado que estarían en el lado oculto de la luna mayor, esperando sus órdenes.

—Muy bien —dijo Yendor, aparentemente resignado—. ¿Quién sabe? Quizá los espíritus de nuestros ancestros te sean propicios.

Yendor le había explicado que el día siguiente era la Noche Más Larga, una celebración twi’lek donde las tres lunas de Ryloth estaban en su fase más baja y la oscuridad era prácticamente total en el hemisferio más poblado. La celebración hacía que prácticamente todo el mundo se quedase en casa, pasando una velada tranquila con sus familias. Era una buena noche para esquivar miradas indiscretas. Yendor también le había dicho que muy posiblemente la gente de aquel remoto desierto del sur jamás hubiese oído el rugido de un motor de caza estelar y que atribuyera cualquier ruido a los atormentados espíritus de los muertos, que se decía que deambulaban durante la Noche Más Larga. A Leia le pareció improbable, pero Yendor no parecía preocupado, por lo que ella tampoco lo estaba. Aunque hacer pasar el aterrizaje de Poe y los demás por espíritus atormentados le parecía un poco retorcido.

—Esperemos que la Primera Orden no mire por aquí —prosiguió Yendor—, pero no tenemos ninguna seguridad. Deberías informar a tus comandantes de la situación y advertirles para que estén preparados para combatir.

—Por supuesto —dijo Leia, aunque en lo más hondo de su corazón se sintió decepcionada. Quería un respiro, un momento de paz lejos de la guerra, aunque solo fueran unos días. Seguía padeciendo las consecuencias de las heridas sufridas en el

Raddus y aún tenía aquella pesadez de huesos que se había apoderado de ella después de Crait. Luchar. Escapar. Volver a luchar. Cerró los ojos un instante, dejando que la pena que sentía se marchase. Cuando volvió a abrirlos, Yendor la estaba mirando.

—Estaremos preparados para combatir —le aseguró Leia—. Aunque eso signifique morir.

—Lo terminará significando —dijo Yendor, con una sonrisa triste brotando en sus labios—. Aunque puede que aún no.

Ella quería poner alguna objeción, pero veía la verdad en aquellas palabras y no lo hizo.

Leia vio a Poe, el Escuadrón Negro y el resto de la esperanza de la Resistencia acercándose por el desierto. Volaban prácticamente a ras de suelo, con las mínimas luces, a pesar de la oscuridad de la noche. De no haber sabido que estaban allí, ni lo que eran, le podrían haber parecido una especie de fenómeno natural, un montón de insectos luminosos migratorios o alguna extraña ilusión del desierto de Ryloth. A medida que las naves se acercaban, pudo distinguir el inconfundible aullido de los motores de Ala-X. Bueno, aquello no se podía camuflar de ninguna manera. Pero tenías que estar cerca de allí para oírlos y Yendor le había asegurado que los lugareños, los pocos que pudieran estar fuera de sus casas, eran rylothianos leales.

La última de las naves, no un caza estelar sino un pequeño transporte que parecía un yate, cruzó el desierto y desapareció en el interior de la montaña que Leia tenía debajo. Suspiró. Ya estaban todos. Había contado diez Ala-X, un Ala-A, la nave que un hutt le había prestado a Poe, dos transportes civiles más pequeños y el yate. No era gran cosa para combatir al enemigo, pero era más de lo que tenían hacía solo un día. Y así tenía que ser. Cada día más que el anterior, hasta tener una verdadera fuerza de combate. Como mínimo, esa era la idea. Intentó no pensar en las bajas que sufrirían por el camino.

Salió de la biblioteca para dar la bienvenida a la flota. Cuando bajaba por los túneles hacia las naves, se le unió R2-D2. Llevaba días sin ver al pequeño droide. Suponía que estaba de duelo por Luke, a su manera, así que había preferido dejarlo tranquilo. Ahora se alegró de verlo y el droide emitió un pitido jovial para saludarla.

—¿No se supone que deberías estar ayudando a Rey en las reparaciones del *Halcón*? —le preguntó.

R2-D2 contestó.

—Eso son buenas noticias —coincidió Leia—. Me alegro de que ya estén terminadas. Bueno, vamos a ver qué nos traen Poe y su Escuadrón Negro.

Otra retahíla de pitidos y Leia asintió.

—Y el Escuadrón Inferno —rectificó—. Todos buenos pilotos. Buena gente. Pero necesitamos líderes, Erredós, no solo tropas. Necesito gente con ideas, estrategas, gente con experiencia en combate.

R2-D2 emitió un pitido.

Ella se rio.

—Claro que tú tienes mucha experiencia. Serías un buen líder, no hay duda.

Salieron de aquel túnel auxiliar y llegaron al muelle. Este latía con el ruido, la actividad y el olor de las naves, que hasta hacía poco estaban volando entre las estrellas. Leia se empapó de todo aquello. Había expectación. Había esperanza. Aquello era lo que los mantendría vivos.

Las naves rugían mientras se adaptaban a la gravedad de Ryloth y el seco aire del desierto. Voces excitadas gritaban para saludarse y los astromecánicos emitían peticiones de combustible y reparaciones en forma de pitidos.

—¡Leia! —gritó alguien, y cuando levantó la cabeza vio a Poe Dameron acercándose a paso vivo.

R2 le hizo una pregunta y Leia le acarició la cabeza un momento.

—Sí, ve a saludar a BB-8 —le dijo, y el droide se marchó rodando.

—Comandante —saludó a Poe, mientras se le acercaba.

Él se sonrojó. Se pasó una mano por sus espesos rizos negros y bajó la cabeza, avergonzado.

—General —respondió, enmendando su saludo previo con una reverencia con la cabeza—. Disculpe la informalidad. Es solo que me alegró de verla.

—Yo también me alegro de verte, Poe. —En realidad, no pretendía corregirle, solo recordarle que estaban ante posibles nuevos líderes y debían dar ejemplo—. Acompáñame y cuéntame qué tenemos.

Poe caminó con ella por el muelle, señalando a medida que avanzaban.

—A esas dos pilotos ya las conoces del Escuadrón Negro, Jessica Pava y Suralinda Javos. La mujer que las acompaña es una exoficial imperial, Teza Nasz. La encontraron en Rattatak tras batirse en las arenas con sus gladiadores.

Señaló al cuadrante este, donde Jess y Suralinda habían aparcado sus naves. Jess estaba agachada, hablando con su astromecánico. Tenía un lado de su melena negra apelmazada por algo que parecía sangre. Leia pensó que debían ofrecerle asistencia médica de inmediato. Más a la izquierda, Suralinda saludaba a una mujer que se le había acercado desde una nave de transporte civil. Era una mujer imponente, inusualmente alta y con una musculatura que parecía fruto de mucho trabajo pesado. Llevaba un mono que parecía remendado a base de pieles de animales y piezas de armadura usadas. En el brazo tenía una elaborada franja de pequeños cortes sobre la piel oscura, desde el hombro hasta el codo, y debajo del codo llevaba un brazal de cuero. Tenía una espesa melena teñida de color rojo sangre que se sujetaba atrás en unas largas rastas que le caían por la espalda.

Leia reprimió una carcajada de incredulidad.

—¿Esa señora de la guerra es una eximperial?

—Eso dicen —respondió Poe—. Fue oficial en la Marina Imperial. Una especie de genial estratega que participó en la Batalla de Jakku. Cuando la cosa se torció para el Imperio, la dieron por muerta en el *Devastador*. Resulta que llegó a tierra y Suralinda la

descubrió gracias a un artículo sobre un equipo de gravbol de Ryloth que participó en un torneo importante. Suralinda la reconoció por una foto. Se habían conocido antiguamente.

Leia frunció los labios, pensando.

—Pues parece una guerrera, no una estratega. Aunque quizá no deba juzgarla por las apariencias. Si logró escapar del radar de la Nueva República de semejante forma y alcanzar el poder en Rattatak debe ser ambas cosas. ¿Cómo dices que se llama?

—Teza Nasz.

Como si los hubiera oído, Nasz volvió la cabeza hacia ellos. Tenía la cara pintada con tinte ocre y carbón, y entornó sus oscuros ojos para mirar a Leia. Esta se la quedó mirando hasta que la mujer se giró. Parecía interesante.

—¿Quién más?

—¿Princesa Leia? —la interrumpió una excitada voz femenina. Leia y Poe se dieron la vuelta.

Zay Versio los miró con entusiasmo y se acercó para estrechar la mano de Leia. La joven piloto tenía su pelo corto negro alborotado y sus ojos parecían cansados bajo las espesas cejas negras que dominaban su cara delicada. Pero sonreía animadamente y su apretón de manos fue enérgico.

—Me alegro de conocerte personalmente, al fin, Zay —dijo Leia, saludando a la joven piloto—. ¿Dónde está Shriv?

—Aquí —dijo un duros de piel azul, llegando hasta ellos. También parecía cansado. Su piel se veía cetrina con la luz de la cueva y tenía arrugas profundas bajo sus grandes ojos rojos. Se frotó su cara sin nariz con una mano y sonrió con sus labios finos, casi inexistentes—. Me alegro de volver a verla, general.

—¿Cómo te fue la misión? —preguntó Leia.

—Bien, sobrevivimos —dijo Shriv lacónicamente—. Pero pillé un sarpullido en un sitio innombrable que aún arrastro. ¿No tendrá ninguna crema para eso?

Leia le miró, muy seria.

—Seguro que alguien del equipo médico podrá ayudarte.

—También me vendría bien una siesta. Y comer algo. He oído que aquí tienen fruta. Y carne. ¿Es cierto o hemos llegado demasiado tarde para lo bueno?

—Los twi'leks han sido muy generosos. Hay de todo y en cantidad.

—¡Genial! —Shriv se frotó la cara y contuvo un bostezo que amenazaba con romperle la mandíbula—. En ese caso, tendrán que disculparme. Debo solucionar lo de mi erupción.

—¿Encontraste a alguien, Zay? —preguntó Leia cuando Shriv se marchó.

La joven asintió.

—Están en el transporte civil. Creo que te va a gustar.

Fueron hasta el transporte mientras Zay le explicaba banalidades sobre la misión con Shriv.

—Buscamos en todas partes —dijo, como exasperada—. La mayoría de las pistas no conducían a ningún sitio y algunas de las personas que intentamos encontrar estaban…

bueno, estaban muertas. En la lista había más muertos que vivos. —La expresión de Zay se ensombreció—. Y hay unos cuantos desaparecidos. Un día están haciendo su vida con normalidad y al siguiente ya no se presentan en su trabajo. Las familias no tienen la menor idea de dónde están, las autoridades no se toman en serio el asunto y dicen que deben haberse marchado voluntariamente, pero no tiene sentido.

—Desaparecidos —dijo Poe, visiblemente preocupado—. Maz me contó algo parecido.

—¿Qué significa esto? —preguntó Zay.

—La Primera Orden, probablemente. Si nosotros sabemos de esos potenciales aliados, también ellos lo saben. Y los encuentran antes que nosotros.

Habían llegado al pie de la rampa de embarque de la lanzadera de transporte. Allí encontró un grupo variopinto. Leia vio a los dos hijos de Charth entre los congregados, ofreciendo toallas húmedas y sirviendo agua en tazas de cerámica a los recién llegados para que pudieran refrescarse. Se oía el leve murmullo de las charlas en el grupo, pero se interrumpió cuando Leia se les aproximó.

Un hombre salió del grupo y Leia arqueó las cejas, sin poder creerlo.

—Este es… —empezó a decir Zay.

—Ya sé quién es —murmuró Leia—. General Rieekan.

El alderaaniano sonrió entre sus profundas arrugas, con aquellos ojos azules tan brillantes e inteligentes como Leia recordaba. Rieekan se acercó y le dio un abrazo. Tras un instante, se separó y retrocedió un paso para mirarla. Leia pudo ver lágrimas en sus ojos.

—¿Cuánto hace, Leia? ¿Treinta años?

—Parecen cuarenta —dijo ella, sacudiendo la cabeza con pesar. Se sintió repentinamente aliviada. Una cara familiar, alguien a quien había admirado hacía mucho. La emoción amenazaba con abrumarla y notó que también sus ojos se llenaban de lágrimas. La carga que venía soportando desde Crait se aligeraba, aunque fuera solo un poco.

—Me alegro de que estés aquí —le dijo, en un tono cálido y sincero.

—No podía no venir. Cuando aparecieron Zay y Shriv en mi puerta, mi respuesta estaba clara. Y Ryloth es mejor puesto de mando que Hoth, aunque estemos en medio de esta nada.

—Para morir de frío o de calor —bromeó sombríamente Shriv, cuando se sumó a ellos, con la base plateada de un bote de crema médica asomando del bolsillo delantero de su chaqueta—. Unas alternativas maravillosas.

—¿Quién dice que vayamos a morir? —añadió otra voz.

Rieekan se apartó para dejar entrar al hablante en su círculo.

—He traído un amigo —aclaró.

—Princesa Leia —el varón dresselliano que había hablado le hizo una reverencia. Su capa forrada de color crema destacaba alrededor de su pequeño cuerpo. La tela era un tono más claro de naranja que su piel y su cabeza calva era un mapa de pliegues

cerebrales. Llevaba un parche negro sobre un ojo y el otro brillaba con una negrura de obsidiana.

—Bienvenido —dijo Leia, educadamente. El dresselliano le resultaba familiar, pero no lograba ubicarlo.

—Este es Orrimaarko —dijo Rieekan, ahorrándole la pregunta.

—Por supuesto —dijo Leia animadamente, recordándolo al instante—. La Batalla de Endor. Estuvo en ella.

—Ah, no estuve en pleno corazón de la batalla en tierra, como usted —dijo Orrimaarko—. Pero cumplí con mi parte.

—Usted ayudó a planear el ataque —recordó Leia. Un estratega. ¡Maravilloso!

Orrimaarko asintió.

—Fue una victoria decisiva. Gracias a usted.

—Me ayudaron.

Leia oyó gritos a su espalda y se giró, buscando el origen del alboroto. Una riña, cerca del cuadrante donde había visto a Jess Pava, Suralinda y la formidable eximperial. Gritos y palabras belicosas, seguidas del inconfundible ruido de nudillos contra la carne.

—¡Pelea! —gritó Zay, visiblemente excitada.

Poe y Shriv echaron a correr hacia el tumulto y Leia lanzó un suspiro profundo. ¿Quién podía ser? ¿Gente de Yendor? ¿El Escuadrón Negro? ¿Aquella eximperial que parecía una invitación andante a la bronca?

Fue hacia la pelea, pensando que no tardaría en descubrirlo.

CAPÍTULO 13



Winshur vio llegar a los prisioneros, completamente fascinado. Iban escoltados por soldados de asalto, con las piernas encadenadas por los tobillos, mientras salían en fila india de la nave transporte para formar para su inspección. Winshur se había planchado la chaqueta y pulido las botas, mucho más de lo necesario. En parte sabía que sus preparativos eran excesivos, pero ahora que estaba allí, esperando a la nave, se alegró de haberse tomado tantas molestias.

Pensaba quedarse en su despacho y observarlo todo desde su ventana, quizá mandar a Monti Calas para que distribuyera él los trabajos y demás. Habría sido una ocurrencia genial, un insulto punzante. Cómo les ofendería que alguien de tan bajo rango fuera la única persona en recibirlos, un mensaje claro para los prisioneros de que no eran importantes, nada importantes. Pero, finalmente, Winshur había decidido que debía supervisar personalmente el reparto de destinos. Se fiaba de Monti para algo tan sencillo, pero si salía mal cualquier caso… bueno, no podía permitirlo. Además, no podía resistir la tentación de ver de cerca las caras de los prisioneros. Quería saber cómo era caer desde las alturas. Si te dejaba alguna marca visible, alguna mancha en el alma claramente perceptible.

Pero se llevó una decepción.

Aquellos antiguos senadores, diplomáticos y seres importantes de la Nueva República eran inquietantemente anodinos, incluso peor. Se parecían a cualquiera de las criaturas pisoteadas que habían pasado mucho tiempo encadenadas, a oscuras y haciendo trabajos forzosos, destinadas a continuar así hasta la muerte. Nada… nada… no tenían nada de especial.

Chasqueó los dedos y Monti Calay fue junto a él, dispuesto a servirle.

—Mi datapad —dijo Winshur, alargando una mano.

Monti dejó el aparato sobre la palma de su mano. Winshur introdujo su contraseña y colocó el pulgar sobre el lector. La pantalla le mostró la lista inmediatamente. Winshur la leyó detenidamente, intentando encajar nombres con caras. Se detuvo en un nombre familiar y examinó a los prisioneros. Allí estaba. Una mujer de pelo color caoba en un mono gris. Parecía hueca, con la piel marrón pálido por la falta de luz solar y la mirada clavada en el suelo. Estaba seguro de que era Hevasi Joy, la cantante que había mostrado abiertamente su oposición a la Primera Orden en los noticiarios culturales, acusándola de la destrucción de Hosnian Prime e invitando a la gente a unirse a la Resistencia. Bueno, era una pena verla en semejante estado, aunque a Winshur siempre le había gustado más otra cantante, Gaya. Tocó la pantalla, abriendo una lista de empleos que había guardado

anteriormente. Colocó a Hevasi Joy en limpieza de sanitarios y pasó al siguiente prisionero.

Este era un varón sin pelo de una especie que no reconoció, pero la lista decía que era un antiguo agregado que estaba fuera del planeta cuando Hosnian Prime fue destruido y después había intentado ocultarse de la Primera Orden. Al parecer, sin mucho éxito. También para limpieza de sanitarios.

La siguiente era una mujer alta y musculosa, que oponía resistencia a los grilletes. Era evidente que era una presa reciente, físicamente peligrosa. Winshur sintió un nudo en las tripas al mirarla. La destinó a control de animales. El último hombre que había tenido aquel puesto había muerto poco antes, partido por la mitad por un patín pulsar. Los cadetes no habían hablado de otra cosa durante días, temerosos de que los destinasen a aquel puesto. Winshur esperaba que aquella mujer físicamente imponente tuviera un final parecido.

Y ¿qué era aquello? Otro nombre que reconoció y no pudo evitar que el pulso se le acelerase ante la expectativa de ver a alguien famoso. Aquel prisionero era especial, célebre incluso. Un antiguo senador caído en desgracia, detenido, juzgado y declarado culpable de tramar el asesinato de otro senador. Delicioso. Aunque Winshur pensaba que aquel hombre llevaba mucho muerto. Si recordaba bien las noticias, lo habían condenado a muerte. Pero allí estaba, frente a sus narices.

—¿Ransolm Casterfo? —dijo, y se dio cuenta que lo había susurrado, por algún motivo. Carraspeó y volvió a hablar, esta vez con más autoridad—. ¿Ransolm Casterfo?

—Prisionero 876549C —dijo alguien, cordialmente.

Winshur se volvió y vio a un oficial de la Primera Orden, con su impecable uniforme verde azulado, frente a Monti Calay. Aquel debía ser el oficial reformador que debía supervisar la distribución de trabajos, según le habían dicho. El oficial no miraba a Winshur, concentrado en el prisionero, pero este pudo percibir su desaprobación. Se estremeció y se puso bien recto. No convenía mostrarse débil.

—Por supuesto —dijo Winshur—. Solo estaba… intrigado.

—No es su trabajo estar intrigado —replicó el oficial, mirándole por fin. Sus ojos eran del azul de los casquetes polares, igual de fríos y remotos. El hombre torció el gesto—. ¿Supongo que tendrá un destino apropiado para el prisionero 876549C?

Winshur lo tenía.

—Montador de tuberías de aguas residuales en el astillero, señor —dijo—. Un trabajo sucio. Con una elevada tasa de accidentes. Es sabido que las tuberías se mueven y que los recovecos que se generan se llenan de gases letales. Según nuestros registros, hemos perdido una docena de personas así desde que la Primera Orden asumió el control de los astilleros.

El oficial, que aún no le había dicho su nombre a Winshur, entornó los ojos.

—¿En serio? —murmuró.

—He revisado los registros.

El hombre se volvió hacia Ransolm. El prisionero 876549C, se corrigió Winshur.

—Muy bien —dijo el oficial. Puso una mano enguantada sobre el hombro de Winshur. Este sintió calor bajándole por el brazo, como si una llamarada se lo lamiera—. Encárguese de que el resto reciba destinos tan apropiados como ese. Tengo trabajo en otro sitio, pero volveré para asegurarme de que ha cumplido su cometido de manera satisfactoria. —Sus ojos se clavaron en el archivero—. La Primera Orden confía en usted.

Algo se revolvió en las tripas de Winshur y notó que el sudor se acumulaba en su nuca.

El oficial debió darse cuenta de que sudaba porque hizo un ruido, algo entre divertido y asqueado, antes de dar media vuelta y marcharse. Winshur esperó a que el ruido de sus botas sobre el suelo frío se disipase para exhalar. Al hacerlo, levantó la cabeza brevemente.

El prisionero 876549C le miraba fijamente.

—¿Le pasa algo? —preguntó Yama.

Winshur levantó la cabeza desde detrás de su escritorio, con los ojos borrosos. El día anterior no se había ido de su oficina hasta las cuatro de la madrugada, decidido a asegurarse que todos los prisioneros recibían sus destinos. Había caminado hasta su casa justo cuando amanecía y solo le había dado tiempo a ducharse, cambiarse el uniforme por uno limpio y tomar una bebida nutritiva, antes de hacer el trayecto de vuelta hasta su despacho. Estaba cansado, pero estaba decidido a prepararse para la visita de aquel misterioso oficial de ojos azules. Aquel tipo vería que su informe era impecable, vería su intachable manejo de la situación y, si parecía cansado, bueno, solo era una demostración de lo duro que trabajaba y de la seriedad con la que se había tomado aquel asunto. Aunque no estaba seguro de apreciar demasiado que su insolente asistente hiciera ningún comentario al respecto.

—¿Por qué lo dices?

—Parece un poco… irritado.

—¿Parezco…? —Apretó los dientes, tensando la mandíbula con frustración. No, no convenía mostrar aquella debilidad, y menos aún a Yama. Debía imponer el respeto debido y parecer débil o, como insinuaba Yama, irritado, era contraproducente—. Estoy perfectamente, Yama. ¿Por qué no te preocupas de acabar las tareas que te asigné ayer? Quizá deba asignarte algo más complicado, porque parece evidente que no tienes trabajo si tienes tiempo de preocuparte por verme irritado —dijo la última palabra con una mueca de desdén.

Yama abrió los ojos como platos.

—Ni hablar —protestó.

—¿Ni hablar? —preguntó Winshur, imitándola—. ¿Esa es manera de hablar para una cadete de la Primera Orden?

—Ni ha… —Yama se calló—. Es decir, no, señor. Tiene un aspecto fantástico, señor.

Winshur resopló, solo levemente aplacado. La verdad era que estaba muy irritado, aunque estaba seguro de haber hecho todo lo posible para corregir cualquier error perceptible en su gestión. Tenía que hacer algo que impresionara. No estaba seguro de qué, pero ya se le ocurriría algo. Antes de que llegase el oficial de la Primera Orden a revisar su trabajo. Estaba tan absorto en sus pensamientos que tardó un momento en darse cuenta de que Yama le estaba hablando.

—¿Qué pasa? —le espetó, irritado.

—Su cita, señor. Con Hasadar Shu.

Con la excitación de la distribución de los prisioneros clandestinos, Winshur lo había olvidado por completo. En realidad, era un golpe de suerte. Había conocido a aquel político y empresario local en una sesión informativa sobre un parque recién construido en el distrito gubernamental y habían mantenido una conversación extraña pero finalmente útil. El hombre tenía una empresa de piezas metálicas e intentaba caerle en gracia a la Primera Orden, con la esperanza de obtener alguna de las lucrativas subcontratas de los astilleros. Quizá Winshur mencionó que trabajaba en Corporación de Ingeniería Corelliana y que tenía influencias en la Primera Orden. Puede que exagerase. Solo pretendía impresionar a aquel tipo, al que no pensaba volver a ver jamás. Pero, de alguna manera, el hombre había logrado colarse en su agenda.

—¿Quién le dio cita?

—Yo misma —confesó Yama—. Dijo que era conocido suyo —explicó, en tono de disculpa—. Que eran viejos amigos de Bela Vistal y que usted le había dicho que podía contactar para pedirle cita cuando quisiera.

Bueno, aquello era cierto, pero jamás había pensado que lo haría. Winshur quedó petrificado.

—¿Sabía el nombre de mi ciudad?

—Y el de su madre. ¿No debería haberle dado cita?

—¿Conocía a mi madre? —¿Cómo era aquello posible? Ahora Winshur se preguntaba si la transmisión que había recibido de su madre el día anterior había sido mera coincidencia o algo más. ¿Un aviso? Resopló. No, aquello eran paranoias, efectos secundarios de su encuentro con el oficial de la Primera Orden. Lo más probable era que aquel hombre hubiese descubierto que eran parientes lejanos y pretendiera aprovecharlo para ganarse sus favores. Pero Winshur no recordaba haber mencionado de dónde era y estaba convencido de que jamás le habría mencionado a su madre. Era muy extraño.

Negó con la cabeza. No tenía tiempo para aquello. Aquel oficial de la Primera Orden podía aparecer en cualquier momento.

—Dile que debo cancelar nuestra cita. Que me ha surgido un imprevisto.

—Pero ya está aquí, señor.

Winshur frunció el ceño.

—¿Aquí?

Yama se apartó y Winshur vio la recepción de su oficina. Donde había un hombre con el típico atuendo de corelliano acomodado. Llevaba unos pantalones blancos y un abrigo

a juego hasta las rodillas, ambos de un lino visiblemente caro. Llevaba su melena negra recogida atrás, mostrando una cara ancha y apuesta de cejas y mejillas prominentes. Su piel era algo más oscura que la de Winshur y arrugaba los ojos, mientras hablaba con el hombre de pelo amarillo que tenía al lado, en un uniforme verde azulado de la Primera Orden. Winshur lanzó un gritito ahogado. El oficial reformador de mirada gélida del día anterior.

Notó que se le secaba la boca y tragó saliva sonoramente, intentando no dejarse llevar por el pánico. Se puso de pie de un salto y estuvo a punto de tirar su datapad de la mesa. Lo evitó y se pasó las manos por las perneras de su pantalón para alisar cualquier arruga furtiva. Fue apresuradamente hasta el gancho del que colgaba su chaqueta y se la puso, intentando mantener a raya su creciente ansiedad. Pensó en ponerse la gorra, pero decidió no hacerlo. Estaban en un recinto cerrado y podía hacerle parecer demasiado rígido. Caminó rápidamente hasta los dos hombres, pasando junto a Monti Calay, sentado en su mesita de asistente a la izquierda de la puerta.

—Caballeros —dijo Winshur, estremeciéndose al oír que se le quebraba la voz, con un volumen ligeramente demasiado alto para aquel espacio reducido. El oficial de la Primera Orden le miró, con un gesto leve de enojo. Winshur se dio cuenta inmediatamente de que debería haber saludado a un oficial superior por el título, aunque aquel hombre todavía no le había dicho cuál era, por lo que le resultaba imposible. Lo único que Winshur sabía era que llevaba el uniforme verde azulado de un superior. Los ojos afilados del empresario los miraron a los dos y Winshur supo que Hasadar Shu había percibido la tensión desde el primer momento. Por eso odiaba a aquel tipo de empresarios. Eran demasiado astutos para su propio bien.

—Bratt —dijo el oficial—. No me había contado que conocía a Hasadar Shu.

—Bueno, eh, sí. Somos conocidos.

—Viejos amigos, ¿no? —masculló Hasadar, con una sonrisa extraña.

Winshur se sintió acalorado. Sabía que se estaba perdiendo algo, algún dato crucial sobre Shu que debería conocer. Pero le asustaba preguntar, preocupado por decir algo equivocado y quedar como un estúpido ante su superior. ¿Cómo había terminado en semejante situación, cuando se le solía dar tan bien controlar a la gente y los lugares que le rodeaban? Miró alrededor, frenético, y vio la expresión de Yama mientras esta se giraba. Estaba sonriendo.

Abrió la boca, pero la cerró rápidamente. ¿Se reía de su desgracia o había tramado aquella debacle de alguna manera? Había reconocido que había sido ella quien le había dado cita a Hasadar Shu. ¿Habría convencido al oficial de ojos azules de que apareciera también en aquel momento? Reprimió su arrebato de ira. No, estaba paranoico. Era una tonta, apenas servía para nada. No podía haber…

—¿Bratt? ¿Te encuentras bien? —preguntó Hasadar. Winshur regresó al presente. Los dos hombres le miraban, preocupados.

—Por supuesto. Es solo… —Sacudió la cabeza, intentando enfocar la mirada.

—¿Vamos a almorzar, caballeros? —les dijo el empresario—. Quizá pueda comentarles las innovaciones que Industrias Shu está haciendo en el terreno de las microsoldaduras. Son apasionantes.

Winshur sabía que eran cualquier cosa menos apasionantes, pero ya no había ninguna manera elegante de librarse de aquel almuerzo. Los dos hombres le rodearon y se lo llevaron de su oficina sin darle la oportunidad siquiera de mirar atrás.

CAPÍTULO 14



Monti Calay estaba sentado en la barra del Aeronauta Muerto, su bar favorito de Ciudad Coronet, sudando profusamente. Había pocos comensales, con algunos de los habituales de la casa pegados a la barra, bebiendo gadje rebajado con agua. Monti había pedido una cerveza, pero estaba demasiado nervioso para beber. O quizá debía tomársela para aplacar sus nervios. No lo sabía. Le parecía que había muchas cosas que no sabía. Como, por ejemplo, ¿había hecho lo correcto? Sus manos se cerraron involuntariamente alrededor de la cartera de cuero que sujetaba contra su pecho. Casi podía sentir el datapad que había guardado en el bolsillo delantero, antes de salir corriendo del despacho de Winshur Bratt. Casi le pareció que Yama le miraba mal cuando dijo que salía a almorzar. Aunque confiaba en que estuviera lo bastante preocupada por su propio comportamiento como para prestarle demasiada atención. En realidad, Monti se estaba jugando la vida.

Algo grande y pesado se rompió al otro lado de la barra y Monti se sobresaltó. Miró alrededor frenéticamente, esperando ver entrar soldados de asalto por la puerta, dispuestos a arrestarle, pero solo vio a Smokey, el camarero, agachándose para recoger un cubo de hielo que acababa de vaciar.

—Respira, Monti —se dijo, en susurros, y decidió tomarse la cerveza. Se bebió el brebaje dorado oscuro, con el alcohol irradiando calma a todo su cuerpo, y se sintió mejor al instante. Cuando dejó la cerveza sobre la barra, vio que se había bebido la mitad del vaso.

—¿Qué tal? —le preguntó alguien desde la derecha.

Se asustó y la cartera estuvo a punto de caérsele de las manos. La sujetó con más fuerza.

—¿Disculpe?

—La cerveza. ¿Es buena? —El humano que le preguntaba era de estatura y constitución mediana, con la cabeza rapada por el lado que veía Monti, mostrando un tatuaje de un círculo blanco vagamente serpentino. Su pelo castaño era largo y denso por el otro lado, hasta el hombro. Tenía unos rasgos ligeramente marcados, casi de zorro, sobre una piel marrón clara. Y llevaba una gruesa línea de lápiz de ojos blanco alrededor de sus ojos verdes. Monti se dio cuenta que aquel maquillaje era una manera de evitar las cámaras empleadas por la Primera Orden. Vio un pañuelo blanco enrollado en su cuello, lo bastante grande para cubrirse boca y nariz, otro inhibidor de detección facial. Pantalones grises por dentro de las botas, chaqueta gris y guantes blancos completaban el atuendo. Monti frunció el ceño. Aquel hombre parecía un delincuente.

Pero entonces recordó qué estaba haciendo allí y rogó al cielo que, al menos, fuera un delincuente competente.

—La cerveza está buena —dijo, tosiendo—. ¿Qué tal el clima en Doaba Guerfel? —Era la contraseña acordada, pero sonó extraña y artificial en su boca.

—Ah —dijo el extraño, sentándose en el taburete contiguo—. Bueno y mejorando, tengo entendido. Las nubes despejan y se espera la luz purificadora.

Monti frunció los labios. No era la frase exacta que le había dicho su contacto, demasiado floreada, pero se aproximaba bastante.

—¿Qué le trae al Aeronauta Muerto? —preguntó Monti, con recelo.

El extraño le sonrió. Tenía los dientes muy blancos.

—Vengo a comer.

Monti no estaba muy seguro de cómo reaccionar. Nunca había hecho nada parecido y se sentía fuera de lugar. ¿Debía continuar con el subterfugio o ir directo al grano? Decidió que el espionaje no era para él.

—Tengo algo para usted —dijo, tendiéndole la cartera.

El extraño no la cogió. De hecho, arqueó una ceja con desaprobación y la mantuvo así hasta que Monti se sonrojó y volvió a pegarse la cartera al pecho.

—Almorcemos, amigo —le dijo el extraño—. No es habitual ver a alguien de la Primera Orden en un bar a la hora del almuerzo, ¿verdad? Y menos si no come.

«Mira quién lo dice, con esa pinta», pensó Monti. Pero el extraño tenía razón. Llamaba demasiado la atención.

—¿Qué se pide? —le preguntó el extraño.

—Yo…

El extraño le señaló la carta, una endeble lista con los especiales del día. Monti la leyó y eligió uno al azar.

—Calamar a la sal —dijo el extraño—. Deliciosa elección. Yo tomaré lo mismo. —Hizo un gesto a Smokey, que se les acercó para tomar la comanda. Cuando se alejó, Monti se inclinó hacia el extraño para susurrarle algo.

—No tengo mucho tiempo —explicó—. Debo regresar antes que mi jefe.

—Lo tendrás —le aseguró el extraño—. Hasadar se asegurará de eso.

Monti hizo una mueca. El político del despacho de Winshur.

—¿Está él…? Es decir, ¿lo sabe?

—No exactamente. Su mujer es buena amigo del Colectivo, una benefactora, por así decirlo. Sabe que debe demorar a los hombres de la Primera Orden tanto como pueda, sin despertar sospechas.

El Colectivo. Monti los conocía. Bueno, no los conocía, pero había oído hablar de ellos. Como todo el mundo. Eran una organización clandestina de ingenieros, técnicos y científicos decididos a detener el autoritarismo en todas sus formas mediante el uso de la tecnología. Había quien decía que colaboraban con la Resistencia. Otros decían que eran completamente independientes y que odiaban a la Resistencia tanto como a la Primera

Orden, que su único objetivo era propagar el caos por la galaxia. En todo caso, se sabía que eran peligrosos y poco fiables, embusteros y ladrones, un peligro público.

—Pensaba que trataba con un agente independiente —dijo Monti, bastante asustado. Echó otro vistazo al tatuaje de la cabeza del extraño. Ahora lo reconoció, era una serpiente de cuernos blancos. Una especie acuática que simbolizaba a los seres caprichosos o volubles y que era el emblema del Colectivo. ¿Dónde se estaba metiendo?

—No, Monti Calay —le dijo el extraño, en voz baja y tono amenazante. Señaló la cartera con la barbilla—. Con algo tan valioso, necesitas un equipo.

Llegaron sus platos, pero Monti no pudo comer. Apenas podía mirar el plato. ¿Cómo se le ocurría pedir calamar? Sintió que se le revolvía el estómago.

El extraño, por el contrario, empezó a comer como si llevara días sin probar bocado. Monti le observó, extrañamente fascinado, hasta que le espetó:

—No sé cómo sacar la lista del datapad. Sé que está encriptada, pero no tengo la clave.

El extraño sorbió un largo tentáculo rosado, antes de responder:

—Nosotros tenemos la clave. Y yo me ocuparé de la descarga, no te preocupes. Piratear la seguridad de la Primera Orden es mi trabajo. —El extraño se ablandó por un instante, con la mirada pérdida en la distancia—. Una mujer de Doaba Guerfel murió por esa clave —dijo, en voz baja—. Era amiga mía.

—Lo siento —susurró Monti. Le pareció lo más adecuado.

El extraño sonrió levemente, como si percibiera la falta de verdadera empatía en Monti.

—¿Y tú a quién perdiste? ¿Por qué te uniste al Colectivo? —preguntó.

—¿Qué? —Su tono fue demasiado elevado y unos cuantos clientes le miraron. Se encogió, intentando esconderse, y el extraño hizo una mueca.

—No me he unido a la Resistencia ni al Colectivo ni nada de eso —dijo Monti, en un tono mucho más bajo—. Yo no… no he perdido a nadie. —Sacudió la cabeza para enfatizarlo—. Solo estoy haciendo lo correcto.

Como mínimo, eso creía. Al ver a los prisioneros, la noche anterior, encadenados y destruidos, algo había cambiado en su interior. Y el despotismo con que los había tratado Winshur, aquel regocijo ante su sufrimiento… A Monti no le había gustado. No, era peor que eso. Había sentido que aquello estaba mal, que era moralmente reprobable. Malvado. La intensidad de aquella emoción le había desconcertado. No hacía mucho que pertenecía a la Primera Orden y, en líneas generales, no tenía ninguna queja. Puede que Winshur Bratt no fuera el mejor de los jefes, pero no era peor que el puñado que Monti Calay ya había tenido en su vida. Y era un esnob, sin duda. Pero jamás le había parecido malvado, ni que lo que la Primera Orden hacía fuera malvado. Oh, estaba enterado de lo de la base Starkiller y de la destrucción del sistema Hosnian, como todos, y sí, aquello había sido malvado. Pero eran cosas del alto mando. No tenía nada que ver con lo que veía de la Primera Orden en Corellia. Allí habían traído orden, trabajo y la posibilidad de alcanzar las propias metas. Lo que había sucedido en el sistema Hosnian parecía lejano, irreal. En

definitiva, Monti no conocía personalmente a nadie que hubiera muerto allí y tampoco se habían visto imágenes en las noticias de gente padeciendo. El mal, si existía, estaba claramente apartado de su realidad cotidiana.

Hasta la noche anterior.

Monti tampoco era ningún santo. A diario pasaba por la calle junto a personas que mendigaban comida o trabajo y, aunque alguna vez les daba unos pocos créditos o las sobras de su almuerzo, en realidad no le afectaban moralmente, siempre dispuesto a mirar hacia otro lado si eso significaba no salir de su propio confort. Pero, la noche anterior, algo le había perturbado. Quizá fuera aquella proximidad, la insignificancia de aquellos hombres y mujeres encadenados por pequeños delitos y trasladados hasta Corellia en secreto, claramente destinados a morir anónimamente en accidentes laborales. Lo había percibido de una manera distinta a otras de las cosas que hacía la Primera Orden. Le había parecido próximo. Real. Algo que podría sucederle fácilmente si cruzaba alguna raya que no debía.

—Quizá es hora de que me des esa maleta, amigo —le dijo el extraño.

Monti se la dio, sin abrir la boca.

—Seis minutos —dijo el extraño, bajando del taburete. Monti le miró ir al baño. Seis minutos no era mucho y solo podía esperar. Dio otro trago a la cerveza y probó el calamar.

Un ruido en la puerta llamó su atención. Dos guardias de la CorSeg entraron en el local. Monti notó que se le aceleraba el pulso y empezaba a sudar por el cuello. Los guardias examinaron la sala, buscando claramente a alguien, y Monti se giró para mirar hacia delante. Se terminó la cerveza y se concentró en su calamar, llevándose un buen trozo a la boca. Sabía a ceniza y agua de mar. Siguió comiendo.

Por el rabillo del ojo, vio que los guardias deambulaban por el local, comprobando tarjetas de identidad y haciendo preguntas. Solo había un puñado de clientes y, como mínimo, tres de ellos estaban tan borrachos que estuvieron a punto de caerse de sus asientos cuando les pidieron la identificación. Se le estaban acercando. Monti se obligó a respirar con normalidad.

El chirrido de la puerta del baño hizo que Monti se girase, con el corazón a mil. Vio salir al extraño, del que seguía sin saber su nombre. Monti abrió mucho los ojos, intentando decirle que volviera al lavabo, que escapase o que hiciera cualquier cosa menos acercarse a él. El tipo debió percibir el ambiente enrarecido del local porque se frenó en seco, vio a los guardias y regresó al baño, cerrando la puerta sin hacer ruido.

—¿Identificación? —le pidió una voz desde la izquierda.

Se giró para mirar al guardia. Era una mujer, con el pelo claro recogido en un moño bien prieto y unos ojos oscuros y severos.

—Por supuesto —dijo Monti. Sonó nervioso. La guardia entrecerró los ojos con recelo. No iba a funcionar. Necesitaba parecer un hombre intachable en un uniforme de la Primera Orden, no un corelliano borracho pillado en pleno acto de traición. Se enderezó y sacó su tarjeta de identidad del bolsillo. Y pensó en su jefe.

—¿A qué viene esto? —dijo, imitando a Winshur Bratt en su modo más petulante—. Si pasa algo quizá deba informar a la Primera Orden. Dudo que CorSeg disponga de recursos para ocuparse. —Bajó el tono, con desdén.

La mujer tomó su tarjeta de identidad y la introdujo en su datapad de mano. Monti pudo ver que aparecía información en la pantalla. Nombre, lugar de residencia, detalles laborales. Algunas cosas que no sabía que conocieran, como las personas con las que se relacionaba. Se sonrojó al ver el nombre de su ex. Hacía siglos que Monti no se acordaba de él y prefería seguir así.

—Nada que no podamos solucionar nosotros mismos, señor —dijo la mujer—. Información sobre supuesta actividad del Colectivo en la zona.

—¿El Colectivo?

—Pinturas faciales blancas, pañuelos blancos. Criminales reconocidos.

—No creo haber visto a nadie así y me parece un ultraje molestar a ciudadanos inocentes por un criminal que ni siquiera… —Se calló al ver que los ojos de la guardia se posaban en su almuerzo.

—¿Dos platos de calamar a la sal? —preguntó, con escepticismo.

Un instante de pánico, pero entonces Monti volvió a pensar en Winshur y levantó la barbilla, mirándola por encima de la nariz.

—¿Acaso es delito que uno adore el calamar a la sal?

Ella le miró mal, con los labios fruncidos. Pensándolo bien, Monti no creía que CorSeg fuera a suponerle muchas molestias. Al fin y al cabo, era de la Primera Orden y ellos solo eran una especie de policía local. Unos locales que era evidente que no apreciaban su presencia allí, pero que seguro que no querrían ocasionar ningún incidente. Si mantenía la calma, todo saldría bien. Esperaba.

La otra agente llegó hasta ellos.

—Nadie ha visto al pirata informático —dijo—. Esto está limpio.

—Mira en los baños.

—¿Por qué? Nadie le ha visto…

—Tú hazlo.

Monti se planteó protestar, generar alguna distracción, pero ¿para qué? Sin duda, el extraño podría salir del aprieto. ¿No era eso lo que hacían los criminales? Monti cerró los ojos por un instante. Estaba en manos del destino.

La agente fue hacia los baños de mala gana y Monti se preparó para lo que pudiera suceder. La guardia desenfundó su arma, una porra larga electrificada, y abrió la puerta con el pie, con el arma a punto. Entró y la puerta se cerró tras ella. Monti contuvo la respiración.

Al cabo de un instante, la puerta se abrió y la guardia salió, sola.

—Vacíos —dijo—. Ya te lo dije.

Su compañera gruñó y le devolvió la tarjeta de identidad a Monti.

—Disculpe las molestias, señor —dijo, aunque no parecía muy sincera. Le hizo un gesto a su compañera y las dos se dieron media vuelta.

Monti las miró abrirse paso entre las mesas ante la indiferencia de los clientes, hasta que salieron del local. No se atrevió a respirar hasta que desaparecieron de su vista.

Exhaló, tosiendo fuerte. Le temblaban las manos y sujetó el vaso vacío de cerveza para detenerlas. Tras unos instantes, se levantó y fue al baño con paso vacilante. Abrió la puerta y echó un vistazo al interior. Solo vio un retrete, un lavamanos y las paredes blancas. Completamente vacío. Vio una ventana. Era pequeña, pero lo bastante grande para que alguien menudo y astuto se colase por ella en caso de emergencia.

Una risa histérica escapó de sus labios, que creció cuando se dio cuenta de que la cartera y el datapad no estaban por ningún sitio. El extraño podía haber huido, incluso copiado los datos, posiblemente, pero Monti no tenía el datapad y debía dejarlo en la mesa de Winshur. Paró de reírse, tragando saliva para reprimir lágrimas de terror. Le detendrían por aquello. Le golpearían. Le torturarían para sacarle información y después, seguramente, le condenarían por traición y lo ejecutarían. O quizá se sumaría a aquellos pobres y patéticos prisioneros, trasladado a algún planeta anónimo para trabajar hasta la muerte. Cayó aturdido contra la pared. El llanto amenazaba con abrumarle, pero lo contuvo a base de fuerza de voluntad. Asombrosamente, no se arrepentía de nada. Se alegraba de haber hecho aquello. Se alegraba de que la lista ya estuviera allí fuera. Creía que había merecido la pena.

«Escaparé», pensó. Huiría. Desaparecería sin salir de la ciudad, quizá se uniría a aquel Colectivo clandestino. O abandonaría el planeta. Se iría algún lugar del Borde Exterior, donde la Primera Orden jamás le encontraría.

Animado por aquellos sueños, se puso de pie. Hizo tres respiraciones profundas, hasta que se sentía casi normal, y salió del baño del Aeronauta Muerto, de nuevo bien recto y decidido. Se detuvo ante su taburete para dejar los créditos suficientes para abonar las dos cuentas y echó a andar hacia la puerta. Al principio, sus pasos fueron torpes y pesados pero, cuando se dio cuenta de que haber perdido el datapad le daba una especie de libertad, se fueron haciendo más ligeros. Quizá lo buscasen y le persiguieran toda la vida, pero renacería, sería alguien nuevo en un sitio nuevo.

El único problema era que le gustaba ser Monti Calay.

Cuando llegó a la salida volvía a arrastrar los pies, con el llanto amenazando con apoderarse de él.

—Calay —dijo Smokey desde la barra, con su voz ronca.

Monti se detuvo.

—Tu amigo ha dejado esto para ti. —El viejo levantó la cartera de cuero y se la tendió por encima de la barra. La recogió con manos temblorosas, la abrió y miró en el bolsillo delantero. Allí estaba el datapad.

Monti se derrumbó sobre la barra, sollozando aliviado. Sintió que el estómago se le revolvía y contuvo la ansiedad que amenazaba con manifestarse en forma de calamar a medio digerir y cerveza amarga. Al cabo de un instante, sintió que una mano vieja y encallecida le daba unas palmaditas en la cabeza.

—Vamos, vamos —dijo Smokey—. El calamar tampoco estaba tan malo, ¿no?

CAPÍTULO 15



Poe llegó a la pelea justo cuando uno de los pilotos del Escuadrón Fantasma que Wedge había traído resbalaba por culpa de la sangre derramada por el suelo.

—¿Qué demonios? —murmuró Poe, contemplando la escena.

A la izquierda tenía a la eximperial, Teza Nasz. Respirando rápidamente. Tenía un corte sobre un ojo del que brotaba sangre, manchando sus mejillas y cayendo al suelo pulido, como rubíes sobre la piedra negra. La mujer se lanzó hacia delante, un bloque de músculos, pero Jess se apresuró a detenerla. La sujetó por un brazo y tiró de ella hacia atrás, diciéndole algo que Poe no pudo oír desde tan lejos.

A su derecha, Wedge y otro hombre estaban ayudando a levantarse a un piloto del Escuadrón Fantasma que Poe no conocía, que les decía que estaba bien y que no necesitaba su ayuda.

Todos los congregados habían creado un círculo alrededor de dos personas, claramente dispuestos a animar la pelea. Poe miró sus caras. Había una mezcla bastante equilibrada de veteranos rebeldes, barbas grises que habían sobrevivido a la guerra con el Imperio, y de caras frescas que parecían recién salidas de la escuela de pilotos, si es que habían estado en alguna. Aquello le pareció absurdo. Viejos y jóvenes, atrapados en aquella guerra, luchando por las mismas cosas, pero también peleando entre sí. «Es como darte un puñetazo en la cara a ti mismo», pensó. Esto le dejó petrificado. ¿Era aquello lo que intentaba hacerle entender Maz? ¿Que estaba peleando consigo mismo?

—Poe Dameron —le dijo una voz familiar. Apartó aquel pensamiento perturbador de su cabeza y se giró, para encontrar a su viejo instructor de vuelo, Wedge Antilles.

—Antilles —dijo, con un tono airado—. ¿Qué demonios pasa aquí?

—Agoyo ha pegado primero —intervino Norra Wexley. Estaba al lado de Wedge, mirando a la eximperial con evidente admiración.

—Me da lo mismo —dijo Poe, entre molesto y hastiado—. Aquí estamos todos en el mismo bando. ¿A qué viene esto? —Hizo un gesto con la mano para señalar al círculo de espectadores.

—¡No debería darle lo mismo! —gritó el joven piloto al que Norra se había referido como Agoyo. Se había levantado, pero tenía el uniforme salpicado de sangre que no era suya. De hecho, el uniforme tampoco era suyo. O, como mínimo, había sido de otro hasta que se lo quedó Agoyo. Para empezar, era como mínimo una talla más grande que la suya, pero la evidencia era el parche del Escuadrón Fantasma. El muchacho era demasiado joven para haber formado parte de aquel escuadrón.

Poe arqueó una ceja.

—Identifícate, piloto. —Odiaba reprender al joven, pero también sabía que necesitaba acabar con aquello, fuera lo que fuera, de inmediato, antes de que surgieran rencores y las cosas se complicasen aún más.

Agoyo se apartó el pelo negro de los ojos con aire desafiante. Cruzó sus brazos finos sobre un pecho ancho y torció su expresiva boca con algo parecido al desprecio. Poe negó con la cabeza. Agoyo bordeaba la insubordinación.

—Tu nombre, piloto —repitió secamente.

—Pacer —espetó el chico, casi escupiéndolo—. Pacer Agoyo.

—Pacer —Poe inclinó la cabeza en un saludo—. ¿Sabes quién soy?

Pacer asintió.

—Poe Dameron.

—No. Soy tu comandante —le rectificó Poe—. Y, francamente, no me impresiona nada lo que veo. Parece que has venido desde muy lejos para unirte a nosotros.

Dejó la frase en el aire, hasta que Pacer le dijo:

—Nuja. Mi padre voló en el Escuadrón Fantasma en Kashyyyk, pero está muerto. Así que vine yo por él.

Aquello explicaba lo del uniforme.

—Aprecio mucho los servicios prestados por tu padre y tu voluntad de unirte a la Resistencia, pero, desgraciadamente, parece que no eres apropiado para nuestra misión. Puedes marcharte. —Poe le dio la espalda, muy lentamente. Notó grititos de sorpresa alrededor y después se hizo el silencio. Cruzó una mirada con Leia. Estaba entre los congregados, observando.

Poe oyó a Pacer dándose la vuelta. Ladeó un poco la cabeza para indicarle que le estaba esperando.

Finalmente, Pacer dijo:

—Poe… esto, comandante Dameron, yo… me quiero quedar, señor. Por favor, es solo que…

Poe casi pudo sentir la emoción que emanaba del joven piloto como si estuviera viva. El muchacho estaba muy afectado por algo. No era vergüenza, ni arrepentimiento… sino aires de superioridad e ira.

Se dio la vuelta.

—¿Es solo qué, Agoyo?

Pacer no le estaba mirando. Estaba concentrado en Teza Nasz. Con una mirada muy ardiente, dejando asomar toda su ira.

—¿Os conocéis? —preguntó Poe, que empezaba a sospechar algo.

—¡Ella mató a mi hermano! —gruñó Pacer. Dio un paso adelante y levantó los puños.

—¡Agoyo! —le gritó Poe, severamente, llamando la atención del joven.

Pacer se frenó en seco.

—Mírame —dijo y ahora le miró a los ojos—. Deja de amenazar a Teza Nasz o te haré encerrar en un calabozo hasta que te calmes. ¿Entendido? —Poe se preguntaba si

tenían calabozo, pero seguro que podían improvisar algo, si era necesario. Deseaba que no lo fuera.

Pacer Agoyo palideció. Wedge, que estaba de pie cerca del joven, mirando, le tocó un brazo y se acercó para susurrarle algo al oído. Al principio, Poe pensó que Agoyo se lo iba a quitar de encima, pero parte de su ira desbordante, sorprendentemente, pareció disiparse y dejó que Wedge se lo llevase de allí.

Poe lanzó un suspiro de alivio y pensó que debía hablar con Wedge. Pero antes, tenía que subir a Teza Nasz a bordo de su barco, también.

—¿Y bien? —preguntó Poe, volviéndose hacia la eximperial. No sabía prácticamente nada sobre aquella mujer, pero tendría que conocerla rápidamente. No podían seguir ignorando la cuestión que todos intentaban evitar. Necesitaba que todos se involucrasen o aquello no funcionaría. Resentimientos, desconfianzas y rencores personales latentes acabarían con la nueva Resistencia mucho más rápido que ningún ataque de la Primera Orden.

Teza giró la cara, pintada y manchada de sangre, hacia Poe.

—Es posible que matara a su hermano —admitió fríamente—, pero no lo recuerdo. —Enderezó sus cerca de dos metros, dejando vagar su mirada por los congregados—. Puede que matase a vuestros hermanos. Y primos. Y madres y padres y exnovias. —Su tono era apagado e implacable—. Era mi trabajo.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó Poe, serenamente, con curiosidad, pero sin acusaciones de ningún tipo.

Teza volvió a mirarle, aparentemente sorprendida.

—Porque aquello estaba mal —dijo llanamente—. Aunque yo entonces no lo supiera.

—Eras joven y ambiciosa —dijo Poe, conjeturando—. Y te uniste al Imperio.

Su conjetura fue recibida con un asentimiento y sorpresa.

—Sobre todo tenía hambre —murmuró—. Pero sí.

—Te uniste al Imperio —dijo Poe, echando un vistazo a la sala, hasta que encontró a Wedge—. Como tú.

El veterano rebelde hizo una mueca, pero no titubeó:

—No es ningún secreto que estuve en la Academia Skystrike —dijo, abriendo los brazos—. Pero me marché en cuanto entendí lo que hacía el Imperio.

Poe le dedicó un gesto cómplice con la cabeza y se volvió hacia Zay.

—Y tu madre —dijo.

—Mi madre fue oficial imperial —dijo Zay en voz baja—. Pero desertó. Con mi padre. Murieron por la Resistencia. Pregúntale a Leia, ella lo sabe bien.

—¿Suralinda? —invitó Poe, subiendo un poco la voz.

Suralinda estaba sentada en un banco, contemplando la escena que se desarrollaba ante sus brillantes ojos, sin duda tomando notas mentales para otro relato.

—A mí me resultaban bastante indiferentes los dos bandos —reconoció, despreocupada—. Estaba dispuesta a vender secretos de la Resistencia si eso me servía

para conseguir lo que quería. Oh, espera… y lo hice. —Se rio al ver las caras de pasmo que la rodeaban—. Relajaos —dijo—. Al final recuperé la razón.

Poe sonrió levemente y reprimió sus ganas de regañarla por no elegir sus palabras con más cuidado, pero había dejado claro lo que Poe quería.

—¿Y tú? —preguntó Poe, volviéndose finalmente hacia Finn, que haraganeaba al fondo, junto a Rey.

Finn se acercó de inmediato.

—Fui soldado de asalto, pero ahora soy escoria rebelde —dijo, apretándose un puño sobre el corazón—. Hasta el final.

—Lo que quiero que entendáis —dijo Poe, volviéndose hacia Agoyo— es que muchos de nosotros hemos tenido inicios un poco dudosos, pero lo que importa es cómo acabamos.

—Mi padre era Darth Vader —intervino Leia, subiendo la voz para hacerse oír claramente por toda la sala—. ¿Alguien se atreve a cuestionar mi lealtad a la Resistencia?

La sala quedó sabiamente en silencio. Poe se lo agradeció con un gesto, que ella le devolvió antes de marcharse.

—Bueno, ¿alguien más tiene alguna rencilla pendiente que debamos conocer? ¿Alguien que le moleste? ¿Alguien que esté esperando a que se dé media vuelta para apuñalarlo? —Sonaron varias risas, como pretendía, y la tensión se disipó un poco. Esperó un momento, hasta que parecía que nadie iba a decir nada, y echó a andar hacia Leia cuando otra voz se alzó entre los reunidos.

—Yo tengo una pregunta.

Poe tuvo que morderse los labios para no maldecir. Era uno de los viejos pilotos rebeldes, alguien del Escuadrón Fantasma original que Wedge había encontrado. Parecía un humano, pero su piel era de un color gris polvoriento y no tenía pelo en la coronilla, ya fuera por genética o porque se lo había rapado. Poe no le conocía, pero conocía a muchos como él. Su forma de estar plantado, con una pierna adelantada y los hombros rectos en aire amenazante. Iba a ser un grano en el trasero, pero también parecía alguien a quien otros pilotos seguirían. Poe tuvo la sensación de que lo necesitaba en su bando, le diera problemas o no.

—Hazla —le dijo.

El veterano le señaló con un dedo.

—¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—He oído historias —dijo el hombre—. Sobre lo que pasó en el *Raddus*. Con Holdo. —Se señaló el pecho con el pulgar—. Yo luché al lado de Holdo. Era una buena líder.

Poe se sintió desconcertado. El pánico revoloteó por su pecho y notó las manos húmedas. Una pequeña voz interior le gritaba que lo habían pillado, que su peor pesadilla se hacía realidad. Una parte de él quería esconderse, dar un paso atrás y dejar que otro le relevase antes de volver a fastidiarla de verdad, pero la advertencia de Maz resonó en su cabeza. ¿Era un líder o no lo era? ¿Todo aquel discurso suyo sobre sangre, sudor y

lágrimas para la supervivencia de la Resistencia eran solo eso, un discurso? ¿O realmente lo creía?

Se obligó a respirar hondo y exhaló. Miró directamente a los ojos acusadores de aquel hombre.

—Estoy completamente de acuerdo —respondió Poe secamente.

—¿Estás de acuerdo? —repitió el veterano con desdén. Se puso sus enormes manos sobre las caderas—. No es eso lo que tengo entendido, Poe Dameron. Ni ninguno de nosotros.

Señaló a los pilotos que le rodeaban. También a Wedge y Norra, pero Poe no sabía si estaban de acuerdo con él o habían quedado atrapados en pleno fuego cruzado. Snap, a la derecha de Wedge, parecía molesto, a punto de saltar en defensa de su jefe de escuadrón. Poe pensó que Snap ya debía haberle explicado a Wedge lo que había pasado y que este se lo debía haber contado al Escuadrón Fantasma. Sin animosidad, solo porque así eran las cosas y la gente tenía derecho a saberlo antes de poner sus vidas en las manos de Poe.

—Eres tú el que debería estar en un calabozo —dijo el veterano, envalentonado—. O, mejor aún, deberían arrojarte por una escotilla.

Gruñidos y murmullos de aprobación y Poe sintió que se hundía. Tenían razón, hasta cierto punto, pero ellos no estaban allí. No habían visto sus fuerzas diezmadas, no habían sentido aquella desesperación, aquel miedo. Poe era un hombre de acción y le habían dejado sin capacidad de actuar, le habían dejado indefenso y había estado a punto de quemarlo todo porque no podía soportarlo.

—Tienes razón —dijo Poe, lo bastante alto para hacerse oír entre los murmullos—. Tienes toda la razón. Desobedecí una orden directa, lideré un motín y hubo gente que murió por mi culpa. Y si no crees que eso me corroe por dentro, que me atormenta todos los días, a cada minuto, es que no entiendes nada de nada.

Movimientos inquietos, murmullos de algunos pilotos, pero le estaban escuchando.

—Sí, podéis encerrarme o arrojarme al espacio, pero decidme ¿cómo va a ayudar eso a la Resistencia? ¿Servirá para derrocar a la Primera Orden? Porque, creedme, si pensara que mi muerte podía suponer el fin de la Primera Orden, sacrificaría mi vida sin dudarlo ni un segundo. —Chasqueó los dedos.

—Poe —dijo Finn, negando con la cabeza.

Poe le hizo un gesto para tranquilizarle, pero Jess tomó la iniciativa.

—Poe es mi jefe de escuadrón y le confiaría mi vida. No quiero otro líder para el Escuadrón Negro.

—Nos salvó el pellejo en Ciudad Grial hace solo, unos días —dijo Karé.

—Y a mí en Jakku —dijo Finn.

—Y a mí en Crait —añadió alguien.

—Y a mí —alguien más.

Los testimonios fueron creciendo, hasta una docena de hombres y mujeres.

Poe inclinó la cabeza, abrumado. Era más de lo que podía pedir, más de lo que merecía.

Finalmente, las declaraciones acabaron y la calma se instaló entre los reunidos. Poe levantó la vista, examinando las caras, deteniéndose un momento para sonreír a Finn y asentir hacia Wedge, deseando que su apoyo diera fuerza a su voz. Aún tenía algo cosa más que decir.

—Todos hemos tomado decisiones. Decisiones que causaron dolor, destrucción e incluso, a veces, muerte. Todos somos responsables de nuestras obras. Las buenas y las terribles. Pero si solo nos definimos por lo que hemos hecho, solo por nuestros fallos, esta Resistencia, esta chispa de esperanza… se extinguirá aquí y ahora.

Esperó un instante, pero nadie dijo nada. «Continúa», se dijo.

—Todos estamos aquí porque tenemos la oportunidad de cambiar las cosas. La oportunidad de cambiar la galaxia. La oportunidad de cambiarnos a nosotros mismos. Pero debemos asumir ese compromiso. Esa decisión. Una decisión… —Titubeó. Sonaba bien al principio, pero ahora andaba a tientas. Miró alrededor, como intentando encontrar las palabras en el aire.

—La decisión de ser mejores —una voz rompió el silencio. Una chica, Zay, dio un paso adelante. Era joven, probablemente la más joven de todos, pero su voz era clara y potente, y sus ojos brillaban con convicción.

Poe se llevó un puño al corazón, agradecido. Ya lo tenía.

—La decisión de ser mejores —repitió.

Los murmullos se propagaron, con asentimientos y sonrisas cómplices. Alguien dio un aplauso, pero se detuvo al ver que nadie le seguía. Poe lo agradeció, de todas formas.

Wedge dijo algo que Poe no alcanzó a oír, pero todos los que estaban alrededor se echaron a reír y la tensión se esfumó, como si nunca hubiera existido. La reunión empezó a dispersarse, con los pilotos regresando a los cuidados de sus naves, con hombres y mujeres hambrientos preguntando por la comida o ropa limpia u otras necesidades cotidianas. La pelea y sus motivos ya estaban perdonados entre compañeros de armas consagrados a una causa.

Zay se quedó remoloneando, observando la sala, con sus nerviosas manos metidas en los bolsillos. Parecía la adolescente que era.

—Gracias por tu asistencia —le dijo Poe, acercándose a ella.

Zay asintió, sonrojándose.

—No quería interrumpir. Pero me pareció que era justo eso.

—No, te lo agradezco. —Sonrió y se pasó una mano por el pelo—. Había perdido el hilo.

Ella se encogió de hombros.

—Lo estaba haciendo muy bien.

—¿Tus padres fueron pilotos? —le preguntó Poe.

—Sí. Mi padre era más ingeniero, pero mamá… mamá amaba volar.

Poe sonrió.

—Igual que la mía.

—Genial.

La voz de Leia llamó la atención de Poe:

—Comandante.

—Debo irme —le dijo a Zay, y fue rápidamente hacia Leia, a la que acompañaba un pequeño grupo.

Allí estaban reunidos sus nuevos líderes. En general eran las personas que Poe esperaba encontrar, la mayor parte de la tripulación del *Halcón*, Orrimaarko, Rieekan, Antilles, los dos Wexley y Shriv Suurgav. Pero otros, como Nasz y el veterano que le había cuestionado, le sorprendieron.

—Me gustaría que todos tomarais té con el Embajador Yendor y conmigo —dijo Leia—. Tenemos mucho que hablar y poco tiempo para hacerlo.

CAPÍTULO 16



Poe lanzó un silbido suave de admiración al cruzar la voluminosa puerta de piedra roja y entrar en lo que Leia le había dicho que era la biblioteca de Yendor. Quizá lo hubiera sido en el pasado, pero en aquel momento era una sala de guerra en toda regla. Habían instalado una gran mesa redonda en el centro, sobre el suelo de obsidiana pulida, y sobre esta se alzaba una holo de datos. Pudo ver algo que parecía un breve inventario: personal, naves, raciones y varias carencias logísticas más. Sabía que la Resistencia no tenía gran cosa, pero verlo tan crudamente ante sus ojos daba que pensar. El grupo que Leia había reunido hablaba en voz baja, con parte de la excitación de la velada dando vivacidad a las conversaciones, pero cuando se reunieron alrededor de la mesa se impuso una solemnidad profunda.

Leia estaba en el centro, una pequeña figura que desprendía poder. «¿A qué precio?», se preguntó Poe. No podía estar bien, con lo que había pasado. Debía estar exhausta. «Y mi trabajo es ayudarla con esto», se recordó. «Se supone que soy su mano derecha, su primer comandante y, lo más importante, su amigo». Se sentía alentado por la reciente escena del muelle, pero sabía que debía comentarla con Leia. Asegurarse de que estaba bien.

Una mano pesada se posó sobre su hombro y Poe levantó la vista, encontrándose con el veterano que le había interpelado, sonriéndole. Era el más alto de todos, incluida la eximperial. El hombre apretó los dedos y Poe juraría que notó que algo chasqueaba en su hombro.

—Me conocen como Sanrec Martillopesado —se presentó— y quiero que sepas que te perdono, Poe Dameron. —La voz de Martillopesado era muy profunda—. Pero no se te ocurra cuestionarme cuando yo esté al mando. —Su sonrisa creció, mostrando una boca llena de dientes rotos—. O te mataré.

Poe sintió que pequeñas gotas de sudor empezaban a brotar en su frente.

—¿Qué decías que habías estado haciendo desde la Batalla de Jakku?

Martillopesado se rascó la barba canosa, un tono más blanca que su piel gris, y se encogió de hombros.

—De guardia de seguridad.

—¿Para quién?

Martillopesado se encogió de hombros.

—Para cualquiera que me pagara. —Volvió a encogerse de hombros—. No me siento orgulloso de ello, pero tenía que comer.

—¿No volabas?

El grandullón miró a lo lejos, con sus ojos color ceniza empañados.

—No estaba a los mandos de un pájaro desde hace casi veinte años, cuando Antilles me reclutó. Sinceramente, no esperaba volver a tener la oportunidad de hacerlo. No fabrican Ala-X de mi tamaño.

Poe sabía que aquello era cierto.

—¿Qué te gustaría pilotar?

—Ah, dame un Ala-U y te demostraré lo que es un piloto de verdad, Dameron.

Un gran pájaro, sin duda. Aunque jamás podría dar caza a Poe en un Ala-X. Claro que Poe ya no tenía un Ala-X.

—No estamos en una competición —dijo Poe, convencido de que podría ganar a aquel tipo, con Ala-X o lo que fuera.

—¿Te asusta probarlo?

—No me asusta nada —replicó socarronamente Poe, y casi era cierto.

No le asustaba nadie, ni mucho menos Martillopesado, pero era plenamente consciente de que no quería volver a fallar a Leia y a la Resistencia. Aquello sí que le asustaba.

—¿Es una apuesta, entonces? —preguntó Martillopesado, arqueando una ceja.

—¿De verdad crees que podrías ganarme?

El grandullón se inclinó hacia él.

—No lo creo, lo sé.

Los dos se echaron a reír y Poe se relajó. Aquellas bromas eran buenas. La camaradería que implicaban. No podía evitar tener la sensación de haber superado una prueba. Pero había sido sincero en el muelle. Estaba decidido a honrar a la Resistencia, reparar sus errores y hacer que Holdo y todos los que habían perdido la vida pudieran sentirse orgullosos.

—Hecho —dijo Poe—, en cuanto te consiga un Ala-U. —Intercambiaron un apretón de manos, con la voluminosa mano de Martillopesado envolviendo la de Poe. Este tiró hacia atrás, pero Martillopesado le sujetaba con fuerza.

—Si gano te cortas el pelo como yo, ¿vale? —susurró Martillopesado, guiñándole un ojo.

—¿Qué?

—Para que sepas que hablo en serio. Y así yo sé que intentarás conseguírmelo.

No tenía escapatoria. Además, ganaría. Tenía que ganar. Adoraba su pelo.

—Trato hecho.

El grandullón asintió y le dio una palmada en la espalda, tan fuerte que tuvo que dar un paso adelante para no perder el equilibrio. Bueno, como mínimo no se estaban peleando. Martillopesado lo aplastaría en tierra, pero nadie podía vencerle en el espacio.

—Celebro que estéis todos aquí. —La voz de Leia puso fin a todas las pequeñas conversaciones, serena pero firme. Poe y los demás se concentraron en ella—. Sé que muchos habéis pagado un precio muy alto por venir, a pesar de nuestras pocas esperanzas de éxito. No os puedo prometer que vayamos a sobrevivir a esto. Ni siquiera que mañana

sigamos vivos, o pasado mañana. Pero sí os puedo prometer una cosa, combatiré junto a vosotros hasta el final.

Un instante de silencio, mientras todos asimilaban la verdad de sus palabras. Poe las sintió. En los huesos. Allí había esperanza, pero aquella era la batalla final, la definitiva.

—Si me permites —dijo Norra Wexley. Leia le hizo un gesto para que hablase. Norra levantó la barbilla, los ojos le brillaban bajo la luz emitida por la holo—. Todos los presentes sabemos para qué nos enrolamos, general. No es nuestra primera batalla, aunque pueda ser la última. Hemos dejado atrás nuestros hogares. Hemos tomado una decisión. Este… —Señaló alrededor de la mesa—, es nuestro hogar ahora. La Resistencia es nuestra familia. Y, como tú, estamos dispuestos a morir por ella.

Leia bajó la vista, pero Poe pudo ver el destello de una lágrima.

—¿Y los demás? ¿Todos pensáis igual?

—Sí —dijo Poe, de inmediato.

—Sí —dijo Orrimaarko.

Se sucedieron los «síes» y se oyó un:

—¡Claro que sí, demonios! —de Martillopesado.

Cuando Leia levantó la vista, ya no había lágrimas en sus ojos.

—Pues tenemos mucho trabajo que hacer. ¿Yendor? —Leia reculó, cediéndole el espacio a Yendor.

Este dio un paso adelante. Era un twi'lek apuesto, distinguido tanto por sus largas togas como por su porte imponente.

—Bienvenidos a Ryloth —dijo llanamente—. Igual que Leia, os agradezco a todos el sacrificio que habéis hecho. Todos compartimos un mismo objetivo: oponernos a la tiranía de la Primera Orden. —Su expresión se ensombreció fugazmente, como si se perdiera en los recuerdos—. Los que somos de Ryloth sabemos algo sobre oponerse a la tiranía.

Aquello suscitó varios asentimientos, pero Poe no conocía la historia de Ryloth. Pensó que debía preguntar a C-3PO, cuando encontrase un momento.

—Mis hijos, yo y todos los que formamos parte de la Autoridad de Defensa de Ryloth os ofrecemos todo lo que tenemos, pero somos pocos, como podéis ver.

—Llamaste a los aliados de la Resistencia en Crait, ¿verdad? —preguntó Rieekan, volviéndose hacia Leia—. Llegarán más.

Leia hizo una mueca, arrugando la boca.

—Hasta ahora, los únicos aliados con los que hemos logrado contactar son los que tienes delante. Sospechamos que la Primera Orden ha estado arrestando y encarcelando a todos los simpatizantes de la Resistencia y creemos que han descubierto la manera de bloquear nuestras frecuencias, aunque de eso no estamos seguros. No podemos confiar en que aparezcan posibles refuerzos. A estas alturas ya no.

Rieekan frunció el ceño.

—¿Sabemos si esos rumores sobre las detenciones son ciertos? Es un paso muy audaz para un movimiento sin un gobierno oficial.

—Destruyeron Hosnian Prime —dijo Wedge, con un punto de ira—. Creo que van sobrados de audacia.

—Solo quiero decir que no disponen de infraestructuras para la detención de prisioneros, ¿no? —dijo Rieekan, con inquietud.

—Claro que sí —replicó Norra—. Creo que subestimas su enorme crecimiento.

—Además, ¿qué necesitan? —preguntó Wedge—. Unos cuantos gobiernos que hagan la vista gorda, unos cuantos agujeros oscuros para deshacerse de la gente. Tampoco cuesta tanto.

Otro twi'lek, que a Poe solo le habían presentado fugazmente, se inclinó sobre la mesa.

—Hablando de gobiernos locales —dijo Charth—, todos debéis entender que, aunque Ryloth os acoge en vuestro momento de necesidad, ha surgido una complicación.

—¿Una complicación? —preguntó Norra.

—La Primera Orden ha venido a Ryloth —explicó Leia—. No por nosotros —dijo rápidamente, aplacando las voces de inquietud que empezaban a hacer preguntas—. Por lo que sabemos, no están enterados de nuestra presencia aquí.

—Entonces, ¿qué quieren? —preguntó Martillopesado.

—Lo de siempre —dijo Charth—. Dinero. Poder. Quieren imponer tasas a nuestras rutas de transporte para reunir los fondos que necesitan para reconstruir las naves que perdieron combatiendo con la Resistencia. —Charth lo dijo sin inquina, pero se produjo un silencio tenso. Continuó apresuradamente—: Nos opondremos, por supuesto, pero eso nos deja a todos, a Ryloth y a la Resistencia, en una situación muy precaria.

—Sugiero que actuemos rápidamente —dijo Leia—. Con el tiempo y las limitaciones que tenemos, lo que me preocupa principalmente es rearmar nuestras fuerzas, ganar una semana, un mes. Sentar unos cimientos. Esperaba disponer de más tiempo para encontrar más líderes, pero… —Miró alrededor de la mesa, directamente a los ojos de todos los reunidos—. Quiero ideas.

—Naves —dijo Poe. Alargó una mano sobre la mesa, atravesando la holo que flotaba sobre ella. Hizo una pausa y señaló el inventario de naves—. ¿Está actualizado? —preguntó.

—Sí —contestó Rey desde un rincón. Estaba tan callada que Poe no la había visto hasta entonces—. He visto a Rose contando las naves que llegaban, antes de reunirnos aquí.

Poe asintió, agradecido.

—Veo un puñado de cazas estelares, unos pocos transportes, un yate. No es una flota y no podemos ni combatir ni creer que ganaremos ninguna batalla contra la Primera Orden con este material. Necesitamos naves.

—Estoy de acuerdo. ¿Cómo sugieres que nos hagamos con más naves? —preguntó Leia.

—Podríamos robarlas —intervino Norra—. La Primera Orden está construyendo cazas. —Señaló a Charth—. Acabas de decirlo.

Charth asintió.

—Corren rumores de que los astilleros corellianos trabajan día y noche para cumplir los cupos.

Poe juntó las manos.

—Pues vamos a Corellia.

—Demasiada actividad —dijo Wedge—. Y no tenemos suficiente gente para lanzar una incursión.

—Enviadme con un puñado de pilotos y os conseguiré las naves —aseguró Poe.

Leia levantó una mano.

—Wedge tiene razón. No podemos correr el riesgo de perder a varios pilotos para hacernos con un puñado de naves. Necesitamos un plan más elaborado.

Poe se planteó insistir, pero se contuvo. ¿No acababa de jurar que quería mejorar? Leia le miró con expectación, como si supiera que odiaba morderse la lengua, pero no picó el anzuelo. Ella sonrió con aprobación. Bueno, le pareció que aquello ya era algo.

—Bracca —intervino Shriv. Las miradas se volvieron hacia él y este se encogió de hombros—. Solo es una idea.

—Bracca es un planeta chatarrero —dijo Agoyo—. Lo conozco. Tengo una hermana que se mudó allí por trabajo y entró en el Gremio Chatarrero. Yo no lo haría, pero… —Alzó un hombro— pagan bien.

—No necesitamos chatarra —dijo Poe—. Necesitamos buenas naves. Naves operativas.

—Ahora Bracca es el lugar al que la Primera Orden manda todas las naves de la Nueva República requisadas, para desmantelarlas y desguazarlas —explicó Finn a los reunidos—. Por fuerza ha de estar repleto del tipo de naves que queremos. Y de piezas de recambio, además. Podríamos reparar los Ala-X de ahí fuera. Además, la necesidad aprieta. Afrontémoslo, estamos muy necesitados.

Un ruido y todos se volvieron. Era Connix, jadeando en la puerta, como si hubiera llegado a la carrera.

A Poe se le aceleró el pulso. El enemigo no podía haberles encontrado.

—Ha llegado un mensaje al *Halcón Milenario* —dijo Connix, mirando a Leia—. De Maz Kanata. Dice que quiere verla inmediatamente, de no ser así no les habría interrumpido.

—¿Puedes pasarla aquí? —preguntó Leia.

Connix miró a Yendor y este asintió. Charth fue hasta Connix y esta levantó el datapad que llevaba en las manos. Charlaron y Connix introdujo las claves adecuadas. La holo del inventario se disipó y en su lugar se alzó una proyección prácticamente a tamaño natural de la diminuta pirata espacial.

—Saludos, Leia. —La voz de Maz resonó en la gran sala. Miró alrededor—. Veo que te ha ido bien en tu búsqueda de aliados.

La sonrisa de Leia fue débil.

—Sería mejor si tú también estuvieras aquí.

—Sí, claro, claro. Pero los caminos de la Fuerza son misteriosos y no era el momento para mí.

Leia pareció molesta por un instante, pero su voz fue serena y cordial cuando habló:

—Parece que tienes noticias para nosotros, Maz.

—¡Sí! ¿Dameron te ha hablado de la lista?

—El rumor sobre una supuesta lista sobre presos políticos y disidentes de la Primer Orden —le confirmó Leia.

—No es un rumor. La he visto. Bueno, parte de ella.

Murmullos en la sala, hasta que Leia levantó una mano para acallarlos.

—¿Cómo?

—Tengo una regla en mi vida: si tienes algo que valga la pena robar, alguien terminará robándotelo.

Leia subió la voz, divertida:

—¿Alguien robó la lista?

—Afortunadamente, el ladrón que se ha hecho con ella es un viejo conocido.

—¿Y nos la dará?

—No está claro. Nifera puede ser muy voluble. Le gustan los juegos.

—¿Tendremos que jugar a algo para conseguirla?

—No exactamente, aunque, de alguna manera. —Maz se encogió de hombros—. Celebrará una subasta en su fiesta de cumpleaños. Solo se puede asistir con invitación y la subasta se producirá durante la celebración. La lista será para el mejor postor. Ya sabes cómo son los ladrones.

—¿Cuándo y dónde?

—La fiesta se celebrará en Corellia, en Ciudad Coronet. Respecto al cuándo, tendréis que estar preparados para acudir rápidamente cuando me llegue esa información. No creo que tarde.

Leves murmullos de sorpresa en la sala, pero Poe sonrió. La subasta era otro motivo para viajar a Corellia.

—Ya que estamos en Ciudad Coronet, podemos aprovechar para llevarnos algunas naves —dijo.

—La Fuerza actúa de formas misteriosas —murmuró Leia. Más alto, dijo—: Maz, ¿dices que solo se puede asistir con invitación? ¿Podremos…?

—Ya me he encargado de eso. Tengo dos invitaciones aseguradas. Una para un apuesto especulador sin escrúpulos de Canto Bight y un socio más joven, y otra para el embajador de Ryloth y su acompañante. Es lo mejor que podía conseguir, dadas las circunstancias. Tendréis que arreglároslas.

—¿Quién es el especulador de Canto Bight? —preguntó Poe, confuso—. No tenemos a nadie así en la Resistencia.

—Bueno, claro que no, Dameron. Me lo inventé. Elige a quien quieras. Pero —añadió, inclinándose hacia delante con una sonrisa picara— pensé en ti cuando dije que era apuesto. —Le guiñó un ojo.

Poe no sabía muy bien qué decir, así que mantuvo la boca cerrada.

—Gracias, Maz. Aceptamos las invitaciones —dijo Leia, ahorrándole más vergüenza a Poe.

—Leia —intervino Rieekan—, ¿cómo sabemos que esa lista es auténtica?

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Maz, inclinándose hacia delante y ajustando sus gafas—. Hum… es auténtica porque yo acabo de confirmaros que lo es. ¿No me has oído? La he visto.

—Dijo que vio parte de la lista. Y, aunque creamos que es auténtica, ¿cómo sabemos que es útil?

—No es necesario que lo sea —dijo Poe—. Se trata de gente retenida injustamente. Gente que solo quería expresar abiertamente sus ideas. Nuestro deber es liberarlos.

—Podrían ser amigos y familiares nuestros —añadió Norra—. Poe tiene razón. Debemos ayudarles.

—Lo haremos —dijo Leia—. Pero Rieekan tiene razón. Nuestros fondos son limitados. Antes de invertirlos en una subasta de un ladrón cualquiera, deberíamos tener más información.

—Podríamos robarla, sin más —sugirió Shriv—. Es decir, es una lista robada. Podemos volver a robarla.

—¿No hay ninguna idea mejor? —preguntó Poe, poco convencido.

—Estamos hablando de robar naves, ¿no? —dijo Shriv, encogiéndose de hombros—. ¿Qué diferencia hay?

—Robarle unos cuantos cazas a la Primera Orden es tomarse la revancha —explicó Norra.

—Preferiría no convertir la Resistencia en una guarida de ladrones —dijo Leia, suspirando—. Pero tenemos que hacer lo que sea necesario.

—Tendréis que pagar un extra para poder entrar en la subasta —dijo Maz—. A partir de ahí, ya será cosa vuestra. Pero si os pillan con las manos en el carrito del helado, no tendréis un juicio y una sentencia justos, ya sabéis. Esa gente os mataría.

—Tu amiga parece encantadora —comentó Leia.

—Bah —dijo Maz—. Es rica. ¿Encantadora? El encanto nunca ha sido su fuerte.

—Creo que deberíamos ver quién y qué aparece en esa lista antes de decidir nada —dijo Rieekan—. Maz, ¿puedes compartir lo que tienes?

—Os llegará cifrado. Una vez lo recibáis, os mandaré la clave por separado. Tardará unos minutos. —Sonó ruido de fondo y Maz se dio la vuelta—. Tengo que irme —dijo, volviendo a girarse—. Espero veros en Ciudad Coronet. Sobre todo a ti, Dameron. Y ponte elegante. El tipo de Canto Bight es muy pulcro. Tengo entendido. —Se llevó una mano a la boca y le lanzó un beso—. ¡Adiós! —dijo, y se marchó.

—¿Hemos recibido la lista? —preguntó Leia.

—Ha mandado las invitaciones —dijo Connix, moviendo los dedos ágilmente sobre su datapad—. Y… sí, aquí está la lista. Pero tiene razón. Está cifrada. Tendremos que esperar la clave.

Leia asintió.

—¿Alguna idea, mientras esperamos? —preguntó a la sala.

—Aunque vayamos a Ciudad Coronet y Poe, Charth y alguien más puedan robar unas cuantas naves de la Primera Orden, no bastará —dijo Shriv—. Necesitaremos más naves.

—Estoy de acuerdo —asintió Leia—. Por eso quiero que vayas a Bracca. Monta un equipo. Llévate a quien necesites y consigue tantos cazas estelares como puedas.

Shriv se echó a reír.

—¿Quieres ponerme al mando de un escuadrón?

—Sí.

—Debemos estar realmente desesperados —bromeó.

Leia ladeó la cabeza.

—¿Cómo lo has notado?

—Vale, vale. —Levantó sus manos de largos dedos en señal de rendición—. Eso me pasa por abrir esta bocaza mía, supongo. Muy bien. —Se volvió hacia Pacer Agoyo—. Tú, chico. ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué?

—Eso pensaba. Estás en el equipo. Y Zay también. —Se rascó su inexistente nariz—. ¿Quién más? Eh, Martillopesado, ¿quieres ir a recoger un poco de chatarra?

—Leia —dijo Wedge rodeando a Shriv, que seguía buscando posibles miembros para su equipo—. Sé que Maz piensa que Poe debería ir a buscar esa lista, pero creo que yo debería comandar el equipo de Corellia.

Leia miró a Poe y este se acercó para oír mejor.

—Te escucho —invitó Leia.

Wedge sonrió levemente a Poe.

—Sin ánimo de ofender, Poe, pero nací allí. Conozco Ciudad Coronet. Puedo ir a buscar esa lista.

Poe se encogió de hombros. No le importaba. Prefería las peleas al aire libre, los enfrentamientos cara a cara. Andar por ahí haciéndose pasar por otros no era lo suyo, la verdad, pero haría lo que Leia dijera.

Esta levantó una mano.

—Frena un poco, Wedge. Aún no estoy convencida de que ese sea el mejor uso para nuestros recursos. Veamos esa lista antes de hacer planes para…

—Aquí está —anunció Connix—. Descifrando y transmitiendo…

Todos se volvieron hacia la holo y esperaron. La expectación se palpaba en el ambiente. Poe sospechaba que muchos de los presentes tenían amigos y familiares desaparecidos por culpa de la Primera Orden. Pensar que algunos de ellos podían estar vivos, que podían encontrarlos, era pedir demasiado.

Finalmente, la holo se iluminó y apareció un símbolo de la Primera Orden en pantalla, el sol con sus dieciséis rayos y el hexágono en el centro, un símbolo que Poe había llegado a odiar. Tras un instante, el símbolo ascendió y apareció el encabezamiento

«SUBVERSIVOS», seguido de una lista de nombres cifrados acompañados de sus últimos paraderos conocidos. Poe entrecerró los ojos, repasando la lista.

—Eh, Poe —dijo Finn—. Por fin apareces en la lista de los más buscados.

Poe frunció el ceño, buscando qué podía haber visto Finn. Había alguien con un nombre que empezaba por «P» y el apellido por «D», seguidos de una serie de números, letras y símbolos. Podía ser él, pero también podían ser muchos otros individuos con sus mismas iniciales. ¿Cuántos podía haber en la galaxia? ¿Miles de millones? Pero el último paradero conocido que aparecía era Crait. Aquello reducía las posibilidades de manera muy considerable.

Repasó rápidamente la lista, en busca de otros nombres con Crait como paradero. Había media docena. Bueno, tampoco era ninguna sorpresa que la Primera Orden supiera quién eran.

—Esta es una lista de caza —Norra miraba fijamente el holograma, con una expresión fantasmagórica bajo la luz reflejada—. Por eso no encontramos a nuestros aliados. Los están cazando, uno a uno.

—Bueno, a nosotros no nos cazarán —dijo Finn con firmeza.

Norra lo miró fugazmente, dubitativa. Poe estaba de acuerdo. La confianza era genial, pero había algo estremecedor en descubrir que la Primera Orden conocía tu nombre e intentaba activamente encontrarte.

La lista se interrumpió tras varios nombres cifrados con el paradero de Castilon y apareció una nueva, esta bajo el encabezado: «actualmente detenidos». La lista, parecida a la anterior, incluía nombres cifrados de individuos identificados solo por sus iniciales, pero en lugar de «ÚLTIMO PARADERO CONOCIDO» aparecía «PARADERO ACTUAL». Además, había otra columna de «CONDENA». Allí aparecían titulados: senador, diplomático, líder de sindicato local, empresario, celebridad, atleta. Tras esto aparecía el «crimen» por el que habían sido detenidos. Poe lanzó un silbido leve de consternación. Los crímenes parecían una broma, excepto porque eran muy graves… hablar mal del Líder Supremo, transitar por zonas restringidas, cuestionar directrices oficiales, incumplir órdenes directas.

—¿Y esa amiga de Maz, la ladrona, puede descifrar los nombres?

—Eso tengo entendido —murmuró Leia, con la vista clavada en la lista.

—Muy astuto —dijo Wedge—. Me refiero a la subasta. Ofrecer la suficiente información para que la gente crea que tiene algún conocido en la lista, pero sin tener ninguna certeza.

—La gente pagaría hasta su último crédito por la mera posibilidad de encontrar a sus seres queridos desaparecidos —coincidió Norra.

—Cuando podría tratarse de falsas esperanzas —apostilló Snap—. Gente desesperada con sueños absurdos.

—La esperanza no tiene nada de absurda —dijo Rey en voz baja, pero Poe la oyó.

—Estas personas —dijo Nasz—, son gente de todos los ámbitos, no solo seres directamente relacionados con la Nueva República. Han arrestado a gente por hablar mal de la Primera Orden. —Parecía muy impresionada.

—Eso parece —asintió Snap—. Mira, C. H., atleta. ¿Podría ser Cutar Har, el campeón de gravbol?

—Creía que había muerto —dijo Norra—. ¿No murió en los disturbios de Turclom?

—Parece que no —dijo Wedge. Levantó la mano, como si fuera a tocar el holograma.

—Debemos ayudar a esa gente —dijo Finn.

—Estoy de acuerdo —asintió Poe—. Fijaos bien… senadores, diplomáticos. Esos pueden ser los líderes que buscamos. ¿Qué le parece, general? —Se volvió hacia Leia y contuvo un grito de asombro.

Esta tenía las manos apoyadas sobre la fría mesa de obsidiana. Parecía haber envejecido varios años en solo un instante. Tenía la cabeza gacha y Poe, instintivamente, alargó la mano para sujetarla. La sintió frágil entre sus manos, con los hombros temblorosos. Cuando ella levantó la vista, tenía los ojos llenos de lágrimas, pero sus labios esbozaban una sonrisa de incredulidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Poe, confundido por su reacción—. ¿Estás bien? —Quizá todo aquello había sido demasiado. Debería estar reposando, era él quien debía asumir el liderazgo—. ¿Necesitas un descanso?

—Es la lista —dijo ella, sorprendida. Y muy feliz—. No… no lo sabía. Creía que había muerto.

—¿Quién? —preguntó él. Volvió a mirar la lista, pero no le sonaba ninguna de las iniciales.

—Un viejo amigo —dijo Leia. Dio unas palmaditas en las manos de Poe, que aún la sujetaba por los hombros, y se enderezó—. Si no me equivoco, lo tienen encerrado en Ciudad Coronet.

—¿Leia? —dijo Rieekan.

—Podría equivocarme —reconoció—, pero mira esto. —Señaló una línea en mitad de la lista de «ACTUALMENTE DETENIDOS». Las iniciales eran R. C., en la condena ponía: «Senador… Crímenes contra el estado, conspiración, asesinato», y el paradero era Ciudad Coronet, estaba claro.

—Cuánta coincidencia —comentó Rieekan.

—Rieekan tiene razón. Podría ser una trampa —dijo Norra—. Un cebo para que vayamos a Ciudad Coronet.

—No —dijo Poe—. La Primera Orden no sabe que queremos naves de sus astilleros y es muy probable que tampoco sepan aún que les han robado esa lista, mucho menos que se va a subastar en Ciudad Coronet.

—¿Quién es R. C., Leia? —preguntó Rieekan.

—Alguien que creía muerto desde hace mucho.

—Vanas esperanzas —dijo Snap cordialmente.

Leia se enderezó.

—Tienes razón. Soy consciente de que las probabilidades de que se trate de mi viejo amigo son… escasas. Pero todo encaja. Y estaremos allí, de todas formas. Yo solo… —Sacudió la cabeza, como aclarando sus pensamientos.

—¿Vamos a ir a buscar esa lista? —preguntó Poe.

Leia miró alrededor, recibiendo asentimientos de aprobación.

—Sí. Y las naves. Y, si podéis, al Senador Casterfo.

—Leia —dijo Yendor, muy sorprendido—. ¿Crees que podría ser él?

Leia frunció los labios y asintió una vez.

—¿Y si no podemos? —preguntó Poe—. ¿Si no está allí o no es él?

Leia exhaló y la luz que iluminaba su cara hasta hacía un instante se difuminó.

—Si es así, soy una tonta. Pero eso no modifica nuestra misión. Rescataremos a esos prisioneros, de todas formas.

Poe asintió. Era lo más inteligente. Necesitaban una victoria y el rescate de aquellos prisioneros lo sería. Si algunos de ellos resultaban ser buenos líderes, bueno, sería la guinda del pastel. El verdadero premio era la lista de «SUBVERSIVOS». Allí podía estar el futuro de la Resistencia. Y si debían ir en busca de ese futuro, que sin duda estaba disperso por toda la galaxia, necesitarían naves. Y ahí entraba Bracca.

Tres misiones. Tres equipos. Poe se volvió hacia Shriv.

—¿Tienes tu equipo montado ya?

—Y a tu disposición —le dijo el piloto duros—. Preparado para ir a hacernos con unos cuantos cazas estelares.

—Bien —anunció Poe—. Yo comandaré el equipo que irá a buscar la lista de la subasta.

—Yo iré contigo —se ofreció Charth. El twi’lek sonrió, mostrando sus dientes afilados—. La segunda invitación era para un embajador rylothiano. Ese solo puedo ser yo.

—O yo —dijo Yendor, en voz baja.

—Por supuesto, padre. No pretendía…

Yendor le hizo callar con un gesto.

—Yo me quedaré aquí con Leia y supervisaré las operaciones. Todo eso de andar furtivamente de un lado para otro es cosa de jóvenes.

—Necesitamos un tercer equipo para rescatar a esos prisioneros —dijo Poe.

—Yo lo haré —se ofreció Wedge—. Conozco Ciudad Coronet.

—Voy contigo —dijo Norra, de inmediato.

—Bien —aceptó Poe—. Acabad de montar el equipo y preparaos para partir en cuanto os dé la orden.

Todo el mundo se dispersó cuando Poe dio tácitamente la reunión por terminada, dividiéndose por equipos para organizar sus respectivas logísticas. Leia fue hasta Poe, aparentemente perpleja.

—Gracias, comandante —dijo, con una leve sonrisa.

—¿Por qué?

—Parece que lo tienes todo controlado.

Poe se sonrojó, avergonzado.

—No pretendía exceder…

—No, no. No me malentiendas. —Su sonrisa creció—. Te estoy agradecida.

—Oh. —Ahora fue Poe quien sonrió—. Me limito a hacer mi trabajo.

Leia arqueó una ceja.

—Muy bien, comandante Dameron. Muy bien.

Leia se dio la vuelta para marcharse, pero Poe la detuvo.

—Leia.

Ella levantó la vista.

—Lo que has dicho sobre la Primera Orden, que está en Ryloth. ¿Crees que es seguro que Rieekan y tú y los demás os quedéis aquí?

Ella sacudió la cabeza irónicamente.

—No. Pero ya no hay ningún «sitio seguro» para nosotros. Nos quedaremos aquí tanto como podamos, supervisaremos las tres misiones y os ofreceremos apoyo táctico.

—¿Y si la Primera Orden os encuentra?

Leia le dio una palmada en un brazo.

—En ese caso haremos lo de siempre —le dijo—. Combatir —Y se fue.

La dejó marchar, pero algo le seguía desasosegando, inquietándole. No sabía qué haría si perdía a Leia, qué haría ninguno de ellos. Pero tenía una misión y lo mejor que podía hacer era cumplirla. De todas formas…

Apartó aquella sensación perturbadora de su mente y fue a buscar a Charth. Tenían trabajo que hacer antes de poder infiltrarse en una fiesta de cumpleaños de Ciudad Coronet.

CAPÍTULO 17



—¿Qué haces ahí dentro?

Monti quedó petrificado, con el corazón sallándosele del pecho. Se obligó a mantener la calma y apretó lentamente el botón que cerraba la puerta del despacho del oficial Bratt, como si fuera lo más normal del mundo.

—Te he hecho una pregunta —dijo Yama—. No me obligues a repetirme.

La puerta se cerró con un susurro y entonces Monti se volvió hacia su compañera.

—Winshur me ha pedido que lo ordene mientras él estaba fuera —Le costaba evitar que la voz se le quebrase.

Yama estaba en medio de la recepción, con las manos llenas de paquetes. Reconoció el material para envíos que el Departamento de Archivos guardaba en el almacén. Debía estar en el sótano, buscando aquello, cuando Monti regresó de su azaroso almuerzo y descubrió el despacho de Winshur desierto, ya que este seguía en su propio almuerzo, como le había asegurado aquel extraño. Y el golpe de suerte fue que Yama tampoco estuviera. Pero ahora había vuelto y le miraba con ojos acusadores. Monti pasó junto a ella y fue hasta su mesa. Se movió poco a poco, instalándose en su silla con cuidado, disimulando que tenía la boca seca y que se sentía a punto de desmayarse.

—¿Por qué sudas? —le preguntó ella.

Se pasó una mano por la frente. Santo cielo, estaba sudando. Sacó el trapo que guardaba en su bolsillo, el que usaba para lustrar las botas, y se la limpió.

—Estoy enfermo, para tu información —dijo, improvisando—. Creo que he comido calamares en mal estado. —Dobló el trapo y se lo volvió a guardar—. Pero ¿a qué vienen tantas preguntas? No eres mi jefa.

Yama miró la puerta del despacho de Winshur. Era obvio que sospechaba algo.

—¿Esperas que me crea que el despacho del oficial Bratt estaba desordenado? Entré antes de que te marchases a almorzar. Y estaba impecable.

Monti palideció. Podía probar algún otro farol, liberar parte de su ira y quizá la chica se acobardase y le dejara en paz.

O podía intentar aplacar sus sospechas de una forma cordial.

Al fin y al cabo, siempre se habían llevado bien. El se había mostrado comprensivo cuando Winshur había gritado a Yama y la había tratado como una niña incompetente. Tampoco había salido en su defensa, ni nada parecido. Eso habría sido excesivo. Pero se había compadecido de ella. Había llegado a plantearse seriamente echarle una mano cuando Winshur le dio algunos de los trabajos más pesados. Al final no lo había hecho. Pero se lo había planteado.

Yama no le dio elección.

—Sé lo que has hecho.

—¿Qué?

—Le robaste el datapad.

Monti estuvo a punto de vomitar.

—Eso… eso es absurdo —tartamudeó—. ¿Por qué iba a hacerlo?

Yama entrecerró los ojos. Seguía cargada con las cajas y a Monti le pareció un poco ridícula, allí plantada. Excepto, claro está, por aquella mirada.

—No sé para qué lo robaste —dijo—, pero pienso denunciarte.

—¡Yama! —Se puso de pie de un salto. Ella tiró las cajas y le mostró que llevaba un cúter en la mano, con la cuchilla fuera—. ¡Uah! —gritó, levantando las manos—. Cálmate. Yo no he robado nada. —Señaló la puerta con la barbilla—. Ve a comprobarlo por ti misma. El datapad está donde Winshur lo dejó, sobre la mesa.

—El oficial Bratt —le corrigió Yama—. Deberías llamarle oficial Bratt.

Yama fue hacia la puerta, con el cúter aún en las manos y sin quitarle la vista de encima a Monti. Este seguía con las manos levantadas, tomándose muy en serio aquella amenaza. Nunca había sido muy guerrero. De hecho, aborrecía la violencia. Era una de las cosas que le habían convencido de entregarle la lista al Colectivo, para empezar. No era tan tonto como para no ver la ironía que implicaba que un hombre que proclamaba su aversión a la violencia se enrolase en la Primera Orden, pero tampoco se había hecho soldado de asalto, ¿no? Trabajaba en una oficina. Gestionaba registros, contratos y archivos. Era un oficinista, demonios.

Yama abrió la puerta y miró al interior, sin duda viendo el datapad justo donde Monti lo había dejado hacía unos instantes. Volvió a cerrar.

—Antes he mirado y no estaba —dijo—. Antes de bajar al sótano. Entré para ver si el oficial Bratt necesitaba material de oficina y el datapad no estaba.

—Puede que no lo vieras —dijo Monti, esforzándose por parecer cordial—. Porque ahí estaba.

Yama pareció reflexionar sobre aquello. Monti se permitió una mínima relajación y bajó las manos. Sí, iba a convencerla de que estaba confundida.

—¿Me tomas por tonta? —le gruñó ella.

Monti hizo una mueca.

—¿Crees que no sé lo que vi?

—Yo… esto… Yama. —Su nombre sonó como una súplica. Pensó en confesárselo todo, convencerla de que había hecho lo correcto, que Winshur era un canalla, que posiblemente la Primera Orden estaba podrida y que no tenía por qué protegerlos, ni a uno ni a los otros—. Pero ¿qué te importa? —la espetó.

Yama respiró hondo, sujetando fuerte el cúter.

—Winshur te odia —susurró Monti—. No te tiene ninguna consideración. Para él eres basura. Peor que la basura. Te tiraría con los residuos, si pudiera.

Ella se estremeció y Monti supo que había tocado una fibra sensible.

Rodeó su escritorio, sin bajar las manos, mirándola fijamente. Se había asustado, había estado torpe por el shock, pero ya sabía que el problema tenía fácil solución. Una certeza que ninguno de los dos podía negar.

—Nunca te creerá.

Yama abrió la boca, como si fuera a objetar algo, pero volvió a cerrarla.

Monti dejó caer las manos a los lados de su cuerpo.

—Adelante. Denuncia lo que crees haber visto. Cuéntale a Winshur todo lo que quieras. Yo lo negaré todo… y tú no tendrás nada.

Yama frunció sus finos labios y arrugó la frente. No dijo nada, solo le lanzó una mirada asesina. ¿Qué podía decir? Monti tenía razón y los dos lo sabían.

Un ruido al fondo del pasillo exterior llamó su atención.

Oyeron pasos acercándose por el vestíbulo. Los dos se quedaron mirando, esperando, como shaaks haciendo cola en el matadero. Yama seguía sujetando el cúter de forma amenazante. Monti se enderezó, hombros atrás y pecho hinchado. Podía notar sudor en la nuca, pero lo ignoró.

Winshur Bratt entró en la recepción de su oficina, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. Mascullaba algo débilmente, visiblemente preocupado. No los vio hasta que estaba a unos pocos metros de ellos. Entonces, levantó la cabeza bruscamente y un gritito de sorpresa escapó de sus labios.

—¿Qué estáis haciendo? —exclamó, jadeante. Sus ojos se clavaron en Yama como un láser y su voz sonó llena de desdén—. Yama —pronunció su nombre como si le doliera—. ¿Qué hace todo ese material de oficina tirado en medio de la recepción?

La chica solo le miraba, incapaz de responder.

—¿Y qué llevas ahí? ¿Es un cuchillo?

Yama levantó el cúter, con gesto de impotencia.

—Un cúter —dijo Winshur, ligeramente aliviado—. Bueno, no sé qué estás haciendo, pero termina de una vez. Y recoge eso. Está en medio del camino.

—Oficial Bratt… —La voz de Yama fue apenas un susurro.

Monti la miró, completamente inmóvil.

—Y después tráeme los informes que te he pedido antes del almuerzo. Sinceramente, Yama, si no puedes…

—Oficial Bratt —repitió ella, más alto, cortándole.

Un escalofrío visible recorrió los hombros de Bratt.

—¿Qué? —dijo este, en un tono cargado de hastío.

La chica le miró, con los ojos muy abiertos. Pasaron unos segundos, pero no abrió la boca.

Winshur gruñó, exasperado. Apartó la vista de Yama y pareció recordar de repente que Monti también estaba allí.

—¿Qué haces ahí plantado? —preguntó—. Y… ¿estás sudando?

—No me encuentro bien, señor —dijo Monti, y esta vez era sincero.

—¿Estás enfermo? —Winshur se tapó la boca inmediatamente y retrocedió un paso. Después pareció pensárselo mejor y echó a andar apresuradamente hacia delante, esquivando a Monti.

—Vete a casa —le dijo por encima del hombro—. No quiero que me contagies. —Abrió la puerta de su despacho y desapareció rápidamente. Y se marchó tan rápido como había llegado.

Sus dos empleados seguían donde los había encontrado.

—Adelante —dijo Monti con un punto de crueldad—. Ve a contarle. Si consigues articular palabra.

Viendo que Yama no se movía, Monti se encogió de hombros. Fue hasta su mesa y recogió sus cosas, incluida su cartera de cuero. Se la colgó y la ajustó al pecho. Le dedicó una leve reverencia a su compañera y salió de la oficina con paso firme, consciente de que, tanto si Yama le denunciaba como si no, no volvería a pisarla en su vida.

CAPÍTULO 18



Shriv y su equipo fueron los primeros en abandonar la base de la Resistencia en Ryloth. Se habían organizado en varios escuadrones y él había empezado a referirse afectuosamente al suyo como Escuadrón Escoria. A Pacer Agoyo le había molestado el nombre, pero el resto del equipo se lo había tomado bastante bien.

A Martillopesado le había hecho gracia.

—Ya puestos, podríamos llamarnos basura —dijo.

—Basura suena demasiado burdo —replicó Shriv, sentándose en el puesto de capitán de la nave transporte que se llevaban—. Y yo soy muy refinado.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Zay, sentándose al lado.

—No sé, pero ahora me siento comprometido.

Zay puso los ojos en blanco. Últimamente lo hacía a menudo y Shriv no se dejó impresionar. ¿Aquello era la pubertad humana? Una vez se lo había preguntado directamente a Zay y ella le había dado un puñetazo en el brazo, fuerte. Totalmente innecesario. Pero no volvió a preguntárselo.

Eran seis en el equipo. Pacer había sido una elección obvia, dado que su hermana formaba parte del Gremio Chatarrero y Shriv albergaba la esperanza de que les ayudase a llegar al planeta y a moverse por él después. Zay estaba porque era el Escuadrón Inferno. Además, Shriv era su tío, ¿verdad? Y era su responsabilidad. Martillopesado porque Pacer le había explicado que el gremio contrataba hombres corpulentos como soldadores y que, si debían venderse como cuadrilla de trabajo, necesitarían instaladores ágiles como Pacer y Zay, además de hombres corpulentos. Shriv estaba entre una cosa y la otra, según Pacer, como otros dos miembros del equipo, una pareja de casadas de Mygeeto que se dedicaban al transporte de larga distancia. Una de ellas, Wesson Dove, era pequeña y compacta, con la piel clara, unos ojos muy azules y un pelo añil bien corto. Era una antigua miembro del Escuadrón Fantasma y con aquello le habría bastado a Shriv, aunque su socia y esposa, Raidah Doon, no hubiera sido una antigua atleta y campeona de vela en aguas turbulentas. Raidah era alta y esbelta, con la piel marrón clara y una espesa trenza de pelo negro que le caía por la espalda, en un evidente contraste con su pareja. Pero Pacer opinaba que Shriv y las dos mujeres entraban dentro del rango físico buscado y que podrían pasar por técnicos o manipuladores de materiales peligrosos.

—¿Materiales peligrosos? —preguntó Shriv, con recelo—. ¿De qué va eso? No suena muy bien.

—Solo necesitamos que nos crean para poder entrar en sus instalaciones y llevarnos unas cuantas naves —comentó Zay—. Podremos hacerlo, sin problemas.

Shriv suponía que sí, pero no estaba muy entusiasmado. Pero su entusiasmo no estaba en su lista de prioridades. El plan, con seis pilotos, consistía en volver con seis naves, el transporte incluido, y alguna más remolcada, si era posible.

El equipo se había despedido de los demás rápidamente y había abandonado Ryloth. Cuando la vista desde la cabina fue una masa sólida de negro, salpicada de minúsculas estrellas lejanas, Shriv se volvió hacia Zay.

—¿Tienes las coordenadas de Bracca? —le preguntó.

—Grabadas y fijadas —respondió ella.

—Grabadas y fijadas —se burló Shriv—. ¿De dónde has sacado eso?

—De Wesson —dijo ella, mirando por encima de su hombro hacia una de las transportistas, que tenía sentadas detrás.

Alguien se revolvió en su asiento a espaldas de Shriv, resoplando sonoramente.

—Yo soy el único que ha estado en Bracca —dijo Pacer, visiblemente molesto—. ¿No debería ser yo quien ocupara el puesto de navegador?

Shriv se planteó ignorar al muchacho, pero decidió que había reglas que debía hacerle entender si quería que el Escuadrón Escoria funcionase. La primera: allí mandaba él.

—Si quisiera que tú ocupases ese puesto, te lo habría ordenado —dijo.

—Parece que tienes preferidos —masculló Pacer, lo bastante alto para que le oyesen todos.

Zay, que estaba preparada para realizar el salto a la velocidad luz, abrió la boca, como si fuera a hablar.

—Contente —le dijo Shriv, cortándola—. Y mantén el rumbo.

Shriv giró su asiento para mirar a Pacer y el resto del Escuadrón Escoria.

—¿Qué es esto? ¿Eh? ¿Una competición de quién mea más lejos, Agoyo? Porque me he bebido un litro de ese condenado zumo verde rylothiano y te garantizo que ganaría yo.

La cara de Pacer se ensombreció por la indignación. Wesson, justo detrás de Pacer, hizo una mueca de asco.

—Solo decía que… —empezó a decir el muchacho.

—Cadena de mando, Pacer —dijo Shriv, golpeando el puño izquierdo sobre la palma abierta de su mano derecha, para darle más énfasis—. ¿Te enseñaron eso en la academia?

El chico cruzó los brazos.

Shriv entornó los ojos.

—Pues ya puedes practicar. Aquí mando yo. Soy yo quien toma las decisiones. Y tú te limitas a cumplir las órdenes. ¿Entendido?

—Tiene razón, piloto —le dijo Martillopesado al joven.

—Ya lo ves —continuó Shriv, señalando a Martillopesado con la cabeza—. Tengo razón. Así que siéntate. —Señaló la tercera fila, en la parte trasera de la lanzadera. De hecho, era como si señalase la zona de carga, justo tras los asientos de pasajeros, donde tampoco le hubiera importado que se sentase.

Con muchos alardes, Pacer se pasó una fila más atrás, cambiando su asiento con Wesson.

—¿Qué le pasa? —preguntó Zay en voz baja, frunciendo sus oscuras cejas.

—¿Y qué más da? —dijo Shriv sin darle importancia, volviéndose hacia la parte delantera de la nave—. Ya sabes cómo son los hijos del espacio. Siempre intentando demostrar su valía.

Zay frunció aún más la frente.

—¿Qué son los «hijos del espacio»?

—Niños nacidos fuera de planetas, en estaciones espaciales o a bordo de naves. Sin raíces, sin ningún lugar en que mantener los pies y la cabeza en el suelo. Son más «espaciales». —Se tocó la cabeza con un dedo—. Ya sabes, los hijos del espacio.

—¿Cómo sabes que lo es?

—Una corazonada.

Zay comentó en voz baja:

—Yo soy una hija del espacio.

El tono de Shriv fue alegre.

—No me digas.

—Nací a bordo del *Corvus*.

Shriv se mordió el interior de las mejillas y mantuvo la mirada al frente. Podía notar que Zay le miraba, posiblemente preparada para poner los ojos en blanco.

—¿Y bien? —le preguntó Zay, finalmente.

—No quiero decir que eso explique muchas cosas, pero…

Y allí lo tenía; Zay puso los ojos en blanco.

—Es broma —dijo Shriv.

—No me hace gracia.

Shriv se encogió de hombros. Le gustaba chincharla y, al menos, ella no tenía la piel tan fina como el nuevo de detrás.

—¿Preparados para ir a Bracca? —preguntó ella, sonando aún molesta—. Estamos perdiendo el tiempo y hoy estás de un humor que…

—Sí, sí —Shriv se rascó la barbilla—. Cuando quieras, niña. Vamos a recuperar unas cuantas naves de la Nueva República.

Zay obedeció y la oscuridad salpicada de puntitos luminosos del exterior de su ventanilla se transformó en el borrón acelerado de la velocidad luz. Al cabo de un momento, Shriv se inclinó hacia ella.

—Eh, Zay.

—¿Ajá?

—Que quede constancia, seas hija del espacio o no, estoy seguro de que tus padres se sentirían orgullosos de ti.

—Ajá —dijo ella, poco convencida.

—Sobre todo tu mamá, sobre todo Iden.

La chica se quedó callada por un instante.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. En realidad no.

Volvió a quedarse callada y Shriv esperó que aquello le bastase como disculpa, que entendiese que era sincero.

—La echo de menos… y a papá —dijo ella finalmente.

—Yo también.

Y los dos se quedaron sin palabras, concentrándose en navegar por el espacio hacia un mundo de parias y chatarra.

Salieron de la velocidad luz en el lado oculto de Bracca. El planeta rotaba bajo sus pies, una esfera turbia con vetas azules y grises, con los bordes de su lejano sol barnizando el polo norte.

—Es muy bonito desde aquí arriba —comentó Zay.

Shriv resopló.

—Sí, si te gustan los desguaces industriales deprimentes.

Martillopesado habló desde detrás de ellos:

—Tengo entendido que hay un gran ser al que tienen cautivo en el planeta y que alimentan día y noche con metal. Y que después recogen sus excrementos para venderlos.

—Qué bien suena —bromeó Shriv—. ¿A quién se le ocurrió que viniéramos aquí?

—A ti —dijo Zay.

—Es verdad —Suspiró dramáticamente. Movió una mano sobre su hombro, sin darse la vuelta—. Bien, Pacer, arriba. Instaladores, materiales peligrosos y demás. Vuelve a repasarlo todo con los demás.

El joven piloto no había hablado desde su discrepancia previa, pero no parecía irradiar frustración como antes. Shriv supuso que era el tipo de muchacho que iba por ahí buscando bronca, la oportunidad de demostrar que era tan grande y malo como todos los que le rodeaban. Shriv sabía de qué iba aquello, probablemente él mismo había sido así, en su día. Imaginaba que el truco con el chico sería darle espacio suficiente para demostrar lo que valía, que así podría apaciguarlo. En su vuelo por el hiperespacio ya había planeado el descenso, pero antes quería ver qué les podía ofrecer el chico.

Pacer se inclinó hacia Shriv y Zay.

—Bracca está gobernado por el Gremio Chatarrero —explicó Pacer—. Mi hermana mayor entró hace un año. Me lo contó la última vez que vino a casa. El gremio se divide en instaladores, técnicos, manipuladores de materiales peligrosos y soldadores. Trabajos diferentes para personas diferentes. También me habló de la Boca de Ibdis y de las naves de la Nueva República requisadas que devora.

—¿Te dijo cómo podemos robar unas cuantas naves?

—No, pero me explicó que es un trabajo duro, aunque bien pagado.

—Genial, quizá terminemos pidiendo que nos contraten, si salimos vivos de esta —dijo Shriv, bromeando.

—Mi hermana es instaladora —continuó Pacer, como si no le hubiera oído—. Dice que siempre buscan nuevos empleados.

—¿Y qué es un instalador, exactamente? —pregunto Zay.

—Demoliciones y recogidas en lugares de difícil acceso. Escaladores, principalmente. Un trabajo muy peligroso.

—Bien.

—¿Nos ayudará ella? —preguntó Wesson.

Pacer asintió con firmeza.

—Odia a la Primera Orden tanto como yo.

—Eso espero —dijo Shriv.

Hablaba por encima del hombro, subiendo la voz para que le oyeran todos.

—Recordad, no queremos mártires en esta misión. Queremos seres vivos que piloten las naves hasta casa. Si nos pillan, nuestra tapadera es que somos un penoso puñado de chatarreros que intentamos adquirir unas pocas naves de la Nueva República. No el triste resto de Resistencia conocido como Escuadrón Escoria.

Silencio. Finalmente, Martillopesado tomó la palabra:

—Eres un tipo raro, Shriv Suurgav.

—Extraño se queda corto —murmuró Raidah.

Shriv se llevó un dedo a la sien, como saludo.

—Mi objetivo es complaceros.

—Intentan comunicarse con nosotros —dijo Zay—. Es el gremio.

Shriv concentró toda su atención en la parte delantera de la nave.

—Vale, Escuadrón Escoria, abrochaos los cinturones. Allá vamos.

CAPÍTULO 19



—¿Me puedes contar la historia del amigo de Leia, el Senador Casterfo? —preguntó Norra, mientras cargaban sus mochilas en la lanzadera. Era un viejo modelo imperial propiedad de Teza Nasz, con el que había llegado a Ryloth desde Rattatak.

—Leia dijo que, hace años, un grupo terrorista paramilitar, la simiente de la Primera Orden, fabricó una serie de pruebas falsas contra él, por las que lo detuvieron.

—Parece raro. ¿Y está segura de que es él?

Wedge se encogió de hombros. Hizo un gesto a Norra para que le diera la caja de provisiones que tenía al lado. La cogió y la metió bajo los asientos de la parte trasera de la bodega de carga.

—Reconoce que es una corazonada un poco disparatada. Pero tiene las mismas iniciales y en la lista aparecía con cargo de senador. ¿Cuántos senadores puede haber con sus mismas iniciales?

—Depende —dijo Snap, acercándose a la rampa—. Si es un nombre frecuente en… ¿de qué planeta dijo que era?

—Riosa —respondió Karé.

—Bien —Snap sonrió a su mujer—. Pero parece poco probable que haya estado en prisión todo este tiempo, completamente desaparecido. Sobre todo con un historial delictivo así.

—No es tan extraño —comentó Teza. Estaba estirada en un banco largo de la zona de carga, con los ojos cerrados—. Si matas a alguien, corres el riesgo de convertirlo en un mártir. Si lo encierras de por vida, lo dejas envejecer y debilitarse, lo vuelves loco con torturas invisibles y después lo muestras en público… —Juntó las manos sobre su estómago, aún con los ojos cerrados—. Es mucho más efectivo. Nadie se convierte en mártir inspirando compasión.

Todos se la quedaron mirando un momento, en silencio. La eximperial abrió un ojo.

—¿Qué pasa?

—¿Seguro que tiene que venir? —preguntó Snap.

—La nave es suya —le recordó Wedge.

—Y vais a necesitarme para sortear la seguridad de la Primera Orden.

—Yo puedo hacerlo —replicó Norra.

Teza se puso de costado y miró a Norra.

—Me necesitáis si queréis entrar sin derramamiento de sangre. Si mi plan no funciona, no tendremos más remedio que entrar a tiros.

Norra levantó las manos en señal de rendición y siguió guardando sus cosas.

—Y decían que yo era una guerrera bárbara —murmuró Teza.

Wedge suspiró. No le entusiasmaba llevar a Teza con ellos, pero tenía razón sobre la nave y su conocimiento de los sistemas de seguridad que podían esperar cuando aterrizasen en Ciudad Coronet. Wedge sabía que necesitaban una nave capaz de transportar a Casterfo y a todos los prisioneros que encontrasen, pero confiarlo todo a robar una nave era demasiado arriesgado. Lo que tenía claro era que desearía tener a Snap y Karé respaldándoles con sus cazas estelares. De hecho, tampoco a él le importaría pilotar un cacharro ligeramente más rápido y ágil.

—¿Lo tenemos todo? —preguntó.

Respuestas afirmativas de los tres Wexley y silencio de Teza, que interpretó como un sí. Bajó el asiento plegable y se ató el arnés. Era el jefe de misión, pero le había cedido el puesto del capitán a Snap. Teza se puso de pie y cruzó la cabina, con la cabeza gacha para no golpearse con el techo. Se inclinó a hablar con Snap. Wedge no pudo captar lo que decían, pero, mientras la tuvieran en su bando, dejaría que Snap se ocupase de ella. Norra se sentó junto a él y se ató su arnés. Los ojos le brillaban y estaba sonriente.

—Es agradable, ¿no? —preguntó—. Volver a hacer algo.

Wedge asintió ligeramente. Sentía un nudo en el estómago. No por el peligro que implicaba infiltrarse en las líneas de la Primera Orden, había hecho ese tipo de cosas centenares de veces durante la Rebelión. Ni porque Leia le hubiera confiado la misión de rescatar y devolverle a su amigo sano y salvo. Sino porque iba a regresar a su casa.

No había vuelto a pisar Ciudad Coronet desde que era un adolescente. Tras una serie de trabajos de poca categoría, le contrataron en el puerto para pilotar naves de carga. Estuvo allí hasta que el Imperio le reclutó para la academia Skystrike. Un sueño hecho realidad. Pero los sueños a veces pueden convertirse en pesadillas, como en este caso. Cuando apareció Sabine Wren para ayudarle a pasarse a la Rebelión, estaba deseando hacerlo.

Las siguientes décadas parecían haber pasado volando. Tantos amigos perdidos, tanto terreno primero ganado y después perdido ante el enemigo, pero, en todo aquel tiempo, no había vuelto a su casa, a Ciudad Coronet. Bueno, ahora lo estaba haciendo. Solo esperaba que su primer viaje a casa después de tantos años no fuese también el último.

CAPÍTULO 20



Poe encontró a Finn sentado en su camastro del *Halcón Milenario*, absorto en una conversación con Rey. Sus cabezas estaban separadas apenas por unos centímetros, sus rodillas se tocaban. Rey hablaba en un susurro acelerado, con los hombros tensos y cara de absoluta concentración. Poe dudó entre marcharse y escuchar. No es que quisiera fisgonear. Solo se sentía en desventaja en relación con Rey. Aún no la conocía bien, pero resultaba evidente que significaba mucho para Finn. Y Finn era importante para él, así que Rey también. Pero era muy reservada, hermética incluso, y hasta el momento no se había sincerado con él. Espiar parecía una solución apropiada. ¿Cómo iba a conocerla, si no? De todas formas, no era tan capullo.

Carraspeó ruidosamente.

—Perdonad la interrupción.

Los dos se sobresaltaron, apartándose. La vara de Rey, siempre a mano, estaba apoyada sobre la cama y su movimiento brusco la hizo resbalar. Rey la atrapó antes de que cayera al suelo metálico, con unos reflejos rapidísimos. Poe silbó con admiración. Ella se sonrojó, avergonzada.

—Me tengo que ir —dijo, levantándose con la vara en la mano.

—Rey —empezó a decir Finn, pero ella ya había dejado atrás a Poe, que se apartó susurrando una disculpa. Se había marchado antes de que Finn pudiera terminar la frase.

—Lo siento —dijo Poe—. No habría interrumpido si no fuera importante.

Finn se inclinó hacia delante, apoyando los brazos en las rodillas. Parecía distraído, preocupado. No sabía de qué hablaban, pero era algo serio.

—Si tienes que ir tras ella, acabar vuestra conversación…

—No —Finn sacudió levemente la cabeza, como si quisiera aclarar sus pensamientos—. No es nada. Rey lo solucionará sola. Es lo bastante lista.

—No lo dudo —Poe vaciló antes de preguntar—: ¿No sois…?

Finn pareció desconcertado, pero después sonrió ampliamente.

—No, nada de eso. Solo amigos —Se palmeó las rodillas—. Bueno, ¿qué es eso que no podía esperar?

—¿Sabes que Leia quiere que vaya a hacerme con esa lista de presos políticos?

—La subasta de Ciudad Coronet —confirmó Finn—. Infiltrarte en la fiesta privada de una misteriosa ladrona con una identidad falsa.

Poe sonrió.

—Así es. Tengo otra invitación.

Finn ladeó la cabeza.

—¿Ah, sí?

—Quiero que seas tú.

—Espera, espera, espera. —Finn levantó una mano y entornó los ojos—. ¿Quieres que te acompañe a una ciudad ocupada y me haga pasar por un señor del crimen en una subasta ilegal para robar la lista secreta de los más buscados por la Primera Orden? ¿Una lista por la que la Primera Orden y un montón de desalmados estarían encantados de matarnos si supieran que está en nuestro poder?

Poe titubeó. Creía que Finn aceptaría encantado.

—¿Qué? ¿No suena divertido?

—Demonios, sí, suena divertido. ¡Cuenta conmigo! —dijo Finn, dando una palmada y riéndose—. Lo que sea por salir un rato de este planeta. Es decir, mi deber es servir a la Resistencia. —Se puso la palma de una mano sobre el corazón—. ¡Siempre! Pero estoy hasta el gorro de contar provisiones y raciones y combustible y… —Se estremeció dramáticamente—. Y yo que creía que el trabajo de limpieza en la base Starkiller era aburrido. Esto de hacer listas y recontar material supera de largo a pasar la fregona tras la llegada de una unidad de combate enfangada.

Poe sonrió.

—Celebro que vengas. —Le tendió la mano y Finn la estrechó con entusiasmo—. Nos marchamos dentro de una hora, en cuanto Charth tenga lista la nave.

—¿Quién se lleva él de acompañante?

—Aún no estoy seguro, pero no tardaremos en descubrirlo.

Finn rebuscó bajo su litera y sacó una mochila.

—No necesito una hora. Ya estoy listo.

Poe sacudió la cabeza, divertido.

—¿Siempre tienes todas tus cosas empaquetadas?

Finn tardó un poco en responder:

—La fuerza de la costumbre, supongo —dijo en tono sombrío—. Nunca tuve un hogar y los traslados eran frecuentes. Siempre debías estar preparado para marcharte. Para dejar a tus amigos.

Poe le puso una mano sobre el hombro.

—Lo siento —dijo, en voz baja—. Sé que debió ser duro.

Finn se encogió de hombros.

—Entonces no conocía otra cosa. —Miró a los ojos de Poe y el comandante le sostuvo la mirada, impertérrito. La voz de Finn fue suave, poco más que un susurro—. Ni siquiera tenía nombre.

Poe le apretó el hombro.

—Ahora tienes las dos cosas —le dijo—. Nombre y amigos. Y quizá algún lugar en el que deshacer la mochila, dentro de poco.

Finn se levantó y abrazó brevemente a Poe. Se transmitieron sus emociones sin necesidad de palabras. Finn le devolvió la palmada en el hombro y los dos fueron hacia el *Halcón Milenario*.

—Eh —dijo Poe mientras cruzaban el muelle hacia la nave de Charth—. Ya sé que has dicho que lo tiene controlado, pero ¿va todo bien? ¿Con Rey? La conversación parecía seria.

Finn frunció la frente, pensativo.

—Ha ido a hablarlo con Leia. No quería preocuparla con sus problemas, pero le dije que Leia debe saberlo.

—Uauh —dijo Poe, sujetando a Finn por un brazo y haciéndole parar—. ¿Hay algo que deba saber yo, también? Si Leia está en peligro…

—Rey se ocupará de eso —dijo Finn. Sonaba seguro. Poe no estaba demasiado convencido. Pero ¿acaso tenía elección? Leia siempre había sabido cuidar de sí misma. No le necesitaba de guardaespaldas. Y Poe había visto entrenar a Rey. Era formidable. Jamás permitiría que le sucediera nada a Leia.

Finn reemprendió el paso y Poe aceleró para alcanzarlo.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Finn.

Poe pudo percibir su creciente expectación. No era muy partidario de las operaciones encubiertas, pero se alegraba de tener algo que hacer. Y quería conocer Ciudad Coronet y los famosos astilleros de la antigua Corporación de Ingeniería Corelliana. Sabía que aquellos legendarios astilleros estaban ahora controlados por la Primera Orden, pero Corellia, ocupada o no, seguía construyendo algunas de las mejores naves de la galaxia. Quizá su equipo pudiera llevarse una o dos en el viaje de vuelta. En definitiva, ¿no acababan de dejar muy claro que la Resistencia andaba necesitada de naves?

—El plan es reunirnos con Charth y su acompañante y después trasladar nuestros traseros a Ciudad Coronet.

—¿Suralinda? —preguntó Poe.

Charth asintió. Iba vestido de azul oscuro, con un traje de tela aparentemente cara. Llevaba una capa sobre una camisa y pantalones a juego, con una diadema negra y dorada alrededor de la base de sus lekku, parecida a la que siempre usaba Yendor. Poe no estaba seguro de qué significaba, pero debía ser algún distintivo de rango. La insignia de la ADR destacaba en su pecho.

—¿Algún problema? —preguntó el embajador—. Creía que te gustaría que trajera a otro miembro del Escuadrón Negro. También pensé en mi hermana, pero si nos pasara algo, no querría que mi padre perdiera a sus dos hijos a la vez. —Lo dijo de forma muy pragmática, pero Poe pudo notar la tensión en su mandíbula, en la inmovilidad casi antinatural de sus lekku, como si hiciese grandes esfuerzos por no mostrar ninguna emoción.

—Por supuesto —dijo Poe, tranquilizándole—. Es una gran elección. Solo me ha sorprendido. No sabía que os conocíais.

Poe nunca había visto sonreír a Charth, hasta aquel momento.

—Es muy suya. Feroz. Una guerrera. Casi podría ser una twi'lek.

—Eso es un gran cumplido —dijo Poe—. Seguro que lo agradece.

—¿El qué?

Los dos se volvieron y vieron a Suralinda acercándose. Se había quitado el uniforme de piloto y se había puesto un vestido de noche, nada menos. El vestido era ceñido hasta el suelo, donde caía en cascada formando un charco de seda morada brillante, un tono más claro que la piel de Charth.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Poe sin poder evitarlo.

—Me lo ha dado Yendor. Aquí hay toda una sección de ropa antigua. ¿Parezco la novia de un embajador? —Hizo una pose, poniendo una mano sobre la cadera. En la otra llevaba más ropa. Una percha con trajes envueltos en una funda transparente.

—Yo tenía pensado que fueras mi agregada —objetó Charth. Poe no estaba seguro de que los twi'leks se pudieran sonrojar, pero si podían tenía muy claro que Charth se había sonrojado.

—Oh. —Suralinda se encogió de hombros, sin darle importancia—. Lo que sea, siempre que pueda llevar este vestido. —Alargó los trajes que llevaba en la funda hacia el pecho de Poe, que los agarró instintivamente.

—Busqué algo para Finn y para ti —dijo con una sonrisa traviesa.

—¿Cómo?

—De la colección de ropa clásica. Maz dijo que debías ir elegante y te traigo cosas elegantes.

Poe olfateó las prendas con recelo, antes de alargar el brazo para examinarlas desde lejos.

—No van a morderte, Poe. —Suralinda miró hacia las estrellas.

—Ya lo sé —dijo él, a la defensiva—. Es solo…

—¡Listos! —exclamó Finn, caminando enérgicamente hacia ellos—. Connix nos ha transmitido las invitaciones y los créditos para poder participar en la subasta. Ya tenemos nuestras identidades falsas. Tú… —continuó Finn, mirando a Poe—, eres Lorell Shda, célebre traficante de armas que quiere la lista para liberar a algunos viejos compañeros caídos en las redadas de la Primera Orden en tu planeta. Yo soy tu socio, Kade Genti, que…

Poe se rio.

—¿En serio? ¿Así te llamas?

—¿No te gusta?

—Es un poco…

—¿Un poco qué?

—¡Kade Genti, maestro de la Sección Nueve! —exclamó Suralinda.

—¿Qué? —preguntó Charth.

—Un programa de entretenimiento que daban cuando éramos niños. Bueno, cuando yo era niña, al menos. Lo has sacado de ahí, ¿verdad?

Finn parecía avergonzado.

—Connix me pidió un nombre y tuve que pensar algo rápido. Recordé los cómics de mi infancia. FN-1971 conseguía entrarlos. No estaban permitidos y de haberlos descubierto nos habrían mandado a reprogramación, pero eran geniales, tío. —Frunció el ceño—. ¿Crees que alguien se dará cuenta?

—¿De que tu nombre es el mismo que el de un apuesto personaje de unos dibujos animados de Coruscant? —Suralinda se encogió de hombros—. ¿Qué más da? La mitad de los asistentes usarán nombres falsos. Mejor elegir uno bueno.

El alivio se dibujó en la cara de Finn, pero miró a Poe para confirmarlo.

—Claro, ¿por qué no? —dijo este—. Yo soy Lorell… ¿qué más?

—Shda. Un célebre…

—Sí, eso ya lo he entendido. De acuerdo, entonces. —Miró el crono que llevaba en la muñeca, el mismo que les habían repartido a todos para la misión—. Faltan seis horas para el inicio de la subasta. Sugiero que nos marchemos hacia Ciudad Coronet.

—¿No te vas a cambiar de ropa antes? —preguntó Suralinda.

—¿Cómo? —Finn se llevó una mano a la oreja, teatralmente—. ¿Tenemos disfraces? —Se frotó las manos con entusiasmo—. Esta misión me gusta cada vez más.

—Ropa histórica —la rectificó ella—. He calculado a ojo vuestras tallas, así que puede que no os queden a la medida. Pero creo que os servirán. —Agarró las prendas que Poe había aguantado pacientemente y las fue separando—. Esta es para ti. —Le dio a Finn una chaqueta y unos pantalones plateados. Incluso a través del plástico, el traje relucía bajo la luz.

—Y este para Poe. Es decir, Lorell Shda.

Poe cogió el traje que le tendió Suralinda y rajó el plástico con una uña. El traje era completamente negro brillante y estaba compuesto por chaqueta con solapas de satén, chaleco y pantalones entallados. Una camisa blanca y un pañuelo negro bordado con finos hilos rojos completaban su atuendo.

—¿Y los zapatos? —preguntó, en broma.

—Ah, he traído para los dos. Tenéis para elegir, están ahí atrás. No podía adivinar vuestro número.

—Vamos —dijo Charth—. El tiempo vuela.

Poe asintió, guardando su traje en la mochila. Finn parecía decepcionado.

—Tranquilo —le tranquilizó Poe—. Podremos cambiarnos camino a Corellia.

—No es eso. Es que la última vez que fui a una fiesta terminé arrestado.

—¿En serio? —Suralinda parecía impresionada.

Finn se encogió de hombros.

—Vaya, ¡al final nos divertiremos y todo! —bromeó Suralinda.

Finn sonrió, recuperando el buen ánimo.

—Oh, nos divertiremos, aunque sea lo último que hagamos.

—¡Ese es el espíritu! —dijo ella, encantada—. Quizá acabemos muertos, ¡pero como mínimo nos marcharemos gloriosamente!

A Poe solían gustarle aquellas arengas, las inevitables proclamas previas a cualquier misión. Formaba parte del proceso de prepararse psicológicamente antes de poner tu vida en riesgo. Pero en aquel momento le inquietó.

—Mejor si no nos marchamos —replicó en un tono ligeramente seco.

—Vive libre, muere joven —dijo Suralinda con indiferencia—. Como los héroes de un relato.

«Pero esto no es uno de tus relatos», quiso objetar Poe. «Si morimos los buenos pierden, la Resistencia se queda sin futuro y el mal está mucho más cerca de apoderarse de la galaxia. Eso no tiene nada de heroico».

Reprimió aquellos pensamientos sombríos, consciente de que no le harían ningún bien a nadie, y se limitó a decir:

—Bueno, intentemos salir todos vivos de esta.

—A veces es la muerte la que viene a tu encuentro —dijo Charth, en voz baja, con sus ojos negros clavados en Poe, como si le pudiera leer la mente—. No importa lo que hagas.

CAPÍTULO 21



El Gremio de Chatarreros de Bracca, Local Sindical 476, le ordenó al Escuadrón Escoria que aterrizase su lanzadera de transporte en una plataforma larga y estrecha que se extendía hacia las tinieblas del cielo, como la rama de un árbol de metal deshojado por el invierno. Alrededor había más plataformas, igual de largas, estrechas y expuestas a los elementos, todas en una espiral que descendía por el tronco central de aquella estructura de aterrizaje. Shriv pudo ver unas cuantas naves más dispersas, llegando o esperando la autorización para marcharse, pero estaba bastante desolado.

Allí arriba, entre la densa niebla, parecía terrorífico y, aunque Shriv tenía la sensación de que la actividad bullía en algún nivel más bajo que no veían, le pareció que estaban solos. No le gustó. Solo no pasabas desapercibido. No podías ocultarte entre la gente. Todo el plan se basaba en pasar desapercibidos.

—Bueno —dijo, a nadie en particular—. No tiene sentido retrasarlo más. Bajamos a la capital chatarrera de la galaxia.

Todos se desataron los arneses y fueron hacia la parte trasera de la nave.

—Excepto tú —le dijo a Zay, alargando una mano para detenerla.

Ella se detuvo cuando ya se estaba levantando, extrañada.

—¿Qué?

—Quiero que te quedes en la nave.

Zay miró a los demás, que se habían detenido en el pasillo para mirar.

—No soy una niña —gruñó, lo bastante bajo para que solo la oyese Shriv—. Y ya has oído a Pacer. Necesitas alguien como yo para que parezcamos una cuadrilla, alguien con pinta de instaladora.

—Lo sé, pero Pacer puede ser nuestro escalador audaz. A ti te necesito más aquí.

—Si intentas protegerme, después de todo lo que hemos pasado…

Shriv negó con la cabeza, secamente.

—No es eso, niña. Eres nuestro interruptor de seguridad, nuestra última línea defensiva. Te dejo aquí porque confío en ti. Si las cosas se tuercen allí abajo, porque algún chatarrero se pone tonto e intenta matarnos, necesito que nos localices y nos saques de allí… y, si pasa algo peor, te vuelves con la Resistencia para continuar la lucha.

Zay se sonrojó, entre halagada y decepcionada.

—Shriv…

—Sé que estás conmovida —dijo él, agitando una mano—, pero guárdate las palabras bonitas para mi funeral. Asegúrate de que lo tenga, ¿vale? Algo bonito. Oh, y de que Leia asista, como el resto de los peces gordos. Hazles decir cosas bonitas, como que fui un

gigante entre mortales, o que era asombrosamente apuesto, a pesar del sarpullido persistente que pillé en Inya Prime.

Zay contuvo una sonrisa. Asintió.

—Bien —dijo Shriv, al cabo de un instante. Le puso una mano sobre el hombro—. Cuídate, hija del espacio.

Y salió de la nave, mientras los demás le dejaban pasar. Excepto Zay, que volvió a sentarse. Shriv no lograba desembarazarse de la sensación de que debía haber dicho algo más.

Algo sobre lo mucho que significaba para él y que quizá la estuviera protegiendo, pero que estaba autorizado a hacerlo, ¿no? Podía protegerla. Titubeó, pero siguió caminando, sin volver la vista atrás.

El tren de pasajeros traqueteaba y chirriaba mientras se abría paso entre la brumosa atmósfera de la superficie. Era un monorraíl que se balanceaba e inclinaba siguiendo las curvas y pendientes de la geografía que les rodeaba. Geografía que Shriv no lograba ver por el pequeño resquicio de una ventanilla ennegrecida por la bruma. Pero sintió claramente que el tren se inclinaba a la izquierda, después a la derecha y después más a la derecha. Plantó los pies con firmeza en el sucio suelo y se agarró bien a la barra del techo. Alguien chocó con él, obligándole a dar un paso atrás y reubicarse. Shriv esperaba alguna disculpa, pero no oyó nada. Miró las cabezas y hombros gachos y hostiles que abarrotaban el tren, junto al Escuadrón Escoria y él mismo. El tren se balanceaba de lado a lado, como todos, pero nadie levantaba la vista. Pensó que era mejor así. Le preocupó llamar la atención cuando aterrizaron en la plataforma desierta, pero ahora eran completamente anónimos, tal como deseaba. Pero, en ese caso, ¿por qué estaba tan inquieto?

En la siguiente curva se dejó caer suavemente sobre la persona que tenía a la derecha, Wesson. Ella le devolvió el empujoncito y Shriv pudo notar el duro metal de un bláster oculto bajo su anodino mono de chatarrera. La hermana de Pacer les había dejado monos y cinturones con herramientas para todos bajo una pila de residuos de un túnel de mantenimiento, a unas pocas manzanas de la estación del tren. Seis uniformes del gremio, de los que solo iban a necesitar cinco, de varias modelos que eran, más o menos, de sus tallas. El de Pacer era el mejor. El de Raidah era demasiado corto en los tobillos y ancho en la cintura. El de Wesson, demasiado largo, por lo que tuvo que hacerse dobladillos en las mangas y las perneras. A Shriv se le subía por detrás, un fastidio que le parecía tener merecido. El de Martillopesado… bueno, el de Martillopesado no era de su talla, pero logró combinar la cincha de dos cinturones de herramientas, gracias al que estaba destinado para Zay si hubiera ido con ellos, y montó algo que parecía apropiado para un chatarrero. O eso esperaba Shriv, como mínimo. Había examinado disimuladamente a los chatarreros del tren. El Escuadrón Escoria parecía encajar bastante bien. La hermana de

Pacer les había dejado una nota en la que decía que fueran a la plataforma treinta y tres, donde ella misma los recibiría. Había sobornado a un puñado de miembros de su equipo de trabajo para que fingieran ponerse de baja por enfermedad, así el Escuadrón Escoria podría hacerse pasar por reemplazos temporales. Pacer parecía confiar en que todo iba a salir bien y era un plan mejor que el suyo, que implicaba muchas más carreras y tiros.

Llegaron a una estación y el tren aminoró hasta que se detuvo. Las puertas mecánicas se abrieron con el ruido de un chorro de aire comprimido y Shriv echó un vistazo al mundo que había en el exterior. Se arrepintió de haberlo hecho. Tanto Martillopesado como Pacer habían hablado de una especie de criatura gigante que devoraba metal, como una especie de compactador de residuos viviente, pero no estaba preparado para la enorme boca que vio a lo lejos, repleta de dientes. ¿Aquello gris y rosáceo era la lengua? Sintió un escalofrío cuando las puertas volvieron a cerrarse.

Estaba tan absorto en aquella boca que no vio a los nuevos pasajeros que habían subido al tren, y cuando lo hizo ya era demasiado tarde. Soldados de asalto. Cuatro, con los rifles cerca del pecho. Se enderezó, acercando discretamente una mano al bolsillo del mono y dejando caer los hombros con fingida indiferencia. Los soldados de asalto no hacían nada, solo viajar en tren, como los demás. Sabía que la Primera Orden tenía presencia allí y esperaba, quizá candorosamente, que un equipo tan pequeño como el Escuadrón Escoria podría llegar y marcharse sin que nadie se enterase. Todavía era posible, si mantenían la calma.

Un golpe contra su hombro y esta vez ya no esperó disculpas. Entonces vio a Pacer pasar junto a él con una expresión… Shriv gruñó débilmente. La cara de Pacer era una máscara de ira: la boca fruncida, la mandíbula tensa, los ojos entrecerrados y fijos en su objetivo. Que eran, claramente, los soldados de asalto.

—Chico —susurró, agarrando el brazo de Pacer. Pero el piloto se desembarazó de él, concentrado en su objetivo.

Shriv maldijo entre dientes. La cabeza le decía que dejase ir al muchacho, que le dejase meterse en el lío que quisiera. Que le dejase pelear, que lo detuvieran o algo peor. Tenían una misión importante y podían sacrificar a Pacer Agoyo para cumplirla. Pero sus instintos le gritaban que detuviera al piloto. Que lo tirase al suelo, si era necesario, cualquier cosa para evitar que llegara hasta los soldados de asalto e iniciase una guerra personal, como pretendía.

Cayó en la cuenta de que nunca le había preguntado a Pacer qué tenía contra la Primera Orden. Nadie en la Resistencia le tenía ningún cariño a la Primera Orden, por supuesto. Prácticamente todos habían perdido amigos, familiares y, en algunos casos, incluso hogares y planetas enteros por culpa de las atrocidades de la Primera Orden. Pero era el líder del Escuadrón Escoria y había dejado que Pacer se uniera a ellos, le había animado a hacerlo porque necesitaban su contacto en Bracca y ni siquiera le había preguntado por qué odiaba a aquellos sucios bastardos mataplanetas. De hecho, no se había molestado en conocerle. Había estado demasiado ocupado humillándole ante el resto del escuadrón.

—Qué poca astucia —masculló entre dientes, y juró disculparse si salían de allí de una pieza.

Algo que, sinceramente, cada vez le parecía menos probable.

—¿Qué piensas hacer? —le dijo alguien al oído.

Era Wesson, inclinándose hacia él lo suficiente para poder notar el calor de su aliento sobre la piel, lo que le hizo estremecerse involuntariamente.

—Se va a pelear —dijo Raidah, inclinándose para anunciar lo obvio.

—Conseguirá que nos maten a todos —añadió Martillopesado.

—Ya lo veo —les espetó Shriv, irritado.

—Bueno, ¿piensas detenerlo? —preguntó Wesson.

—¿Y cómo sugieres que lo haga? —dijo, alzando ligeramente la voz, lo que hizo que varias cabezas se volvieran hacia él con curiosidad. Shriv se obligó a respirar hondo. Pacer ya casi había llegado hasta los soldados de asalto. Estos aún no se habían dado cuenta de su aproximación, pero era cuestión de segundos.

El tren llegó a una estación. Shriv miró el panel informativo que había sobre las puertas. Plataforma treinta y dos. Una más y habrían llegado. Pero no podía esperar.

—Condenados hijos del espacio —masculló y se puso en marcha.

Las puertas se abrieron, dejando salir a un puñado de obreros del gremio y subir a otros seis soldados de asalto. Shriv gimió débilmente. Diez contra cinco en el espacio reducido de un tren en marcha. No le gustaba. Y, para sorpresa suya, a Pacer tampoco. Este se detuvo en seco, a cuatro o cinco metros de los soldados de asalto, y dejó que los chatarreros que entraban por la puerta le empujasen hacia atrás; hacia Shriv, Wesson, Martillopesado y Raidah.

Shriv suspiró aliviado cuando el joven piloto se detuvo junto a él.

—¿Qué demonios estabas haciendo? —le preguntó, en un tono mucho más calmado del que sin duda merecía.

—Los soldados mataron a mi hermano —dijo el joven, cada palabra cargada de amargura—. Le hicieron daño a mi hermana. Quemaron nuestro hogar.

—Eso está mal —afirmó Shriv, no eligiendo quizá las palabras más adecuadas, pero con genuina emoción, con empatía… se aseguró de que Pacer la notase.

Este levantó la vista, con sus ojos castaños llenos de dolor.

—Sí.

—Y se lo haremos pagar a esos cabrones —le aseguró Shriv—. Pero no será peleando contra unos cuantos soldados en un tren. Se lo haremos pagar ganando esta guerra.

Pace le miró fijamente, un tanto escéptico.

—Escucha —Shriv titubeó. Miró alrededor cuando tomaron otra curva—. Te necesitamos —dijo, en un susurro—. Esta misión… no la podemos llevar a cabo sin ti. ¿Lo entiendes?

El joven piloto entornó los ojos.

—¿Eso es una disculpa por lo que me dijiste en la nave?

—Caray, chico, ¿qué puedo decir? Tengo esta boca y soy el jefe… eh. No es lo mío, en realidad. Pero me alegro de que estés aquí. Y sí, lo siento.

Aquellas palabras parecieron aplacar al joven.

—¿Vamos a ganar esta guerra? —preguntó.

—Sin ninguna duda —mintió, pero lo dijo con absoluta convicción.

Pacer lanzó una última mirada a los soldados de asalto, antes de agarrarse a una barra del techo y dejarse balancear por el tren.

—Sí. Vale.

Shriv exhaló, aliviado. Desastre evitado.

El tren aminoró al llegar a la siguiente estación y el Escuadrón Escoria se bajó. Martillopesado acababa de salir, el último, cuando Shriv oyó una voz.

—¡Eh, vosotros! ¡Vosotros! Alto ahí, en nombre de la Primera Orden.

—Seguid andando —le susurró a su equipo y todos apretaron el paso.

—¡Alto, he dicho! —Ruido de rifles apuntando a su espalda y el característico chasquido de una vibroarma al activarse. Se detuvieron en seco—. ¡Manos arriba!

Shriv levantó las manos y se dio la vuelta, esperando que su equipo tuviera la sensatez de imitarle. Esbozó una especie de sonrisa cordial. Pero, teniendo en cuenta que no era habitual en él y que los duros carecen de labios, propiamente dichos, sabía que no resultaba muy convincente.

—¿Pasa algo? —dijo, en el tono de alguien sorprendido y que no busca problemas.

—Ella —respondió el soldado de asalto que iba delante, señalando a Raidah—. Ha aparecido como criminal buscada en mi dispositivo de reconocimiento de identidad. Es una delincuente fichada en Gheia Seis.

Shriv miró a Raidah, incrédulo.

Raidah se apartó el flequillo de los ojos y se encogió de hombros, con las manos levantadas.

—Puede que desfalcase algunos fondos de la Primera Orden para redistribuirlos. La verdad es que no pensaba que lo supieran.

Shriv cerró los ojos, obligándose a serenarse. «Debes conocer a tu equipo», se dijo. «Así te ahorrarás venganzas personales… y delincuentes buscadas. Si no, Shriv Suurgav, es tu maldita culpa».

—No la conocemos —dijo Wesson, dando un paso adelante. Tenía las manos junto a las orejas, pegadas a los hombros. Shriv pudo ver el destello de la empuñadura de un cuchillo en su cuello, medio escondido entre su pelo añil—. Se ha sumado a la cuadrilla en la plataforma veinte y la hemos dejado venir con nosotros. —Dio otro pasito y la señaló con una de sus manos alzadas—. Llévensela.

Martillopesado iba a protestar, Shriv pudo verlo en la manera en que abrió la boca, pero Pacer le pisó un pie y el grandullón se contuvo, sin decir palabra.

El soldado de asalto que iba delante se detuvo, mirándolos a todos, como si estuviera decidiendo qué hacer, y señaló a Raidah.

—¡Tú! Ven sin oponer resistencia. El resto podéis marcharos.

—Me parece que no —dijo otra voz tras los soldados de asalto. Era una voz seca y cargada de desprecio y Shriv sintió un nudo en el estómago. Los guardias de armadura blanca se apartaron para dejar pasar al hablante. Un hombre enfundado en un uniforme gris, luciendo la insignia de oficial de la Primera Orden—. La colaboración con un delincuente fichado es delito —dijo, examinando al Escuadrón Escoria—. Nos los llevaremos a todos para interrogarles.

—Bueno, mire —le dijo Shriv, intentando echarse un farol, pero ya era demasiado tarde. Wesson cerró los dedos alrededor de la empuñadura del cuchillo que llevaba oculto en la nuca, Pacer y Raidah sacaron sus blasters por los agujeros de los bolsillos de sus monos y Martillopesado rugió tan fuerte que hizo temblar el techo.

Los soldados de asalto quedaron petrificados, perplejos, en un instante crucial. Wesson tuvo tiempo para lanzar su cuchillo. Aterrizó de lleno en la garganta del oficial de la Primera Orden. Este sujetó el filo, con los ojos fuera de las órbitas, antes de caer al suelo, muerto.

Y entonces llegó el infierno.

CAPÍTULO 22



Poe revisó el aspecto que tenía en el espejo y, sinceramente, le gustó lo que vio. No le había convencido demasiado la ropa que había elegido Suralinda, esperando que le diera algo llamativo para la subasta, a pesar de que Maz había dejado claro que Lorell Shda, su alias, era un criminal pulcro y elegante. Pero debería haber confiado en ella. La piloto del Escuadrón Negro le había elegido un buen traje, sin duda. Un esmoquin negro a juego con un chaleco y unos pantalones, más una camisa blanca del mejor tejido, de tacto muy agradable. El traje no requería corbata, sino un pañuelo. En aquel momento se lo estaba poniendo en el cuello, con la suave seda rozando la aspereza de su barbilla. Se tendría que haber afeitado, pero Suralinda había olvidado las maquinillas. No importaba. La barba de un día encajaba con su identidad falsa.

Suralinda le había dado un bote de aceite para el pelo. Se echó un poco en la mano y se lo pasó por los rizos. Les daba más brillo. Y desprendía aroma a lujo.

Sonrió. Lorell Shda era un canalla apuesto. Y estaba a punto de robarles a unos ladrones corellianos. Quizá no fuera tan mala idea usar una tapadera.

Alguien golpeó con fuerza la puerta del baño.

—Pasa —dijo.

Suralinda asomó la cabeza por la puerta.

—Nos aproximamos a Ciudad Coronet. ¿Preparado?

Se giró hacia ella para que le viera bien, con los brazos abiertos.

—¿Qué tal?

Ella entornó los ojos, evaluándole.

—Servirá —dijo, en un tono deliberadamente anodino.

—¡Eh!

Ella se rio.

—Cuesta creer que formes parte de la Resistencia con esas prendas.

—¿No se trata precisamente de eso?

—Sin duda. ¿Tienes la tarjeta de identidad que metí en la bolsa de la ropa?

Poe se palmeó los bolsillos, encontró la tarjeta y la sacó para examinarla.

—Recuerda tu tapadera. Eres un colaborador de Hasadar Shu. El hace naves y tú sistemas de armas para naves.

—¿Hasadar Shu?

Suralinda cruzó los brazos, irritada.

—Ya te lo he contado. Es el empresario y aspirante a político corelliano cuya mujer celebra la fiesta de cumpleaños a la que vamos.

—La mujer es la amiga de Maz, ¿verdad? La que robó la lista.

—Los criminales también celebran sus cumpleaños.

—¿Le hemos traído algún regalo?

—¿Me tomas por una aficionada? Mejor no respondas. Por supuesto que hemos traído regalo. Bueno, Charth y yo uno y Kade y tú otro. Llegamos juntos pero no vamos juntos, ¿lo recuerdas?

Poe necesitó un momento para recordar que Kade era el nombre falso de Finn.

—Bien. ¿Qué le hemos traído?

—Charth y yo un bonito collar de jade rylothiano.

—Un clásico. ¿Y yo le regalaré algo parecido? Joyas, algo exclusivo y raro.

Los ojos de Suralinda brillaron, con travesura.

—Tu regalo es sorpresa.

Poe frunció el ceño. No le gustaba cómo sonaba aquello.

—Suralinda —dijo.

—Tú recuerda interpretar el papel de empresario sin escrúpulos —dijo, a la ligera, cortándole—. Y ve con Finn. Aterrizamos dentro de poco.

Y se marchó antes de que Poe pudiera aclarar qué le llevaba de regalo a la mujer de Hasadar Shur por su cumpleaños. Bueno, no importaba. Todo era una estratagema para entrar en la fiesta y esperaba no tener que fingir mucho rato.

Echó un último vistazo al espejo y fue a buscar a Finn. No tardó en encontrarlo. Solo tuvo que seguir los gritos y maldiciones.

Poe no recordaba haber oído maldecir a Finn nunca, pero una retahíla de adjetivos poco halagadores a voces brotaba tras la puerta del dormitorio de la nave. Poe se detuvo a escuchar. Ni siquiera estaba seguro de que Finn estuviese hablando básico.

Llamó a la puerta y los gritos pararon abruptamente.

—¿Finn? —gritó—. ¿Va todo bien?

La respuesta fue un gruñido de frustración y el inconfundible ruido de algo rompiéndose contra la pared. Aquello no sonaba nada bien.

—¿Finn? —volvió a gritar—. Abre, hombre.

—Estoy bien —dijo Finn en tono abatido.

—Déjame pasar. Quizá pueda ayudarte.

—Te digo que estoy bien.

—No lo parece.

No obtuvo respuesta y probó otra táctica:

—Estamos entrando en espacio orbital corelliano. Aterrizaremos de un momento a otro. Tendrás que salir de ahí más pronto que tarde, así que…

Otro instante de silencio. Cuando Poe se planteaba forzar la puerta, se abrió. Finn estaba en el dintel, agarrado al marco. Llevaba el traje plateado puesto, que al final era más blanco de lo que parecía en la bolsa de plástico. Le quedaba bien, bastante ancho de hombros y con los pantalones estrechándose hacia los tobillos.

—Estás genial —dijo Poe.

Finn hizo una mueca.

—¿Qué?

Le hizo un gesto para que entrase. Poe entró, dubitativo, sin saber qué se iba a encontrar. Aparte de una mesa volcada, todo lo demás parecía en orden.

—Toma —dijo Finn, tendiéndole algo a Poe. Este lo cogió. Era un trozo alargado de seda plateada. Tenía un brillo sutil, lujoso y discreto.

—¿La corbata? —preguntó Poe.

Finn asintió, abriendo mucho los ojos en señal de exasperación, y Poe entendió el problema.

Le hizo un gesto al joven para que se acercase y le arrebató la corbata de las manos. Rodeó la seda plateada alrededor del cuello, dejando ambos extremos colgando a ambos lados de los botones de la camisa, con remache de tela.

—Hay varias maneras —le explicó Poe, mientras cruzaba el extremo más ancho sobre el estrecho y lo volvía a subir hacia el cuello—. Pero esta es la que me enseñó mi padre. Es mi preferida. —Dejó que el lado ancho cayera hacia delante y dobló el otro, metiendo la punta por el nudo que había hecho sobre la garganta de Finn. Tiró del extremo fino y lo ciñó, hasta que las dos puntas quedaron igualadas, con la parte más estrecha ligeramente más corta.

Finn le tendió un alfiler de plata que se había sacado de un bolsillo.

Poe lo cogió y le dio una vuelta en la palma de su mano. Era el Ave Estelar de la Alianza, el símbolo de la Rebelión y ahora de la Resistencia.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Poe.

—Lo encontré. En Crait. No se lo conté a nadie porque me pareció que no estaba bien quedármelo, puede que no lo merezca. Pero me gustaría ponérmelo. Esta noche.

—Es muy probable que nos topemos con miembros de la Primera Orden. ¿Te parece buena idea? Finn levantó la vista, con fuego en la mirada.

—Creo que me da lo mismo. Para mí es importante. Además —dijo, levantando la barbilla—. A Kade Genti no le asustan unos cuantos soldados de asalto.

Poe hizo una mueca. No era solo mala idea, era una tremenda estupidez. Podía despertar una atención que no deseaban. Pero lo entendía. Puso el alfiler en la corbata, sujetándola. La alisó por última vez y dio la vuelta a Finn para que se pudiera mirar en el espejo. Al principio, la mirada del joven fue recelosa, pero pronto se suavizó por el asombro.

—No te enseñan a ponerte una corbata en la instrucción para soldado de asalto —dijo Finn en voz baja.

Poe no dijo nada, se limitó a poner una mano sobre su hombro, intentando tranquilizarlo, hasta que Finn le dedicó una leve sonrisa.

Encontraron a Suralinda y Charth en la puerta de la nave.

—Si estáis los dos aquí —dijo Finn—, ¿quién pilota esto?

—Estamos en un rayo tractor —explicó Charth—. Nos llevan hasta un lugar seguro, junto a la residencia de Hasadar Shu. Creo que encontraremos fuerzas de seguridad de la Primera Orden.

Suralinda se inclinó hacia delante para mirar a Finn a los ojos.

—Ya no puedes echarte atrás —le dijo, con los ojos brillantes.

—Ni me lo planteo —respondió Finn, toqueteando el alfiler del ave estelar de su corbata.

La nave rugió bajo sus pies cuando se posó en el suelo, balanceándolos un poco. Suralinda se agarró al brazo de Poe, que la ayudó a sostenerse, y ella le sonrió.

—Ten cuidado ahí fuera, Jefe Negro —le dijo. Su voz era triste, casi melancólica, tan impropia de ella que Poe vaciló. Pero antes de que Poe pudiera preguntarle qué le pasaba, las puertas de la nave se abrieron y pudieron ver Ciudad Coronet.

Lo primero que notó Poe fue que estaban muy altos, probablemente en el tejado de una torre rascacielos. Alrededor de ellos se alzaban más rascacielos, grandes edificios de oficinas, capillas con cúpulas de cristal y monumentos cubiertos de antenas. Y, detrás de todo aquello, un vasto océano. El aire era salino y desprendía aroma a mar, pero estaban en un parque frondoso y ajardinado, con zonas de césped y árboles moldeados. Unos edificios altos lo rodeaban, elevándose hacia el cielo oscuro. Los senderos serpenteaban entre estanques de aguas cristalinas iluminados desde el fondo en tonos de azul. Un puente colgante de unos cincuenta metros de ancho ascendía hasta una puerta con arco. La gente iba por los caminos que llevaban a aquella puerta, riendo y charlando, un reluciente río de riqueza y elegancia, como confeti del color de las joyas esparcido sobre cristal.

Notó movimiento a su espalda, se giró y vio que su nave se alejaba sobre una cinta transportadora, haciendo sitio para el aterrizaje del siguiente invitado. Frunció el ceño. Aquello era un problema. ¿Cómo volverían a su nave rápidamente?

Alguien, Finn, carraspeó sonoramente y Poe corrió rampa abajo para reunirse con sus compañeros.

—Las invitaciones, por favor.

Una fila de soldados de asalto, seis a cada lado, flanqueaba el sendero de piedra blanca cuando este llegaba a los jardines. Aquello lo había dicho un soldado de asalto, que ahora tendía una mano expectante. Charth era el que estaba más cerca y dio un paso adelante, entregándole al soldado de asalto una pequeña tarjeta de datos cuadrada de color verde y con un emblema blanco grabado.

Vio que el soldado de asalto metía la tarjeta en un datapad y contuvo la respiración. El datapad tardó un instante, después emitió un pitido y el soldado de asalto le hizo un gesto a Charth y Suralinda para que continuasen hasta el siguiente soldado, que les cacheó en busca de armas.

Poe fue el siguiente y entregó su invitación y la de Finn. El soldado de asalto la insertó y Poe vio aparecer la información sobre Lorell Shda en la pantalla. El soldado de asalto se la miró y después ladeó la cabeza.

Poe se puso tenso.

—¿Algún problema?

—Lorell Shda.

—Ese es mi nombre.

—Y es de Coruscant.

—Últimamente resido en Canto Bight, pero nací en Coruscant, sí. Hay mucha gente de Coruscant —dijo, despreocupadamente.

—Por supuesto, es solo…

Poe echó un vistazo al crono de su muñeca.

—Estamos retrasando la cola —dijo—. Si no hay ningún problema…

El otro soldado de asalto se acercó.

—¿La invitación es buena?

—Sí, señor. Pero este hombre me resulta familiar. Juraría tenerlo visto.

—Quizá me haya visto en las noticias —sugirió Poe cordialmente.

—Por aquello —dijo Finn, chasqueando los dedos—, lo del… eh… la pista de fathiers. La carrera que ganaste. —Abrió los brazos—. Mucho dinero. Muchísimo. —Sonrió y se inclinó hacia el soldado de asalto—. No hubo manera de escapar de los periodistas. Cobertura permanente. Les juro que tuvo un club de fans durante meses.

Poe sonrió ampliamente, mostrando sus impecables dientes blancos y deseando que Finn no hubiera exagerado demasiado.

El soldado de asalto recién llegado dijo, en tono hastiado:

—¿Lo ves? Es famoso. —Señaló a Poe—. Esto está lleno de famosos. Por eso lo has reconocido.

—No creo que sea eso —dijo su compañero.

—No le des más vueltas —insistió el otro soldado, sacudiendo la cabeza—. Se supone que esta fiesta es un juego de niños. Mientras tenga invitación y no vaya armado… —Se encogió de hombros.

Su compañero seguía titubeando.

—¿Por qué no avanzamos? —gritó alguien desde la cola.

El soldado de asalto agitó la mano.

—Que pase. —Se volvió hacia Poe y le dijo—: Adelante.

Poe continuó adelante, con Finn a su estela.

Los cachearon en busca de armas. Cuando superaron el control de seguridad, se encontraron con Charth y Suralinda.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó Charth, en voz baja.

—Nada importante —dijo Poe—. Le he resultado familiar a un soldado.

Suralinda se frotó la barbilla, pensativa.

—La Primera Orden te conoce. Quizá deberíamos haberte puesto algo postizo, la nariz o algo así.

—O una peluca —sugirió Finn.

Poe se acarició pelo.

—No te atreverás.

Subieron las escaleras de cristal hasta la puerta. Otros invitados más de una fiesta lujosa. Charth les hizo detenerse en la entrada de la mansión Shu.

—Aquí nos separamos —dijo Charth—. Suralinda y yo iremos primero a dar las gracias a los anfitriones. Esperad a que terminemos. No queremos que piensen que somos nada más que simples conocidos que han compartido una lanzadera para bajar a la superficie. Lorell Shda es amigo del gobierno de Ryloth, por lo que no tiene nada de raro que acompañe al hijo del embajador. Pero los ojos que nos vigilan no deben saber nada más.

—Vale. ¿Y después?

—Tengo entendido que los invitados deben entregarle el regalo a Nifera Shu. Si lo aprueba, ella os dará un regalo a cambio. Ese regalo es el paso previo para entrar a la subasta.

—¿Sabes qué va a darnos?

—Supongo que una especie de mapa, pero no estoy seguro.

—Poe, tu regalo —Suralinda metió una mano en un bolsillo de su vestido, sacó una cajita cuadrada y se la dio, con una floritura—. Cuidado. Es frágil, no lo agites. —Se rio tímidamente—. Y no lo abras hasta que estés frente a Hasadar y Nifera. —Sonrió con melancolía—. Me encantaría estar allí para verlo.

—No me gusta cómo suena eso —dijo Poe—. No me gusta nada.

—Cuentan que a Nifera le gustan las cosas inusuales y debes causarle sensación. No podíamos permitirnos el riesgo de que no participases en la subasta, así que me he asegurado de que la impresiones.

—¡Tú le has traído un simple collar!

Suralinda resopló.

—Nosotros somos dignatarios. Tú eres un canalla. Elegí regalos que encajasen con eso. —Puso su brazo bajo el de Charth y se inclinó para besar a Poe en la mejilla—. ¡Buena suerte!

Charth se despidió con la cabeza. Y se confundieron con la multitud.

Poe levantó la caja y pegó la oreja. Oyó arañazos y apartó la cabeza bruscamente. ¿Había algo vivo dentro?

—No lo agites —le recordó Finn.

—No lo agito.

—¿Qué crees que es?

—Ni idea. Pero, conociendo a Suralinda, seguro que es interesante. Vamos a ver a los Shu y acabemos con, esto, así podremos hacernos con la lista.

La caja se sacudió en su mano y la sujetó más fuerte, preguntándose qué demonios le había dado Suralinda.

CAPÍTULO 23



El almuerzo con Hasadar Shu y el oficial de los ojos azules, que Winshur finalmente supo que era coronel y se llamaba Amable (¡menuda broma de nombre!), fue un verdadero desastre. No solo había sido terriblemente incómodo, con Winshur tropezando cada dos palabras, sino que además todos los temas de conversación le habían parecido trampas a punto de atraparlo. Cuando llegó el primer plato, una pasta blanca untada sobre un pan muy denso, Winshur hizo un comentario sobre las nieves de Kor Vella, deseando relajar el ambiente y provocar quizá que Hasadar explicase por qué conocía su ciudad natal. Sin embargo, Amable dijo algo sarcástico sobre hombres sencillos y paladares provincianos incapaces de apreciar las delicias urbanas. Winshur se había puesto rojo oscuro y se había atragantado con el pan, hasta que Hasadar se preocupó y le ofreció un vaso de agua.

El almuerzo había durado cerca de tres horas, una pausa en el trabajo manifiestamente excesiva. Cuando por fin había vuelto a su oficina, ya era prácticamente hora de que sus empleados se marchasen a casa. Monti Calay estaba casi en la puerta y le dijo algo sobre su estado de salud y una posible enfermedad, sudando a mares. Winshur lo había enviado a casa inmediatamente, intentando evitar que el joven le contagiase de los gérmenes que parecía estar incubando. Yama también se comportaba de forma un tanto extraña. Había dejado constancia de ello en su historial y le había dicho que se quedase hasta más tarde para cubrir a Monti, por si la necesitaba. Porque Winshur no podía marcharse. Tenía muchísimo trabajo pendiente. Trabajo que había pospuesto para ocuparse del reparto de los prisioneros. Tendría que pasar otra noche más en la oficina.

El sol ya se estaba poniendo cuando se sentó ante su escritorio, abrió su datapad y se puso manos a la obra. Cuando volvió a levantar la cabeza, la luz que entraba por su pequeña ventana desde el muelle de las naves era el brillo amarillo descarnado de la electricidad artificial. Bostezó, se frotó los ojos y miró la hora en su pantalla. Hacía rato que debía haberse marchado a casa.

Dudó. Llevaba casi dos días sin dormir, pero la idea de que el coronel Amable le pillase con trabajo pendiente bastaba para apartar de su cabeza cualquier intención de descansar. Decidió que se quedaría. Una hora más. Pero antes se prepararía un poco de caf. Era evidente que se lo había ganado.

—¿Yama? —gritó, hacia la puerta abierta. La chica no respondió, así que volvió a llamarla. Sin respuesta, de nuevo. Con la paciencia bajo mínimos por el agotamiento, su irritación con la chica se transformó en ira. ¿Se había marchado a casa, cuando le había dicho claramente que se quedase?

—¡Yama! —gritó, por tercera vez. No obtuvo respuesta, así que se levantó de la silla, con la espalda dolorida y los pies hinchados, y fue torpemente hasta la puerta.

Allí estaba la chica, durmiendo con la cabeza apoyada en su mesa. Tenía una mejilla sobre los brazos cruzados y roncaba débilmente, con un hilo de baba cayendo de su boca abierta, Aquella boca. Antes se había reído de él, ahora lo veía claro. Se había burlado de la incomodidad que había sentido con Shu y Amable. Y llevaba semanas mostrándose muy irrespetuosa con él. En su forma de vestir, en su manera de hablar, en su actitud. Y allí estaba. La gota que colmaba el vaso. Ni siquiera tenía la profesionalidad, la educación, de no quedarse dormida en el trabajo. Ni de traerle un caf mientras él trabajaba, por todos los demonios.

Dio dos pasos largos hacia ella, metió un pie bajo el borde de la silla y lo tiró hacia atrás. Yama cayó al suelo.

Winshur sintió que le retumbaban los oídos y le pareció que se le nublaba la vista. Una ira irracional hervía en su interior y las humillaciones e injusticias del día, de su vida, más la irritación por la insolencia de Yama, estallaron al unísono.

Winshur salió dando tumbos de su oficina, apoyándose a tientas en las paredes, y fue hasta el baño. Vomitó en el lavabo más próximo, toda aquella comida cara de su ridículo almuerzo despedazada y acompañada de bilis. No había comido gran cosa, por lo que empezó a sentir fuertes arcadas y unas lágrimas resbalaron por sus mejillas. ¿Qué había hecho?

Se dijo que Yama se lo tenía merecido. Que se merecía las patadas en la cabeza y el estómago que le había dado, toda la violencia que había descargado sobre ella. Pero, mientras lo pensaba, le pareció mentira.

Finalmente se serenó. Se lavó la cara ante el espejo mientras hacía todo lo posible por evitar mirarse. No quería ver el aspecto que tenía.

Un ruido a su espalda, alguien carraspeando, y se dio la vuelta tan rápido que estuvo a punto de perder el equilibrio.

Se agarró al borde del lavamanos para no resbalar con los fríos azulejos blancos del suelo. Delante se encontró con su peor pesadilla.

—¿Coronel Amable?

—Bratt —dijo el hombre de ojos azules, con un punto de desdén evidente. Winshur sintió un nudo terrible en la garganta y el pulso acelerado. ¿Cuánto tiempo llevaba el coronel allí? ¿Qué había visto? ¿Sabía lo que había hecho?

—Tenemos un problema —le dijo Amable.

—Yo… puedo explicarlo…

El coronel arqueó una de sus finas cejas amarillas.

—Lo de la chica… —empezó a decir Winshur.

—Es interesante que mencione a la chica —dijo Amable, con un voz sedosa y cargada de una emoción que desconcertaba a Winshur—. Esta tarde ha venido a verme.

Bratt estaba a punto de confesar su flaqueza, su irracional pérdida de los estribos. De protestar, afirmando que no era de esos que pegarían a una chiquilla. Pero todo quedó encallado en su garganta.

Amable le señaló con uno de sus huesudos dedos.

—Tiene un problema con sus empleados.

—La chica. Ya lo sé. Yo…

—La chica, no, estúpido. Le acabo de decir que la chica es válida.

—Yo… pero ¿entonces?

—Su otro empleado, Monti Calay. Yama vino a contarme que esta tarde se marchó con su datapad.

Winshur quedó boquiabierto, incapaz de procesar lo que Amable le estaba diciendo:

—Eso no es posible —empezó a decir.

—¿Cómo?

—Monti Calay nunca ha dado ningún problema. Yama Dex, sin embargo… Su historial está plagado de faltas disciplinarias. —Negó con la cabeza—. Miente.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Ella… —Winshur se devanó los sesos, intentando encontrar algún motivo por el que Yama pudiera decir algo así sobre su compañero—. No lo sé. Pero yo no me fiaría de ella. Esa chica…

—¿Se merece una buena paliza? —le cortó Amable, con suavidad, inclinando la cabeza hacia un lado y mirándole fijamente.

Winshur nunca se había sentido tan insignificante.

Amable chasqueó la lengua, un ruido desagradable y sonoro en el silencio del baño.

—Es realmente malo juzgando a los demás, Winshur Bratt. Aunque supongo que ya no importa. Solo puedo decir que celebro haber estado aquí para evitar este desastre, antes de que se complicase aún más. Tiene suerte de que Yama Dex tuviera el buen juicio de acudir a mí.

—¿Ah, sí? —preguntó Winshur, sintiéndose estúpido.

—Según parece, alguien pudo acceder a su datapad y robar la lista de prisioneros que el alto mando le confió. —El coronel hizo una pausa, esperando claramente para ver cómo le afectaba la noticia. Winshur solo podía mirarlo, boquiabierto—. Supongo que entiende que Monti Calay cometió este delito cuando estaba a su cargo. Por tanto, la responsabilidad final es suya, Bratt. Usted… —Le señaló con un dedo—, deberá responder ante el alto mando por esto. —Una sonrisa inquietante iluminó la cara del coronel—. Quizá termine envidiando la paliza que se ha llevado la chica. Para ella han sido solo unos segundos. No creo que las cosas sean tan fáciles para usted, amigo.

Winshur sintió que se desvanecía. Solo lograba mantenerse en pie porque estaba sujeto al lavabo.

—Ya he enviado a todo el contingente de soldados de asalto de la ciudad a desbaratar el plan de Calay —dijo Amable solemnemente—. Ya deben tener detenidos a todos los invitados para interrogarlos.

—¿Plan? ¿Invitados? —Estaba perdido.

—Le seré sincero, Bratt, Yama Dex solo implicó a Calay, pero me cuesta creerlo. Un joven prometedor, a decir de todos. ¿Por qué iba a hacer algo así? A no ser que alguien se lo ordenase.

Winshur no captó bien la acusación de Amable, cada vez más confundido.

—No —dijo el coronel, tocándose la barbilla, como si pensara—. Aunque la lealtad de Yama Dex a la Primera Orden es incuestionable, es muy joven. Tiene buenos sentimientos. Me temo que su candidez no le permitió ser todo lo previsora que debía. Creo que protegía a alguien.

—¿A quién? —preguntó Winshur.

—Cuando me di cuenta de que la lista se había filtrado —dijo, como si no le hubiera oído—, le pedí a Inteligencia que supervisaran las redes, que buscasen alguna posible intensificación de las comunicaciones. No tardaron en descubrir algo. Al parecer la mujer de Hasadar Shu celebra una subasta esta noche que ha despertado el interés de los ciudadanos más despreciables de Ciudad Coronet.

—¿Hasadar Shu? ¿El político del almuerzo?

—Ese mismo. Supongo que espera que crea que es mera coincidencia. Alguien a quien acaba de conocer.

—¡No le conozco! —objetó Winshur—. Es decir, acabo de conocerle.

—Tenía cita con él para hoy y creo que se habían visto antes, en una reunión clandestina con activistas medioambientales.

—¡Era una conferencia sobre el empleo del espacio público!

—Ecoterroristas. —Amable se inclinó hacia él—. Ya ve, las cosas pintan mal para usted ahora mismo. Muy mal.

—Pero eso no es verdad. Nada de eso es verdad. —Se llevó una mano temblorosa a la boca—. ¡Me han tendido una trampa!

Amable negó con la cabeza.

—Le diré lo que yo creo que ha sucedido. Iba a almorzar con Shu para entregarle la lista. Entonces aparecí yo por sorpresa y fui con ustedes, por lo que no pudieron proceder a su traición. Frustrado, usted avisó de alguna manera a Calay para que entregase la lista por usted.

—Pero usted estuvo conmigo en todo momento. ¿Cómo iba a hacerlo?

—Aún no estoy seguro —dijo Amable—, pero no es tan complicado. Una señal preestablecida, un gesto secreto con la mano, una transmisión rápida aprovechando algún despiste mío.

Era tan absurdo, tan monstruoso, tan falso, que Winshur se echó a reír.

El golpe en su cabeza fue tan inesperado que le hizo tambalearse. Amable se abalanzó sobre él, con el puño alzado para volver a pegarle.

—Ríase ahora, Bratt —dijo en voz baja el coronel, en tono grave—. No se reirá cuando el alto mando haya terminado con usted.

Winshur estaba perdido. Lo sabía. Amable le odiaba, desde el primer instante. Aquel hombre ya había decidido que era culpable, ya tenía su historia y nada iba a cambiarla, por mucho que protestase. Sintió que las tripas se le revolvían y lo único que deseó fue quedarse solo para llorar de terror.

—Pero —Amable levantó una mano— no está todo perdido. Sabemos que Shu tiene la lista. Si me ayuda a recuperarla antes de la subasta, quizá podamos remediar este desastre. En ese caso, podría alegar algo en su favor. Podría pedir que se muestren compasivos con usted.

—¿Compasivos? —Winshur captó aquella palabra—. ¿Qué tengo que hacer?

—Aséese y reúnase conmigo abajo. Se lo explicaré por el camino.

Winshur se aseó lo mejor que pudo. No se atrevió a volver su oficina para coger una camisa limpia. Le asustaba lo que podía encontrarse allí. Yama aún acurrucada en el suelo; peor aún, Yama muerta. O, y quizá aquello era lo que más le asustaba, a Yama magullada y amoratada por sus golpes, mirándole con ojos acusadores, sonriendo por su debilidad, bajo la protección del coronel Amable.

CAPÍTULO 24



La mansión de Hasadar y Nifera Shu se había transformado en un reino submarino para el cincuenta aniversario de Nifera. El mar azul brillaba alrededor de ellos en holoproyecciones espeluznantemente realistas, con extraños peces de colores brillantes nadando entre la multitud de invitados admirados ante el espectáculo subacuático. La comida era de temática marina y Poe y Finn encontraron mesas repletas de todo tipo de criaturas marinas comestibles, como twenchocs rebozados y fritos en tubos perfectos, peces garra colo cubiertos de sal rosa, enormes gambas con los ojos y las antenas intactas, apiladas sobre montañas de hielo humeante, y media docena de especies de pescado sobre lechos de algas multicolor que Poe no conocía. Incluso las bebidas que los camareros repartían se inspiraban en los océanos de Corellia, con sus tonos verdes, azules y gris tormentoso. Burbujeaban en largos vasos aflautados y Poe estaba seguro de haber oído el lejano ruido de las olas rompiendo contra la orilla cuando se llevó uno a los labios para dar un sorbo.

—¡Esto es de locos! —exclamó Finn, con un plato de delicias marinas ya en las manos—. ¿Alguna vez habías visto comida como esta?

—Una vez —dijo Poe, estremeciéndose involuntariamente—. Pero no guardo muy buen recuerdo.

—Ya. —Finn se metió una pata de cangrejo yob en la boca, la masticó e hizo una mueca de dolor.

—Tienes que pelarlo —dijo Poe, divertido.

Finn parecía molesto.

—Vaya, ¿y por qué no avisan?

Poe puso una mano sobre el hombro del muchacho.

—¿Alguna vez te he dicho lo mucho que te aprecio?

Finn sonrió.

—No tanto como deberías.

Poe se terminó la copa que llevaba en la otra mano. La bebida era un brebaje verde claro que sabía a luz solar colándose por un bosque de algas marinas, o como Poe creía que sabría.

—¿Estás listo para darle nuestro regalo a los Shu?

—Espera. —Finn se metió un pedazo de pescado oscuro en la boca. Puso los ojos en blanco, con deleite. Se limpió las manos—. Vale, ya estoy listo.

Se abrieron paso entre la multitud de humanos, twi'leks, sullustanos, barbadelanos y otras docenas de pueblos de la galaxia. Era una congregación variada, multicultural y plurilingüe, pero todos tenían algo en común. Parecían muy, muy ricos.

—Eh, Lorell —dijo Finn, acercando la boca al oído de Poe—. ¿Has notado que esta gente es un tanto inquietante?

Poe se fijó mejor, más allá de la riqueza y los paisajes marino. Finn tenía razón.

—¿Sabías que la mitad de los asistentes al festejo serían de la Primera Orden? —preguntó Finn.

—Esto parece un cuartel —dijo Poe, sin volverse—, pero no. Creo que subestimamos la presencia de la Primera Orden en Ciudad Coronet y que esta noche están todos aquí.

—¿Tú crees? —dijo Finn, cuando entró otro oficial, saludando con la cabeza.

—¿Sigues llevando el alfiler? —preguntó Poe.

—¿Bromeas? Ahora más que nunca —Finn titubeó—. Pero me apoyarías si hay lío, ¿verdad?

Poe se rio.

—Qué remedio.

Le parecía extraño ver a tantos oficiales de la Primera Orden allí, pero quizá aquello era la ocupación. Los empresarios y políticos locales buscaban el favor de la élite de la Primera Orden y el alto mando les dejaba seguir con sus negocios, siempre que consintieran en suministrar naves y mano de obra barata y cualquier otra cosa que necesitase a la Primera Orden. Era desagradable, pero no era la primera vez ni el primer planeta en que Poe lo veía. Y nunca duraba mucho. Antes o después, la Primera Orden pediría más de lo que Corellia podía dar y su yugo se intensificaría, estrangulándoles. Y Corellia tendría que defenderse o terminaría completamente exprimida.

Llegaron a la cola y se unieron a los invitados que esperaban para saludar a los Shu.

—¿Tienes el regalo? —preguntó Finn.

Poe levantó la caja para responder. Esta emitió un extraño siseo. No resultaba muy alentador.

No tuvieron que esperar mucho para encontrarse ante Hasadar y Nifera. Hasadar era un hombre apuesto. Llevaba una toga azul oscuro, atada con un cinturón de dientes de tiburón. Los recibió con una amplia sonrisa. Su mujer le sacaba una cabeza y tenía una piel de ébano que brillaba bajo la extraña translucidez del mundo submarino artificial. Llevaba el pelo recogido sobre la cabeza, al estilo de la realeza, y lucía unos pendientes largos que se curvaban en los lóbulos y caían sobre sus anchos hombros. Su vestido estaba tejido con centenares de conchas blancas y se ensanchaba por la cintura, se estrechaba en los tobillos y después caía como una cola. Llevaba una anguila albina viva colgada del cuello, como un collar. Poe sacudió la cabeza, divertido. El collar que le habían regalado Suralinda y Charth era impresionante, pero no era una anguila.

—Lorell Shda —Nifera Shu le saludó—. Es un placer conocerle, al fin. Nuestros conocidos comunes me hablan muy bien de usted.

Poe tomó la mano tendida de Nifera y lanzó un beso sobre sus nudillos. Los ojos negros de ella brillaron con placer.

—El placer es mío.

—Este es mi marido —dijo ella, señalando a Hasadar—. No está enterado de su anterior trabajo, pero seguro que lo apoya.

Poe saludó al hombre con la cabeza y este le respondió de la misma manera. Nifera no había dicho abiertamente que supiera que había formado parte de la Resistencia, pero sus palabras fueron suficientemente vagas para sugerirlo.

—Mi socio, Kade Genti —dijo, apartándose para que Finn se presentase.

—Una reina del mar —dijo Finn, besando la mano de Nifera—, en su segundo veinte aniversario.

La mujer corelliana lanzó una carcajada.

—Oh, es usted encantador. Y menudo nombre. —Arqueó una ceja hacia Finn—. Admirador del Pájaro de Fuego, veo.

Finn se tocó el alfiler.

—¿Y usted? —preguntó, temerariamente.

Sus miradas se encontraron, con los ojos brillantes y traviesos. Aunque también recelosos.

—Es audaz —murmuró ella—. O muy impetuoso.

—Me gusta pensar que un poco de ambas cosas —replicó Finn.

Nifera se volvió hacia Poe.

—¿Me traen algún regalo, caballeros? Aparte de su encanto y cumplidos.

Poe le dio el regalo. Ocupaba toda la palma de la mano de Nifera, con el plastifino dorado del envoltorio brillando a la luz.

Los ojos de Nifera brillaron mientras desenvolvía el regalo con dedos impacientes. La caja siseó y chilló entre sus manos. Nifera abrió mucho los ojos cuando el plastifino se rompió y descubrió una pequeña jaula metálica. Dentro de esta había un pequeño insecto vivo.

—¡Oh! —gritó Nifera.

—¡Oh! —gritó Finn, sorprendido.

—Oh —gimió Poe, en voz baja.

Sobre la jaula había un papel enrollado y Nifera lo desató, devolviéndole la jaula a Poe. Este la cogió y miró la criatura.

Tenía seis patas y un caparazón parecido al del cangrejo yob que Finn había comido antes. Sus mandíbulas afiladas intentaban morderle y sus tentáculos rodeaban los barrotes de la jaula, como si quisieran agarrarle.

—¡Es un lylek en miniatura! —exclamó Nifera, visiblemente encantada, mientras leía la nota—. Nativo de la selva tropical de Ryloth, suelen alcanzar tamaños inmensos, lo bastante para devorar a un humano adulto. Pero este está criado especialmente para quedarse así de pequeño, siempre que no le demos de comer carne. —Abrió mucho los

ojos, con fingido espanto, hacia Poe, pero este supo que no estaba nada asustada. En todo caso, estaba fascinada—. Y es una reina —concluyó Nifera.

Enrolló la nota y se la dio a su horrorizado marido. Poe le tendió la jaula, con aquella extraña bestia chillando y agitando los tentáculos amenazadoramente.

—¡Me encanta! —dijo Nifera Shu, claramente complacida—. Creo que es el mejor regalo de la noche, Lorell Shda. —Se inclinó hacia él, con complicidad—. No sé cómo ha descubierto que estudié entomología, estoy realmente impresionada.

Poe hizo una mueca. ¿Suralinda lo sabía? Seguro que no.

—Celebro que aprecie esta pequeña muestra de admiración por su… cumpleaños.

—Por supuesto. Yo también tengo un regalo para usted. —Le pasó el lylek a su marido, quien se lo entregó inmediatamente a un sirviente cercano. Nifera se metió una mano en el bolsillo y sacó un paquetito negro con forma de almeja. Agarró la mano de Poe y le puso el paquete sobre la palma. Su piel era cálida.

—Mucha suerte —susurró, al volumen justo para que solo le oyera él—. Y que la Fuerza le guíe a usted y sus actos. Los juegos empezarán cinco minutos después de la hora en punto.

Después Finn y Poe dejaron sitio a los siguientes invitados de la cola, que esperaban para entregarle su regalo a la pareja.

Siguieron deambulando por la sala submarina un rato, con cuidado de evitar a los invitados de la Primera Orden. Finn hizo otra visita a la mesa del banquete y Poe examinó la habitación, buscando a Charth y Suralinda. Finalmente los encontró junto a una cascada llena de peces rayados de colores. Ella miraba hacia la sala y él alargó la mano para llenar una copa con el extraño brebaje que caía de la cascada.

—Buen regalo —le dijo secamente—. ¿Sabías que era entomóloga?

La boca abierta de Suralinda fue suficiente respuesta.

Dio un trago a su copa. Sabía a trópicos… como las vacaciones que había pasado en Spira. Dejó la copa y sonrió a Suralinda.

Ella entornó los ojos.

—Supongo que eso significa que te han dado el paquete.

Poe se palmeó el bolsillo del pecho. Suralinda le dio un comunicador.

—Mantente en contacto —le dijo, y volvió a la fiesta.

Poe fue a buscar a Finn al bufé.

—Eh, prueba esto —le dijo Finn, tendiéndole un platito con un trozo de tarta gelatinosa amarilla. Se sirvió otro y se metió un trozo enorme en la boca.

—¿Qué es?

—¿Y qué más da? ¿No está delicioso?

Poe miró más detenidamente la capa de glaseado.

—Esto son… ¿gusanos marinos?

Finn se metió todo lo que le quedaba de tarta en la boca.

—Delicioso.

En algún sitio sonó un timbre, indicando que era la hora en punto.

—Vamos —dijo Poe—. Busquemos un lugar tranquilo para ver qué nos ha regalado Nifera.

Al fondo de la enorme sala encontraron una terraza que daba a Ciudad Coronet. Poe le pasó a Finn el comunicador que le había dado Suralinda y le hizo una señal para que se quedase haciendo guardia en la puerta de la terraza, mientras él salía al húmedo aire salino.

Abrió el paquete en forma de molusco y vació el contenido. Dentro había un emisor de imagen con un solo auricular. Se lo metió en la oreja derecha y apretó el botón del emisor. Una holo se proyectó ante sus ojos. Era un droide subastador con un martillo en las manos. El droide le saludó como Lorell Shda y le mostró la cuenta de crédito que Connix había creado para él. Silbó débilmente, admirado. Había mucho dinero, probablemente la mayor parte de los créditos que le quedaban a la Resistencia en aquel momento. La gravedad de la situación le golpeó y tragó saliva, nervioso. La holo del droide le invitó a elegir un avatar que le representase en la subasta anónima. Siguiendo con la temática de la fiesta, todos los avatares eran criaturas marinas diversas. Al azar, Poe eligió un crotty rojo de la lista. La holo parpadeó la confirmación de que el crotty rojo quedaba asociado a su cuenta y le pidió que esperase. No tuvo más remedio que obedecer.

—¿Cómo va eso?

Poe se sobresaltó al oír a Finn por el otro oído.

—Estoy esperando que empiece la subasta.

—¡Genial! Por aquí está todo despejado. —Finn levantó los pulgares hacia él.

El holograma empezó a cambiar y Poe volvió a concentrarse. Estaba pasando algo. Vio con intriga que el droide subastador se disipaba y lo remplazaba una serpiente cornuda. Esta reptó por la imagen, gruesa y blanca, con escamas relucientes, hasta que se enrolló y formó una «O», con la cabeza alzada sobre la punta de la cola. La serpiente giró la cabeza hacia Poe y abrió la boca. Unas palabras holográficas parecieron brotar de allí. No en básico, sino en algún idioma que desconocía. Pero no necesitó leer aquellas palabras para saber lo que decían: Todo el Conocimiento Debe Ser Libre.

Conocía el eslogan. Lo empleaba el Colectivo.

Le sorprendió. Conocía al Colectivo, en el pasado había mantenido tratos con aquella organización criminal. En esencia, eran descifradores de códigos y piratas informáticos de todo tipo. Criminales con una causa, pero criminales a fin de cuentas. Por supuesto, tampoco la Resistencia estaba dentro de la ley en aquellos momentos.

La serpiente cornuda se desenroscó y salió reptando de la imagen, sustituida por el droide subastador, el avatar de Poe y la cifra de la cuenta de crédito de la Resistencia. Poe vio que sus créditos se reducían a la mitad.

—¿Qué demonios? —dijo, alarmado.

—Gracias por su generosa donación al Colectivo —dijo el droide—. Esta donación no es reembolsable. La subasta comenzará dentro de tres minutos, aproximadamente. Por favor, espere.

—¡Nos han quitado la mitad de los créditos!

Finn asomó la cabeza por el dintel de la puerta.

—¿Me decías algo?

—La subasta. Se han quedado la mitad de nuestros créditos como «donación».

—Ladrones —dijo Finn, sacudiendo la cabeza con desdén—. No puedes fiarte de ellos.

—No se trata de eso. Bueno, no solo. La cuestión es que si la puja sube mucho, no podremos competir.

Finn le agarró por el brazo, con una expresión muy intensa.

—Debemos hacernos con esa lista, Poe. A eso hemos venido. ¡Esa lista es el futuro de la Resistencia!

—Lo sé, lo sé. —Se rascó la barbilla—. Ya se me ocurrirá algo.

El droide dijo:

—La subasta comienza en cinco… cuatro… tres… dos… —Un timbre sonó en su oído y el mismo documento que había visto en la biblioteca de Yendor apareció en su pantalla, una lista de nombres y lugares cifrados bajo los encabezamientos «SUBVERSIVOS» y «ACTUALMENTE DETENIDOS». Era aquello.

—El precio de salida del número doce son diez mil créditos —dijo el droide—. ¿Alguien ha dicho veinte?

Poe hizo una mueca, pero estaba decidido a llevársela.

—Veinte —dijo, por el micro—. Doy veinte.

Tras esto, la subasta fue rápida y feroz. A Poe le costó seguir el ritmo, sobre todo con Finn preguntándole cómo iba cada poco. Subidas y más subidas, mientras Poe intentaba calcular cuánta gente participaba en la subasta, pero todo iba demasiado rápido para no perder el hilo. Si la puja seguía a aquel ritmo, sencillamente no podría mantenerse en ella. Se tapó el aparato de la oreja un instante, cubriendo el micro y provocando que la holo se apagase fugazmente.

—Fi… esto, Kade —susurró—. Ve a buscar a los demás postores. A ver si identificas alguno con aspecto de poner mucho dinero.

Finn le miró con intriga.

—Tú hazlo —le dijo, haciendo gestos con las manos de que se moviera—. Vamos. Y cuéntame lo que ves.

Finn sacudió la cabeza, dubitativo, pero volvió al gran salón, dejándole solo. Poe bajó la mano y volvió al fragor de la subasta. En los escasos segundos que había desconectado, el precio se había disparado otros cien mil créditos. Se sintió abatido.

Aquellos incrementos exponenciales eran casi demasiado grandes para comprenderlos. Unos minutos más a aquel ritmo y superaría el máximo de la Resistencia.

Finn regresó.

—¿Has visto algo?

Finn se encogió de hombros.

—A mí todos me parecen ricos.

—¿Nadie con un auricular? —preguntó, exasperado.

—No he visto a nadie, Poe. Pero me he encontrado con Suralinda y Charth. Dicen que también estarán atentos.

Poe asintió. Era todo lo que podían hacer. Porque ya sabía que no podría ganar aquella subasta. La puja seguía creciendo exponencialmente, muy por encima de los fondos de la Resistencia. Su avatar perdió brillo y el droide le dijo:

—Ha excedido sus fondos. Por favor, añada más ahora. Si no los añade, este dispositivo se autodestruirá dentro de sesenta segundos. Uno, dos…

Poe se quitó rápidamente el aparato de la oreja, mascullando:

—¡Maldición!

—¿Qué pasa? —preguntó Finn, por encima del hombro.

—Estamos fuera.

—¿Qué?

—Son demasiado ricos para nosotros.

—¿Qué quieres decir? ¿Ya?

Poe asintió con aire taciturno.

—¿Y toda esta misión ha sido un fracaso? —preguntó Finn, furioso—. ¿Una pérdida de tiempo?

—No. —Poe examinó la sala. Sabía que la lista tenía que estar allí. Suralinda le había dicho que los ganadores debían estar presentes para llevarse el objeto de la puja, ya que solo podía transferirse a un dispositivo personal, al margen de la red general, no se transmitiría de ningún otro modo. Haberse metido en aquella subasta quizá había sido un error de planteamiento.

Un grito alarmado desvió su atención hacia la entrada. Una fila de soldados de asalto estaba cruzando el puente y entrando en la casa. Los oficiales de la Primera Orden, que hasta entonces abarrotaban la sala, parecían haber desaparecido, como si alguien les hubiera avisado.

—Pasa algo —le susurró a Finn.

Hasadar Shu dio un paso adelante, con su majestuosa toga y el cinturón de dientes de tiburón, para colocarse entre los soldados y los invitados a su fiesta. Levantó una mano.

—¡Alto! —Su voz se oyó en toda la sala—. ¡Esta es una residencia privada! ¿Qué significa esto?

El soldado de asalto que abría la comitiva levantó el rifle y apuntó a Hasadar. Y no titubeó. Apretó el gatillo, sin más.

Hasadar Shu salió disparado hacia atrás y se oyó un fuerte chasquido en su cuello. Cayó al suelo, con un agujero de bláster en la frente.

Se produjo un instante de silencio perplejo, con los invitados petrificados de terror. Los únicos ruidos en la sala eran la extraña música submarina que seguía sonando en altavoces escondidos y el retumbar de las botas de los soldados de asalto, que se dispersaban por la fiesta, espeluznantes figuras blancas moviéndose entre aquellas profundidades artificiales.

Finalmente, entró un oficial de la Primera Orden, frío y espectral, casi esquelético dentro de su uniforme negro.

—Esta reunión es ilegal —declaró, gritando—. Bajo la autoridad conjunta de la CorSeg y la Primera Orden, todos los invitados serán detenidos e interrogados. Si son inocentes no tienen nada que temer. —El oficial pasó por encima del cuerpo de Hasadar—. Pero si oponen resistencia, abriremos fuego.

Un estruendo cuando algo o alguien fuera del campo de visión de Poe volcó una de las altas mesas del banquete. Vio de reojo una gran torre de plata, repleta de hielo y marisco, cayendo al suelo. El ruido resonó por toda la sala, tan fuerte e inesperado como una bomba. Uno de los soldados de asalto, sin duda alertado por aquel alboroto repentino, empezó a disparar a discreción contra los invitados.

Y entonces empezaron los gritos.

CAPÍTULO 25



—¿Dónde están todos? —preguntó Wedge mientras acercaban su nave al muelle. Los códigos de Nasz habían funcionado como un hechizo, la mujer al otro lado de la transmisión les dejó pasar sin mirarlos apenas.

Snap respondió:

—Según tengo entendido, Ciudad Coronet está bajo ocupación de la Primera Orden, aunque el gobierno local sigue técnicamente al mando.

—Técnicamente —dijo Karé, riéndose tímidamente—. Ya sabemos qué significa eso.

—Han requisado casi todos los astilleros, pero CorSeg sigue decidiendo quién entra y sale de la ciudad.

—¿En serio? —Norra parecía escéptica.

Su hijo se encogió de hombros.

—No han mostrado mucho interés por nosotros.

Snap tenía razón. Si realmente tenían prisioneros valiosos allí retenidos y estaban construyendo en secreto cazas estelares, destructores y naves terrestres de asalto, ¿no deberían tener más seguridad?

—Quizá hoy tengan otras prioridades —sugirió Karé.

—O quizá —dijo Nasz— el pueblo se ha alzado y la Resistencia ha derrotado al enemigo en Corellia sin mover un dedo.

Silencio, hasta que Snap dijo:

—Tú no tienes muchos amigos, ¿verdad?

—No, ninguno —Nasz sonrió—. Y estoy encantada.

—¿Alguna idea de dónde pueden haberse metido, Wedge? —preguntó Karé, volviendo al tema—. Conoces esto mejor que nosotros. ¿Es un festivo especial o algo así? ¿Un simulacro de evacuación?

La nave aterrizó con suavidad. Snap se había convertido en un piloto realmente excepcional. Tampoco es que pilotar una nave de carga fuera lo más elevado de aquel arte, pero ser capaz de pilotar un Ala-X y un sapo barrigudo como aquel con la misma destreza, bueno, aquello demostraba talento. Paciencia.

—Ni idea —dijo Wedge—. Llevo mucho sin pasar por casa.

—Bueno —suspiró Nasz, levantándose—. Vayamos a ver.

—Armados —dijo Norra.

—Por supuesto. No somos tontos.

La puerta exterior se abrió y la rampa descendió. Wedge se desató el arnés y se levantó. Cogió el bláster que Norra le tendía y lo guardó en la funda que llevaba atada a

la cintura. Revisó su aspecto: pantalones marrones y una chaqueta sobre una camisa de un tono marrón más claro. Algo que le permitiría pasar desapercibido, como cualquier obrero o mecánico de día libre. Los demás lucían prendas igual de anodinas. Todos excepto Nasz, que seguía llevando su piel de animal y su mono de un solo hombro, aunque se había puesto una chaqueta de lona por encima para disimularlo y ocultar las marcas de su brazo.

Karé prefirió quedarse en la nave, convencida de que tendrían que escapar a toda prisa, y Nasz insistió en acompañarlos, así que los cuatro, Wedge, Norra, Snap y Teza Nasz desembarcaron y cruzaron el enorme hangar.

Era extraño que no hubiera nadie allí. Sí, era tarde, pero estaban en una gran urbe intergaláctica. Y Charth había dicho que la Primera Orden construía naves día y noche. Era evidente que allí pasaba algo. Llegaron a las puertas que conducían al corazón del edificio sin que nadie se lo impidiera.

—¡Alto, intrusos! —gritó alguien desde detrás de ellos.

—Calma —murmuró Wedge, al ver que Nasz echaba mano al bláster—. Intentaremos arreglarlo con diálogo.

Los dedos de Nasz remolonearon un instante cerca de su pistolera, pero terminó levantando las manos, como los demás, y dándose la vuelta. Era un hombre joven, vestido de negro de la Primera Orden, sin ninguna placa que indicase su rango. A Wedge le pareció que no podía tener más de diecisiete años. Miró a Nasz y esta se encogió de hombros.

—Eh —dijo Wedge, animadamente—. Estamos un poco perdidos.

El chico los miró mal.

—No deberían estar aquí. Es una zona restringida. —Entornó los ojos—. Muéstrenme sus placas de trabajo.

—¿Placas de trabajo?

—Son mecánicos, ¿no?

—Yo no —dijo Nasz.

Snap resopló y Wedge suspiró sonoramente. Los ojos del chico saltaban de uno a otro rápidamente. De repente, pareció entender que estaba en peligro y reculó dos pasos, con los ojos muy abiertos. Buscó el comunicador de su cinturón, pero Nasz se abalanzó sobre él antes de que pudiera sacarlo. Le lanzó un gancho a la mejilla al cadete que lo dejó inconsciente. El comunicador cayó al suelo.

—Maldición —dijo Wedge—. ¿No podías decir que eras mecánica?

—Oh, vamos, abuelo —replicó ella—. Se estaba alargando demasiado. Al menos no le he disparado.

—Serías una espía terrible —dijo Snap en voz baja. Wedge no sabía si se lo decía a Nasz o a él, pero prefirió creer que el comentario era para la eximperial.

Norra negó con la cabeza e hizo un gesto a Snap para que se acercase. Levantaron al joven oficial inconsciente por los brazos y piernas y lo llevaron hasta un rincón. Lo dejaron allí, entre las sombras, y volvieron apresuradamente junto a Wedge y Nasz.

—Tendríamos que haberle preguntado dónde está todo el mundo —comentó Snap.

—Sí —dijo Wedge, secamente—, pensaba hacerlo. Si alguien no tuviera tanta prisa por resolver todos los problemas a puñetazos.

—Ya he dicho que lo siento —dijo Nasz.

—No, no lo has dicho.

—Vaya, creía que sí.

—Lo dudo.

—Eh —intervino Norra—. ¿Estáis seguro de que la pareja de casados no sois vosotros? Vamos.

Entraron en el edificio sin más interferencias. Realmente se había marchado todo el mundo. El edificio era como cualquier otro, excepto que sus largos pasillos estaban cubiertos de planos de diversos modelos de naves. Entre los planos enmarcados había docenas de placas con premios y vitrinas que mostraban piezas de naves viejas para los aficionados.

—Es una especie de museo —comentó Snap en un susurro.

—Mirad esto —dijo Norra, conmovida—. Es el plano original de un carguero pesado de clase Baleen. Unos verdaderos monstruos.

Wedge y Snap se detuvieron a mirarlo, pero Nasz siguió andando.

—No estamos aquí para hacer turismo —dijo por encima del hombro.

Cruzaron otro pasillo, este flanqueado por ventanas que daban al hangar del que venían. Allí construían naves, sin duda. Y no solo cargueros enormes. Wedge vio un modelo de TIE familiar y un par más que parecían innovaciones de aquellos cazas, aunque no los había visto nunca. Y uno le hizo suspirar, admirado, una corbeta corelliana CR90.

—Mira eso —dijo, a nadie en particular.

—Un burlador de bloqueos —contestó Norra—. Uno de esos nos vendría muy bien ahora.

—Ya veremos qué podemos hacer cuando nos marchemos —dijo Snap.

—Ojalá estuviéramos más tiempo aquí —comentó con melancolía—. ¿Alguna vez os he contado que una tía mía trabajo para Ingeniería Corelliana?

Norra sonrió.

—Quizá volvamos a pasar unas vacaciones, cuando no esté ocupado por la Primera Orden.

El pasillo terminaba en un ascensor y al lado de este había una pantalla. Nasz puso una mano encima y la pantalla mostró una lista.

—¿Adonde vamos? —preguntó Snap.

—Al Archivo —dijo Nasz, con firmeza—. Si la Primera Orden se parece en algo al Imperio, guardarán registros meticulosos de todo.

—¿No podemos acceder a los registros que necesitamos desde otro sitio? —preguntó Norra.

—Quizá sí. Quizá no. Pero yo creo que es mejor empezar por el corazón de las operaciones, si es posible. —Bajó un dedo por la lista, hasta que encontró lo que buscaba—. No está lejos. Siete pisos más arriba.

Norra apretó el botón para llamar al ascensor y esperaron, con las armas desenfundadas: El número del piso fue descendiendo desde el diez, nueve, ocho… mientras el ascensor bajaba. Wedge contuvo la respiración, esperando problemas. El ascensor se detuvo, emitiendo un leve pitido que indicaba que había llegado al nivel del hangar.

—Preparaos —dijo, sujetando con fuerza su bláster.

Las puertas se abrieron y vieron que estaba vacío.

Wedge exhaló, aliviado. Snap entró el primero y revisó el ascensor, incluso la rejilla del techo, por si había alguien escondido.

—Despejado —dijo.

El aire del ascensor parecía viciado, denso y claramente claustrofóbico con todos dentro.

—Casi preferiría encontrar un poco de oposición —dijo Snap, agitando el brazo—. Esta ausencia de problemas me está poniendo nervioso.

Norra asintió.

—Es como si el enemigo se escondiera, esperando para atacar.

—Celebra que no hayamos encontrado problemas aún —dijo Nasz—. Todavía pueden torcerse muchas cosas.

—Ningún amigo, ¿eh? —El comentario de Snap no fue tanto una pregunta como una afirmación.

Llegaron al séptimo piso y Wedge les hizo un gesto para que guardaran silencio. Sabía que era mera cháchara para liberar parte de la adrenalina, pero intentaba concentrase y, por algún motivo, ese día el parloteo le molestaba.

Las puertas se abrieron y salieron a un pasillo. Wedge hizo un gesto a Norra y Nasz para que abrieran el paso. Snap y él cubrieron la retaguardia. Avanzaron lentamente, poniéndose siempre a cubierto, echando un vistazo a todas las esquinas y habitaciones, metódica y cautelosamente. Prácticamente habían llegado hasta la oficina del archivo cuando oyeron ruido a la derecha. Norra les hizo un gesto para que retrocedieran y se pusieron a cubierto, justo cuando un oficial de la Primera Orden salió de lo que parecía un baño. Tenía el pelo revuelto y se palmeó el uniforme, como si intentase alisárselo. Parecía agotado, con unas voluminosas ojeras y la piel cetrina. Su expresión era angustiada, demacrada, y la mejilla se le estaba hinchando rápidamente. Fue con paso vacilante hasta el ascensor y le dejaron pasar sin molestarle.

Escucharon el timbre de las puertas al abrirse y, cuando estaban seguros de que se había marchado, siguieron por el pasillo. Norra fue la primera en entrar en la oficina del archivo, con el bláster a punto. Silencio mientras esperaban que les diera luz verde. Pasaron varios segundos. Un minuto entero.

Snap hizo un gesto de inquietud hacia Wedge. Este levantó la barbilla hacia Nasz, pero, cuando esta estaba a punto de entrar, salió Norra, con una expresión extraña.

—Hay una chica —dijo, en un tono frío. Wedge lo reconoció. Norra era siempre una mujer fogosa, excepto cuando las cosas se ponían realmente feas. La gelidez de su voz significaba que estaba intentando reprimir alguna emoción, normalmente homicida. Pero Norra se había enfundado el bláster y llevaba los brazos colgando junto al cuerpo, así que el peligro, fuera lo que fuera, había pasado, dejando solo aquella ira gélida en ella—. Dice que nos ayudará.

—¿Qué pasa? —preguntó Wedge, preocupado.

—Entra a verlo tú mismo.

Wedge y Snap se miraron. Snap también conocía aquella frialdad. Fuera lo que fuera, no podía ser bueno.

—Vamos —dijo Norra. Se dio la vuelta y no tuvieron más remedio que seguirla.

Las puertas de la oficina se abrieron y entraron en una recepción con dos escritorios, uno a cada lado del camino que llevaba hasta otra puerta. Esta estaba abierta de par en par y Wedge pudo ver dentro otro escritorio, más grande que los de la entrada. Tras este escritorio había una ventana rectangular que Wedge supuso que daba al astillero, siete pisos más abajo.

Pero fue la chica la que llamó su atención. Estaba sentada en uno de los escritorios, con la cabeza gacha. Su pelo naranja estaba apelmazado por la sangre y se cubría la nariz con un pañuelo, completamente rojo y empapado.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Wedge.

—Esta es Yama Dex —dijo Norra en voz baja—. ¿Cuántos años has dicho que tienes, Yama?

—Quince —dijo esta, con aire taciturno.

—Quince —confirmó Norra, mirando a Wedge—. ¿Y quién te ha hecho esto?

La chica lanzó un sonoro suspiro. Dijo algo que Wedge no pudo oír, pero Nasz sí y esta emitió un leve silbido. Después se alejó unos pasos, riéndose tímidamente, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

Wedge no estaba seguro de qué significaba aquella reacción, pero se lo imaginaba. Como eximperial, ella había sido testigo de la brutalidad del Imperio en primera persona. La crueldad de la Primera Orden probablemente le resultaba muy familia y, encima, contra una de los suyos. Seguro que Nasz tenía muchas anécdotas sobre su tiempo como imperial, cosas que la habían convertido en la mujer que era, pero no estaba segura de tener estómago para escucharlas.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó Wedge, igual que Norra.

La chica levantó la vista. Wedge se estremeció. Le habían dado una paliza espantosa. Su nariz parecía rota y la zona alrededor de sus ojos se estaba hinchando rápidamente, con los vasos sanguíneos rotos en diminutos afluyentes. Había visto docenas de palizas, él mismo se había llevado y había propinado unas cuantas, pero no estaba seguro de

haber visto nada tan crudo como aquella chica, sentada serenamente tras su escritorio del archivo, con la cara hecha un desastre de sangre y moratones.

—El Oficial Ejecutivo del Archivo Bratt. —Su voz fue un leve gemido dolorido. No sabía quién era aquel Bratt, pero era alguien importante para ella y no solo le había destrozado el cuerpo, también había roto algo más profundo.

—¿El hombre que salió del baño? —le preguntó Wedge a Norra.

—Eso creo.

La chica respiró y se estremeció de dolor. Miró a Wedge con sus ojos enrojecidos.

—Ella me ha dicho que buscáis a uno de los prisioneros que llegaron anoche.

—Así es —dijo Wedge.

Nasz volvía a estar junto a ellos.

—¿Sabes dónde los tienen retenidos?

—Estaba en el despacho del Oficial Bratt cuando les asignó sus destinos. Puedo encontrarlos.

Wedge hizo una mueca. ¿Demasiada coincidencia? ¿Una trampa? ¿O una suerte increíble?

—Si te damos el nombre de un prisionero, ¿crees que podrás encontrarlo en vuestros archivos? —le preguntó.

—El Oficial Bratt guardó la lista en su datapad personal y está bloqueado.

—Podemos desbloquearlo —dijo Nasz, confiada—. ¿Dónde está?

La chica miró fugazmente hacia el gran escritorio de la otra habitación.

—Voy por él —dijo Snap. Al cabo de un momento volvió con un datapad de mano. Se lo dio a Nasz. Esta quitó la caja que había sobre el otro escritorio de la recepción y subió encima, sentándose con las piernas cruzadas. Se sacó un lápiz de memoria de un bolsillo.

—Esto contiene todas las claves de cifrado que ha empleado el Imperio, al menos hasta Jakku. Es posible que la Primera Orden tenga las suyas propias, pero empezaremos probando estas. Si no funcionan, tengo otras ideas.

—¿Cuánto tardarás? —preguntó Wedge.

La eximperial se encogió de hombros.

—Pueden ser unos minutos, una hora. Quizá no funcione.

Wedge se volvió hacia la chica.

—¿Sabes dónde iba tu jefe? ¿Si piensa volver?

Ella se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Seguro que no hay muchos sitios en este edificio en el que puedan encerrar a unos prisioneros —dijo Norra. Se volvió hacia Yama—. ¿Hay algún alojamiento para obreros? ¿Un campamento o dormitorio o…?

—Un centro de detención —murmuró Nasz.

—Probablemente prefieren que estén con los demás.

—No creas. Podrían hacer aliados, explicar de dónde vienen, cómo se ganaban la vida, cosas sobre sus familias, mascotas y los buenos viejos tiempos. No pueden

permitirlo. Deben de tenerlos a todos juntos y aislados, lo bastante cerca para no despertar sospechas y poder encerrarlos, si es necesario.

Snap acercó una silla y se sentó, con el arma a punto en su regazo.

—¿Cómo sabes eso?

—Era parte de mi antiguo trabajo.

—Hay unos dormitorios —dijo Yama.

Wedge y Norra se miraron.

—Ransolm podría estar allí —dijo él.

—Ransolm —murmuró Yama. Todos se volvieron hacia ella. Yama los miró y se sonrojó.

—¿Te suena ese nombre? —dijo Wedge, conteniendo la respiración.

—Prisionero 876549C.

—¿Estás segura? —preguntó Norra.

—Tengo memoria eidética. Por eso me destinaron al Archivo. El Oficial Bratt jamás preguntó por qué le habían asignado a una cadete de quince años, por eso no se lo expliqué nunca. Pero lo recuerdo absolutamente todo. Siempre ha sido así.

—¿Y dices que el prisionero 876549C es Ransolm Casterfo? ¿Está aquí? —En parte, Wedge había dudado que encontrasen a aquel hombre, a pesar de lo que Leia creía. En definitiva, tampoco ella estaba completamente segura. Era una corazonada basada en unas pocas letras y conjeturas aventuradas. Pero debería haber imaginado que una corazonada de Leia siempre era algo más que y allí tenía la confirmación.

—Le vi —dijo la chica—. Lo destinaron al departamento de aguas residuales.

—¿Sabes dónde está eso? —preguntó Norra.

Yama negó con la cabeza.

—Yo sí —dijo Nasz, levantando el datapad—. Eso no está cifrado. —Necesitó un momento para encontrar lo que buscaba, pero lo logró—. Hum…

Wedge se acercó a mirar la pantalla.

—¿Qué has encontrado?

—Ningún Ransolm, obviamente, ni prisionero 876549C. Pero hay un nuevo empleado en el departamento desde esta mañana que se aloja en… —Apretó unos cuantos botones más—, el dormitorio F.

—El dormitorio F está cerrado por reformas —dijo la chica, confundida—. Yo pasó por ahí para venir aquí. Ahora mismo no se aloja nadie allí.

Nasz levantó la vista y sonrió. Wedge le devolvió la sonrisa.

—Ya lo tenemos.

CAPÍTULO 26



Leia volvía a mirar por la ventana de la biblioteca de Yendor, transformada en su sala de operaciones. Se había convertido en su sitio preferido desde bastante pronto. La vista tenía algo de apacible, aquella franja de desierto que se extendía kilómetros ante sus ojos, aparentemente vacía, pero repleta de vida de todos los tamaños, sin ninguna duda. Ratones, aves, arañas e infinidad de insectos desérticos vivían en aquel paisaje austero. Flores secretas que solo florecían de noche, preñadas de humedad, raíces que se sumergían en las profundidades del árido terreno, buscando corrientes subterráneas. Todo invisible, pero lleno de vida.

La metáfora no se le pasaba por alto. Estaba intentando plantar las raíces de la Resistencia. Allí o donde fuera. Con aquellos compañeros, nuevos y viejos, o con otros quizá. No lo sabía. Sí sabía que al final no sería ella quien tendría que decidirlo. La vida no le había ofrecido muchas alternativas, más allá del mandato de seguir viva. Así que había sobrevivido, consciente de que su objetivo era superar lo que llegase. Que si se despertaba viva un día más y hacía algo para alimentar y cuidar aquellas raíces sería un buen día.

—Leia.

Se volvió y encontró a Yendor, esperando pacientemente, con las manos cruzadas a la espalda.

—Lo siento —dijo Leia—. Tenía la cabeza en otro sitio. ¿Cuánto llevas ahí plantado?

—No mucho —dijo Yendor—. Y siempre me ha encantado esta vista. Es uno de los motivos por los que acepté este puesto.

—Es maravillosa —coincidió ella—. Y apacible. Como mínimo, hasta que aparecí yo.

Leia señaló el centro de la sala, donde estaban la mesa y la holo. En aquel momento había un puñado de gente allí, con datapads en las manos o estudiando mapas estelares, cuestiones de logística o lo que Rieekan, Orrimaarko o los demás hubieran ordenado.

Yendor se encogió de hombros.

—Las cosas empezaban a ser muy aburridas aquí, en el desierto. Además, ya hemos pasado por esto.

—Lo sé —dijo ella, levantando una mano—. Pero soy consciente de lo que os hemos impuesto.

Yendor sonrió.

—Creía que eso es lo que hace la realeza, imponer.

—Y los generales —dijo ella, bromeando.

—Por supuesto, pero lo prefiero así. —Señaló a la puerta—. Alguien más espera para hablar contigo.

Leia miró hacia donde Yendor le señalaba.

—¿Rey?

A pesar de la distancia, la chica la oyó y levantó la vista. La saludó con la mano.

Leia sacudió la cabeza, divertida. Seguía sorprendiéndole que Rey le hubiera pedido quedarse en Ryloth. Estaba convencida de que querría acompañar a Finn y Poe en su misión o, como mínimo, sumarse al equipo de rescate de Wedge. En definitiva, era muy buena. Pero Rey había acudido a ella, tras una conversación intensa con Finn, para decirle que tenía la sensación de que iban a necesitarla allí, al lado de Leia. Esta no sabía qué había presentido Rey, pero lo respetaba, como había aprendido a respetar sus propias premoniciones. De todas formas, Rey debía estar nerviosa. Aquella expectación no era buena para nadie.

—Disculpa —le dijo a Yendor, antes de ir hacia la puerta. Rey salió a su encuentro. Se detuvieron frente a la mesa de la holo.

—General Organa —dijo Rey.

Leia se planteó corregirla, recordarle una vez más que la llamase Leia, pero ya lo había hecho media docena de veces. General estaba bien.

—¿Algún problema, Rey?

Esta se mordió un labio.

—Habla —la animó Leia.

—¿Cómo van las misiones? —preguntó Rey, apresuradamente—. ¿Finn y Poe, la subasta de Bracca, el rescate del prisionero? ¿Va todo bien?

Leia entornó los ojos.

—Sí, hasta donde yo sé. ¿Por qué lo preguntas? ¿Has…?

Rey asintió. Respiró hondo, antes de continuar.

—Vuelvo a tener esa sensación. Creía que pasaría, pero no lo ha hecho y… —Parecía perdida.

—Rey —dijo Leia, con dulzura, creyendo saber qué decirle—. Tú y yo tenemos algo especial. Algo que hace que nuestras sensaciones no sean solo sensaciones. ¿Me entiendes?

Rey asintió.

—La Fuerza —dijo, en apenas un susurro.

—Será mejor que me lo expliques.

—Esa es la cuestión —dijo, desbordando frustración—. ¡No puedo! Porque no estoy segura de qué significa. Solo es… una sensación.

Leia examinó su cara. La chica estaba cerca, muy cerca de algo grande. Más grande que Leia, puede incluso que Luke, si era posible. Pero Leia sabía que no era ella quien llevaría a la chica hasta aquello, que sería otra persona. En cualquier caso, haría todo lo que pudiera por aquella chica mientras pudiera.

—Revisemos el estado de las misiones, entonces. Veamos si hay alguna novedad.

Rey dejó caer los hombros, aliviada.

Fueron hasta el puesto de comunicaciones, donde estaban sentadas Rose y Connix. Tenían los auriculares colgados al cuello y la mirada ocupada con los monitores que tenían delante. R2-D2 también estaba allí y emitió un pitido de saludo para Leia, que esta respondió con la cabeza. Leia se inclinó sobre el hombro de Rose.

—¿Alguna novedad?

Rose se sobresaltó.

—¡General Organa! —dijo. Se enderezó en su silla y se quitó los auriculares, que dejó sobre la mesa—. No la había visto —confesó. Sonrió levemente a Rey—. ¡Hola!

—Hola —dijo Rey, asintiendo.

—¿Alguna noticia de Bracca o Corellia? —preguntó Leia.

—Zay contactó a las nueve cien. Dijo que habían aterrizado y que el Escuadrón Escoria iba a su punto de encuentro con el contacto del Gremio.

—¿Escuadrón Escoria? —preguntó Leia, sonriendo—. Creo que sé a quién se le ha ocurrido ese nombre. ¿Informó de algún problema?

—No. Esto… negativo. Todo parecía ir como la seda. Pero dijo que el equipo que salía al terreno quedaría sin contacto por comunicador durante un rato. Algo sobre interferencias en la superficie del planeta.

—Bien. —Se volvió hacia Connix—. ¿Y los equipos de Corellia?

—El Equipo Uno ha aterrizado y está en la subasta —dijo—. Tampoco tenemos contacto por comunicador, por razones de seguridad. Parece que hay una considerable presencia de la Primera Orden. Pero los estoy rastreando y están allí. —Señaló cuatro lucecitas rojas parpadeantes en un monitor.

—¿Sabemos si la subasta ha empezado?

—Sí —dijo Rose—. Recibimos una comunicación de Maz Kanata.

—¿Informó de algún problema?

—No, por el momento.

—¿Y el otro equipo en Corellia?

—Sin noticias del Equipo Dos de Corellia —dijo Connix—. En cuanto sepa algo se lo comunicaré.

—Gracias —dijo Leia. Se volvió hacia Rey—. ¿Te ayuda esto?

—Sí —dijo Rey—. Pero sigo sintiendo algo. No puedo explicarlo. —Hizo una pausa, con la boca abierta, como si buscase las palabras justas, pero terminó negando con la cabeza, rendida—. No puedo explicarlo —repitió.

—No pasa nada —dijo Leia con dulzura—. Cuando lo sepas, ven a verme y…

Rey levantó la cabeza bruscamente. Su voz fue débil y llena de terror:

—¡Están aquí!

Una alarma de proximidad empezó a sonar en la sala. Unas enormes puertas metálicas cayeron sobre las ventanas de cristal con un enorme estruendo, ocultando rápidamente la vista del desierto.

—¡A sus puestos! —gritó Yendor—. Dad la alarma. La Primera Orden está aquí. ¡Nos atacan!

CAPÍTULO 27



—¡Dispersaos! —gritó Shriv, pero para Wesson ya era demasiado tarde. Vio caer a la piloto del pelo caoba, con un disparo de bláster en las costillas. Raidah gritó. Shriv maldijo y se arrojó hacia la izquierda, disparando su rifle bláster, hasta que su hombro se estrelló contra un grueso poste metálico. Se estremeció de dolor, agachándose bajo aquella débil protección. Los demás miembros de su equipo también se pusieron a cubierto tras las anchas columnas de acero que flanqueaban el pasillo. No era una protección muy sólida, seguían demasiado expuestos, pero los soldados de asalto estaban en las mismas circunstancias. Ambos bandos se disparaban desde corta distancia, pero los soldados de asalto estaban más expuestos en el andén abierto. El Escuadrón Escoria estaba algo mejor, por poco que fuera. Una ligera ventaja, pero Shriv agradecía aquellas pequeñas cosas.

Disparó y abatió a un soldado de asalto. Miró alrededor frenéticamente, buscando alguna salida. Su única esperanza era seguir por el pasillo, hacia lo desconocido. Se estremeció al recordar la boca de la criatura, devoradora de metal, preguntándose qué prefería… morir por fuego de bláster o ser el almuerzo de un monstruo. Estaba bastante convencido de que por fuego de bláster, pero entonces Martillopesado gritó y Shriv desvió su atención hacia el punto del pasillo en que el resto del Escuadrón Escoria seguía encallado. El corpulento piloto había recibido un disparo en la pierna y estaba postrado sobre una rodilla, claramente dolorido. Pacer intentaba sacarlo de la línea de fuego, pero no había ningún lugar seguro cerca. Estaban atrapados y solo era cuestión de tiempo que la Primera Orden los eliminase.

—¡Retroceded! —les gritó, aunque no sabía de qué iba a servirles. Cruzó la mirada con Pacer y volvió a gritar, pero el joven piloto negó con la cabeza y señaló frenéticamente a los soldados. Shriv se volvió justo a tiempo de ver que un soldado de asalto caía hacia delante, con el casco atravesado por una flecha.

—Pero ¿qué diantre…? —murmuró, cuando otro piloto cayó con una flecha en la cabeza. Y entonces el pelotón pareció entender que los estaban atacando por la espalda y se volvió para encarar aquella nueva amenaza. Lo que permitió que Shriv y los demás se ocupasen de acabar con ellos. Y así, las tornas cambiaron de derrota segura a victoria. Entre el Escuadrón Escoria y sus misteriosos arqueros aliados despacharon rápidamente a todas las fuerzas de la Primera Orden.

Pacer fue el primero en avanzar, más allá incluso de lo que a Shriv le parecía prudente. Un puñado de chatarreros del Gremio se materializaron entre el humo, sorteando los cadáveres de los soldados de asalto. Cuatro de ellos empuñaban ballestas

modificadas que parecían diseñadas para lanzar anclas con cables, no para disparar contra personas, y Shriv encajó las piezas del rompecabezas.

La mujer que saludó a Pacer era baja como él y llevaba su espesa melena negra en un corte de tazón que le envolvía la cara como una capucha. Su expresión era taciturna y Shriv supuso que debía ser su hermana… y que la vehemencia de Pacer era un rasgo familiar.

—Mi hermana, Puwanini —dijo este, presentándosela mientras se le acercaban.

—Llámame Puwan —añadió ella, rápidamente.

—Yo soy Shriv —dijo—. Mil gracias por la ayuda. Bueno, ¿cómo salimos de aquí?

Ella se enfundó la ballesta en un artilugio que llevaba a la espalda.

—Bueno, la Primera Orden ya sabe que estáis aquí. Espero la aparición de refuerzos en cualquier instante. Probablemente con el próximo tren.

—¿Y eso cuánto tiempo nos da?

Puwan miró al cielo, como si calculase mentalmente.

—Pasan cada quince minutos y se acaba de ir uno, así que supongo que tenéis unos doce o trece minutos, como máximo.

Era más de lo que esperaba.

—Nos bastarán. Solo muéstranos la manera de llegar hasta las naves.

Puwan arqueó sus espesas cejas negras.

—¿Seguís queriendo robar esa chatarra de la Nueva República? —Miró detrás de Shriv.

Este echó un vistazo por encima de su hombro, donde Wesson estaba tirada en el suelo, jadeando, con Raidah agachada al lado, apretando las manos sobre su costado herido. Wesson estaba callada, pero caían lágrimas por sus mejillas, mojando las manos de Raidah. Shriv pudo ver carne quemada. Demonios, la podía oler. Wesson se dio cuenta de que la estaba mirando y levantó la barbilla.

—Completemos esta misión —dijo ella, entre dientes.

Shriv suspiró. Odiaba aquello, de verdad. Los soldados sufrían heridas. A veces, muchas veces, morían. Así funcionaba.

Sobre todo con los soldados que combatían en su bando. Así que dijo lo único que podía decir:

—Completemos esta misión.

Puwan se puso las manos enguantadas sobre las caderas.

—Vale, pero ya no podéis llevároslas discretamente. El mejor camino es por la entrada más cercana. Desde allí veréis todas las plataformas de chatarra. He intentado elegir una que creo que apreciará un puñado de pilotos de la Resistencia, aunque no estoy muy convencida.

Era muy considerado por su parte y así se lo dijo.

Ella se encogió de hombros.

—Lo que sea por mi hermano pequeño.

—¿Y qué pasa con Wesson? —preguntó Martillopesado, cuando llegó hasta ellos. Cojeaba mucho. Shriv reprimió una mueca de espanto. El grandullón tenía la pierna destrozada por debajo de la rodilla. Que siguiera en pie era un milagro.

—No te preocupes por ella —dijo Raidah—. Yo me ocupo.

—Si nos llevamos las naves, habrá merecido la pena —dijo Pacer—. El sacrificio de Wesson tendrá sentido.

—No ha muerto, capullo —le gruñó Raidah.

Shriv le dio una palmada en el hombro a Pacer y señaló el pasillo.

—¡Vamos!

Pacer se encogió de hombros y fue con su hermana, que avanzaba por el pasillo como un explorador.

—Chiquillos —le dijo Shriv a Raidah, intentando restarle importancia, mientras le ayudaba a levantar a Wesson. A aquellas alturas, el Escuadrón Escoria había quedado reducido a dos pilotos, dos heridos y un chiquillo impulsivo. No era lo idóneo, pero buscaría la manera de que funcionase.

Su avance era lento. Demasiado. Shriv se había ofrecido a relevar a Raidah y cargar con Wesson, pero la primera no había querido.

—Nos cazaron por mi culpa —dijo, con la voz rota—. Es culpa mía que Wesson y Martillopesado estén heridos. Yo me ocupo.

Shriv no la rebatió. Sabía cómo eran aquellas cosas, lo que significaban para un soldado. Lo que significaban para Raidah.

Pero les estaba ralentizando y Shriv estaba seguro de que el fuego de bláster empezaría a lloverles desde detrás en cualquier instante. Afortunadamente, llegaron al final del pasillo más rápido de lo que esperaba. Daba a una amplia abertura al exterior, a cielo abierto. Puwan fue hasta unos pequeños vestuarios que había a la derecha y Shriv, a su pesar, avanzó hasta el borde de la plataforma para echar un vistazo. Inmediatamente deseó no haberlo hecho.

A sus pies se extendían las gigantescas fauces de la Boca de Ibdis. Aquella boca era incluso mayor de la que había visto antes y se le ocurrió que había múltiples criaturas o múltiples bocas de una misma criatura de dimensiones continentales… y ninguna de las dos opciones resultaba tranquilizadora.

Vio, con horrorizada fascinación, a unos ochocientos metros, una gran nave cayendo en la boca de la criatura. Se oyó un chirrido y después gran estrépito y la plataforma donde estaba se sacudió bajo sus pies. Retrocedió rápidamente, sintiéndose demasiado cerca del abismo.

—¿Cómo cruzamos? —preguntó, uniéndose a los demás en los vestuarios. Se estaban poniendo algo sospechosamente parecido a unas mochilas propulsoras. Shriv sintió un nudo en el estómago—. No me digáis que vamos a cruzar volando.

—No exactamente —dijo Puwan. Había vuelto a desenfundar su ballesta y dio una palmadita en el cañón—. Dispararé un cable y podréis ataros a él con aparejos. Los propulsores son solo para impulsarse y maniobrar. Probablemente también ralentizan la

caída, pero os recomiendo que no lo probéis. Si os soltáis del cable… —Se encogió de hombros—, ya veis cómo acabaréis.

«Aterrizando en la boca de un monstruo», pensó Shriv.

—¡Genial! —dijo, jovialmente—. Celebro haber ideado este plan.

Pacer resopló y Shriv estuvo a punto de sonreír. El muchacho tenía sentido del humor, después de todo.

Puwan se llevó una mano a la oreja y Shriv notó por primera vez que llevaba un comunicador.

—Es hora de irse —dijo, muy seria—. Vienen soldados de asalto.

Shriv se encogió de hombros dentro del chaleco reforzado que la chatarrera le había dado, viendo cómo le colocaba los propulsores en el cinturón. Le explicó cómo controlarlos con los guantes, que Shriv se puso, y después hizo lo mismo con Raidah. Esta le puso el cinturón y los propulsores a Wesson, quien se mordió tan fuerte el labio, para reprimir el dolor, que se hizo sangre. Pacer ya estaba vestido. Cuando Puwan llegó a Martillopesado se quedó parada. El grandullón no pensaba hacerlo.

—¡Marchaos sin mí! —gritó entre dientes—. No pienso colgarme de ese cable. Esos diminutos propulsores no sostendrán a un hombre tan fuerte como yo. Prefiero morir aquí, combatiendo en suelo firme, que en la boca de un monstruo.

—¿No has oído que ya vienen los soldados de asalto? —le dijo Puwan.

—¡Qué vengan! —rugió—. Dame un arma y saldaré algunas cuentas antes de que acaben conmigo.

Puwan levantó las manos y se alejó.

—Es vuestro problema —gruñó—. Habla tú con él. Voy a lanzar los cables. —Shriv la vio dirigirse al borde de la plataforma, apuntar al otro lado de lo que empezaba a llamar afectuosamente el Mordiente Abismo de la Muerte, y disparar.

Raidah estaba agachada, susurrando a Martillopesado con insistencia. Shriv la dejó ocuparse de aquello, prefiriendo acercarse a Puwan.

—¿Dónde apuntas? —le preguntó.

—Plataforma treinta y tres G. Es la que creo que apreciaréis.

Examinó la docena aproximada de plataformas que veían desde donde estaban. La treinta y tres G era la más alejada, con diferencia. Solo pudo atisbar la inconfundible ala cruciforme de dos de las naves que había allí dentro, aguardando pacientemente a ser devoradas por la Boca de Ibdis, además de otra que estaba bastante seguro de que era un Ala-A.

—¿Podemos llegar hasta allí?

—Está lejos —reconoció ella—, pero tengo cable suficiente. No tanto como para lanzar dos, así que os lo tendréis que jugar todo con solo uno. Pero sin riesgos no hay recompensa, ¿verdad?

—Un dicho espantoso —mascculló.

Puwan sonrió y se volvió hacia su objetivo. Apuntó su ballesta, exhaló y disparó la flecha. Vieron volar el cable, como la cinta de una cometa. Atravesó el Mordiente

Abismo de la Muerte y, por fin, tras lo que a Shriv le pareció una eternidad, dio en su blanco.

Puwan sonrió y aulló.

—¡Ves! —dijo—. Sabía que podía.

—¡Genial, testarudo! —Le llegó la voz frustrada de Raidah desde su espalda—. Quédate a morir aquí.

Shriv regresó a aquel problema.

—¿Qué pasa, Martillopesado? —preguntó, aunque no era necesario. Ya se había dado cuenta de que era imposible que aquel hombre tan corpulento superase la Boca de Ibdis colgado de aquel cable, aunque no tuviera la pierna destrozada.

—Un hombre debe poder elegir cómo quiere morir —le dijo, y Shriv pudo ver que el sudor le cubría la frente, como lluvia de primavera—. Yo elijo morir así.

—No queremos mártires —dijo Wesson, dolorida—. ¿No dijiste eso en la nave, Shriv? No queremos mártires en esta misión.

Shriv asintió. Eso había dicho.

Martillopesado se puso torpemente de pie, con un esfuerzo tremendo. Shriv pudo ver que tenía un agujero en el muslo. Tragó saliva.

—¿Duele?

—Como si los fuegos de mi planeta intentasen devorarme —dijo Martillopesado—. Pero no tengo miedo.

—Sanrech… —empezó a decir, pero ya no era momento para palabras—. Lo siento.

Martillopesado se echó a reír, pero su alegría se cortó con una respiración entrecortada.

—No eres un gran líder, Shriv Suurgav —le dijo el grandullón, con una mueca de dolor—. Solo en la media. Pero puedes llegar a ser grande. —Se encogió de hombros.

Shriv no podía rebatirle aquello.

—Te advertí que no esperases gran cosa cuando todo esto empezó.

—El comandante Dameron dijo que uno debe tomar decisiones que le hagan ser mejor. Yo no lamento haberte seguido. —Atemperó sus palabras con media sonrisa, pero eso no hizo que Shriv se sintiera menos fracasado. Jamás debería haber permitido que llegara a aquella situación. Hasta el momento, dos miembros del Escuadrón Escoria caídos y nada en las manos.

Oyeron gritos lejanos y docenas de pies corriendo hacia allí.

—Se nos acaba el tiempo —dijo Puwan—. Si queremos cruzar todos es ahora o nunca.

—Adelante —dijo Shriv—. Pacer y tú primero. Después Wesson y Raidah. Yo iré el último.

La chatarrera no rechistó. Ató el mosquetón de su arnés al cable que había fijado antes y saltó por el borde de la plataforma. Pacer fue tras ella. Raidah ató a Wesson y apretó los botones de sus guantes para lanzar a su compañera al aire. Después, tras mirar por última vez a Martillopesado, Raidah saltó.

—Me habría gustado volver a volar —le dijo el grandullón a Shriv, con pesar—. Supongo que no tocaba. Llévale las naves a la Resistencia —añadió Martillopesado—. Y cuando estés pilotando tu pájaro por la atmósfera y llegues al espacio, mira hacia abajo y acuérdate de mí, ¿vale?

—Lo haré.

—¡Allí! —llegó un grito desde el pasillo.

Y, al cabo de un instante, Martillopesado bramaba y disparaba con el rifle que le había quitado a un soldado de asalto muerto, mientras Shriv corría hacia el cable. Se ató, notando las manos torpes dentro de aquellos guantes, y se arrojó al vacío. El fuego de bláster resonaba en el pasillo que dejó atrás.

Flexionó los dedos y activó los propulsores conectados a su aparejo, acelerando sobre el abismo. Mantuvo la vista fija en su destino, la plataforma de los Ala-X, a casi un kilómetro de distancia. No miró abajo, al océano de dientes. Y no se orinó de miedo, a pesar de las ganas que tenía.

Sí que gritó cuando el cable perdió tensión repentinamente, como si se hubiera soltado del anclaje, y empezó a deslizarse por él hacia atrás y abajo, en una acelerada caída libre.

CAPÍTULO 28



De niño, Shriv se metió en un nido de abejas azulbarbo. Le picaron de tal manera que la cara se le hinchó como una rueda de queso de Cardekkia. El médico le suministró tanto antídoto que sintió que se derretía, como si la carne se despegase de sus huesos y cayese como cera a sus pies. No era exactamente la sensación desgarradora de pisar un planeta de alta gravedad por primera vez, sin estar prevenido, pero la fuerza, el golpe y el dolor… eran iguales.

Así se sentía en aquel momento, cuando su caída libre hacia la Boca se interrumpió abruptamente al chocar con algo o alguien, lanzándole sobre las firmes vigas de la torre de metal que había justo bajo el borde de la plataforma a la que intentaba llegar. Se golpeó la cabeza, un fuerte impacto en la sien, y gruñó. Su cuerpo vino después y solo la protección reforzada por las costillas del chaleco de Puwan evitaron que terminase con las tripas reventadas. Lanzó un gruñido de dolor y quedó sin aliento.

—Te tengo —gritó una voz lejana. Notó la vibración del sonido, el beso de la saliva y un aliento en su oído, pero la voz parecía muy remota. «Conmoción cerebral», pensó. «Una herida en la cabeza. No oigo bien».

La voz le gritaba más cosas, cosas que sonaban a «corta el cable» y «por los pelos» y «almuerzo del monstruo», aunque no estaba seguro. Unas manos bruscas le zarandearon y, finalmente, abrió los ojos.

Pacer Agoyo estaba cerca de su cara, visiblemente preocupado.

—¿Estás bien? —preguntó el chico.

Shriv no lo sabía, pero no estaba muerto porque el dolor de su cabeza era peor que cualquier más allá que pudiera imaginar, por muy retorcido que fuera.

—Creo que me he roto algo —logró decir.

Pacer le tocó la cabeza, con una suavidad sorprendente, girándola hacia un lado y el otro.

—No, estás bien. Solo te has llevado un buen golpe.

—No oigo. —Lo que no era del todo cierto. Todo le sonaba como si estuviera al otro lado de un grueso muro.

Una brisa repentina le rozó la coronilla, haciéndole estremecerse. Otro cable como el de antes cayó desde un panel abierto sobre sus cabezas. Levantó la vista y vio a Raidah y Puwan a través de una abertura en el suelo de la plataforma. Puwan le saludó con la mano.

—Vamos a subirte, jefe —dijo Pacer, asegurando el nuevo cable al mosquetón de Shriv. Al cabo de unos segundos, lo subieron por el agujero. Unas manos le ayudaron en los últimos metros y quedó estirado sobre la cálida plataforma metálica.

—¿Estás bien? —preguntó Puwan, sonriendo mucho—. Porque eso ha sido increíble. Los soldados han cortado tu cuerda y creía que estabas perdido. Pero Pacer ha saltado para agarrarte. Nunca había visto nada igual. —Estaba entusiasmada—. Mi hermano es un instalador nato.

—Genial —dijo Shriv. La cabeza aún le retumbaba y no oía bien, pero como mínimo estaba vivo. Y todo se lo debía al muchacho—. Genial —repitió.

—Ahí arriba traman algo —dijo Raidah, cubriéndose los ojos con una mano para mirar hacia el punto del que venían—. Creo que están instalando un arma. Un cañón de repetición o algo así.

La cabeza de Pacer asomó por el agujero. Se impulsó para subir, sonriente. Puwan abrazó a su hermano, sin parar de hablar de su intrépido rescate.

—¿Tienes el visor, Puwan? —preguntó Raidah, tensa.

Puwan le dio algo que parecía un monóculo. La piloto se lo acercó a un ojo. Y tomó aliento.

—Un cañón —confirmó—. Será mejor que nos larguemos.

La mujer alargó una mano y levantó a Shriv. Este miró alrededor. El lote de la plataforma era incluso más espectacular de lo que esperaba. Toda una maldita plataforma de Ala-X. Cuatro T-70, como el que él pilotaba, otro modelo más antiguo, un T-65B, y un T-85 que parecía demasiado nuevo para desguazarlo.

—Unas deliciosas galletitas con mantequilla —murmuró Shriv—. El Escuadrón Escoria ya tiene cazas estelares.

—Pero solo vuelan dos —dijo Raidah—. Todos los T-70 están sin amortiguador aluvial. Aunque he conseguido arrancar el T-85. —Fue con paso decidido hacia la nave en cuestión, hablando con Shriv por encima del hombro—. Sería más fácil con un astromecánico, pero creo que podremos despegar. No estoy muy segura sobre sus sistemas de armas ni sus hiperimpulsores, pero no están desguazados.

—¿Las podemos remolcar?

—¿Cómo?

—Recuperando todo el cable y atándolo a las naves. Pilotamos las que podamos despegar y remolcamos las demás.

Puwan, que estaba escuchando, se rascó la barbilla, pensativa.

—El cable es fuerte —dijo—, pero no sé si tanto.

—Solo hay una manera de descubrirlo.

Shriv miró los T-70. Se acercó al que parecía en mejor estado.

—¿Has intentado arrancar este? —preguntó por encima del hombro.

—Creo que le falta el amortiguador aluvial, como a los demás, pero no me he molestado en intentarlo.

Shriv acarició el casco metálico, pensativo. Había hecho el puente a su propia nave las suficientes veces para saber cómo arreglárselas sin amortiguador aluvial. Claro que entonces tenía herramientas y un astromecánico para ayudarle, pero no debería resultarle imposible.

—Empezad a conectar los cables —ordenó—. Voy a intentar arrancar esta monada. —Miró al otro lado del abismo—. ¿Cómo va el cañón de la Primera Orden?

Raidah volvió a mirar por el monóculo de Puwan.

—Aún lo están montando —dijo, al cabo de un minuto—. Creo que están demasiado lejos o algo así. Creo que intentan instalar algo para incrementar su alcance.

—Bueno, veamos qué podemos hacer antes de que terminen.

Eso hicieron, recuperando cable e improvisando amarres. Casi habían terminado cuando el mundo empezó a deslizarse lateralmente bajo sus pies.

Al principio, Shriv pensó que era consecuencia de las lesiones en su cabeza, pero cuando los demás gritaron y se inclinaron hacia delante, se dio cuenta de lo que era. Ya había visto una plataforma de naves grandes inclinándose para colocarse casi vertical y lanzar su cargamento sobre la Boca de Ibdis.

—Han tardado más de lo que esperaba en encontrar el botón de inclinación —dijo Puwan, con las rodillas dobladas y sujetándose al tren de aterrizaje de un Ala-X—. Pero era inevitable.

Shriv quería preguntarle por qué no se lo había comentado, si era inevitable, pero supuso que ya daba lo mismo.

—Es la señal de despegue —dijo, entre dientes apretados—. Preparados.

Wesson, que estaba sentada bajo un Ala-X, sudando y con mal color, le sonrió. Tenía sangre entre los dientes.

Shriv le devolvió la sonrisa.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, acercándose. Ella le tendió una mano y Shriv la ayudó a levantarse.

—Quizá me cueste un poco pilotar una de esas naves, pero me las arreglaré.

—La subiré a una de las naves remolcadas —dijo Raidah, al llegar junto a ellos—. Así solo tendrá que sujetarse fuerte.

—¿Crees que podrás hacerlo?

La mirada de Wesson fue dura.

—Por supuesto, Jefe Escoria.

—Bien. —Le hizo un gesto a Raidah para que se ocupase de su compañera.

Raidah ayudó a Wesson a subir a uno de los T-70, remolcado por un T-85, del que tomó los mandos. Pacer esperaba en un T-65B. Shriv saludó con la cabeza y montó en el T-70 en que había estado trabajando. La plataforma seguía inclinándose lentamente y Shriv ordenó a los demás que despegasen. Pacer y Raidah se elevaron verticalmente sobre la plataforma sin problemas. Los cables estaban conectados al morro y la cola de las naves, de forma que cuando la primera nave tuviera el suficiente impulso, la otra saliera tras ella. Shriv miraba con inquietud cómo los cables llegaban a su máxima

tensión. Puwan no estaba segura de que aguantasen, pero resistieron. Poco a poco, las naves despegaron de la plataforma.

Con los demás ya en el aire, Shriv se preparó para despegar.

Una explosión envolvió su caza. Restos de la plataforma se estrellaron contra el transpariacero de su cabina y se agachó instintivamente. La cubierta resistió.

—¿De dónde ha salido eso? —gritó por el comunicador.

—*Fuego de cañón* —respondió Pacer—. *Parece que ya han solucionado el problema del alcance.*

—*¿Quieres que me los cargue? Espera.* —Por el auricular de Shriv llegaron maldiciones y algo parecido a un puñetazo sobre el metal—. *Las armas no funcionan.*

—No pasa nada —dijo Shriv—. Vosotros limitaos a sacar esas naves de aquí. Además, remolcáis más naves y vuestra maniobrabilidad quedará reducida. No os preocupéis por mí. Raidah y tú llevaos esos Ala-X y completad esta misión.

Silencio al otro lado y Shriv sintió una punzada de frustración.

—¡Es una orden, Agoyo! —gritó—. Largo de aquí.

Tras un instante, Pacer respondió:

—*Recibido. Escoria Dos y Escoria Tres, nos vamos.*

Shriv sonrió.

—Aquí Jefe Escoria, recibido.

Otra explosión, prácticamente debajo de su nave, y se dio cuenta de que la inclinación de la plataforma le debía estar acercando al cañón de la Primera Orden. La vista al otro lado de la cabina también se inclinaba cada vez más hacia hileras de dientes trituradores de metal y el peso de la nave remolcada no le garantizaba que el T-70 respondiera a tiempo para huir de allí. Había esperado demasiado y ahora estaba atrapado. La única manera de salir era intentar una complicada maniobra de barrido, lanzándose hacia la Boca de Ibdis para evitar los cañonazos; si intentaba despegar verticalmente, iría directo hacia su línea de fuego. ¿Asquerosa bestia abismal o cañón de la Primera Orden? Todo aquello le resultaba demasiado familiar, pero Shriv decidió rápidamente probar suerte con el cañón. Activó los escudos deflectores delanteros, arrancó los propulsores del Ala-X y rezó una plegaria para quien pudiera atenderla.

Cuando despegó, el mundo estalló a su alrededor. La nave se sacudió con violencia. Su cabeza, ya herida, golpeó el transpariacero y vio fugazmente las estrellas. La luz del indicador de escudos parpadeó y perdió intensidad, y el motor gimió bajo el estrés del lento despegue. Incrementó la potencia, pero la nave no respondió. Necesitaba un astromecánico para reparar los escudos y añadir potencia a los propulsores, pero estaba solo. Se estaba quedando sin opciones y había cometido un terrible error. La luz de escudos se apagó del todo. No tenía escudos.

—Tendría que haber optado por la bestia abismal —masculló. Se preparó para el impacto del fuego de cañón.

Más explosiones, pero estas lejanas. Una sombra cubrió la cabina y levantó la vista. La nave transporte que habían usado para llegar a Bracca estaba sobre él, en la trayectoria

del cañón de las tropas de la Primera Orden. Se rio. El transporte no disponía de mucho armamento, solo el suficiente para defenderse de piratas y demás, pero bastó para destruir parte de la plataforma y del cañón de los soldados de asalto.

—¡Zay! —gritó por el comunicador—. ¿De dónde has salido?

—Estás en todos los noticiarios. Chatarreros rebeldes robando naves. El Gremio niega que seas uno de ellos. ¡Y la Primera Orden lo jura! ¡Vas a desencadenar un incidente galáctico!

—¡Genial!

El transporte se alejó y Shriv despegó de la plataforma.

—¿Dónde están los demás?

—Se han marchado. Venía a ver cómo lo llevabas. Menos mal que he venido.

—Menos mal —dijo, aliviado.

Cruzaron la densa atmósfera y Shriv jamás se había alegrado tanto de ver la negritud del espacio. Se acordó por un instante de Sanrech Martillopesado, como le había prometido.

—*¿Volvemos a Ryloth?* —preguntó Zay.

—Como tú quieras, hija del espacio.

Y, esta vez, Zay se rio.

CAPÍTULO 29



El caos reinaba a su alrededor, una sobrecarga que abrumaba los sentidos, con los invitados aterrorizados y corriendo por sus vidas. El ruido de las copas de cristal y de muebles caros rompiéndose llenaba el ambiente. A pesar de la prohibición de armas, alguien, varias personas, al parecer, debían haber infiltrado algún bláster, porque el aire se llenó rápidamente de fuego láser, con mesas y sillas volcadas convertidas en improvisados refugios desde donde la gente oponía resistencia.

La Primera Orden invasora había dejado las puertas abiertas y un viento marino soplaba por la mansión, acariciando los suelos de piedra y dejando tanta sal en el ambiente que Poe casi podía saborearlo bajo el punzante olor a humo. Todo ello acompañado por el ruido constante de fuego de bláster y extrañas ilusiones de peces y criaturas marinas. La escena era una mezcla de pesadilla entre la irrealidad y el hiperrealismo, mientras moría gente de ambos bandos.

Entre todo aquello, el esquelético oficial de la Primera Orden gritaba pidiendo calma, pero el mal ya estaba hecho. Nadie le escuchaba.

Poe aprovechó para moverse por la sala a gachas, con Finn al lado.

—Debemos encontrar a Suralinda y Charth —dijo, por encima del hombro.

—Necesitamos encontrar un par de blasters —replicó Finn.

—Las dos cosas nos irían bien.

—¡Mira!

Poe miró donde Finn le señalaba. Suralinda estaba tras las piedras de una cascada artificial, disparando con el rifle de un soldado de asalto caído. Fueron hasta ella, cubriéndose tras las columnas y esquivando invitados aterrorizados.

—¿Dónde está Charth? —preguntó Poe, cuando llegaron junto a ella, jadeando.

Suralinda le miró y los tres se agacharon cuando otro disparo de bláster impacto en las rocas que tenían sobre sus cabezas.

—Ha ido a buscar la nave. ¿Qué ha pasado?

—Debieron enterarse de lo de la subasta. —Señaló el bláster que ella empuñaba con la barbilla—. ¿No tendrás otro de esos?

Ella le sonrió, mostrando sus colmillos.

—Ve a buscarte uno. Como yo.

—¿Me ayudas? —Suralinda se inclinó hacia delante, tomándose su tiempo para apuntar a pesar del fuego enemigo, y abatió al soldado de asalto más cercano. Finn corrió a quitarle el arma, mientras Suralinda le cubría. Recogió el bláster y corrió hacia una gran columna, a una docena de metros.

—¿Bien? —preguntó ella.

—Aún no podemos marcharnos —dijo Poe—. Tenemos que llevarnos la lista.

Suralinda frunció el ceño.

—La lista ya está perdida. Lo que tenemos que hacer es salir de aquí vivos.

De repente se apagaron las luces, sumiendo la sala en la oscuridad.

—¿Qué pasa ahora? —masculló Poe. Unas lucecitas del suelo parpadearon por toda la sala, ofreciendo solo la luz suficiente para evitar tropezar, pero no para ver lo que tenías delante.

—Como mínimo se ha apagado esa condenada holo marina —dijo Suralinda.

Tenía razón. Por primera vez desde que habían llegado, la enorme sala se había librado de aquel extraño paisaje submarino artificial.

Algo llamó su atención, un atisbo de un blanco reluciente subiendo rápidamente unas escaleras, justo detrás de Finn. Era Nifera Shu, todavía viva y probablemente intentando huir. Su vestido de conchas blancas relucía incluso a oscuras. Y no era lo único que relucía. También la serpiente de su cuello lo hacía.

Por supuesto.

—Finn y tú id a buscar a Charth y dirigios a la nave —dijo Poe, con una idea tomando forma en su cabeza.

—¿Qué? ¿Y qué harás tú?

—Yo voy a buscar la lista.

Alcanzó a Nifera Shu en la terraza del segundo piso, mientras intentaba frenéticamente conectar con alguien por el comunicador que llevaba en las manos.

—¡Nifera! —gritó.

Esta se volvió hacia él, abriendo mucho los ojos, asustada. La anguila que rodeaba su cuello parecía tan inquieta como su dueña. Poe la miró con recelo.

—Han matado a mi marido —susurró ella, sin aliento—. Han asesinado a Hasadar ante mis narices. Delante de todos.

—Lo sé —dijo Poe. Abrió los brazos para mostrarle que iba desarmado, que no quería hacerle ningún daño—. Por la lista. —Miró la anguila. Ahora pudo ver que tenía unos cuernos diminutos. Era tan parecida a la criatura que había visto abrir la subasta que no podía tratarse de mera coincidencia—. Por el Colectivo.

Algo se descompuso en la cara de Nifera.

—Por mi culpa —dijo, en un leve gemido.

—Y vienen por usted —dijo. Como reforzando sus palabras, algo se derrumbó bajo ellos, en el salón principal, con la fuerza suficiente para sacudir la terraza en la que estaban. Poe se golpeó el hombro contra una pared. Nifera se agarró a la barandilla para no perder el equilibrio.

—Tengo que salir de aquí —dijo ella. Volvió a levantar su comunicador, apretando los botones. Pero no logró nada.

—Han bloqueado su señal —supuso Poe en una conjetura bien fundada. Ella le miró con impotencia—. ¿Y la lista? —le preguntó, con el corazón acelerado.

Nifera acercó una mano a la cabeza de la serpiente cornuda.

—Aquí. —Levantó la cabeza de la criatura y apretó suavemente los lados de su boca. Esta la abrió, obediente. Poe pudo ver un diminuto chip de datos sobre la lengua.

—Puedo sacarla de aquí —le dijo Poe—. Tenemos una nave.

—¿La Resistencia? —preguntó ella con complicidad—. ¿Forma parte de ella, Lorell?

Poe asintió. No tenía sentido seguir ocultándolo.

—¿Y qué va a costarme?

Poe señaló la serpiente con la barbilla.

Nifera pareció dudar.

Sonaron pasos en la escalera, tras ellos, y Nifera abrió mucho los ojos al ver lo que había tras Poe.

—Es ahora o nunca —la apremió este, mirándola fijamente, aunque le costaba no darse la vuelta—. Dele esa lista a la Resistencia o juéguesela con la Primera Orden. ¿Trato hecho?

Nifera asintió con decisión.

—Trato hecho.

—Genial. —Poe la tomó de la mano y la llevó hacia el borde de la terraza. Veinte metros más abajo había un estanque de agua oscura, uno de los que adornaban los jardines que habían cruzado al entrar en la fiesta.

—¿Es profundo ese estanque? —le preguntó Poe.

—No… no tengo ni idea.

Poe subió a la barandilla y la ayudó a subir a ella, torpe dentro de su vestido de conchas.

—Pues ahora lo averiguaremos —dijo Poe.

Y saltaron.

Llegaron juntos al agua.

El frío envolvió rápidamente a Poe, con el agua empapándole los miembros y cubriéndole. Sintió que la mano de Nifera resbalaba de la suya, arrastrada por el peso de su vestido hacia las profundidades del estanque, y la sujetó más fuerte, tirando de ella. Hizo esfuerzos por mantener la boca cerrada, por contener la respiración hasta que pudiera orientarse. Miró alrededor frenéticamente, con su mundo convertido en una ondulación de oscuras aguas saladas salpicadas de puntitos de luz azul.

La luz fue lo que le ayudó a orientarse. Las lámparas estaban en el fondo del estanque, en otras palabras, abajo. Lo que significaba que nadar en sentido contrario a ellas era ascender.

Así que nadó, arrastrando a Nifera.

Finalmente sacó la cabeza del agua y respiró, dando rápidas bocanadas.

Unas manos rudas se sumergieron en el agua helada, arrastrándole hasta tierra firme por la espalda de la chaqueta. Poe levantó la vista, esperando encontrar a soldados de la Primera Orden, pero vio a Finn con una amplia sonrisa de alivio.

—No puedo creer que hayas saltado —le dijo, riendo.

Suralinda sacó a Nifera del agua y la dejó junto a Poe.

—¡Su collar! —exclamó Poe, alarmado. Nifera había perdido la anguila en el agua.

Serenamente, la mujer metió una mano en el estanque y, al cabo de unos segundos, la anguila reptó por su brazo, hasta enrollarse alrededor del cuello.

—Buen truco —comentó Suralinda.

—Mejoraría si me dices cómo vamos a salir de aquí —dijo Poe, mientras Finn le ayudaba a levantarse—. ¿Dónde está Charth?

—Volvió antes —respondió Suralinda—. No hubo suerte con la nave. La plataforma de aterrizaje está completamente rodeada de soldados de asalto.

—Creía que iba a sacarme de aquí, Lorell —protestó Nifera.

—Y la sacaré. La sacaremos. Solo… necesitamos otro plan.

—Bueno, pues sugiero que sea rápido —dijo Suralinda—. Creo que solo tenemos unos minutos antes de que aparezca todo un contingente de soldados de asalto.

Tenía razón. Allí estaban demasiado expuestos. En el jardín había sombras, árboles con copas redondeadas y arbustos de dos metros de altura que les ayudarían a ocultarse, pero la Primera Orden registraría los jardines en cuanto tuviera bajo control el caos del interior de la casa. Incluso antes, si descubrían que Nifera había huido.

—¿Y qué pasa con Wedge? —preguntó Finn.

Poe se dio la vuelta.

—¿Qué quieres decir?

—Está aquí, ¿no? Tiene una nave. Si podemos contactar con él, nosotros también tendremos nave.

—Genial —dijo Poe, sinceramente—. Ahora solo necesitamos encontrarlo.

—Me comunicaré con Connix, en Ryloth —decidió Suralinda—. Quizá pueda indicarnos su ubicación.

Se dio la vuelta, con el comunicador en la mano, y Poe la pudo oír explicando la situación.

—¿Qué pasa? —preguntó Nifera, recelosa, entornando los ojos—. ¿Quién es Wedge? ¿Y quiénes son ustedes… en realidad?

Finn tomó la palabra.

—Somos la Resistencia, señora. Y hemos venido a ayudarla.

Nifera frunció el ceño y acercó una mano a la mascota que llevaba al cuello.

—Eso me dijo Lorell en la terraza. Y usted, con su alfiler del ave estelar. Pero se equivocan si creen que soy una de los suyos. El Colectivo no apoya a ningún gobierno.

—No somos un gobierno —replicó Poe—. Somos, más bien… —Desvió la mirada hacia Suralinda, que seguía absorta en su conversación—, un peculiar puñado de héroes.

Nifera frunció los labios.

—¿Héroes? Supongo que eso está por ver.

—Vale —dijo Suralinda, cortando la transmisión y volviéndose hacia ellos—. Tengo las coordenadas del equipo de Wedge, pero debemos apresurarnos. Se están marchando.

—¿Y Charth? —preguntó Poe.

—Se reunirá con nosotros por el camino.

—¿Adonde vamos?

—A Corporación de Ingeniería Corelliana.

—¿Sabes la dirección?

—Yo sí —dijo Nifera.

—Pues vamos.

Todos siguieron a Nifera por el jardín, sin alejarse demasiado de la alta vegetación. Suralinda iba detrás y tocó a Poe en un brazo para llamar su atención.

—¿Algún problema? —preguntó este.

—No quería decirlo delante de Nifera, pero hay problemas en Ryloth —dijo, en voz baja.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Poe, preocupado—. ¿Leia está bien?

—Connix no entró en detalles —dijo—, pero dijo que están evacuando.

—Debemos regresar.

—Lo haremos. Lo estamos intentando. Pero necesitamos una nave. Así que nos ceñimos al plan, salimos del planeta y rescatamos a nuestra gente.

Tampoco podían hacer mucho más. Le invadió una sensación de impotencia. Debía estar en Ryloth, protegiendo a Leia, ayudando a sus amigos. Pero no podía estar en todas partes. En aquel momento estaba donde estaba y debía completar su misión. En Ryloth o donde fuera, Leia necesitaba aquella lista.

Apretó el paso, temeroso de volver a fracasar. Pero no pensaba fallar a Leia. No fracasaría. Solucionaría aquello, aunque le costase la vida.

CAPÍTULO 30



Winshur seguía al coronel Amable a la mayor distancia que le era posible. Habían ascendido mucho, lo bastante para ver, si se daban la vuelta, los distritos del gobierno y el financiero reduciéndose a lo lejos. ¿Por qué no habían tomado un transporte, si iban tan lejos? Quizá Amable creía que el paseo les vendría bien. Quizá odiaba el transporte público o no había transportes a aquellas horas de la noche. Quizá caminar le daba más tiempo para abroncarle.

El hombre había censurado su conducta durante todo el trayecto por las calles de Ciudad Coronet hasta el distrito rico en que vivía Hasadar Shu. Al principio, Winshur se había encogido cada vez que Amable le dedicaba un insulto. Sus palabras habían cavado amargos surcos de vergüenza en su conciencia, como si hubieran sido golpes físicos, y volvía a estar en su colegio religioso, degradado y mereciendo aquella degradación.

Se sentía exhausto. Desecho. Y allí estaba, avanzando decididamente hacia su inevitable final, con la leve promesa de una muerte piadosa hecha por un hombre del que no confiaba recibir la menor compasión.

Pero, tras el decimoquinto comentario mordaz sobre su traición, algo cambió en Winshur. Empezó a ver la falsedad intrínseca. No había traicionado a la Primera Orden. Era incapaz de hacerlo. Amaba todo lo que esta promulgaba. Lo había dado todo por su causa, defendiendo sus valores y creencias.

Miró alrededor. El puente que cruzaban era un arco que se extendía sobre una amplia extensión de agua, un canal interior del mar de Ciudad Coronet que fluía bastante más abajo, con unas aguas tan frías como las del mar. Normalmente, el canal estaba lleno de barcos cargados con bienes de consumo y pequeñas embarcaciones de recreo que huían de la ciudad.

A aquellas horas, sin embargo, el canal estaba desierto. De hecho, las calles que les rodeaban también lo estaban. Y silenciosas. Excepto por los irritantes insultos de Amable.

Frente a ellos, tras la colina, Winshur pudo ver la iluminadísima casa de Hasadar Shu. Solo podía ser aquella. Incluso desde tan lejos, pudo oír el potente murmullo de la música y las voces, potentes para hacerse oír entre la música. Ya casi habían llegado. Pero ¿después qué?

Por el momento, seguían en la penumbra. Las sombras se arremolinaban alrededor de ellos, creando una oscuridad que a Winshur nunca le había preocupado, pero con la que ahora sentía una profunda afinidad. Su mente divagaba y pensó en cómo se había sentido

cuando golpeaba a Yama… y, entonces, en vez de desprecio por sí mismo, sintió algo distinto.

Euforia. Poder. Amable tenía razón en una cosa, como mínimo. La chica no importaba, nunca había importado, excepto como vehículo, como mecanismo para liberar algo oscuro en Winshur que ni siquiera sabía que acechaba en su interior.

Se sintió como si flotase, muy por encima del puente y del coronel. Era él mismo. Como si pudiera mirar desde las alturas y viera dos hombres diminutos en un puente diminuto, con el vasto océano debajo y alrededor. Al principio, no le gustó lo que vio. Un hombre alto y autoritario, el otro pequeño y derrotado. Pero, cuando se fijó mejor, pudo ver que el hombre pequeño estaba creciendo. Floreciendo. Extendiéndose como el mar.

—¿Quién es Winshur Bratt? —se preguntó a sí mismo—. ¿Y quién será?

El coronel Amable se volvió bruscamente.

—¿Qué dice?

Su voz era un desafío que un Winshur más tímido, el de diez minutos antes, habría rehuido. Pero aquel extraño Winshur flotante, aquel otro Winshur, el que crecía, el que atisbaba las posibilidades de la violencia por primera vez, se limitó a sonreír.

Amable entrecerró los ojos.

—¿Está de broma?

Winshur negó con la cabeza.

—Pues apriete el paso. Queremos estar allí cuando detengan al criminal. —Amable hizo un gesto despectivo con la boca—. Y usted afronte su fracaso.

Unos gritos salpicaban el aire, leves pero claros y crecientes. Oyeron fuego bláster tras ellos. Todo provenía de la casa de la colina.

—¡Maldición, llegamos tarde! —gruñó Amable—. Espabile, Bratt.

Winshur movió los pies. Al principio eran como hormigón, pesados e imposibles. Pero, a medida que su determinación crecía, se fueron haciendo más ligeros, como su conciencia. Al poco, estaba corriendo. Ligero como una pluma. Ligero como la luz de la luna.

No redujo el paso cuando se acercó al coronel. Aceleró incluso más y se abalanzó sobre Amable a la altura de su cintura.

Amable se estrelló contra la barandilla con un gruñido, colgando de espaldas sobre el precipicio. Winshur lo levantó y lo arrojó por el puente. Lo hizo deprisa, sin tiempo para pensar. Sin tiempo para cambiar de idea.

Amable abrió mucho los ojos, primero con perplejidad y después con miedo. Movió los brazos, buscando el equilibrio, pero ya era demasiado tarde. Se estaba precipitando.

Cayó a la noche de Ciudad Coronet, lejos de Winshur, lejos del puente. Llegó a las gélidas aguas del fondo, pero no oyó nada.

Winshur se apoyó en la barandilla, jadeando. Mirando con terror si el hombre de los ojos azules asomaba la cabeza del agua.

Esperó unos minutos.

Nada.

Esperó un poco más.

Nada. Y, de repente, se empezó a reír. Unas carcajadas potentes que le dejaban sin aliento, histéricas y salvajes.

Sabía que si alguien le oía en aquel momento pensaría que estaba loco. Pero nunca había estado más cuerdo.

¿Tan sencillo era vencer a sus pesadillas? ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Por qué no se lo había dicho nadie?

Examinó las calles que le rodeaban, pero no vio a nadie.

Pensó que aquello tenía fácil explicación. Amable había resbalado y se había caído. O los verdaderos traidores les habían atrapado y Winshur había hecho todo lo posible por resistir. El evidente golpe de su cara se lo había llevado al intentar defender el coronel. O quizá no había visto a Amable aquella noche.

Sí, era lo mejor. Fingiría que nada de aquello había sucedido.

No. Eso sería lo que haría el viejo Winshur. El nuevo podía hacer algo mejor. Podía encontrar a Monti Calay y llevar al traidor ante los tribunales de la Primera Orden. ¿Qué dirían entonces en el alto mando? Tendrían que perdonarle, puede incluso que ascenderlo, convertirlo en un héroe. Lo único que necesitaba era el historial de Monti Calay y la dirección de su casa, que tenía en su oficina.

Una sonrisa se dibujó en su cara, brillante como una sombra.

Se había terminado el miedo, se había terminado la cobardía.

Sentía la oscuridad como una manta alrededor del cuerpo y, por un instante, pensó que era gracias a él. Miró alrededor con asombro. De repente, se apagaron todas las luces de la mansión de la colina.

Y entonces echó a correr lo más rápido que podía, de vuelta a su oficina.

CAPÍTULO 31



Wedge y el resto del equipo siguieron a Yama Dex por el extenso recinto de Corporación de Ingeniería Corelliana. Estaba compuesto por tres torres rascacielos idénticas, con jardines, estanques y arroyos adyacentes entre los edificios, en una especie de parque industrial. Wedge recordó que Ciudad Coronet, toda Corellia, había sido siempre una mezcla única de conciencia medioambiental e industria intensiva. La ciudad combinaba flora y fábricas con una especie de orgullo que siempre había admirado. Jamás había visto ningún otro planeta que hiciera aquello tan bien. Por supuesto, podía ser un poco tendencioso. Se había criado allí.

Llegaron al edificio dormitorio, igual que los circundantes. A pesar de los frondosos jardines, había algo decididamente hostil en el diseño de aquellos edificios, algo que proclamaba practicidad y carecía de calidez. Se lo comentó a Norra y esta se encogió de hombros.

—Construido por ingenieros —dijo—. Puede que estuvieran más preocupados por su funcionalidad.

Aquello le hizo añorar su granja, con su ecléctica cocina y coloridos platos. Estaba seguro de que allí todos los platos eran de un anodino gris uniforme.

Yama se detuvo y miró por encima del hombro.

Teza echó un vistazo tras el siguiente recodo.

—Hay guardias en la entrada —susurró—. Debemos deshacernos de ellos.

—Intentemos hacer el mínimo ruido posible —dijo Wedge.

—Puedo hacerlo. Dadme cinco minutos. —Nasz se colgó el rifle y se escabulló hacia las sombras.

Contaron cinco minutos, tensos como tauntauns.

Teza llegó cuando se cumplía el tiempo. Les hizo un gesto para que avanzasen y todos la siguieron. Pasaron sobre los cuerpos de los guardias. Uno tenía un golpe en un lado de la cabeza y al otro lo había estrangulado. Wedge intentó no estremecerse, pero Teza le pilló mirando y sonrió, mostrando sus dientes azules.

—Algún día te preguntaré sobre Rattatak —le dijo Wedge.

—Cuando quieras.

—El dormitorio F está en el sexto piso —anunció Yama—. ¿Subimos en ascensor?

—Por las escaleras —dijo Wedge. Si podía, evitarían los ascensores. Resultaba demasiado fácil tenderles una emboscada si estaban todos apiñados dentro de una pequeña caja metálica.

El piso F era un páramo industrial sin alma que hizo que a Wedge los jardines del exterior le parecieran la mar de acogedores. Les recibieron hileras de puertas idénticas, sin ninguna identificación ni número, con unas pequeñas ventanas con barrotes a la altura de la vista como única peculiaridad.

—Una cárcel —dijo Teza, intentando abrir el pomo de una puerta—. ¿Qué os dije?

—¿Cómo vamos a saber dónde está Ransolm?

—¿El prisionero 876549C? —preguntó Snap—. Supongo que tendremos que ir puerta a puerta.

—No, tiene que haber una oficina por aquí —dijo Teza—. Y en esa oficina habrá una lista. Hacedme caso, así se hacían las cosas en el Imperio y así es como las hace la Primera Orden. Los regímenes autoritarios adoran la burocracia. En algún sitio hay una lista.

Wedge no estaba demasiado convencido, pero Teza había sabido encontrar datos en los archivos que los habían llevado hasta allí, así que no discutió.

—Ve a buscar la lista —dijo—. Nosotros empezaremos a llamar a las puertas.

Se dividieron, Snap ocupándose de un lado y Norra del otro. Wedge y Yama empezaron por extremos opuestos. La mayor parte de llamadas no obtuvo respuesta. O las habitaciones estaban vacías o sus ocupantes dormían. Una llamada provocó un grito desgarrador que les estremeció a todos.

Y después tuvieron otras respuestas. Algunos lloros, súplicas. Pero ninguna respuesta al nombre de Ransolm, que iban susurrando a medida que peinaban el pasillo.

—No podemos dejarlos aquí —dijo Norra, cuando se encontraron en el centro del pasillo—. Esto es espantoso. Son todos aliados nuestros. No podemos dejarlos aquí.

Wedge opinaba lo mismo.

—Pues nos los llevaremos.

—¿Podemos meterlos a todos en la lanzadera? —preguntó Snap.

—No en la que hemos venido, pero ahí detrás hay un muelle repleto de naves. Ya encontraremos algo.

—¿Y si no quieren venir? —preguntó Yama.

—¿Por qué no iban a querer? —preguntó Snap, perplejo—. ¿Crees que prefieren quedarse en una cárcel de la Primera Orden?

—No, pero no todo el mundo se quiere unir a la Resistencia.

—No será necesario —le dijo Wedge—. Eso no funciona así.

—Nos los llevamos —dijo Norra— y que ellos decidan. Se pueden venir con nosotros para intentar salir del planeta o ir por su propio camino. Ambas cosas son mejor que estas jaulas. —Se estremeció.

—Estoy de acuerdo —dijo Wedge—. Pero ¿cómo abrimos las puertas?

Una alarma sonó en la noche, tres bocinazos de aviso y todas las puertas se abrieron a la vez. Quedaron boquiabiertos.

Teza llegó corriendo de detrás de un recodo.

—He encontrado la oficina —dijo—. Había un gran botón marcado como emergencias y lo he apretado. —Se puso las manos sobre las caderas—. Mirad.

Poco a poco, la gente empezó a salir de sus celdas. La mayoría parecía confundida, recelosa.

—¿Has encontrado al prisionero 876549C?

—Celda ocho.

La celda ocho estaba pasillo abajo. Wedge fue hasta allí, sin saber muy bien qué se iba a encontrar. A su espalda, pudo oír a Norra y Snap explicándole a los prisioneros que eran libres.

Un hombre salió de la celda ocho. Era alto y estaba tan demacrado como los demás, pero conservaba cierto porte, a pesar de todo. Tenía el pelo rubio canoso; lo habían aseado y afeitado recientemente, aunque un poco bruscamente, a juzgar por los cortes de su cara. Levantó la vista hacia Wedge, con unos ojos azules inteligentes pero cautelosos.

—¿Ransolm? —dijo Wedge—. ¿Ransolm Casterfo?

El hombre no reaccionó al nombre, pero fijó su mirada en Wedge.

—¿Es usted Ransolm Casterfo? —volvió a probar Wedge, intentando mantener un tono cordial, como si hablase con un cadete asustado de la academia.

—Lo fui —dijo finalmente el hombre, en un susurro seco y afligido—. Pero nadie me llama por mi nombre desde hace muchísimo tiempo. —Ransolm frunció el ceño, haciendo asomar arrugas profundas alrededor de su boca—. No tengo amigos. Mi nombre es una maldición, un mal presagio. Estoy solo.

Wedge negó con la cabeza.

—No, Senador.

Ransolm se estremeció al oír su cargo y Wedge deseó no haberlo dicho.

Probó otra estrategia.

—Nos manda Leia Organa a buscarle.

—Leia —pronunció su nombre como una plegaria. Y después—: Me dijeron que había muerto.

—Está muy viva —dijo Wedge, enérgicamente—. Y quiere que venga con nosotros. No pretendo presionarle, pero espero que la Primera Orden aparezca en cualquier instante, así que quizá podríamos hablarlo por el camino.

Ransolm hizo una mueca.

—Sí —dijo, en voz baja—. Será mejor no hacer esperar a la realeza.

—Wedge —intervino Snap—, acabo de recibir una comunicación de Karé desde la lanzadera. Dice que ha llegado un mensaje de Ryloth. El equipo de Poe ha perdido su nave.

—¿Perdido?

—Había mucho alboroto de fondo, según Karé. No captó los detalles. En resumen, están atrapados.

—Diles que se reúnan con nosotros aquí. Les sacaremos del planeta.

—¿Cómo? —Sus ojos vagaron por los prisioneros que esperaban en el pasillo—. Ya será complicado con los que somos ahora.

Wedge recordó el burlador de bloqueos que había visto al llegar.

—Ya se nos ocurrirá algo. ¿Cuántos se vienen con nosotros?

—Once. Los otros cuatro prefieren irse por su cuenta.

—¿Y la lista de «SUBVERSIVOS»? ¿Dameron ha conseguido la lista?

—No está claro.

Wedge se frotó la mejilla, preocupado.

Oyó pasos y cuando se volvió vio a Norra corriendo por el pasillo.

—Viene alguien —dijo, jadeando, empuñando su bláster.

Wedge asintió.

—Dile a Karé que mande al equipo de Poe hasta estas coordenadas. Resistiremos tanto como podamos, pero debemos sacar a estos prisioneros del planeta. No están en condiciones de combatir.

—¿Y si no llegan?

—Dile a Dameron que no tiene elección. Que venga aquí. Ya.

CAPÍTULO 32



Winshur estuvo a punto de no ver a los traidores.

Estaba tan concentrado en regresar a su oficina y buscar el historial de Monti Calay que no veía nada más. Pero vio un destello de pelo naranja y se detuvo en seco.

Yama. Estaba viva. Allí mismo, delante de él. Y todo aquello había sido culpa de ella. Si no hubiera acudido a Amable. Si no le hubiera provocado. ¿Por qué siempre se esforzaba por vejarlo?

Una capa de rabia nubló su visión. Debería haberla matado, haberle aplastado la cabeza cuando podía. Pero aún no era demasiado tarde.

Las dimensiones de su audacia le asombraron y, por un instante, volvió a aflorar un destello de duda, la elemental sugerencia de que era un asesino planteándose otro asesinato y que aquello estaba mal.

Y entonces volvió a mirarla, avanzando sigilosamente por el recinto, obviamente haciendo algo que no debía, y sus dudas se disiparon. Si había vuelto a cruzarse en su camino era por algún motivo.

La miró moverse furtivamente en la oscuridad. Su paso era vacilante y se detenía en los recodos y sombras para examinar su camino. A menudo se volvía para mirar lo que tenía detrás y después seguía caminando.

Se metió por un pasadizo subterráneo que Winshur sabía que cruzaba el campus principal y llegaba hasta la puerta del astillero. ¿Qué iba a hacer Yama en el astillero a aquellas horas de la noche? Le daba lo mismo, pero todo le parecía muy afortunado. En un astillero uno podía hacerse daño de muchas maneras distintas.

Salió de entre las sombras y la siguió.

Descendieron por el largo y estrecho pasaje. Las luces, dispersas por el techo, estaban atenuadas, parpadeando irregularmente para iluminar el frío suelo de hormigón con ráfagas esporádicas. Winshur entornó los ojos bajo la pobre iluminación, buscándola, pero había desaparecido.

No era posible.

Apretó el paso, entrando y saliendo de la oscuridad, buscando frenéticamente una cabeza de rebeldes rizos naranjas. Pero no vio nada, solo un largo tramo de túnel desierto ante él.

Estaba a punto de darse media vuelta y atribuir aquel episodio a algún extraño delirio provocado por las revelaciones de la noche, cuando Yama salió de un cuartito de mantenimiento que se le había pasado por alto. Llevaba un trozo largo de tubería metálica en las manos y su cara, amoratada por sus botas, reflejaba determinación.

Winshur sonrió. Aquello era mejor de lo que esperaba. Matar a un inocente era una cosa, pero una pelea, una pelea de verdad… bueno, nadie podría culparle por defenderse.

Caminó hacia delante, con las manos abiertas.

—Debes de estar furiosa conmigo —dijo, intentando atraerla—. Pero ¿recuerdas lo que te dije, Yama, sobre el poder como fruto de la disciplina? Pues te estaba disciplinando. —Era mentira, por supuesto. Solo pretendía hacerle daño, hacerla sufrir, como siempre. Pero sonaba bien y se aferró a ello.

Ella sujetó fuerte el trozo de tubería. Winshur la recordó en aquella misma postura, con un cúter en las manos. Entonces lo entendió. Yama se debía de haber enfrentado a Monti en su oficina, debía haberlo amenazado con el cúter cuando él les interrumpió. Yama intentó decirle algo entonces, ahora lo recordaba, pero supuso que eran más excusas por no estar trabajando. Quizá, si la hubiera escuchado, las cosas serían muy distintas. O quizá le hubiese mentido.

—Me dijo que la disciplina significaba controlar los instintos más básicos —respondió Yama.

Winshur titubeó.

—Así es…

—¡Pues usted no los controló!

Su voz era un quejido, suplicando comprensión. «Me sigue admirando», pensó Winshur. «Aún quiere que la oriente». Algo se agitó en su interior, algo vergonzoso que creía haber superado. Sintió una ola de nauseas en las tripas.

—Me dio una paliza —continuó ella— y el único motivo fue que estaba enfadado, consigo mismo, con su propia debilidad. ¡Y me lo hizo pagar a mí!

—Yo… —Winshur hizo una mueca, sintiéndose a la deriva. ¿Dónde estaba aquella oscuridad que lo sustentaba hacía unos instantes? ¿Y su audacia?—. No —dijo, recuperando cierta compostura—. Lo hice por tu bien. —Pero recordó el horror que había sentido, el odio—. Por tu bien —repitió, como si intentase convencerse a sí mismo.

Ya estaba lo bastante cerca de ella para ver que le había roto la nariz y le había amoratado un ojo. También tenía el labio inferior partido. Tragó saliva, nervioso, al ver su obra.

—No se acerque más —le advirtió ella. Cambió su sujeción de la tubería, con las manos sudorosas.

Winshur dio un paso adelante.

—Yama —susurró, y el nombre resonó en el túnel. No sabía bien qué pretendía hacer cuando llegase hasta ella. ¿Pegarle? ¿Arrancarle la tubería de las manos y golpearle con ella?

Yama lanzó un golpe.

Winshur lo esquivó, pero ella volvió a arremeter, levantando la tubería para asestarle un golpe descendente que no pudo esquivar. Le impacto en el hombro. El dolor se expandió al contacto y su ira volvió a aflorar. Agarró la tubería cuando volaba hacia él.

Se la arrancó de las manos a Yama y rebotó contra el suelo. Yama, impulsada por la inercia, cayó postrada sobre las rodillas.

Winshur estaba de pie junto a ella, jadeando. Ahora tenía aquella arma burda en sus manos y, aunque se dijo que no le daba ningún placer derrotar a una niña, un deleite extraño le embargó luchando con sus otras emociones, la vergüenza, la confusión.

Yama estaba llorando. Winshur podía oír sus sollozos. Ella levantó la vista para mirarle, con una expresión descarnada.

—Hice todo lo que me dijo —sollozó Yama—. Pero nunca pude contentarle.

—¿Contentarme? —preguntó, desconcertado—. Intentaste destruirme.

Yama hizo una mueca.

—La reunión con Shu, las sonrisitas a mis espaldas, el sabotaje de mi trabajo. ¡Fuiste a ver a Amable!

—Porque usted no me escuchó. ¡Lo… lo hice por su bien!

Aquellas palabras salieron de su boca como un eco de las de Winshur y los dos quedaron petrificados.

—No —susurró él, mientras levantaba la tubería para golpearle la cabeza.

—Yo no haría eso —dijo alguien, a su espalda.

Winshur se detuvo. Se dio la vuelta, con la tubería aún en las manos, incrédulo, para ver quién le había interrumpido.

Una mujer, alta y musculosa, que llevaba una chaqueta de lona y un mono de piel y metal. Tenía un bláster en una cadera, aún enfundado, y un rifle colgado al hombro. Le miró de arriba abajo, como juzgándolo, y negó con la cabeza, decepcionada.

—¿Así que tú eres el gusano que le dio una paliza a una chica de quince años indefensa?

Winshur palideció. Sujetó la tubería con más fuerza. La mujer lo notó y arqueó una ceja.

—¿Verdad? —preguntó ella.

—Márchese, bárbara —gritó Winshur, con frustración—. Usted no lo entiende. Esto no es asunto suyo.

—Me llamo Teza Nasz, antigua oficial del Imperio Galáctico, lo que sería como un caudillo para ti, Bratt.

Winshur se tambaleó. Aquella mujer sabía su nombre y era una antigua imperial. Se sintió débil.

—Bueno, esto puede tener dos finales —dijo ella, serenamente—. Le puedes devolver ese trozo de metal que llevas en las manos a mi amiga Yama y ella puede golpearte hasta que tu cara se parezca a la suya. Lo tomas o lo dejas.

Winshur se quedó mirándola, sin abrir la boca.

—O —le dijo ella, descolgándose el rifle del hombro— puedo dispararte.

Winshur torció los labios con sarcasmo. Aquella estúpida no sabía nada, aunque asegurase ser una imperial. ¿Cómo se atrevía a amenazarle? Recuperó parte de su valentía previa y dijo, burlonamente:

—Jamás permitiría que esta chiquilla estúpida…

Le cortó el ruido del fuego bláster retumbando en sus oídos y un calor en la barriga como no había sentido nunca. Cayó al suelo, golpeándose la cabeza contra el frío hormigón, con la boca abierta por el shock.

—Bien —dijo Nasz, jovialmente—. Tenemos un poco de prisa, así que gracias por ponérmelo fácil.

Winshur quedó tirado en el suelo, con un agujero en el estómago.

Llegaron pasos a la carrera, pero solo pudo oírles, sin moverse. Su cuerpo ya no respondía y su mente estaba cayendo rápidamente en el mismo abismo.

—¿Va todo bien? —preguntó alguien. Winshur vio que era un hombre mayor de pelo canoso con una chaqueta marrón. ¿Le hablaba a él? No podía ser.

—Perfectamente —dijo la mujer que le había disparado—. Un problemilla. Ya lo hemos resuelto. —La mujer pasó junto a Winshur como si ya estuviera muerto y le tendió una mano a Yama para ayudarla a levantarse.

—¿Por qué no vas con Snap? —dijo la mujer—. Yama vendrá conmigo hasta que salgamos de aquí.

—Claro. —El hombre le miró fugazmente antes de marcharse.

El tiempo parecía dilatarse y encogerse sin orden ni motivo concretos. Winshur estaba seguro de que más gente pasó junto a él. El ruido de los pasos retumbaba con fuerza en su cabeza. Cada vez veía menos, el mundo que le rodeaba se iba convirtiendo en ecos y vibraciones. Cerró los ojos.

Algo le dio un golpecito. Un pie. Lo ignoró.

Otro golpecito y abrió un párpado de mala gana. Reconoció la cara que le miraba. El prisionero 876549C.

Winshur pensó en reírse. Se estaba muriendo, desangrándose en el suelo, y el destino le había reservado una última humillación. Pero ¿qué podía hacerle aquel hombre que no le hubiesen hecho ya?

El prisionero alargó la mano.

La vergüenza invadió a Winshur. Reprimió un sollozo y cerró los ojos.

Otro golpecito, pero Winshur no miró. Se forzó a rodar hacia un costado, un dolor agónico punzante y pegajoso por la sangre, hasta que quedó de cara a la pared y no podía ver a aquel hombre. Ni aquella mirada de compasión, de perdón, que había visto en sus ojos.

Aquel tipo era idiota. Winshur se estaba muriendo. Ya no tenía salvación.

—Déjame —masculló, pero sonó confuso, ininteligible incluso a sus oídos.

Esperó otro golpecito, pero no llegó, y dejó salir aquel sollozo reprimido, un luctuoso ruido de derrota, más animal que otra cosa.

Los pasos se disiparon y volvió a quedarse solo.

Estaba dolorido, por dentro y por fuera, pero el dolor se disipaba. Traición. Era lo único que sentía en aquel momento. No de Monti, ni de Yama. Era la violencia quien le

había traicionado. Le había prometido poder, pero, al final, no le había salvado. Lo había condenado.

Exhaló su último suspiro y se marchó para siempre.

CAPÍTULO 33



Leia vio caer a Hahnee la primera.

Cuando empezó el ataque, la hija de Yendor había sido la primera en entrar por la puerta de la biblioteca, gritando una advertencia sobre una traición en la capital. Ahora era la primera en caer, con un disparo de bláster en el pecho.

Yendor defendía la parte sur del hangar, por lo que no sabía lo que había pasado. Junto a un puñado de combatientes de la ADR, mantenían a raya a las fuerzas de la Primera Orden para que Leia, Orrimaarko, Rieekan, los droides y el resto de la base pudieran escapar. Pero cuando Hahnee cayó, un pedazo del corazón de Leia se fue con la guerrera twi'lek. Después, la general hizo lo que le resultaba más natural, recogió el rifle caído de Hahnee y tomó posiciones.

Apretó el gatillo del arma y esta dio una sacudida, disparando contra el avance enemigo, que se estaba poniendo a cubierto. Pero el rifle le ardía en las manos, a punto de vaciarse, y se dio cuenta inmediatamente de lo insensata que era su posición. Era imposible que una sola persona, con una potencia de fuego limitada, resistiese mucho allí. Aun así, solo debía resistir hasta que todos hubieran llegado a sus respectivas naves.

—¡Rey! —gritó Leia, por encima de su hombro, esperando que la chica pudiera oírle entre el ruido del tiroteo. Y Rey apareció junto a ella, con un bláster en la mano, sin hacer preguntas. Lucharon codo con codo, como habían hecho centenares de veces antes. Poco a poco, el asalto sobre su posición fue amainando.

—¡Están reculando! —gritó Rey.

Leia asintió, con aire taciturno. «Por ahora», pensó. Probablemente estaban buscando una vía de avance más sencilla. O siendo astutos y esperando a acabar con ellos cuando salieran de la cueva. Es lo que ella habría hecho.

Chewbacca rugió que tenían el camino despejado, lo que también significaba «subid vuestros traseros al *Halcón Milenario* ahora mismo», y Leia cruzó corriendo el hangar y subió la rampa, con Rey cubriéndole la espalda.

Rose la esperaba, con los ojos muy abiertos por la preocupación.

—¿Situación? —dijo Leia, con la voz entrecortada por el cansancio.

—Todo el personal está a bordo de sus respectivas naves. Estamos preparados para largarnos de aquí en cuanto nos digan que está despejado ahí fuera.

—¿Despejado? —repitió Leia—. ¿Qué significa eso?

—Que no nos están esperando para abatirnos en cuanto salgamos de la cueva, señora.

Leia se rio amargamente.

—Sí, ya sé. Pero no lo creo. Tendremos que arriesgarnos. Es eso o quedarnos aquí y dejar que se reagrupen para volver a atacarnos.

La ira que había estado conteniendo afloró por un instante. Podía creer que alguien en Lessu hubiera delatado a la Resistencia. En definitiva, no eran queridos en Ryloth y los contactos de Yendor habían dejado claro que su tolerancia con la presencia de la Resistencia no duraría para siempre. Habían abusado de su hospitalidad y ahora pagaban las consecuencias. Pero ¿traicionar a Yendor? ¿Tras tantos años de servicio, con lo orgulloso que se sentía de su pueblo? Aquello la enfurecía.

Y ahora Hahnee. Tendría que anunciárselo ella. Al fin y al cabo, era culpa suya.

Su comunicador emitió un pitido furioso.

Leia respondió:

—¿Sí?

—*¡Leia!* —La voz de Yendor fue un grito áspero y pudo oír tiroteo de fondo—. *¿Dónde estás?*

—Estamos todos en nuestros puestos —le dijo—. Excepto… —Hizo una pausa, intentando encontrar las palabras adecuadas para decirle a su amigo que su hija había muerto. Pero, antes de dar con ellas, Yendor volvió a hablar, aunque no con ella.

—*Toma a dos hombres y dirigios al cañón.*

—¿Cañón? —preguntó Leia, sorprendida.

Le pareció oír que Yendor se reía.

—*Defensa antiaérea. Una pequeña sorpresa de la ADR que los gusanos de Lessu desconocen y que la Primera Orden no se espera. No es gran cosa, pero debería cubriros un poco.*

—Eres una caja de sorpresas —contestó, un tanto sobrecogida. Respiró hondo y exhaló. No era fácil decir lo que tenía que decir. Ojalá lo fuera, pero sabía por experiencia que no—. Hahnee… no ha podido… ha muerto, Yendor.

Silencio al otro lado y Leia pensó que quizá no le había oído. Pero aún le llegaba el ruido de los blasters por el comunicador, así que volvió a intentarlo:

—¿Yendor? ¿Me has oído?

—*Recibido, general* —dijo este, con firmeza. Aunque pudo notar que estaba muy afectado.

—Lo siento. Cayó defendiéndonos. Tuvo una buena muerte.

Otro instante de silencio y Yendor dijo:

—*No hay muertes buenas, amiga mía. Solo muertes.*

Y Leia no le rebatió.

—*¿Y los niños?* —preguntó Yendor, en voz baja.

—¿Los hijos de Charth? —Leia miró alrededor, en busca de respuesta. Rose Tico levantó los dos pulgares hacia ella—. Los niños están a salvo, con nosotros.

Una respiración pesada y después:

—*Bien, entonces. Llevadlos con su padre.*

Ella vaciló, le parecía conocer la respuesta antes de hacer la pregunta, pero la hizo, de todas formas:

—¿Y qué pasa con su abuelo?

—*Diles que murió al pie del cañón. Diles que murió defendiendo un Ryloth libre, igual que su tía.*

Leia supo que el dolor hablaba por él. Dolor por la pérdida de su hija, dolor por la pérdida de su planeta, por la traición de Lessu. La peor pesadilla de Yendor se estaba haciendo realidad, todas las cosas que le había advertido que podían suceder, todas aquellas cosas que Leia había coincidido en que eran posibles. La Resistencia era como un beso de la muerte, tanto para amigos como aliados.

—Yendor…

—Perdone, general Organa —intervino C-3PO.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, distraída.

—Chewbacca me ha pedido que le diga que les falta un piloto de Ala-X. Parece que un miembro del Escuadrón Fantasma no ha sobrevivido al asalto inicial de la Primera Orden.

Leia hizo una mueca. No podían permitirse perder ningún piloto, ni ninguna nave. Se planteó decirle a C-3PO que la pilotase él, pero se le ocurrió algo.

—Yendor —dijo—, ¿qué te parece volver a pilotar?

—*¿Qué?*

—Hemos perdido un piloto, pero su nave está preparada y esperando. Si puedes llegar hasta ella, nos serías enormemente útil.

Silencio y Leia pensó, por un instante, que iba a decirle que no. Que se dejaría llevar por su dolor. Pero, entonces:

—*Voy para allá.*

—Gracias —dijo Leia, aliviada.

—*No, Leia. Gracias a ti.*

La comunicación terminó y Leia se volvió hacia Rose.

—Dile a Connix y Nien Nunb que vayan a las torretas. Necesitaremos esos cañones. Y quiero tener comunicación permanente con las naves de Rieekan y Orrimaarko. ¿Puedes ocuparte de eso?

—Ahora mismo —dijo Rose.

Leia la hizo marchar con un gesto con la cabeza y fue a la cabina. Se ató el arnés de su viejo asiento, mientras Rey y Chewbacca activaban los propulsores. El *Halcón* despegó lentamente.

—Intentaremos huir como dijo Yendor —le explicó Rey, por encima del hombro—. Los Ala-X irán delante y los demás los seguirán.

«¿Seguirlos a dónde?», pensó Leia. ¿Seguir huyendo, en busca de un hogar, perdiendo más amigos y familiares? Pero se limitó a decir:

—Entendido.

—Leia.

Levantó la vista. Rey la miraba fijamente, con una expresión intensa.

—Debemos luchar —dijo simplemente—. Sé que es duro, pero ¿qué alternativa tenemos? ¿Dejar que la Primera Orden gane? No perdonarían a nuestros amigos ni familiares. Como mínimo, luchamos por lo que amamos. Mientras sigamos luchando —prosiguió Rey— hay esperanza.

Esperanza. Una palabra tan valiosa, tan difícil de conservar y fácil de perder. Pero Leia no podía permitirse perderla. Sería capaz. Por Han y Luke, por Hahnee y el piloto del Escuadrón Fantasma del que ni siquiera sabía el nombre. Por los vivos, también. Por todos. Por Rey, Rose, Poe y Finn. Y por el futuro de la Resistencia, que aún estaba por llegar.

—Siempre queda esperanza —coincidió Leia—. Como gotas de agua, ¿no?

Rey asintió solemnemente.

—Que convertiremos en un océano.

Y se lanzaron hacia el cielo, con los escudos activados y esquivando los cañonazos. Abandonando Ryloth.

CAPÍTULO 34



Las alarmas aullaban por todas partes, ensordecedoras. Wedge intentó ignorar aquel ruido espantoso, pero resultaba abrumador. Le ponía los nervios de punta y esperaba que su equipo se topase con todo un batallón de soldados de asalto al doblar cualquier recodo.

Una maldición desvió su atención hacia delante. Era Nasz. Se había detenido para apuntar a un altavoz, en las vigas del edificio más cercano, claramente harta del ruido también.

—No fun… —empezó a decir Wedge, pero no pudo terminar antes de que ella disparase. Silencio. Un bendito silencio y su colección de prisioneros y pilotos se detuvo, agradecida.

Pero el alivio fue breve, porque empezó a sonar otra alarma, aún más potente, estaba seguro de ello, como indignada por el fin de su predecesora.

Miró a los ojos de Teza. Esta se encogió de hombros. «Lo intenté», vocalizó.

Snap se acercó, corriendo agachado.

—Nos acercamos —dijo—. Ya he visto un par de patrullas. Lo que ahuyentó antes a los soldados de asalto ha dejado de hacerlo. Todos vuelven hacia aquí.

Wedge frunció el ceño, preocupado.

—¿Se sabe algo de Poe?

—Karé le dio nuestras coordenadas. Debería aparecer pronto con su equipo. Si no… —Abrió los brazos.

—Están todos bien, ¿verdad? ¿Finn, los demás? No hay noticias de heridos.

—Eso parece. Pero traen otro pasajero.

—¿Quién?

Snap negó con la cabeza.

—Suralinda dice que nos lo explicará cuando lleguen.

—Vale —dijo Wedge. Se mordió el labio, pensativo. Sus posibilidades de huir se reducían, era consciente, pero no podían marcharse sin Poe y su equipo.

—¿Alguna idea? —preguntó Snap, visiblemente tenso. También sabía que se les terminaba el tiempo.

¿Quedarse? ¿Marcharse?

—¿Wedge?

—Nos quedamos. No nos iremos sin Poe.

—En ese caso, puede que no logremos irnos —dijo Nasz.

Wedge se dio la vuelta.

—¿Qué quieres decir?

—Mira eso.

Un pequeño grupo de gente con el uniforme de la Primera Orden corría hacia ellos, empuñando blasters bien visibles desde donde estaban.

—Cuento cinco —dijo Snap, sombrío—. Bastante sencillo.

—Yo me ocupo de los dos de la derecha, tú quédate con la izquierda —repartió Nasz, descolgándose el rifle del hombro—. Wedge, tú ocúpate del centro.

—¡Esperad! —dijo Norra, llegando a la carrera—. No son de la Primera Orden. Fijaos bien.

Wedge miró a los oscuros jardines. Detectó a las figuras, dos de blanco, tres de negro, o de colores que parecían negro con aquella oscuridad. Pero dos llevaban vestido y uno lucía una toga. Y uno era un twi'lek.

—-Es Poe —dijo, aliviado. Se levantó y saludó con la mano. El grupo le vio y varió el rumbo para encontrarse con él. Al cabo de unos instantes, Poe estaba allí, abrazando a Wedge.

—Nos alegramos mucho de veros —dijo Poe—. Aunque nos hemos demorado un poco.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Wedge.

—La Primera Orden se enteró de la subasta e hizo una redada en la fiesta. Han cerrado el puerto y no dejan salir a nadie. Hemos perdido la nave de Charth.

—No es para tanto —dijo Charth—. Ya tenemos lo que veníamos a buscar.

—¿La lista? —preguntó Norra.

Poe señaló a una mujer que se había quedado unos pasos por detrás, como observándolo todo. Llevaba un vestido de conchas blancas que colgaba pesado y empapado sobre su cuerpo y una especie de serpiente enroscada alrededor del cuello.

—Esta es Nifera Shu. Tiene la lista. Si la sacamos del planeta, nos la dará.

Nifera asintió.

—¿Sabe que lleva un reptil acuático al cuello? —preguntó Nasz, con una ceja arqueada.

Nifera sonrió.

—Sí.

—Vale. —La eximperial levantó las manos—. Solo quería asegurarme.

—Estamos todos —dijo Norra—. Es hora de largarse de este planeta.

—¿Alguna idea de cómo vamos a hacerlo? —preguntó Poe.

—Soldados de asalto ahí delante —les advirtió Snap.

—¿Cuántos?

—Sesenta. Quizá más. Defienden la entrada al astillero.

Poe hizo una mueca.

—¿Como si nos esperasen?

—Se nos terminó la suerte —dijo Wedge—. Yama —gritó, por encima del hombro. Esta se acercó. Se detuvo al lado de Nasz, pegándose a ella—. ¿Hay algún otro camino? —le preguntó Wedge.

—Podemos ir por el edificio —dijo ella, señalando con el pulgar hacia atrás, a la torre rascacielos que acababan de dejar—. Pero los pasillos son estrechos y hay un ascensor y un puesto de control.

—Pues nuestra mejor baza es por delante —le dijo Wedge a Poe—, pero necesitamos sortear a esos soldados.

—Una maniobra de distracción —sugirió Norra—. Wedge y yo podemos sacarlos de ahí para que entréis los demás.

—No tenemos ninguna garantía de que vayan a salir tras vosotros —dijo Snap, mirando con inquietud a su madre.

—De eso ya nos encargaremos nosotros —replicó Norra—. Entraremos como dijo Yama. Haremos mucho ruido, les haremos creer que llevamos a los prisioneros por allí.

—Mamá…

—Solo necesitamos que se dividan. Si logramos que la mitad nos siga…

—Eso siguen siendo dos contra treinta —replicó Snap.

—Snap —dijo Poe, en voz baja—. No es mala idea.

—Pues yo lo haré —dijo Snap.

—Hijo —Wedge no se había pronunciado aún, dejando que el debate se calmase. Pero ahora habló, eligiendo sus palabras con cuidado—: Podemos hacerlo Norra y yo. Vosotros sacad a los prisioneros de aquí y buscad un transporte lo bastante grande para todos.

A Snap se le iluminó la cara.

—¿El burlador de bloqueos?

—Piensas como yo. ¿Crees que podrás pilotarlo?

—Oh, sí. —Y entonces su expresión se ensombreció, como si hubiera recordado el plan—. Pero ¿y mamá y tú?

—No nos pasará nada —le aseguró Wedge.

Snap le miró, con las emociones pasando por su cara tan rápidamente como cambiaba el clima en Akiva. Wedge sabía que quería poner alguna objeción, pero no lo hizo. Frunció los labios hasta que fueron una fina línea blanca, asintió y se dio media vuelta.

Norra suspiró, sin apartar la mirada de su hijo.

—Vale —dijo Poe, rompiendo la tensión—. Vamos. Nosotros nos moveremos cuando veamos que los soldados se dividen. —Dio una palmada a Wedge en el hombro—. Nos vemos al otro lado.

El plan salió casi demasiado bien. Wedge estaba seguro de que prácticamente los sesenta soldados de asalto que había visto Snap protegiendo la puerta del astillero les estaban disparando ahora. Estaban algo más elevados que ellos y desde su posición privilegiada, en lo alto de una rampa sinuosa, podía ver todo el hangar a sus pies. Y, al fondo, su lanzadera.

Una descarga de láser le pasó cerca, demasiado para su tranquilidad, y se agachó tras las resistentes mesas metálicas que había apilado con Norra para usar como protección.

—¿Cuánto crees que podremos resistir? —preguntó Wedge. El bláster se le estaba sobrecalentando en las manos y el que tenía en el cinturón era el último.

—Lo que sea necesario —dijo Norra, entre dientes apretados. Se asomó para disparar unas cuantas veces más.

—¿Y después qué? —preguntó él.

Norra se volvió para mirarle.

Wedge se rio.

—Supongo que esto es lo que me he buscado por querer ser un héroe.

—¿Desde cuándo quieres ser un héroe? —se burló ella.

Tenía razón. Lo único que Wedge había deseado en su vida era ser piloto. Ser un héroe era algo secundario y había gente más adecuada para ser el centro de atención. El solo quería dar lo máximo de sí, sin pensar en el reconocimiento.

—¡Mira! —dijo Norra.

Wedge miró por encima de su refugio improvisado y vio que Snap y el resto de su equipo cruzaba corriendo el hangar, con los prisioneros. El grupo se dividió en dos, Nasz y Charth condujeron a los más débiles y los heridos hasta la lanzadera imperial en la que esperaba Karé; y el resto del equipo, con Finn, Nifera y Snap, fue hacia el burlador de bloqueos. Estaban todos, excepto…

—¿Dónde está Poe? —preguntó—. ¿Y Suralinda?

—Saben cuidar de sí mismos —le dijo Norra—. Sigue disparando. Ya casi estamos, pero aún falta un poco.

Wedge apuntó a un soldado de asalto que se había aproximado. Apretó el gatillo, pero el bláster no respondió. Estaba vacío.

Masculló una maldición y lo tiró, echando mano al de recambio. Pero ya era demasiado tarde. Fuego de bláster y el brazo le ardió como si estuviera en llamas. Gritó y cayó de espaldas al suelo, llevándose una mano instintivamente al punto en que le habían alcanzado.

—¡Wedge! —gritó Norra. Fue hasta él a gatas. Solo se asomó para acabar con el soldado de asalto que había disparado a Wedge. Y llegó junto a él—. ¿Estás bien?

Wedge negó con la cabeza y unas lágrimas brotaron de sus ojos.

—Duele como un demonio.

—Apuesto que sí. —Norra tanteó con cuidado la carne quemada. Hizo una mueca, pero la borró rápidamente de su cara.

—¿Tan mal está?

No necesitaba preguntarlo. Podía olerlo. Vio un atisbo de hueso blanco bajo su camisa.

—Y es mi brazo bueno —dijo débilmente.

—Bueno, ya es hora de que empieces a ser ambidiestro, esposo —dijo Norra, sacando el bláster de recambio de Wedge de su funda y colocándoselo en la mano útil. Le dio la

vuelta, con cuidado de no golpear su brazo, hasta que quedó sentado, apoyado solo levemente sobre las mesas. Wedge apretó el gatillo, con dudas al principio y después con más confianza. Su puntería era desastrosa, pero era mejor que nada.

Norra le dedicó una leve sonrisa y volvió hasta su posición.

La siguiente vez que Wedge pudo echar un vistazo al hangar este ya estaba desierto, lo que significaba que todos habían llegado a sus respectivas naves. Como si quisiera confirmárselo, el enorme motor del burlador de bloqueos cobró vida con gran estruendo. Llamó la atención de unos cuantos soldados, que se volvieron para mirar. La lanzadera imperial, más pequeña, estaba despegando, con Karé a los mandos. Un puñado de soldados de asalto salió corriendo hacia la lanzadera, pero no pudieron llegar antes de que Karé se elevase del suelo del hangar. Aun así, Wedge aprovechó la oportunidad para volver a disparar, aunque se sentía mareado, con el brazo bueno cada vez más debilitado.

—Wedge —el tono de Norra fue de advertencia—, no pierdas el conocimiento.

—Ni soñarlo —dijo—. Pero, Norra, si no logro mantenerme en pie, quiero que… —Tragó saliva—. Quiero que…

—Ni lo digas —le gruñó ella—. Estamos juntos en esto. Si tú te quedas, yo también. O escapamos juntos o no vamos a ninguna parte.

—Pero…

—Basta de cháchara.

Wedge sonrió.

—Te quiero.

—Bien. Ahora sigue vivo.

Pero eran meras bravatas. Aún quedaban dos docenas de soldados de asalto entre ellos y la lanzadera. Era imposible.

Wedge pensó en la última vez que lo habían capturado las fuerzas enemigas. Lo habían torturado y su cuerpo nunca se había recuperado del todo. Entonces era un hombre joven y había sobrevivido por los pelos. Si le capturaban ahora, no dudaba que la Primera Orden le torturaría con mucho gusto para intentar dar con el paradero de la Resistencia. Tampoco dudaba que esta vez no sobreviviría. No, aquella era su última batalla. Prefería morir allí, empuñando un bláster y con Norra al lado, que rezar para sobrevivir a la cruel misericordia de la Primera Orden. Aunque… miró a Norra. ¿Y ella? ¿Iba a condenarla a muerte también a ella? Quizá, si se rendía, podría escapar. Dudó…

Y entonces la pared que tenía a la izquierda explotó.

El aire se llenó con una lluvia de piedras de la pared del edificio. El polvo se arremolinaba alrededor de ellos, pintando el mundo de gris. Wedge tosió cuando aquella mugre densa llegó hasta sus pulmones. Iba a tientas, con dificultades para respirar y los brazos inutilizados.

El ruido de disparos continuaba, pero aquello era un arma pesada, no el rifle de un soldado de asalto, y se dio cuenta, con incredulidad, de que alguien estaba disparando desde uno de los cazas estelares del hangar.

—Pero ¿qué…? —Se incorporó a tiempo de ver cómo la nave abatía al resto de soldados de asalto, como cereal segado en un campo.

—Será mejor que Poe afloje o derribará el edificio sobre nuestras cabezas —dijo Norra cuando llegó junto a él. Aunque tenía parte de razón, Wedge no pudo reprimir una risotada.

—¿Crees que puedes caminar?

Asintió y Norra le ayudó a levantarse.

—No lo vi venir —reconoció Wedge.

—Lo comentamos cuando lleguemos a bordo —le dijo ella mientras bajaban por la rampa, ahora desierta. Cruzaron corriendo el hangar, esperando problemas, pero el caza flotaba cerca para cubrirlos.

Snap los recibió cuando llegaron a la rampa del burlador de bloqueos. Su cara se ensombreció al ver la herida de Wedge.

—Ha sido culpa mía —dijo Wedge, con la mandíbula tensa.

Snap asintió.

—Me alegro de que estés bien, papá.

Algo se hinchó en el pecho de Wedge. Supuso que era su corazón. «Papá».

—No puedo estar mejor, hijo. No puedo estar mejor. —Y lo decía de verdad.

CAPÍTULO 35



Poe sacó la lanzadera de la atmósfera corelliana, con Suralinda volando en su retaguardia. Sonrió cuando viró y llegó al espacio. La nave de la Primera Orden que había robado tenía una maniobrabilidad de ensueño. Ligera, flexible. Dejaba en ridículo a la nave prestada que pilotaba últimamente. Aunque seguía prefiriendo su Ala-X a aquella maravilla que tenía en sus manos.

Su comunicador parpadeó. No el de la nave, sino el manual. Respondió.

—*Parece que nos siguen* —dijo Suralinda en tono animado.

—Lo dices como si te divirtiera —contestó él.

Ella se rio.

—*¿Y a ti no? Quiero ver de qué es capaz esta nave.*

Tenía parte de razón.

—Nuestro objetivo es sacar la lanzadera y la corbeta CR90 de aquí. No olvides la misión, Suralinda.

—*Recibido, Jefe Negro* —dijo, en un tono ligeramente burlón—. *Me desvío para atacar.*

Se planteó discutir con ella, pero ¿qué sentido tenía? Era Suralinda.

Llegó otra llamada. De la lanzadera.

—*¿Has visto que tenemos compañía?* —le preguntó Karé, tensa.

—Suralinda se ocupa de eso. Los atraerá y los mantendrá entretenidos, hasta que podamos saltar a la velocidad luz.

—*Hay un problema. Hemos recibido una llamada del* Halcón.

Poe se puso tenso. En el fragor de su huida de Corellia no había olvidado que había problemas en Ryloth, pero no podía hacer gran cosa por ayudar, así que lo había apartado de su cabeza. Ahora la preocupación regresó y preguntó, temeroso:

—¿Va todo bien?

—*Parece que la Primera Orden los ha encontrado.*

Sintió un nudo en el estómago.

—*Leia está bien* —añadió rápidamente Karé—. *Todos los del* Halcón *se han salvado. Pero hemos sufrido bajas, como la hermana de Charth y al menos un miembro del Escuadrón Fantasma.*

Se le pasó parte del pánico que había sentido en un primer momento. Leia estaba bien. Pero, al menos, había dos vidas perdidas y una era la hermana de Charth. La otra probablemente sería algún amigo de Wedge y Norra.

—*No podemos volver a Ryloth, Poe* —dijo Karé—. *¿Hacia dónde saltamos?*

—Elige tú el sitio —le dijo él—. Mientras esté lejos de aquí y sepamos que la Primera Orden no tiene presencia allí.

—*Pueden estar en cualquier sitio* —le dijo ella—. *¿Cómo vamos a saberlo?*

No podían. Volvían a ser unos fugitivos, así de sencillo. No había ningún lugar seguro. Ningún sitio en el que no pudieran encontrarlos. Excepto…

—Karé, déjame hablar con Nifera.

Una pausa y después:

—*Un momento.*

Pasaron unos segundos hasta que le llegó la voz de Nifera:

—*Hola, Lorell.*

—Es Poe. Poe Dameron.

Casi pudo oírla sonreír.

—*Lo sé.*

—Necesitamos un lugar seguro para escondernos una temporadita —le dijo Poe—. No mucho. Un punto de encuentro para reagruparnos y repartir la lista. Será un día, como máximo.

Silencio al principio, después:

—*¿Y cree que puedo ayudarle*?

—Creo que el Colectivo puede ayudarnos.

—*¿Y por qué iban a hacerlo*?

—Porque acabamos de librar a su mecenas de una muerte segura.

Una risa leve, que esta vez oyó con claridad.

—*Muy bien, Poe Dameron. Les ayudaré. Después de que hagan una generosa donación a nuestra causa.*

—Sí, por cierto… ¿no nos ha sacado ya la mitad de nuestros créditos?

—*Y ahora tengo intención de sacarles la otra mitad.*

Si aceptaba, podía dejar a la Resistencia al borde de la bancarrota. Pero si no lo hacía, no tendrían oportunidad de gastarse aquellos créditos porque podían acabar todos muertos.

—Guárdese su dinero, señora —dijo, con la mandíbula tensa.

Otra pausa y, cuando estaba a punto de perder la paciencia, Nifera regresó.

—*Le he dado a su piloto las coordenadas de una casa segura. Se las transmitirá a usted y sus amigos. Avisaré para que nos esperen.*

Sus hombros se relajaron por el alivio.

—Gracias.

—*Es un placer hacer negocios con usted* —dijo Nifera. Y regresó Karé.

—¿Te ha pasado las coordenadas? —preguntó Poe.

—*Sí. Ahora mismo las mando por los canales de la Resistencia.*

Poe cortó la comunicación en cuanto las recibió. Dio media vuelta y esperó a que la lanzadera y el burlador de bloqueos desaparecieran en el borrón del salto al hiperespacio.

Contactó con Suralinda.

—¿Preparada?

—*¡Te echo una carrera!*

Suralinda aceleró y desapareció al cabo de unos segundos.

Poe fue tras ella.

Poe se abrió paso entre la multitud, con la cabeza gacha y la capucha puesta para ocultar su rostro. Encontró la puerta justo donde le había dicho Nifera, con la ya familiar serpiente cornuda blanca enroscada grabada en el marco.

Miró por encima de su hombro para ver si alguien le miraba, pero no vio a nadie. Ya había hecho aquel trayecto tres veces, llevando cada vez prisioneros en pequeños grupos, para llamar menos la atención.

Asintió hacia Finn, que hacía guardia en un callejón, al otro lado de aquella ajetreada calle. Finn asintió también. Todo despejado.

Poe abrió la puerta con el emblema del Colectivo e hizo entrar al último grupo de prisioneros. Había empezado por los más débiles, los más necesitados de atención médica. Este último grupo estaba relativamente bien físicamente, aunque no estuviera en su mejor condición en otros sentidos.

Ransolm Casterfo, el viejo amigo de Leia, fue el último en entrar. Al cabo de unos segundos, Finn llegó junto a Poe y entraron juntos.

La puerta daba a un almacén desierto, pero Poe ya sabía que era una tapadera. Serpenteó entre pilas de cajas enormes que llegaban al techo, viendo fugazmente al Colectivo, vestidos todos de blanco, ocultos sobre las cajas, siguiendo su camino y empuñando sus blasters.

Finalmente, llegaron a una pequeña puerta lateral por la que Zay, la joven piloto del Escuadrón Inferno, estaba haciendo pasar a los últimos prisioneros. Sonrió al verle.

—¿Ya están todos? —preguntó.

—Sí.

Dejó que Finn y Poe entrasen primero. Cuando Zay cerró la puerta, Poe vio aparecer a dos miembros del Colectivo para apilar cajas ante la puerta, ocultándola como si no existiera siquiera.

Entraron en una sala más grande, de techo bajo y oscura, excepto por unas cuantas luces amarillas esparcidas colocadas en las paredes desnudas. Alguien había colocado unas mesas con comida y bebida. Nada demasiado refinado, pero en la sala se respiraba una atmósfera de celebración. Apagada y cautelosa, pero esperanzada.

Poe y otros se detuvieron en el rellano. Justo debajo, unas pocas escaleras anchas llevaban a la sala principal, repleta de caras familiares y conversaciones en susurros. Vio que Ransolm se detenía unos metros más adelante para mirar alrededor, perplejo.

Leia subió las escaleras hasta Ransolm, con una amplia sonrisa en la boca.

El hombre parecía temblar, con los brazos a los lados, hasta que ella, muy suavemente, como si temiera romperlo, le dio un abrazo.

—Creía que estabas muerto —oyó Poe que le susurraba a Ransolm.

—Pero acudiste en mi rescate de todas formas, amiga Leia.

—Tenía esperanza —dijo, llanamente. Se quedaron un instante abrazados, hasta que ella se separó. Le puso una mano en el hombro—. Ve a conocer a los demás —dijo, señalando hacia la sala. Rose estaba allí, con una cálida sonrisa de bienvenida, le cogió de la mano y lo adentró en la sala.

Leia los vio marcharse y se volvió hacia Poe.

—General —dijo este.

—Comandante.

Poe miró alrededor. Vio que Leia y Rieekan ya habían convertido aquel espacio en una especie de sala de operaciones, con un holomapa de la galaxia desplegado sobre una pared.

—¿Nifera te ha dado la lista? —preguntó Poe.

—Ya la hemos distribuido —le confirmó Leia—. Yendor y Orrimaarko están haciendo unos recados. Los encontraremos a todos. Avisaremos a los que la Primera Orden tiene en su mira, rescataremos a los que están en peligro y reclutaremos a todos los que podamos.

—Sí —dijo Poe, ausente. La repentina sombra de la duda y se sintió desalentado ante la tarea que tenían por delante, pero la voz de Leia lo devolvió a la realidad, a tierra firme.

—Cada cosa a su tiempo —le dijo, sin duda percibiendo su ansiedad—. No vamos a enfrentarnos a la Primera Orden mañana. No podemos. Pero podemos dar un paso y que eso nos sirva para ganar otro día y dar otro paso más.

—No podremos hacerlo solos.

—No lo haremos. Encontraremos gente, la estimularemos. Les demostraremos que no están solos, que hay cosas por las que merece la pena luchar. Y nos prepararemos para la reconstrucción. Esto —dijo Leia, señalando hacia toda la sala— es solo el principio.

Poe miró todas las caras, toda la gente que formaba la Resistencia en aquellos momentos. Nasz estaba junto al mapa, con los brazos cruzados, debatiendo algo con Shriv. Yama merodeaba cerca, nunca demasiado lejos de la eximperial. El Escuadrón Negro andaba disperso por la sala, como Wedge y su variopinto Escuadrón Fantasma, C-3PO, R2-D2 y BB-8.

Se le hinchó el corazón. Amaba aquello, amaba verlos a todos juntos. Pero Leia tenía razón. Aún no eran suficientes. Y ahora tenía que dispersarlos.

Se apartó de ella, tocándole brevemente un brazo en señal de agradecimiento al pasar al lado. Se plantó en el escalón más alto y miró la sala.

—No podemos quedarnos aquí —dijo, proyectando la voz hacia los reunidos. Las conversaciones se apagaron cuando todos se volvieron para escucharle, con gestos recelosos. Carraspeó, despojándose de los últimos rastros de nervios—. Si Ryloth nos ha

demostrado algo es que ningún lugar en el que se congregue la Resistencia está a salvo de la Primera Orden.

Un silencio tan denso que Poe creyó poder oír los latidos de su corazón. Respiró hondo, exhaló y continuó:

—Podemos regocijarnos en esta victoria —les aseguró—. Hicimos posible algo que no lo parecía. —Miró fugazmente a Shriv—. Liberamos gente injustamente apresada y encontramos a los que forjarán el futuro de la Resistencia. Podemos sentirnos orgullosos.

Una ronda de aplausos, que se acallaron rápidamente cuando levantó una mano.

—Pero esto es solo el primer paso —dijo, asintiendo con complicidad hacia Leia—. Y no podemos descansar.

—¿Y qué hacemos ahora? ¿Adonde vamos? —gritó alguien. Las cabezas se giraron. Era el joven piloto Agoyo.

—A cualquier sitio —dijo Poe—. A todos. A todos los rincones de la galaxia donde haya alguien combatiendo contra la tiranía, donde haya alguien alzándose contra las injusticias. Porque la Resistencia no está toda en esta sala. No es solo la gente que aparece en esa lista. De hecho, no es una persona ni un lugar. Es un millón de personas y un millar de lugares. Todos y cada uno de ellos son la Resistencia.

»¿Y qué vamos a hacer ahora? Nos dispersaremos por todos los rincones de la galaxia para llevar nuestro mensaje. Ayudaremos a los que ya combaten a la Primera Orden, haremos nuevos aliados, sembraremos la semilla de la lucha. Y, cuando llegue el momento, estaremos bien preparados. Nos alzaremos y combatiremos. Y todos juntos acabaremos con la Primera Orden.

Más ovaciones y aplausos. Y después le rodearon, la gente le palmeaba la espalda, se reía y gritaba su nombre en celebración. Se empapó de todo aquello, dejando que se llevase por delante su pasado, permitiéndole llegar a un lugar mejor. A un futuro mejor.

—Poe. —Era Wedge, con el brazo en cabestrillo, junto a Norra—. Nos vamos, Poe —le dijo—. Sé que Leia y tú queríais que nos quedásemos para liderar y eso, pero… —Negó con la cabeza—. Para mí… para nosotros… nuestro sitio está ahí fuera, entre las estrellas. Ahora lo sé.

—Los dos lo sabemos —añadió Norra, cogiendo de la mano a su marido—. Y podemos ser útiles en los márgenes, como dijiste. Podemos advertirle a la gente que se aproxima una lucha.

—Somos pilotos, no generales —añadió Wedge—. Ya nos entiendes.

Poe asintió. Lo entendía. Y no era ninguna sorpresa.

—¿Se lo habéis dicho a Snap?

—¿Decirme el qué? —preguntó Snap, mientras subía los escalones de dos en dos para unirse a ellos.

—Nos marchamos, hijo —dijo Norra, en un tono dulce y paciente.

La expresión de Snap se ensombreció.

—¿Qué? Pero si acabáis de llegar.

—Lo sé —dijo Wedge—. Pero debemos irnos.

—Iré con vosotros —dijo Snap, rápidamente.

—Os necesito aquí, Escuadrón Negro —replicó cordialmente Poe.

—Pero… —Snap los miró a todos, impotente, buscando algo en sus caras. Y lo que vio hizo que una sensación de aceptación le recorriera el cuerpo—. Siempre me hacéis igual —murmuró, y preguntó—: ¿Seguro que tenéis que marcharos?

—Volveremos a vernos —le aseguró Wedge.

—Prometido —añadió Norra. Dio un paso adelante y abrazó a su hijo, apretando con sus brazos el corpachón de Snap antes de este que pudiera protestar. Pero Poe no creía que fuera a protestar, por la manera en que se fundió en un abrazo con su madre. Después, se les sumó Wedge, abrazando a madre e hijo, y Poe se alejó para dejar que la familia se despidiera.

—Gran discurso —dijo Finn, subiendo las escaleras, con un vaso en cada mano. Le dio uno a Poe, algo oscuro y desagradablemente espeso—. Cada día se te dan mejor.

—Gracias —Poe dio un sorbo vacilante. Era espantoso. Dejó el vaso.

—¿Y cuándo nos vamos? —preguntó Finn, mirándolo con los ojos muy abiertos por encima del borde del vaso, mientras bebía.

Poe arqueó una ceja.

—¿Vienes conmigo?

—No creo que puedas evitarlo.

—¿Adonde vamos? —preguntó una voz familiar. Los dos se volvieron y vieron a Rey, expectante.

Finn sonrió.

—No quería pedírtelo.

Rey le devolvió la sonrisa.

—No era necesario.

Los dos se echaron a reír, inclinándose para juntar sus hombros con complicidad. Rey miró a Poe con los ojos entrecerrados, como si dudase.

—¿No te importa?

Poe se puso una mano sobre el corazón y le hizo una pequeña reverencia.

—De piloto a piloto, me siento honrado.

Ella se sonrojó, complacida, tal como Poe deseaba.

Mientras se enderezaba, Poe vio que Leia los miraba, con una expresión que no terminó de descifrar. Volvió a mirarla, arqueando una ceja. Y entonces reconoció aquella mirada. Satisfacción.

—Lo sabe —dijo Rey, volviendo a llamar su atención.

—¿Qué sabe? —preguntó Finn.

—Que la Resistencia está en buenas manos —dijo Poe en voz baja—. Que no le fallaremos.

—¿Gracias a la Fuerza? —preguntó Finn, un tanto desconcertado.

—No creo que Leia necesite que la Fuerza le diga eso —dijo Rey.

—¡Ah! ¡Claro! Lo sabe porque nos tiene a nosotros.

Poe echó un brazo sobre el hombro de Finn y lo empujó hacia Rey.
—Eso es —dijo—. Porque nos tiene a nosotros.
—Ahora, vayamos a salvar la galaxia.

AGRADECIMIENTOS

¡Mira, mamá! ¡He escrito una de *Star Wars*!

Pero no lo he hecho sola. Gracias al maravilloso equipo que me ha ayudado a llegar hasta aquí.

A Tom, mi paciente y comprensivo editor, que siempre tenía solución para mis pobres tramas, una palabra amable para mis ideas, incluso cuando eran cuestionables (¡publicidad aérea!), y que aceptó cuando le dije que quería volver a juntar a toda la banda.

A Jen, Matt y Pablo de Lucasfilm Publishing, que me condujeron por el buen camino y compartieron generosamente conmigo sus vastos y sinceramente intimidantes conocimientos sobre todo *Star Wars.*

A Elizabeth y toda la gente de Del Rey, que leyeron los borradores y aportaron sugerencias, haciéndome sentir siempre como si todo fuera a salir bien.

A mi marido Mike y a mi hija Maya, que vieron las películas, juegos, dibujos animados y todo lo demás conmigo muchas, muchas veces, que toleraron seis meses de locura y gritos constantes por mi parte de: «no puedo hacer nada más porque estoy escribiendo una de *Star Wars*» y que nunca dudaron en traerme café a las tres de la madrugada, como si fuera lo más razonable del mundo.

A Sara, mi superagente. Olvídate de dominar el mundo. Ahora vamos a por la galaxia.

Y gracias a todos, sobre todo a los Indigenerds, que celebraron este prodigio conmigo. Os quiero, nos vemos pronto.

SOBRE LA AUTORA



REBECCA ROANHORSE es una escritora de ficción especulativa ganadora de los premios Hugo, Nebula y Locus. También obtuvo el premio Campbell en la categoría de mejor escritor novel, en 2018. Sus novelas *Trail of Lightning* y *Storm of Locusts* forman parte de la serie *Sixth World*. Vive en el norte de Nuevo México con su marido, su hija y sus mascotas.

rebeccaroanhorse.com
Twitter: @RoanhorseBex